EL CASO DE LA Gracia

Un periodista explora la evidencia de vidas transformadas

LEE STROBEL

Autor de éxito de ventas según el **New York Times**

El caso de la
Gracia

También de Lee Strobel

Ambición (ficción)

Aventura Inesperada (con Mark Mittelberg)

El caso de Cristo

El caso de la Navidad

El caso del Creador

El caso de la resurrección

El caso de la fe

El caso del Jesús verdadero

Experimente la pasión de Jesús (con Garry Poole)

Explorando el código Da Vinci (con Garry Poole)

Trece escandalosas exigencias de Dios

Cómo piensan los incrédulos que tanto quiero

Caso cerrado para niños

Sobreviviendo un yugo desigual en el matrimonio (con Leslie Strobel)

El caso de la Gracia

Un periodista investiga evidencias de vidas transformadas

LEE STROBEL

AUTOR DE MAYOR VENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

Vida®

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

EL CASO DE LA GRACIA
Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2015
Miami, Florida

Este título también está disponible en formato electrónico.

Originally published in the USA under the title:

The Case for Grace
Copyright ©2015 by Lee Strobel

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49530.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*
Traducción: *Eugenio Orellana*
Edición: *Madeline Díaz*
Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Edición en formato electrónico © marzo 2015: ISBN 978-0-8297-6222-8

CATEGORÍA: Religión / Vida Cristiana / Crecimiento Personal

15 16 17 18 RRD 6 5 4 3 2 1

Contenido

A Abigail, Penelope,
Brighton y Oliver,
regalos de gracia de Dios

Por lo tanto, si alguno está en Cristo,
es una nueva creación.
¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!

2 Corintios 5.17

Prefacio

La gracia de Dios es el único fundamento tanto para la vida nueva como para la vitalidad espiritual.

Stanley Grenz[1]

La definición de la palabra gracia puede ser tan simple como esta oración: «Gracia es el favor mostrado por Dios a los pecadores».[2] A partir de ella se pueden exponer volúmenes y volúmenes de tratados teológicos, pero en esencia la gracia no es otra cosa que un regalo inmerecido e incondicional del amor de Dios que nosotros jamás podríamos ganar o merecer.

La gracia nos capacita para responderle a Dios, nos integra a su familia y nos da el poder para cambiar. El teólogo Thomas C. Oden señaló que la gracia es necesaria «para conocer la verdad, evitar el pecado, actuar correctamente, orar de forma apropiada, desear la salvación, comenzar a tener fe y perseverar en esa fe».[3] La gracia, añadió, no es otra cosa que «el poder motivador de la vida cristiana».[4]

Las definiciones son importantes, pero este no es un libro de texto sobre la gracia. Más bien, se trata de una colección de historias que ilustran el poder de Dios para revolucionar las vidas humanas… transformando a un vagabundo y drogadicto en un pastor ordenado, a un adúltero en un consejero matrimonial, a un rebelde consuetudinario en un humilde siervo de Dios, y a un asesino en serie en un santo perdonado.

«Nuestros pecados pasados no solo han sido perdonados (mediante Cristo)», dijo Charles Colson, «sino que hemos sido transformados para vivir una nueva vida con el poder y la gracia de Dios».[5] Y Philip Yancey dijo: «Nunca vamos a caer tan bajo que la gracia de Dios no pueda alcanzarnos. Al mismo tiempo, la gracia no nos deja allí. Nos eleva a nuevas alturas».[6]

Este libro describe una jornada muy personal generada por una crisis con mi padre, la cual me llevó a una búsqueda de toda la vida para resolver el enigma de

la gracia. En el camino, encontré la evidencia innegable de la gracia en la vida de una niña coreana huérfana a la que hallé temblando en el hueco de una trinchera; en un adicto adolescente de Amarillo al que no le importaba que su próxima dosis lo matara; en un criminal desamparado de Las Vegas que escarbaba en los contenedores de basura buscando pedazos de pizzas para saciar el hambre; en un pastor humillado en Carolina del Sur, desenmascarado por su flagrante hipocresía; en el hijo de un famoso predicador que estaba viviendo una vida desperdiciada e insípida en Boston; y en un camboyano que huyó del Khmer Rouge solo para cruzarse con un notorio criminal de guerra.

Cada historia aporta una pieza al rompecabezas de la gracia, mostrando cómo la gracia va más allá del perdón hasta la aceptación e incluso la adopción por parte de Dios; cómo devuelve la esperanza cuando no queda nada; cómo se extiende hasta alcanzar las circunstancias más atroces; y cómo nos permite perdonar a aquellos que nos han causado las más dolorosas heridas… y aun perdonarnos a nosotros mismos. En otras palabras, nos ofrece una comprensión que todos necesitamos.

Así como el cristianismo es único entre las religiones del mundo, también lo es la gracia que Cristo ofrece. En ocasiones para entenderla necesitamos verla descrita más que simplemente definida. Después de todo, la Biblia es una magnífica narrativa acerca de la gracia; cuando Jesús quiso que sus seguidores sintieran todo el impacto emocional de la gracia, les contó la parábola del hijo pródigo. De acuerdo con Yancey, «Jesús habló mucho sobre la gracia, pero lo hizo mayormente mediante historias».[7]

Así que aquí presento algunas historias para usted. Son relatos reales de personas cuya transformación y renovación han sido tan radicales que la mejor forma de describirlas sería diciendo que son la obra de un Dios maravilloso. Espero que al leerlas pueda encontrarse con su propia historia.

INTRODUCCIÓN

La búsqueda de la gracia

> *[Dios] espera ser querido. Lástima que con muchos de nosotros él espera, y espera, y espera en vano.*
>
> A. W. Tozer[1]

Mientras mantenía su espalda apoyada en el respaldar del sillón de piel reclinable que se hallaba en nuestra sala de estar con sus paredes enchapadas en madera, sus ojos lanzaban miradas alternadas al televisor y a mí, como si no se dignara a dedicarle toda su atención a nuestra confrontación. En estallidos intermitentes, sermoneaba, regañaba y decía cosas, pero sus ojos nunca se encontraban con los míos.

La noche anterior había tenido lugar mi graduación de la secundaria, y mi padre me había sorprendido mintiéndole… a gran escala.

Finalmente, se inclinó hacia adelante para mirarme directo a la cara. Sus ojos eran dos rayas horizontales detrás de sus lentes. Levantó la mano izquierda y moviendo el dedo meñique me gritó, escogiendo cada palabra: «*El amor que te tengo cabría mil veces en este dedo*».

Hizo una pausa, como queriendo observar el efecto que causaban en mí sus palabras. Probablemente esperaba que le replicara, me defendiera, me echara a llorar, me disculpara o reaccionara al menos de alguna forma. Sin embargo, todo lo que pude hacer fue mirarlo con mi rostro completamente sonrojado. Esperó unos momentos tensos en silencio y luego, lanzando un gran suspiro, volvió a recostarse en su sillón y continuó viendo la televisión.

Fue en ese instante que le di la espalda y empecé a salir de la habitación.

No lo necesitaba. Yo era arrogante, temerario y ambicioso. Podría seguir mi camino en la vida sin su ayuda. Después de todo, estaba a punto de ganar cien dólares a la semana en un trabajo de verano como reportero para un periódico rural en Woodstock, Illinois, e irme a vivir por mi cuenta a una pensión.

Un plan empezó a tomar forma en mi mente desde el momento en que cerré la puerta de atrás de la casa con un fuerte golpe y eché a andar rumbo a la estación. Todo mi equipaje consistía en un bolso de lona que había llenado a la carrera con algunas piezas de ropa. Le pediría al periódico que me conservara después del verano. Si muchos periodistas habían triunfado sin haber ido a la universidad, ¿por qué yo no? No tardaría mucho en hacerme un nombre. Impresionaría a los editores del periódico de Chicago y en poco tiempo estaría conquistando la gran ciudad. Le pediría a mi novia que se fuera a vivir conmigo. Estaba decidido a hacer todo eso solo y nunca más volver a casa.

Llegaría el día en que mi padre tendría su recompensa. El día cuando al abrir el *Chicago Tribune* se encontrara con mi nombre acompañando la noticia exclusiva de primera página. ¡Ya lo vería!

Ese era mi proyecto, y estaba alimentado por la rabia que sentía. Sin embargo, mientras avanzaba paso a paso rumbo al andén aquella calurosa noche de junio, no me daba cuenta de que en realidad me estaba lanzando a una empresa muy diferente a la que me había propuesto. Fue un plan que en aquella ocasión no entendí y que un día reformularía mi vida como jamás imaginé.

Aquel día me estaba embarcando en una búsqueda de la gracia que se prolongaría durante toda mi vida.

EL CASO DE LA

gracia

CAPÍTULO 1

El error

Algún día lo entenderás

El psicoanálisis […] está demostrando diariamente cómo los jóvenes pierden su fe religiosa tan pronto como se destruye la autoridad de los padres.

Sigmund Freud[1]

No fue sino hasta que estuvo en su lecho de muerte que mi madre confirmó lo que años de terapia le habían sugerido sobre mí: que yo había sido un error, al menos a los ojos de mi papá.

Mis padres comenzaron con tres hijos —primero una niña y luego dos varoncitos— y mi papá asumió de lleno la paternidad: entrenó a sus hijos en la liga de béisbol, dirigió una tropa de niños exploradores, fue líder voluntario en la secundaria, viajó con la familia de vacaciones, y asistió a reuniones gimnásticas y graduaciones.

Y entonces, después de un largo intervalo de tiempo, llegó la noticia inesperada de que mi madre estaba embarazada de mí.

—Tu padre… bueno… digamos que se sorprendió —me dijo mi mamá en los días cuando su salud declinaba y pasábamos horas conversando mientras ella permanecía en cama víctima del cáncer.

Nunca antes habíamos hablado de esto, pero ahora estábamos en medio de charlas maravillosamente francas sobre la historia de nuestra familia, y yo quería aprovechar la oportunidad para obtener algunas respuestas.

—¿Se sorprendió? ¿Cómo?

Mi madre hizo una pausa antes de contestar.

—No en el buen sentido —me explicó con una mirada compasiva.

—¿Cómo estaba? ¿Enojado?

—No diría que estaba *enojado*. Frustrado, quizás. Perturbado por las circunstancias. Eso no estaba en sus planes. Sin embargo, luego le sugerí que tuviéramos otro bebé para que fuera tu compañero de juegos.

Y así nació mi hermana menor.

Para mí, todo esto tenía sentido. Años antes, cuando le hablé a mi terapeuta sobre la relación con mi padre —la distancia emocional, la falta de compromiso, los enfrentamientos constantes que teníamos y las explosiones de ira— me dijo que mi inconveniente llegada a la familia había interrumpido los planes que mi papá tenía para su futuro.

Al parecer, mi papá había logrado un respiro después de criar a mis tres hermanos mayores. Le estaba yendo bastante bien financieramente, y estoy seguro de que quería viajar y disfrutar de una mayor libertad. Ahora mi madre al fin lo confirmaba.

Nuestra familia vivía en un barrio de clase media alta en el noroeste de Chicago. Mi padre había trabajado duro para levantar su negocio y proveernos todo lo que materialmente necesitábamos y más. Era un esposo fiel, bien considerado en la comunidad, y un amigo comprometido con los demás.

Aun así, mi relación con él fue siempre fría. Tal vez yo necesitaba más atención que mis hermanos. No lo sé. Sin embargo, para cuando llegué ya no había niños exploradores, nadie me animó en mis juegos de la liga de menores de béisbol, ni nadie asistió a mis competencias de oratoria o mis graduaciones. No recuerdo que hayamos tenido aunque sea una sola conversación seria. Nunca escuché de él las palabras que más necesitaba.

Con el tiempo, supuse que la única manera de ganarme su atención era a través de los triunfos que alcanzara. Así que me esforcé por obtener las mejores calificaciones, me eligieron como presidente de mi colegio, fui editor del boletín estudiantil, e incluso escribí una columna en el periódico de la comunidad. No obstante, nada de eso lo satisfizo. No recuerdo que me haya dicho una sola palabra de felicitación o afecto. Ni una sola.

Mis padres eran miembros de una iglesia luterana. Como abogado, mi papá formaba parte de la junta directiva a fin de ofrecer asesoría jurídica gratuita, a pesar de que las mañanas de los domingos prefería pasarlas en el campo de golf en lugar de ir a la iglesia.

Recuerdo una ocasión cuando era chico en que toda la familia fue a la iglesia junta. Después del servicio mi papá nos llevó a casa… pero se olvidó de mí.

Todavía recuerdo la angustia que sentí mientras recorría frenéticamente todos los rincones de la iglesia buscando a mi padre en vano, con el corazón latiendo fuerte.

Por supuesto, este fue un error involuntario de su parte, pero resultó difícil para mí no verlo como algo simbólico de la forma en que se estaba desarrollando nuestra relación.

Padres y fe

Una noche cuando tendría unos doce años, mi padre y yo tuvimos un disgusto por algo. Me fui a mi cuarto sintiéndome avergonzado y culpable, y me prometí comportarme mejor, ser más obediente y esforzarme para lograr que mi padre me aceptara. No recuerdo los detalles de lo que causó el problema, pero de lo que ocurrió luego tengo una imagen nítida aun cincuenta años después.

Soñé que estaba en la cocina preparándome un sándwich cuando se me apareció de repente un ángel luminoso y comenzó a contarme sobre lo maravilloso y glorioso que es el cielo. Lo escuché por un rato y luego le dije como dándolo por seguro:

—Yo voy a ir allí.

Con esto quería decir, por supuesto, al final de mi vida. Sin embargo, la respuesta del ángel me confundió.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

¿Que cómo lo sé? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Bueno, he tratado de ser un buen chico —contesté balbuceando—. He tratado de hacer todo lo que mi padre dice. He tratado de portarme bien. He ido a la iglesia.

—Eso no tiene importancia —aseguró el ángel.

Me quedé estupefacto. ¿Cómo podía *no* tener importancia que me esforzara para ser responsable y obediente, para vivir según las demandas de mis padres y profesores? El pánico se apoderó de mí. Las palabras no salían de mi boca.

El ángel dejó que la ansiedad me consumiera por un momento. Luego dijo:

—Algún día lo entenderás.

En ese mismo instante se desvaneció… y yo desperté sudando. Este es el único sueño que recuerdo de mi infancia. A través de los años, de vez en cuando volví a recordarlo, pero siempre traté de sacarlo de mi mente diciéndome que

solo había sido un sueño.

A medida que fui creciendo, me confundí más con respecto a los asuntos espirituales. En mis años de adolescente, mis padres insistían en que asistiera a las clases de confirmación en la iglesia. «Pero no estoy seguro de que crea en esas cosas», le dije en una ocasión a mi padre. Su respuesta fue lacónica: «Ve. Allí puedes hacer preguntas».

Las clases estaban organizadas en torno a la memorización del catecismo. Las preguntas eran toleradas de mala gana y se respondían de una forma superficial. La verdad es que salía con más dudas que cuando entraba. Soporté el proceso porque cuando al fin me confirmara, la decisión sobre si seguiría o no asistiendo a la iglesia sería exclusivamente mía. Y ya conocía la respuesta.

Por ese entonces no era consciente de que la relación de un joven con su padre puede determinar en gran medida su actitud hacia Dios. Ni que muchos ateos a través de la historia —incluyendo a Friedrich Nietzsche, David Hume, Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Arthur Schopenhauer, Ludwig Feuerbach, Baron d’Holbach, Voltaire, H. G. Wells, Madalyn Murray O’Hair y otros— se habían sentido abandonados o profundamente decepcionados con sus padres, lo cual hizo que estuvieran poco o nada interesados en saber de un Padre celestial.[2]

Yo vi esto ilustrado más tarde en la vida cuando hice amistad con Josh McDowell, cuyo padre era un alcohólico violento. «Crecí creyendo que los padres están para causarle a uno daño», dijo Josh. «La gente me decía que hay un Padre celestial que nos ama. Eso no me traía la más mínima alegría, sino pena, porque no podía discernir la diferencia entre un Padre celestial y un padre terrenal». Josh llegó a ser reconocido como alguien que se describía a sí mismo como un «incrédulo insoportable» hasta que su investigación del cristianismo lo convenció de que era verdad.[3]

Al crecer, yo solo sabía que a la vez que las dudas aumentaban dentro de mí y mis profesores insistían en que la ciencia ha eclipsado la necesidad de Dios, estaba siendo empujado indefectiblemente hacia el escepticismo. Algo se había perdido —en mi familia y en mi alma— que creaba una necesidad torturante que en aquel momento no podía describir.

Años más tarde me encontraba conduciendo por la autopista noroeste en Palatine, Illinois —aun recuerdo el lugar exacto, la hora del día, el calor del sol — cuando sintonicé la radio del carro y escuché algo que llenó mis ojos de lágrimas.

No lo entendí todo, pero era algo sobre los padres y la fe y Dios y la esperanza. La voz pertenecía a alguien que había nacido por el mismo tiempo que yo, sin embargo, en su asombroso horror y brutalidad, su vida se encontraba en el polo opuesto a la mía. Aun así, se produjo una conexión inmediata, un puente entre nosotros.

Le seguí el rastro. Tuve que sentarme a escuchar su historia una y otra vez. Tuve que formularle todas mis preguntas. De alguna manera sabía que ella tenía en sus manos una pieza del rompecabezas de la gracia.

CAPÍTULO 2

La huérfana

La gracia de Dios va más allá del perdón

> *Nuestra comprensión del cristianismo no puede ser mejor que nuestro entendimiento de la adopción […] De todos los regalos de la gracia, la adopción es el más excelso.*
>
> J. I. Packer[1]

Stephanie Fast nunca conoció a su padre. Ella sospecha que fue un soldado estadounidense, posiblemente un oficial que peleó en la guerra de Corea que comenzó en 1950. Existe la posibilidad de que todavía viva, pero no hay forma de saberlo con seguridad.

Me las arreglé para localizar a Stephanie, la dueña de esa voz efímera de la radio, y un día volé desde Denver hasta su prolija casa, ubicada en un barrio con mucha vegetación en el noroeste del Pacífico, a fin de conocerla.

Stephanie es pequeña de estatura, su cabello negro le cae en hondas sobre los hombros, y tiene ojos almendrados y vivaces. Darryl, su esposo, un amable antiguo misionero, nos trajo un poco de café y nos dejó solos en la sala para que charláramos a nuestras anchas.

Con una suave cadencia asiática en su voz, Stephanie piensa un poco antes de responder a mis preguntas. De vez en cuando mira hacia los lados como si volviera a vivir la experiencia que está tratando de describir. Otras veces se inclina hacia adelante gesticulando con las manos, como solicitando comprensión.[2]

Sentado frente a ella, inicié la conversación con un comentario simple:

—Creo que usted y yo nacimos alrededor de la misma fecha.

—Yo no sé exactamente cuándo o dónde nací —replicó con un encogimiento

de hombros—. Posiblemente fue en Pusan, ya que me han dicho que tengo el acento de esa región. ¿Pero cuándo? No lo sé, aunque creo que fue por la misma época que nació usted.

—Mi primer recuerdo —le dije— es de cuando celebré mi tercer cumpleaños. Mis abuelos en Florida me regalaron un bote de madera que olvidé cuando regresamos a Chicago. Me sentí miserable —comenté con una sonrisa—. Esos son los traumas de un muchacho blanco de la clase media que creció en un barrio suburbano en los años cincuenta. Estoy seguro de que sus recuerdos son muy diferentes. ¿Qué es lo primero que recuerda?

Pensó por un momento y luego sonrió.

—Yo tendría la misma edad, tres o cuatro. Estábamos en la fiesta de las cosechas en Corea cuando los miembros de la familia vinieron a la casa de sus ancestros. Todo era muy divertido —los dulces, los juegos y la hermosa vestimenta que se usaba— pero en medio de todo eso recuerdo vívidamente a mi madre muy triste y apenada.

—¿Sabe por qué estaba así?

—Bueno, esa noche oí a los miembros de la familia discutir sobre la decisión que ella tenía que hacer en cuanto a su futuro.

—¿Qué clase de decisión?

—Después de la guerra de Corea, en aquel país no había lugar para los niños birraciales. Esa noche a mi mamá se le dio la opción de un matrimonio… y yo no formaba parte de esa opción. Los miembros de la familia dijeron que habían encontrado a un hombre que estaba dispuesto a tomarla, pero no podría llevarme con ella. Para mi mamá, la decisión era: "¿Quiero un futuro? Si lo quiero, no puedo llevar a esta chiquita". Hubo mucha discusión y vergüenza y culpa. Recuerdo a mi mamá llorando mientras me mantuvo en sus brazos toda la noche.

—¿Era por cuestión de discriminación contra los hijos nacidos fuera del matrimonio?

—Sí, especialmente los niños birraciales. Nosotros les recordábamos una guerra horrible. No conozco la palabra en inglés, pero los coreanos tienen una fuerte convicción de la pureza, y cuando yo era una joven lucía diferente a los demás niños. Mi pelo y el color de la piel eran más claros. Tenía un pliegue en los ojos que la mayor parte de los coreanos no tienen y mi cabello era rizado y revuelto, lo que es inusual entre los coreanos. Así que todo el mundo sabía que era mestiza.

—¿Cómo terminó este drama familiar?

—Mi madre decidió que me entregaría al cuidado de alguien. Que yo iría a la casa de un tío. Así fue como, dentro de unos pocos días, recuerdo haber ido caminando con mi madre por un camino de tierra hacia la ciudad. Nos encontramos esperando la llegada de un tren. Yo nunca había visto uno. A una pregunta que le hice, mi madre me contestó: "En ese tren te vas a ir a casa de tu tío". Cuando el tren llegó, mi mamá y yo subimos. Por aquel tiempo los asiáticos llevaban su equipaje en atados dentro de un paño que se echaban a las espaldas como mochilas. En el atado mío iba un almuerzo y un par de mudas de ropa. Mi mamá lo colocó en una repisa sobre nuestras cabezas, se puso de rodillas ante mí y me dijo que no tuviera miedo, que ella tendría que bajarse y yo seguiría hasta llegar a mi destino, donde mi tío me estaría esperando. Dicho eso, descendió y se fue.

—¿Qué pasó entonces? ¿Estaba su tío esperándola?

Stephanie se mantuvo en silencio. Luego, lentamente, movió la cabeza de izquierda a derecha y dijo:

—Nadie me estaba esperando.

«Basura, mugre, bastardo, demonio extranjero»

Ahí estaba una niña pequeñita, abandonada y perdida en un lugar aterrador y peligroso, que parecía predispuesto a rechazarla: un lugar sin la gracia.

—Debe de haberse sentido presa del pánico —le dije a modo de comentario.

—No al principio. Pensé: *Me quedaré en la plataforma, esperando que llegue mi tío por mí*. Sin embargo, cuando cayó la noche, los trenes dejaron de circular. El jefe de la estación, al verme, me preguntó qué estaba haciendo ahí. Le dije que estaba esperando a mi tío. Y esa fue la primera vez que me llamaron *tuigi* —confesó, casi escupiendo el epíteto, pronunciado *teegee*.

—¿Qué quiere decir esa palabra?

—Es un calificativo muy ofensivo. Básicamente significa mestizo o hijo de dos sangres, pero es más que eso. De alguna manera quiere decir basura, mugre, bastardo, demonio extranjero, todas esas connotaciones juntas. Resulta extraño, estoy segura de que mi mamá tiene que haberme dado un nombre, pero no lo puedo recordar.

—¿Y entonces, en cierto sentido, *tuigi* llegó a ser su nombre?

—Sí. Fue como si mi identidad comenzara ese día con *tuigi*: basura,

bastarda. Así me llamaban.

—¿Qué pasó después?

—El jefe de estación me echó, así que me fui. Al poco rato de andar encontré una carreta que estaba apoyada en una pared. Me subí a ella y ahí pasé la primera noche. Junté un poco de paja y comí algo de la comida que me había preparado mi madre. Traté de dormir, pero los ladridos de los perros y otros ruidos extraños y sonidos susurrantes me asustaban. Sin embargo, aunque tenía miedo, no fui presa del pánico.

—¿Incluso a esa edad?

—Yo confiaba en mi mamá, y de alguna manera en mi mente pensaba que mi tío vendría.

Dudé antes de hacer la siguiente pregunta, pero terminé diciendo:

—Hoy, al mirar atrás, ¿cree en realidad que había un tío?

Ella no se inmutó.

—Honestamente, no tengo idea. Quizás ella en verdad me estaba confiando a alguien y solo fue que me bajé en la estación equivocada. No obstante, en aquellos días en Corea no era extraño que las madres abandonaran a sus hijos, en especial si eran birraciales. A veces no podían soportar el acoso, el estigma social y el cruel ostracismo al que se les condenaba. A menudo, dejaban a los hijos en las estaciones del tren u otros lugares públicos.

—¿Significa eso que hasta el día de hoy usted no sabe cuáles eran las intenciones de su madre?

Bajó la mirada.

—No —dijo. Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos—. Pero quiero pensar lo mejor de ella. Tengo que hacerlo. ¿No lo ve? Supongo que todos los huérfanos piensan de su madre como si fuera una princesa. Mi mamá estaba bajo una tremenda presión. No hay duda de eso. Su futuro dependía de la decisión que tomara.

—Entiendo —le dije.

Pareciera que todos queremos creer que nuestros padres tienen las mejores intenciones.

—El día en la estación del tren comenzó para usted una odisea. ¿Cuánto tiempo duró?

—Me las arreglé sola por lo menos durante dos o tres años. Si hubiera permanecido en la ciudad, había organizaciones que estaban empezando a rescatar a los niños birraciales, pero yo siempre viví en las faldas de las

montañas y las aldeas.

Una pequeña vagando sin rumbo durante años. ¿Qué cosas no habrá enfrentado? Mis pensamientos volaron a Penélope, mi preciosa nietecita, con su dulce sonrisa y su amor espontáneo por la vida. Ella está muy protegida, es muy inocente, muy tierna… y muy dependiente de su familia para todo.

—Tengo una nieta de cuatro años —comencé a decirle.

—¡Oh! ¡Yo también! —indicó.

—Entonces sabe lo que le voy a preguntar. Es posible que usted la mire y piense: *¿Cómo pude sobrevivir a los cuatro años?* ¿Qué *hizo* para lograrlo?

—Solo fue obra del Señor, pienso. Una cosa sobre los niños del Tercer Mundo es que ellos no tienen las comodidades de las que disfrutan nuestros nietos. Muchos de ellos no alcanzan al grado de nutrición que poseen los nuestros. Con frecuencia tienen que arreglárselas solos desde que son pequeñitos. Mi madre tenía que trabajar duro en los campos de arroz, de modo que no estaba allí cuando la necesitaba. Sin embargo, aunque resulte increíble, eso fue una bendición. Yo ya era un poco autosuficiente.

Langostas y ratones de campo

Pensé en el abundante alimento que se sirve ante Penélope tres veces al día y cómo ella, tal como lo hacen muchos niños en edad preescolar, picotea un poco aquí y otro poco allá sin mayor interés.

—¿Cómo se las arreglaba para comer? —le pregunté a Stephanie.

—La verdad es que, excepto en el invierno, allí la comida abundaba —me dijo—. Podía robar lo que se me antojara. Había campos de árboles frutales, hortalizas y arroz. Mientras no me pillaran, el alimento no me faltaba. Una vez seguí a un grupo de niños desamparados. Cuando llegó la noche, se arrastraron sobre sus panzas y de esa manera se escurrieron dentro un campo de melones. Pensé: *Yo puedo hacer eso*. Así que hubo un tiempo en que cada noche esperaba que el guarda se durmiera para arrastrarme sobre la panza y entrar a recoger cuanto quisiera.

»Además, en los campos de arroz había gran cantidad de saltamontes y langostas. Yo los cazaba e introducía una paja de arroz a través de sus cabezas hasta formar una larga cadena de ellos, la cual ataba a mi cinturón. Al final del día ya estaban prácticamente secos y me los comía. También cazaba ratones de campo. Todos los días acostumbraban salir por el mismo agujero a la misma

hora. Aprendí a ser muy, muy paciente. Cuando asomaban la cabeza, los agarraba rápidamente antes de que pudieran regresar a su escondite. De estos ratones me comía casi todo: la piel, las orejas, la cola».

—¿Y cómo se las arreglaba durante el invierno? Debe de haber sido un tiempo difícil para usted —pregunté.

—Sí, hacía mucho frío y no tenía un lugar a dónde ir ni tampoco comida. En realidad, pude haber muerto aquel primer invierno. No sé cómo pude sobrevivir, aunque recuerdo que encontré una especie de madriguera al parecer de un zorro que usé para vivir. Reuní paja de los campos de arroz, la traje a aquella cueva y preparé una especie de cama. Cuando todo el mundo estaba durmiendo, salía e iba a la aldea y robaba lo que podía para comer. En los países del Tercer Mundo los niños de la calle crecen bastante rápido. Yo aprendí muy pronto a adaptarme. En mi andar sin rumbo cualquier cosa era un tesoro. Una lata de estaño lanzada al suelo por un soldado que iba en un camión se transformó en una especie de recipiente para beber y hervir el agua. Encontraba clavos y los ponía en los rieles para que el tren al pasar los aplanara y así se convertían en utensilios. Los usaba para quitarles las tripas a los ratones que cazaba.

—¿Se había percatado de su existencia la gente de la aldea?

—¡Oh, sí! De vez en cuando una señora de buen corazón dejaba su cocina abierta para que yo entrara; entonces me arrollaba en el piso sucio y podía dormir muy bien aprovechando el calor de la estufa. Esas cosas eran respuestas a mis oraciones, porque si no hubiera permanecido temblando toda la noche en mi madriguera.

—Dijo que la gente se burlaba de usted. ¿Cómo era eso?

—Aquello era constante. Los niños se burlaban de mí porque era birracial y los campesinos me ahuyentaban a gritos porque les estaba robando. Para todos, era una *tuigi* inmunda. Y cuando uno es una niña y oye a los demás llamarte así día tras día, empieza a creer que lo es. Yo pensaba que nadie podía causarme daño físicamente, porque no era una persona. No valía nada. Andaba sucia. Era una inmunda. No tenía ni hogar ni familia. No tenía identidad. No tenía ni futuro ni esperanza. Con el tiempo, empecé a odiarme.

»Había ocasiones en que iba detrás de un grupo de niños desamparados. A veces me dejaban mezclarme con ellos y en otras oportunidades tenía miedo de que me hicieran algo malo. Uno nunca sabe. Así que me volví extremadamente cautelosa. Muy desconfiada. Sin embargo, la niña que había en mí deseaba permanecer con la gente. Siempre esperaba que alguien me dijera: “Quiero que

seas mi amiga. Puedes ser una de nosotros”».

—Emocionalmente, ¿cómo fue eso para usted?

—Mi preocupación era la supervivencia. Lloraba cuando abusaban de mí. Clamaba por misericordia. Me enfurecía. Podía gritar y patear. Muy pronto aprendí palabrotas. Los primeros días o semanas llamaba a mi mamá. Siempre andaba buscando la forma de regresar a ella. Pensaba que podría estar en la siguiente colina, o a la vuelta de la esquina. Si veía una aldea desde lejos, pensaba: *ese es mi pueblo*. Y corría hacia allá.

»Sin embargo, nunca era mi pueblo».

El pozo y la noria

—Usted habló de abuso. ¿Significa eso que fue víctima de la gente?

—Una vez que los campesinos me sorprendieron robando, me echaron a una cisterna abandonada, como un pozo, esperando que muriera allí. Me aterroricé, porque no sabía nadar. Había agua en el fondo, pero en medio de mi desesperación di con un pedazo de roca que sobresalía de la pared del pozo, de modo que trepé a ella aunque seguía sentada en el agua. Recuerdo que gritaba y mi voz volvía a mí en forma de eco, pero nadie vino a rescatarme. Así que me dije: “Bueno, vas a morir aquí”. Y en cierto sentido esa idea no me intranquilizó. Más bien pensé: “Si me rindo, podré morir”.

»Finalmente, al anochecer, escuché una voz que parecía provenir de una anciana. Me llamaba: “¡Niña! ¡Niña! ¿Estás ahí?”. Yo grité: “¡Sí, aquí estoy!”. Ella entonces bajó un cubo. Estaba oscuro adentro y me costaba ver, pero podía oír el metal golpeando contra las piedras. Cuando chocó contra mi cuerpo, me trepé a él lo mejor que pude. Ella empezó a subirlo: *clang, clang, clang*. Aun hoy puedo oír ese sonido. Al llegar arriba, la anciana me tomó de los brazos y me llevó a un establo de bueyes, me cubrió con paja para que me diera calor y me trajo algo de comida.

»A pesar de que ya antes me habían maltratado, esta vez me di cuenta de que me podrían matar. Y pensé: *¿Soy tan mala para que la gente quiera matarme? ¿Por qué no puedo ser como los demás niños que tienen una mamá y un papá?*».

—¿Le dijo algo la anciana que la rescató?

—Me dijo: “Esta gente te va a causar daño. No obstante, es muy, muy importante que vivas”. Ahora que soy una persona adulta y miro hacia atrás, creo que aquellas palabras fueron proféticas. Como niña, recuerdo que pensé que

esa anciana me había dicho eso porque conocía a mi mamá. Creí que me estaba queriendo decir que si a la mañana siguiente me levantaba y salía de la aldea y me dirigía a lo alto de una montaña, encontraría a mi mamá.

»En otra ocasión, también me sorprendieron robando comida. Recuerdo a un hombre agarrándome por la parte de atrás del cuello a la vez que me llamaba *tuigi* y decía: "Tenemos que deshacernos de ella". Y otros hombres que estaban con él se mostraron de acuerdo y respondieron: "Sí. Deshagámonos de ella. No es más que una amenaza. Atémosla a la rueda de la noria". Y así lo hicieron. Me agarraron de pies y hombros, me llevaron a la rueda de la noria y me ataron con el rostro mirando al cielo. Si cierro los ojos, todavía recuerdo las formaciones de nubes que vi. Y recuerdo los gritos que daba. Y mis pies y mis piernas siendo estirados. Recuerdo cómo me sumergía en el agua. Y los guijarros y la arena metiéndose por mi nariz y boca. Cuando me subieron iba vomitando agua y arena, gritando y diciendo palabrotas. Pude sentir el sabor de la sangre. Mis ojos estaban hinchados… y de repente, la rueda de la noria se detuvo.

»Sentí una mano sobre mí y una voz que decía: "Está bien. Te voy a sacar de la rueda. No te resistas". Y así lo hizo. Me sacó de la rueda y me depositó en el suelo. Mis ojos estaban tan hinchados que no podía ver al hombre, pero sí recuerdo que vestía de blanco. En aquellos tiempos, muchos abuelos en Corea usaban vestimenta blanca. Sacó un pañuelo, me limpió lo mejor que pudo y me dio a beber agua.

»Luego dijo las mismas palabras que me había dicho la anciana: "Esta gente quiere hacerte daño. Tienes que irte, porque debes vivir, niña. Es muy importante. Escúchame: necesitas vivir"».

De un montón de basura a la esperanza

Stephanie siguió luchando y sobreviviendo, dirigiéndose finalmente a Daejeon, una de las ciudades más importantes de Corea del Sur.

—Un joven se dirigió a mí, me llamó *tuigi* y me dijo: "¿Eres nueva aquí?". "Sí", le indiqué, "soy nueva aquí". Él me preguntó: "¿Necesitas un lugar donde quedarte?". Nadie me había dicho que me quedara con ellos. "Sí", le contesté. "Muy bien", me dijo él, "sígueme".

»Un río corría por el medio de la ciudad, y sus riveras se habían convertido en una aldea para niños. Había cientos de huérfanos a ambos lados. Él era un líder de una pequeña pandilla que lo supervisaba todo, y me dejó ser parte de

ella. Los primeros días fueron maravillosos. Cuando conseguían comida, me daban algo. Tenían frazadas que compartían conmigo. Hacían fogatas y contaban historias populares, y en el momento que llegaba la hora de dormir, lo hacía junto a este muchacho y los demás niños.

»Sin embargo, después de unos pocos días todo se echó a perder. Me di cuenta de que no era más que un juguete para ellos. Yo solo tenía siete años. Sabía que lo que sucedía estaba mal. No se trataba de una sola persona, sino de varias, pero en mi pequeña mente supuse que eso debía pasarle a todo el mundo. Eso es lo que tienes que hacer para pertenecer a una familia. No fui capaz de percibir todo el horror que esto implicaba.

»No recuerdo cuánto tiempo estuve con ellos, pero una epidemia de cólera azotó a Corea del Sur y yo me puse muy, muy enferma. Cuando alguien se contagia de cólera, pierde peso, tiene fiebre alta y delira. Pensé: *Tengo que salir de aquí. Voy a volver al campo donde el aire es mejor y puedo conseguir comida fresca. Todo va a estar bien*.

»Un día en que me encontraba caminando por un callejón oscuro vi a otra niña que posiblemente también estaba enferma de cólera tirada en una alcantarilla abierta. Me acerqué a ella. Estaba llorando. No sabía cuán enfermas estábamos, pero pensé: *Esta niña tiene hambre, igual que yo. Voy a salir a robar un poco de comida*.

»Me fui con ella, pero de nuevo los campesinos nos atraparon. Nos llevaron a un edificio que había sido bombardeado durante la guerra. Ahora bien, nuestros compañeros de la calle nos habían hablado de aquel edificio. En el lugar junto a la rivera donde vivíamos había una gran cantidad de ratas de alcantarilla. Llegaban al río por montones. Nosotros les teníamos miedo, pero como estábamos todos juntos no nos molestaban. Sin embargo, este edificio era su territorio y nosotros nunca entraríamos allí de buena gana. Con todo, los hombres que nos habían atrapado robando comida nos echaron adentro. Recuerdo que agarré a la niña enferma y que gritaba, pero es lo último que recuerdo».

—Y a partir de ahí, ¿qué es lo siguiente que recuerda?

—Que abrí los ojos y los clavé en unos ojos azules que me estaban mirando.

—¿Ojos azules? ¿A quién pertenecían?

—Más tarde supe que su nombre era Iris Eriksson, una enfermera sueca perteneciente a World Vision [Visión Mundial]. Su trabajo era recoger bebés de las calles, pues en aquel tiempo los niños se abandonaban a diestra y siniestra,

principalmente porque Corea todavía estaba tratando de sobrevivir a la guerra, y si alguien tenía más bebés de los que podía alimentar, solo los abandonaba. Ella se llevaba a los bebés más pequeños, no a los que eran mayorcitos como yo, porque estos tenían más posibilidades de sobrevivir o ser adoptados, así como menos probabilidades de confrontar problemas debido al mal comportamiento.

—Usted dijo que tenía siete años, ¿verdad? ¿Qué pasó después?

—Esta es la historia que me contaron luego. La señorita Eriksson me encontró en un montón de basura y comprendió que yo estaba más muerta que viva. Sintió pena por mí, pero por mi edad no calificaba para que me llevara a la clínica de World Vision. Así que se levantó y se fue. Sin embargo, en ese momento ocurrieron dos cosas que la hicieron cambiar de opinión. Antes de continuar debo decir que la señorita Eriksson era una mujer luterana muy tranquila y reservada en su fe, de modo que lo que sigue no es típico en alguien como ella.

—¿Qué sucedió?

—Cuando quiso irse y empezó a caminar, notó sus piernas tan pesadas que casi no las podía mover. No sabía lo que estaba pasando. Y cuando trataba de explicárselo, oyó una voz audible.

Mi rostro debió mostrar una expresión de sorpresa, porque Stephanie soltó una carcajada antes de proseguir:

—Había que estar allí para escuchar lo que decía. La señorita Eriksson contó: “Oí una voz en mi lengua nativa que dijo solo tres palabras: *ella es mía”*. Se quedó pasmada, para decir lo menos.

—¿No había nadie cerca?

—Ni un alma. Ella agregó: “Sabía que era Dios, y sabía que tenía que responderle”. Así que lo hizo. Me levantó de donde estaba y me llevó a la clínica. Allí permanecí por algunas semanas y luego, cuando estaba lo suficiente recuperada, me transfirió al orfanato de World Vision en la ciudad.

»La señorita Eriksson… ¿cómo decirlo? En cierto sentido, ella fue mi salvadora antes de Jesús».

Un hombre como Goliat

El orfanato era una casa, pero difícilmente un hogar. Las condiciones resultaban primitivas: instalaciones sanitarias al aire libre, esteras por camas y cientos de niños reclamando atención.

—Yo era una de las mayores allí —prosiguió Stephanie—. Mi trabajo consistía en cuidar a los bebés: lavar pañales, tender pañales, doblar pañales, cambiar a los bebés, ponérmelos en las espaldas mientras estaba trabajando. Amaba a esos bebés.

Amor era una palabra que no había oído a lo largo del relato de Stephanie.

—¿El hecho de establecer una relación con ellos significó una nueva emoción para usted?

—Definitivamente. Cuando llegaba a la sección de bebés, todos me tendían sus brazos, queriendo que los alzara. Me sentía amada. Los empleados no tenían tiempo suficiente para todos, así que yo les cantaba, los cargaba e iba con ellos de aquí para allá. Y entonces, de vez en cuando, un bebé desaparecía.

—¿Desaparecía?

—Sí. Y cuando preguntaba dónde estaba ese bebé, me respondían diciendo que se había ido a América.

—¡Oh, ya veo! Lo habían adoptado.

—Bueno, la verdad es que yo no sabía qué era una adopción. Sin embargo, pronto aprendí que cuando decían que un bebé se había ido a América se estaba hablando de algo bueno. Un día, el director dijo que una pareja de Estados Unidos iba a llegar para adoptar a un bebé. De inmediato empecé a trabajar a fin de tener todo listo para cuando llegaran: los peiné, los bañé, pellizqué sus cachetes y les puse los mejores trapos que pude encontrar.

»Al día siguiente, alguien llamó a la puerta. Un empleado fue a abrir y pareció como si estuviera entrando el señor Goliat. No solo se trataba de alguien altísimo, sino muy macizo. Por aquella época en Corea las únicas personas corpulentas eran los ricos, así que imaginé que ese señor debería ser el hombre más rico sobre la faz de la tierra. Caminando a su lado venía la señora Goliat, que era mucho más pequeña.

»Hablaban inglés y se hacían entender con la ayuda de un intérprete. Las cunas se alineaban a lo largo del pasillo, y pude ver cómo el señor Goliat tomaba a un bebé y lo alzaba hasta colocarlo junto a su rostro».

El semblante de Stephanie se iluminó al recordar este episodio.

—Estaba impresionadísima observando lo que hacía. No creo que hubiera visto antes a un hombre alzando así a un bebé. Cuando lo tuvo a la altura de su rostro, lo atrajo hacia su mejilla y comenzó a hablarle y besarlo, lo cual provocó que me sintiera conmovida. Luego el señor Goliat dejó al bebé en su cunita, tomó a otro e hizo lo mismo. Sin darme cuenta, me había acercado bastante a él.

La curiosidad me abrumaba.

»Él colocó al segundo bebé debajo de su barbilla y entonces lo miré a los ojos… el señor Goliat estaba llorando. Mi corazón empezó a latir con fuerza: *pump, pump, pump, pump.* Sabía que lo que estaba ocurriendo era bueno. Algo dentro de mí me decía: *Esto es bueno*. Puso al bebé en su cuna e hizo lo mismo con un tercero. Y mientras sostenía a este tercer bebé en sus brazos, me miró con el rabillo del ojo. Actuó del mismo modo: le habló al bebé, lo besó y lo dejó en su cunita. Y luego se volvió hacia mí. Yo empecé entonces a retroceder».

—¿Qué cree que estaba viendo cuando se volvió a mirarla?

—Aunque ya tenía casi nueve años de edad y había estado en el orfanato durante dos años, todavía mostraba suciedad en mi cuerpo, especialmente en mis codos y rodillas, pues se había impregnado a mi piel. Había tenido tantos piojos que mi cabeza se veía realmente blanca. Los gusanos que poblaban mi estómago eran tantos que subían hasta mi garganta cuando tenían hambre. Tenía un ojo vago que daba una especie de giro en su cuenca. No podía ver muy bien, seguramente debido a la malnutrición. Mi rostro carecía de expresión. No alcanzaba a pesar treinta libras. Era solo huesos y piel. Había tenido furúnculos por todo el cuerpo y mostraba cicatrices en la cara.

»Y aun así, el señor Goliat se acercó a mí. Se agachó todo cuanto pudo y me miró directo a los ojos. Extendió su enorme mano y la posó sobre mi cara, justo así —dijo Stephanie, cerrando sus ojos mientras con toda delicadeza ella misma demostraba el gesto—. Su mano cubrió mi cabeza. ¡Aquello me hizo sentir tan bien! Y luego comenzó a prodigarme caricias en el rostro».

Yo estaba hechizado. Esta era la imagen de la gracia que había venido buscando: un aspirante a padre brindándole una aceptación incondicional a una niña que no tenía absolutamente nada que ofrecer, ni recompensas ni logros, solo ella con toda su vulnerabilidad, sus cicatrices y sus debilidades.

Mis ojos se humedecieron. *Este es* el amor de un papá. Tal vez —*solo tal vez* — este es el amor de un Padre.

La ventana se cierra de golpe

—Entonces ocurrió algo increíble. Esa mano en mi cara me hacía sentir tan bien —continuó contándome Stephanie—, que por dentro me estaba diciendo: *¡Mantenga su mano en mi rostro; no la quite, por favor!* Sin embargo, nadie se había acercado a mí de esa forma antes, y la verdad es que no sabía cómo

reaccionar.

—¿Qué hizo entonces?

Sus ojos se abrieron como si todavía estuviera asombrada por lo que había hecho.

—Aparté violentamente su mano de mi rostro, lo miré a los ojos… y lo escupí. Lo escupí dos veces, y luego salí corriendo y me refugié en un armario.

¿Lo escupió? Mi mente daba vueltas. La gracia le había abierto una ventana de oportunidades —una posibilidad de esperanza, seguridad y un futuro— y ella la había cerrado de golpe.

—¿Cómo? —le pregunté—. ¿Cómo pudo hacer eso?

No obstante, mientras ella trataba de encontrar una explicación, mi mente me hizo recordar las veces que yo había quitado de mi rostro la mano de Dios cuando él había intentado acercarse a mí en aquellos días de rebeldía y escepticismo. En una ocasión, cuando era un niño, un maestro de la Escuela Dominical me quiso hablar del amor de Dios. Me sentía atraído hacia la fe, pero incómodo con mis emociones, así que aparté bruscamente la mano de Dios. En otro momento durante la boda de un amigo, cuando el pastor habló con poder sobre la edificación de un matrimonio alrededor de Cristo, me sentí intrigado, pero rápidamente las preocupaciones por mi carrera apagaron mi curiosidad espiritual. O la vez en que desesperado le pedí a Dios que aunque no creía en él, sanara a nuestra hija recién nacida de una misteriosa enfermedad que amenazaba con quitarle la vida. De repente —de algún modo inexplicable— la pequeña se recuperó totalmente, pero con la misma rapidez me olvidé de la oración, atribuyéndole la sanidad a un milagro de la medicina moderna, a pesar de que los médicos no tenían forma de explicar lo que había ocurrido. Más de una vez, tuve que admitirlo, había dejado que la ventana de la oportunidad espiritual se cerrara, primero lentamente… ¡y luego *de golpe!*

Para Stephanie, en muchos sentidos, este pudo haber sido el final de su historia. Sin embargo, y de forma increíble, el señor Goliat y su esposa demostraron ser persistentes. A pesar de su rechazo inicial, siguieron persiguiéndola. Al día siguiente, volvieron al orfanato.

—Me llamaron a la oficina del director, y al entrar me encontré con la pareja de extranjeros —continuó Stephanie—. Yo pensaba: *¡Ahora sí que estoy en un problema serio! Seguramente me van a aplicar un castigo por lo que hice ayer. Me darán una paliza.* Sin embargo, el intérprete, señalando al señor Goliat y su esposa, a aquellos extraños, a esos extranjeros que tenían un corazón tan sensible

que habían llorado ante aquellos niños, dijo: “Quieren llevarte con ellos a su hogar”.

Lo que me sorprendió fue que esta pareja pudo haber escogido sin ningún problema a un bebé más sumiso, quizás el que primero habían considerado adoptar, alguien sin el bagaje emocional y las dolencias físicas de esta recalcitrante niña de la calle, alguien que no hubiera sufrido los efectos de años de privaciones y abusos, alguien que no demandara tanto sacrificio a los padres. Nadie los habría podido culpar. Nadie habría pensado mal de ellos. No obstante, David y Judy Merwin, misioneros recién llegados de Estados Unidos, inesperadamente dijeron ese día: *Esta es la niña que queremos*.

—En aquel momento, no me di cuenta de que me estaban adoptando —siguió diciendo Stephanie—. Pensé que quizás me convertiría en su sirvienta. Esto era, básicamente, lo que ocurría en Corea. Cuando una niña o un niño llegaban a cierta edad, se les vendía a los ricos en calidad de siervos.

Un siervo, sí. Ella podría adaptarse a esa idea. Podría pagarles por su amabilidad, podría trabajar para saldar la deuda que hubiera contraído, podría compensarlos por el riesgo que habían corrido con ella, podría ganar para pagarse un cuarto y su comida. Transformarse en una sirvienta era la única idea que le venía a la mente ante su situación. Una reacción bastante comprensible, por lo demás.

«No hay palabras»

Los Merwin esperaban adoptar a un niño y ponerle por nombre Stephen, por lo que le dieron a su nueva niña el nombre de Stephanie. Su casa en Corea, modesta para los estándares occidentales, a ella le pareció enorme.

—Nunca había visto un refrigerador, un inodoro, una cama. Pensé: *Será entretenido trabajar aquí*. Hasta huevos tenían, los cuales solo los coreanos ricos podían proveerse. Me asearon, me administraron antibióticos y me devolvieron la salud. Me siguieron alimentando, me dieron una cama, me compraron ropa nueva, pero nunca me pusieron a trabajar.

—¿Eso la confundió?

—Sí. Me preguntaba por qué no me ponían a trabajar después de varios meses, pero tenía miedo de tocar el tema con ellos. Cuando íbamos al pueblo, todo el mundo me trataba como si fuera alguien maravilloso. No podía entenderlo. Había sido una *tuigi*, pero ahora me trataban como a una princesa.

»Hasta que un día, una niña me dijo: “Hueles como norteamericana”. Yo le dije: “¿Qué quieres decir con eso?”. Ella me respondió: “Hueles como queso”. Los niños coreanos siempre decían que los extranjeros olían como queso. Yo le aseguré: “No. No soy norteamericana, pero estos norteamericanos son muy divertidos. Todavía no me ponen a trabajar. Me tratan muy bien”.

»Ella me miró con una expresión de sorpresa y me dijo: “Stephanie, ¿no te has dado cuenta de que tú eres su hija?”. Esa idea nunca se me había ocurrido, así que le respondí: “¡Yo no soy su hija!”. Sin embargo, ella insistió: “¡Sí que lo eres! *Tú… eres… su… hija”*.

»¡Me quedé estupefacta! Salí corriendo de la habitación donde nos encontrábamos, subí la colina y me dirigí a casa mientras pensaba: *¡Soy su hija, soy su hija, soy su hija. Por eso es que me han tratado así. Por eso es que no me pegan. Por eso es que nadie me dice* tuigi. *Soy su hija!*

»Encontré a mi mamá sentada en una mecedora. Le dije en coreano: “¡Soy su hija!”. Ella todavía no había aprendido el coreano, pero una empleada de la casa le explicó: “Ella está diciendo que es su hija”. Al oír eso, las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de mi mamá. Ella asintió y me dijo: “¡Sí, Stephanie, tú eres mi hija!”».

—¿Cómo se sintió?

Stephanie había venido hablando con mucho aplomo sobre su vida: maltratos inconcebibles, sufrimientos, abandono, rechazo, humillaciones y dolor. No obstante, ahora la noté perturbada. Las palabras no le salían.

—Era… —intentó comenzar, luego se detuvo, y alzó las manos—. No tengo palabras, Lee. Sencillamente, no tengo palabras.

A veces el lenguaje no puede contener la gracia.

Y entonces, Jesús

—Sus padres adoptivos le mostraron mucho amor, ¿verdad? —le dije—. ¿La llevó eso a Jesús? ¿Cómo llegó a ser cristiana?

—Estábamos en una playa en Corea, y mi papá me preguntó si quería bautizarme. Yo le respondí: “Claro que sí. Vamos al océano”. Y entonces mi papá me bautizó.

—¿Tenía usted la fe suficiente como para llegar al bautismo o fue simplemente un intento de complacer a sus padres?

—Yo amaba al Señor tanto como era capaz de hacerlo, pero interiormente seguía teniendo muchas heridas y dolor. Mi problema era que tenía miedo de que la gente se diera cuenta de mi dolor. Si mi mamá y mi papá percibían mi aflicción, pensé que podrían devolverme al orfanato. Si mi profesora me veía triste, podría decírselo a mis padres. Si mis amigos me veían sufriendo, se lo podrían decir también a mis padres. No quería que nadie supiera de mis días cuando era una niña de la calle. Tenía miedo de que me rechazaran. Esa sensación se mantuvo hasta que cumplí los diecisiete.

—¿Qué ocurrió después de los diecisiete?

—Fuimos a vivir a un pueblo de Indiana donde mi padre era pastor. Yo hacía todo lo que podía para negar mi herencia coreana. En la secundaria era la única asiática, pero quería ser la perfecta joven norteamericana. Aunque era la reina de las fiestas y había ganado el premio de la ciudadanía, cada noche me iba a la cama temiendo morir si se me llegaban a descubrir y perdía el amor de mis padres. El verano antes de cumplir los diecisiete, estaba malhumorada, irritable y retraída. Al verme así, mi mamá me confrontó con toda dulzura. Sin embargo, yo me metí en mi cuarto, cerré la puerta y me miré en el espejo. Me sentí como si no fuera más que una *tuigi*, un montón de basura. Me oculté debajo de las sábanas. Un par de minutos más tarde, mi papá abrió la puerta y escuché que llamaba con toda dulzura: “¿Stephanie?”. Vino y se sentó en el borde de la cama mientras me decía: “Tu madre y yo queremos que sepas que te amamos, pero pareciera que te está costando aceptar ese amor. Ha llegado el momento de entregarle esto a Dios”.

»Ahora bien. Yo era hija de un pastor, de modo que se supone que conocía la Biblia, ¿verdad? No obstante, mi papá la conocía mejor. Me dijo: “Stephanie, ¿quieres que hablemos de Jesús?”. Yo lo miré y le contesté: “Por supuesto”. Entonces me pidió que pensara que Jesús sabía cómo me sentía y que él era el único que me podía ayudar. Dicho eso, se puso de pie y se fue, dejándome sola.

»Hasta ese momento, solo había visto a Jesús como el Hijo de Dios. Sabía que había venido a la tierra, pero esa noche por primera vez me di cuenta de algo: *Él me entendía*. ¡Jesús había estado en mis zapatos! De alguna manera, él también era una suerte de *tuigi*. ¿Sabe una cosa? Su papá, su padre terrenal, no era su verdadero padre. Su cuna estaba hecha de paja. Lo ridiculizaron y abusaron de él. Lo persiguieron y quisieron matarlo.

»Algo estaba despertando en mí. *Oh, a eso se refiere mi papá cuando dice que Jesús me entiende*. Después que mi papá se fuera, oré, pero mi oración no resultó muy agradable. Dije: “¡Dios, si tú eres quien mi mamá y mi papá dicen

que eres, entonces haz algo, y hazlo ya!”. Y lo hizo».

—¿Qué fue lo que hizo?

—Empecé a llorar. Hacía años que no lloraba. No había sido capaz de hacerlo. En el proceso de ser objeto de abusos y burlas, me di cuenta de que mientras más lloraba, más grande era el dolor que experimentaba. No obstante, esa noche algo frío y duro se quebró dentro de mí: una barrera entre Dios y yo. Finalmente, él me permitió derramar mis lágrimas. Y lloré sin poder parar.

»Mis lamentos eran tan fuertes que mi mamá y mi papá acudieron a mi habitación. No dijeron nada. Yo no quería que me consolaran. Mi papá tomó mis pies y mi mamá mis manos y oraron en silencio al Señor. Y entonces tuve esta intervención sobrenatural.

»De repente, comprendí algo: Jesús me conoce. *¡Y aún me ama!* Él conoce todas mis vergüenzas, todas mis culpas, todos mis miedos, todas mis soledades… y aun así me ama. Desde esa noche, nunca fui la misma.

»Antes de eso, cuando oía hablar del amor de Dios, siempre sentía que era un amor para otras personas. A mí no me podía amar. ¡Yo era un error! Él no podía amarme, pues había nacido en pecado. Él no podría amarme, porque era una birracial. Creía que se necesita cierto status en la vida para ser amado. Eso estaba tan arraigado en mí que después que fui adoptada y mis padres me hablaban del amor de Dios, seguía pensando: *¡Él no me puede amar a mí! A mí me violaron. ¡Él no me puede amar! Fui abusada. ¡Él no me puede amar a mí! Tengo dentro de mí esta rabia tan grande. ¡Él no me puede amar a mí! Mi papá dice que necesito perdonar y no quiero hacerlo*.

»Sin embargo, esa noche me di cuenta. *¡Él… me… ama a mí! Me ama tal como soy*. Y eso me cambió, de adentro hacia afuera. Me tomó muchos, muchos años dejar a un lado ciertos patrones en mi vida y sanar. Por mucho tiempo me había odiado. El que por fin pudiera mirarme al espejo y amarme no fue otra cosa sino un gran milagro. Esto es la gracia de Dios.

»Así que en estos días tengo una frase que uso. En lo que a mí respecta, puedo decir con toda honestidad que no hay cosa que me haya sucedido en la vida que no haya sido para bien. ¿Por qué? Porque todo en mi vida me trajo a Jesús».

—Eso es tremendo, Stephanie, tomando en cuenta todo lo que ha tenido que pasar.

—Tal vez sea así, pero eso es lo que vivo ahora. Aconsejo a muchas mujeres que han sido abusadas; de hecho, esto ocupa gran parte de mi ministerio en el día

de hoy. Ellas están siempre esperando una resolución completa. Espero que eso ocurra al menos con algunas de ellas. Sinceramente lo espero. Pero en cuanto a mí, eso no va a ocurrir sino hasta que esté en el cielo.

—Y cuando llegue allá —le dije—, ¿qué querrá preguntarle a Jesús?

Stephanie se reclinó en su silla. Observó por la ventana para ver cómo el sol de la tarde desvanecía el gris de Oregon, y luego volvió a dirigir su mirada hacia mí. En su rostro se dibujaba una sonrisa apacible.

—Algunas personas dicen que cuando lleguen al otro lado van a hacer toneladas de preguntas. Y no tengo objeción a eso. Pero yo ya no pienso así. Me he llegado a dar cuenta de que cuando esté al otro lado, no voy a tener necesidad de preguntar nada.

Hice un movimiento de cabeza en señal de asentimiento.

—Creo entenderla —le dije—. Sin embargo, su historia es tan diferente de la mía que no me puedo imaginar cómo es capaz de procesarlo todo.

Tomó la taza de café que estaba en una mesita cerca de ella y bebió un sorbo.

—Quizás tenemos más en común de lo que piensa —me dijo.

No estaba seguro de lo que quería decir con eso. En una conversación anterior, en respuesta a sus preguntas acerca de mi trasfondo, había mencionado los factores que me motivaron a mi exploración de la gracia, pero no lograba ver la conexión a la que ella se estaba refiriendo.

—La Biblia —explicó— habla de huérfanos, y a veces utiliza la expresión *huérfano de padre.* Parece que su padre lo protegió y proveyó para usted, y créame, eso es bueno. Debería estar agradecido por eso como estoy segura de que lo está. Pero aun así, una persona puede ser huérfana de corazón.

Huérfano de corazón. Me estremecí. Sus palabras me impactaron.

—Y es ahí donde Dios puede proveer. Es ahí donde la gracia se hace presente. Como dice el salmo: "Tú, Dios, eres el amparo del huérfano".[3]

Adoptada por Dios

Al día siguiente, mientras volaba de regreso a Denver, me sentí como si hubiera contemplado los ojos de la gracia. Una vez desconfiada, insegura y anticipando lo peor, hoy la mirada de Stephanie era cálida, amable y serenamente confiada. Tan notable transformación tuvo lugar, primero porque un padre sacrificó su sueño de un hijo y se acercó a ella cuando era socialmente una intocable, y luego

porque un Padre sacrificó a su Hijo para prodigarle un amor redentor y sanador.

Ahora Stephanie dedica su vida a ofrecerle consejería a mujeres jóvenes quebrantadas, compartiendo con ellas su historia y culminándola con la más increíble de las declaraciones: *Puedo decir sinceramente que no hay suceso en mi vida sin el cual estaría mejor*.

Por teléfono, le conté los detalles de nuestra conversación a mi viejo amigo Mark Mittelberg, y unos pocos días después nos reunimos para almorzar en un polvoriento café en el Front Range de Colorado.

—¿Te acuerdas de esto? —me preguntó Mark, poniendo encima de la mesa un libro muy ajado.

Lo cogí y sonreí. Era una edición de hacía cuarenta años del clásico del teólogo J. L. Parker, *Conocer a Dios*, un volumen lleno de ideas que había estudiado durante mi investigación inicial del cristianismo y que ha permanecido en mi biblioteca por décadas.

—Claro que lo recuerdo —le dije mientras lo hojeaba. Tenía numerosas frases subrayadas y asteriscos en los márgenes—. Es decir, me acuerdo de que su lectura me aclaró una gran cantidad de conceptos, pero la verdad es que ahora no puedo recordar muchos en forma específica. ¿Por qué lo trajiste?

—Por lo que me dijiste que habías hablado con Stephanie. ¿No te acuerdas? Uno de los puntos importantes de Parker es que la gracia no se puede apreciar plenamente aparte de la adopción. Aquí está, escucha esto —dijo al tiempo que tomaba el libro, buscaba la página y leía—. “Si usted quiere saber cuán bien una persona entiende el cristianismo, averigüe hasta dónde está consciente de la idea de ser un hijo de Dios, y tener a Dios como su Padre. Si este no es el pensamiento que impulsa y controla su adoración y sus oraciones, y toda su visión de la vida, esto significa que no entiende el cristianismo”.[4]

Dejó el libro y me dijo:

—¿No lo ves? Tu vida ha sido una búsqueda de la gracia, y has visto esa imagen única en la vida de Stephanie. Ella ha sido adoptada dos veces, y en ambas la ha abrumado la gracia. Eso es lo que ha hecho eco en ti: su historia de haber encontrado el supremo amor de un Padre perfecto.

Él tenía razón. Y en *ese momento* algo fue evidente para mí. Lo que realmente me cautiva sobre la gracia es que Dios no solo ha borrado los pecados por los cuales merecíamos el castigo, sino ha llegado a ser mi Padre amoroso y compasivo, cuya divina aceptación se apresura a llenar un corazón que dejó seco un papá terrenal.

La verdad es que Dios pudo haber perdonado mi pasado y haberme dado la seguridad del cielo y aun así mantenerme alejado de él. Pudo haberme hecho un mero sirviente en la familia de su reino, e incluso aquello pudo haber sido más de lo que yo merecía. Sin embargo, su gracia es mucho más exagerada que eso.

«Estar a cuentas con Dios el juez es una gran cosa», escribe Parker, «pero ser amado y cuidado por Dios el Padre es algo mucho más grande».[5]

Por supuesto, desde hace mucho tiempo he entendido la teología detrás de la adopción. Después de casi dos años de satisfacerme intelectualmente con respecto a que el cristianismo es la verdad, el último versículo que leí antes de rendir mi vida a Jesús fue Juan 1.12: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios».

Hijos de Dios… sí, hacía tiempo que había entendido que la gracia de Dios nos invita a integrarnos a su familia eterna. Sin embargo, fue ese día, sentado en ese café, que la gracia de la adopción me golpeó de nuevo y la sentí muy dentro de mí. Las piezas del rompecabezas encajaban mejor que nunca.

«Es como un cuento de hadas», escribió Parker. «El monarca reinante adopta a niños abandonados y hace de ellos príncipes, pero, gloria a Dios, la nuestra no es una fantasía; es un hecho concreto y sólido, fundado sobre la roca firme de la gracia libre y soberana. Esto, y nada menos que esto, es lo que significa la adopción. No es de extrañar que Juan clamara: "Mirad, cuál amor nos ha dado…". Cuando usted entienda la adopción, su corazón dirá lo mismo».[6]

Me deleitaba imaginándome a Stephanie corriendo con alegría desbordante hacia su casa mientras iba diciendo: ¡*Soy su hija, soy su hija, soy su hija! Por eso es que me han tratado así. Por eso es que no me han pegado. Por eso es que nadie me ha vuelto a decir* tuigi. *¡Soy su hija!*

Yo necesitaba desesperadamente absorber esta verdad de nuevo: estoy más allá del perdón. Soy más que un sirviente. He sido adoptado por un Padre cuyo amor es perfecto, cuya aceptación es incondicional, cuyo afecto nunca acaba y cuya generosidad no tiene límites. Un Padre que *está de mi parte*… para siempre.

Por más que traté de controlarme en aquel café lleno de gente, una amplia sonrisa se dibujó en mi cara. No podía ocultar la celebración que tenía lugar dentro de mí. Una vez más, me encontré corriendo a Casa.

¡Soy su hijo, soy su hijo, soy su hijo! Por eso es que me ha tratado de esta manera. ¡Soy su hijo!

CAPÍTULO 3

El adicto

Podemos escapar a la libertad de la gracia

> *La gracia es incontrolable. La gracia lo conmueve todo.*
>
> *La gracia rompe los diques. La gracia desordena el cabello.*
>
> *La gracia no es dócil […] A menos que estemos haciendo el nervioso devoto, no estamos predicando la gracia como deberíamos.*
>
> Doug Wilson[1]

Con su corazón latiendo acelerado, su cuerpo empapado en sudor, y su mente aturdida y desorientada, el muchacho recuperó lentamente la conciencia. No sabía dónde se encontraba. Con la última gota de energía que le quedaba se arrastró fuera de la cama. Se miró al espejo y casi no se reconoció: rostro demacrado, ojos hundidos y vidriosos, expresión indiferente. Después del cóctel de drogas que había consumido, no dejaba de sorprenderle que aún estuviera vivo.

Fue entonces cuando se propuso hacer algo que solo otro adicto podría comprender: mezcló lo que le quedaba de droga, tomó aire… y hundió la aguja en su brazo una vez más.

Esto me puede matar, pensó. *Y me parece muy bien*.

Si alguien necesitaba la ayuda de Dios, era este adolescente tejano de diecisiete años de edad. Después de descender durante cuatro años a lo más profundo del infierno de la cocaína y las metanfetaminas, se dirigía inexorablemente a una muerte temprana.

¿Así que cuál puede ser el futuro para un ladrón de automóviles, un ladrón de tiendas, un vago y un adicto a las drogas que comienza a inyectarse metanfetaminas antes de tener edad suficiente para conducir? Bueno, ahí estaba

yo, sentado con él en su oficina dentro de una megaiglesia ubicada en Las Vegas, Nevada, de todos los lugares del mundo, la meca del vicio.

Sí, ahora es pastor de una iglesia. Debido a sus experiencias, tiene una actitud generosa hacia esta metrópoli apodada la Ciudad del Pecado. En una de las paredes de su oficina hay una gran fotografía de *Las Vegas Strip*, con los fuertes colores morados y anaranjados de la puesta del sol. En la parte superior y a todo lo largo se puede leer en gruesas letras: La Ciudad de la Gracia. Y en la parte inferior se encuentra Romanos 5.20: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

Pecado y gracia. Yo sabía que estos temas eran centrales en la historia de Jud Wilhite, pero durante nuestros años de amistad nunca había compartido conmigo los detalles de su rescate desde el borde de una muerte debido a las drogas. Me sentía ansioso por saber lo que había pasado; sin embargo, había viajado a Las Vegas por algo más que eso, porque hay otra dimensión en la historia de Jud que me ha intrigado de forma especial.

Tiene que ver con lo que sucedió *después* de que Jud fuera adoptado por la gracia en la familia de Dios. Pronto se encontró con que había cambiado una adicción por otra compulsión. Esta vez, era su desempeño y el legalismo lo que habían amenazado con sofocar su fe, como había ocurrido conmigo.

Como resultado, ambos llegamos a un punto en que necesitábamos desesperadamente un aliento fresco de la gracia de Dios.[2]

Atrapado por las drogas

Cuando Jud tenía doce años se unió a un grupo de estudiantes para ir a almorzar fuera de la escuela secundaria. Así se introdujo en el mundo de las drogas.

—No era que quisiera drogarme —recuerda—, sino simplemente mejorar mi autoestima y poder acoplarme con los muchachos que eran mayores que yo.

Aun hoy en día, Jud luce más joven que un hombre con los cuarenta y dos años que tiene. Sus anteojos con moldura negra, el pelo ligeramente peinado en puntas y su traje oscuro le dan un aspecto sofisticado. Un periodista que lo visitó dijo que vestía como un ayudante de una banda de rock. Ha estado casado con Lori por más de diecisiete años, y tienen un niño y una niña de aproximadamente la misma edad que él tenía cuando se fumó su primer cigarrillo de marihuana.

—Todos los adictos cuentan la misma historia —me dijo—. Cuando se empieza, uno va a las fiestas y las drogas lo hacen sentir bien, como si fuera más

libre y pudiera comunicarse mejor. Sin embargo, en poco tiempo ya no tiene que ir a una fiesta, sino que está metido en el cuarto de atrás de algún lugar usando droga pesada. Va camino a la cárcel, la muerte o la locura, cualquiera de las tres. A menos que uno se limpie, lo que digo va a suceder. A mí no me tomó mucho tiempo encontrar el camino que me llevara a la habitación de atrás.

En Amarillo, donde Jud creció como un cuarto hijo, con una gran diferencia de edad entre él y su hermano inmediatamente mayor, no faltaba la droga. Su padre era un antiguo sargento del ejército que había participado en la batalla de Ardenas, transformándose después en un comerciante exitoso en el negocio de refrigeración.

—¿Sus padres lo llevaban a la iglesia cuando era un niño? —le pregunté.

—Sí —me dijo—. Yo les decía que iba al grupo de jóvenes, pero me escapaba para ir a fumar cigarrillos. Esperaba hasta que la reunión se acababa. Después me encontraba con ellos en el auto.

—¿Alguna vez le preguntaron sobre la reunión de jóvenes?

—Oh sí. Claro. Me decían: "¿Qué aprendiste hoy?". Y yo les contestaba: "Sobre Jesús". Y averiguaban: "¿Qué cosa sobre Jesús?". Y yo les decía: "Que Jesús me ama". Supongo que era lo que querían oír.

La marihuana y el alcohol lo llevaron rápidamente a la cocaína. Su vida quedó fuera de control. La policía lo arrestó después de haberlo sorprendido robando en una tienda por departamentos. Cuando tenía catorce años, él y algunos amigos tarde en la noche le robaron su automóvil a un vecino y se dedicaron a divertirse, con Jud tras el volante, hasta que fueron detenidos por su padre.

Durante los cuatro años después de su primer cigarrillo de marihuana, todo resultaba borroso.

—No sabía lo que era enfrentar una semana de vida sobrio.

Señaló a una guitarra que estaba montada en la pared, un recuerdo de sus días en una banda de rock.

—Fue como con Johnny Cash —dijo—. Después de la primera píldora, con cada una de las que siguió tomando él trataba de recapturar esa primera experiencia, lo cual no hizo más que alejarlo de Dios y las personas que amaba. Así sucedió conmigo.

«No puedo hacerlo solo»

Después de despertar de sus sobredosis e inyectarse el resto de la droga —«en un sentido, yo estaba desafiando a la muerte»— Jud recuperaba y perdía la conciencia, a veces vomitando violentamente mientras se agarrara al parachoques de su auto, quedando finalmente inmóvil por el agotamiento, tirado en el piso de su habitación a oscuras. Había tocado fondo, y por primera vez en años quiso verse libre de las drogas, la desesperación y la confusión.

—Yo era un tonto —me dijo—. Me habían dado todas las oportunidades, tenía una familia que me amaba, pero estaba completamente engañado por el pecado. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que mi vida era un desastre.

Durante las siguientes semanas, al seguir fumando marihuana —«aquello era para mí tan natural como respirar»— Jud se atrevió a contemplar su futuro. Se vio en una encrucijada.

—Me encontraba a punto de que todo se resolviera. Estaba cansado y agotado. Odiaba todo lo que había venido haciendo. Odiaba las drogas como tantos adictos las odian. Sentía que mi tiempo se estaba acabando. Si me mantenía en el camino por el que venía, tarde o temprano me encontraría en un callejón sin salida. Por primera vez, me sentí incapaz de ponerle fin al ciclo de desesperación y culpa.

—¿Qué hizo entonces?

—Lo único que *podía* hacer: clamar a Dios. Caí sobre mis rodillas en mi dormitorio y dije: *¡Dios, ayúdame! ¡Estoy muy mal! ¡Necesito que me ayudes!* No fue nada elocuente, ¿pero qué más podía decir? Era la verdad.

—¿Entonces qué pasó?

—Bueno, no oí voces ni vi ángeles. No obstante, para ser sincero, le diré que el sentimiento que tenía en mi alma era: *bienvenido a casa*. Me sentí como si hubiera llegado al lugar al que pertenecía.

—¿Fue ese el comienzo del cambio?

—Absolutamente. A la mañana siguiente, tenía todo mi arsenal de drogas en el auto. Iba por la autopista a unos sesenta o setenta kilómetros por hora. Pensé: *¡Esto es real ahora! ¿Qué voy a hacer?* Sentí que Dios me estaba dando el valor para tirar todo aquello por la ventana. Y así lo hice. Nunca volví atrás.

—¿Cómo se sintió después?

—Durante días sudaba, me irritaba por cualquier cosa, estaba de un humor horrible, pero sabía dos cosas: una, que no podía volver atrás, eso simplemente no era una opción; y dos, que no podría salir adelante por mí mismo. Necesitaba un poder superior a mi débil voluntad. Todos los días tenía que luchar contra el

deseo de drogarme. Fue una batalla dura que se prolongó por bastante tiempo.

—¿Cómo se las arregló para salir adelante?

—Una y otra vez me mantenía susurrando una oración: *No puedo hacer esto solo. Dios, ayúdame. Si no te haces presente de alguna manera en mi vida, estoy perdido.*

—¿Y se hizo presente?

Jud sonrió, y luego dejó escapar una risita:

—Sí. Lo hizo, pero no de la manera que yo esperaba.

—¿Cómo fue? —pregunté.

—A través de la iglesia.

Rescatado por la gracia

Jud Wilhite estaba acostumbrado a deambular por los pasillos de la Iglesia Cristiana Hillside mientras sus padres asistían a los servicios. Sin embargo, a los diecisiete años, por primera vez en su vida se dirigió desde el estacionamiento hasta el santuario y entró. No había ido porque creyera plenamente la historia cristiana. No todavía. Sabía que su vida había sido un desastre y que no podría vencer su adicción por sí solo. Se dirigió a un salón donde se reunían los jóvenes cada semana para estudiar la Biblia. Fue al mezclarse con esta pequeña comunidad de cristianos que encontró a Jesús.

—De alguna manera, ellos eran los bichos raros, el tipo de gente que no encaja en los grupos de jóvenes regulares —dijo—, y francamente, eso es lo que yo era. Un par de chicos sabían de mi adicción, pero la mayoría no. Sin embargo, eso no importaba. Ellos sabían sin saber. ¿Entiende lo que quiero decir? Y me ofrecieron un lugar seguro.

—Le mostraron gracia.

—Exactamente. No me juzgaron ni me condenaron. No me hicieron preguntas sobre mi pasado o en qué había estado metido. No me sentaron como ante un tribunal ni me interrogaron. Me dieron la libertad de decirles lo que me hiciera sentirme bien. Me escucharon, me respetaron, oraron por mí; en realidad, me salvaron de la destrucción total. Me dieron el regalo del tiempo. Me expresaron su amor como Jesús lo habría hecho.

Jud Wilhite había descubierto la iglesia.

Durante los siguientes seis meses, su apetito por Dios se volvió insaciable.

Llegaba a casa del colegio, se encerraba en su habitación y leía la Biblia de principio a fin. Se reunía con miembros de su grupo de la iglesia durante la semana. Para enero de su último año, aquella oración de agonía que había hecho en su cuarto finalmente se había concretado. Estaba completamente a salvo y seguro en Casa.

Cada vez más, la iglesia se convertía en una familia para él. Un día en que iba por el pasillo, se encontró con el pastor principal que caminaba en sentido contrario.

—Hola, Jud —le dijo—. ¿No has pensado en llegar a ser pastor?

Justo así, como si nada.

Jud primeramente pensó: *¿Qué habrá estado fumando este reverendo?*

Sin embargo, la semilla había quedado plantada. Cuando volvieron a encontrarse, el pastor le dijo que Dios le había dicho que algún día Jud pastorearía una iglesia.

—¿Cómo reaccionó a eso?

—Empecé a orar por dos cosas: la primera, que Dios me permitiera usar mi experiencia a fin de ayudar a otras personas a encontrar el mismo tipo de gracia que me había rescatado a mí. Y la segunda, que me permitiera hacerlo a través de una iglesia local, porque Dios usó a la iglesia para salvar mi vida.

En ese momento, Jud no se imaginaba el tremendo obstáculo que encontraría en su camino.

La religión.

La renuncia a la fe

Empujado por su gratitud hacia la gracia de Dios, Jud pisó el acelerador a fondo en su vida cristiana. Asistió a un campamento, se unió a un grupo de músicos y tocó el bajo en una banda de rock cristiano. («¿Cómo se llamaba la banda?». «Por favor, no me pregunte eso». «No. En serio. ¿Cómo se llamaba?». Silencio. «Fuerza angelical». Silencio incómodo. «Está bien, discúlpeme por preguntar».)

Más tarde asistió a una universidad cristiana a fin de prepararse para llegar a ser pastor. Durante su último año, asistía a clases en la semana y los domingos predicaba en una pequeña iglesia en las afueras de Dallas. No obstante, de alguna manera a lo largo de este proceso, el sincero deseo de servir a Dios se transformó en una compulsión por probar una y otra vez que era lo suficiente

bueno como para merecer el amor constante del Señor.

—Por mucho tiempo le había fallado a mi familia y a Dios, así que después de llegar a ser cristiano, me dediqué a seguir una rutina en lo que concernía a mi conducta, sin siquiera darme cuenta de ello. Me esforzaba por agradar a Dios, como si para mantener mi buena relación con él bastara con ser un supercristiano. Deseaba recuperar el tiempo perdido y demostrar que Dios había hecho bien en salvarme.

—¿Qué hizo entonces?

—Ayuné durante varios días. Oré sin descanso. Trabajé sirviendo a los desamparados. Di todo lo que tenía hasta quedarme con un par de pantalones vaqueros, una camisa y unos zapatos. La gente empezó a comentar cuán maduro era como cristiano; y sí, estaba haciendo algunas cosas buenas, pero todo eso era por los motivos errados. Quería que otros se sacrificaran como yo. Y cuando no lo hacían, los juzgaba. Así que me convertí en un criticón.

—Suena como si hubiera estado perdiendo de vista las implicaciones reales de la gracia.

—Exactamente. Sabía que había sido salvado solo por la gracia de Dios, pero ahora estaba tratando de ganarme la salvación. Jesús había pagado mi deuda, pero yo sentía que tenía que pagarle a él. Sin embargo, no importaba lo mucho que ayudara a los demás, orara o me sacrificara, nunca era suficiente. En mi mente, seguía endeudado. Empecé a sentir que era un falso, que era tan bueno como la última cosa que había hecho. Y la última cosa que había hecho no era tan buena.

Yo asentía mientras Jud hablaba, porque podía identificarme con su historia. Después que la gracia de Dios me hubo librado de las cadenas del ateísmo, me sentí lleno de una energía desbordante para servir a Jesús y contarles a otros acerca de él. Abandoné mi carrera de periodista y dediqué el sesenta por ciento de mi tiempo a unirme sin paga al personal de una iglesia, donde me sentía encantado de dedicar mis mejores horas del día al ministerio.

Como Jud, sabía que había sido adoptado como hijo de Dios mediante la oferta gratuita de su gracia, pero muy pronto me encontré trabajando febrilmente para demostrar que había hecho la decisión correcta. Necesitaba probar a través de mi ministerio que era lo suficiente bueno a los ojos de Dios. Por extraño que parezca, estaba trabajando horas extras en la iglesia para justificar la redención que nunca hubiera podido ganar.

Una noche recibí una llamada telefónica de Bill Hybels, el pastor principal

de la iglesia.

—Me ha llegado un rumor acerca de usted que me preocupa —dijo.

—¿Cómo? ¿Cuál? —respondí sorprendido.

—Que ha estado trabajando en la iglesia sesenta o setenta horas a la semana. Que se le ve tarde en la noche y todo el día domingo.

Para ser honesto, aquello me llenó de orgullo. *Así es*, habría querido decir. *Soy el miembro del equipo que trabaja más duro. Por fin alguien lo reconoce y me da las gracias; si bien no vienen directamente de Dios, por lo menos de mi pastor*.

No obstante, me limité a responder con modestia:

—Bueno, estoy trabajando duro. ¿A eso se refiere?

Su voz era ahora cortante:

—Si sigue así, tendré que despedirlo.

—¿Qué?

—Algo insano lo está motivando a hacer eso. No hay nada que usted pueda hacer para que Dios lo ame más de lo que lo ama. Necesita confiar en esa realidad. Si no lo hace, no quiero ser parte de su autodestrucción.

Le conté a Jud mi historia y en ese momento fue él quien asintió con la cabeza.

—Esa es la trampa del desempeño que atrapa a tantos cristianos —dijo—. Es la rigidez de la religión: seguir todas las reglas perfectamente para mantener a Dios contento y condenar a otros porque no se están esforzando como nosotros. Yo lo entendí cuando estaba exhausto, frustrado y me sentía como un miserable.

—¿Qué hizo entonces?

Jud levantó las manos.

—Renuncié.

—¿Renunció? ¿Y cómo?

—Un día dije: *Dios, no soy lo suficiente bueno. Nunca fui un hombre de iglesia. Soy un antiguo drogadicto, por el amor de Dios. No puedo cumplir estas funciones cristianas. Renuncio*.

Rompiendo con la rutina del desempeño

Jud estaba describiendo una epidemia en el cristianismo.[3] «Somos salvos por gracia, pero estamos viviendo por el "sudor" de nuestros propios esfuerzos», dijo

el autor Jerry Bridges.[4] Muchos cristianos, dijo Walter Marshall, son adictos a la salvación por obras y «les resulta difícil creer que pueden recibir bendiciones antes de esforzarse por conseguirlas».[5] Ken Blue le achacó la culpa por sus úlceras sangrantes, su matrimonio problemático y su depresión a los años de tener que saltar a través de aros religiosos para que Dios le diera una calificación aprobatoria como pastor.[6]

Algunos, como Jud, simplemente decidieron abandonar, agotados y exasperados.

—Pensé cambiar mis estudios en la universidad y seguir otra carrera —explicó Jud—. Le dije a Dios: *todavía te amo, pero por favor no pidas más de mí*.

Cuando Jud me contó eso, consideré lo que habría sucedido si él hubiera continuado por ese desvío. ¿Qué habría sido de la iglesia donde nos encontrábamos sentados, una ciudadela de esperanza y gracia, cuya ubicación, muy apropiadamente, se encuentra en la calle Nuevos Comienzos (*New Beginnings*)?

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión?

—Un día estaba leyendo 1 Juan 4.10, que dice: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados". En ese momento algo fue evidente para mí: *todo tiene que ver con Dios*. Cómo me siento con respecto a Dios no es tan importante como la forma en que Dios se siente con respecto a mí. No es una cuestión de cuán bueno trato de ser; lo importante es cuán bueno es Dios. Él nunca me pidió que fuera un supercristiano. Todo lo que me pidió fue que lo amara en retribución. Entender eso fue transformador para mí.

—Todo vuelve a la gracia.

—Así es. Todo lo que necesitábamos cuando vinimos a Jesús era su gracia, y gracia es todo lo que necesitamos para crecer en Cristo. La gracia nos libera. Nuestra tendencia a hacer cosas para Dios nos aprisiona.

—Ese es el mensaje de Gálatas —señalé.

—Sí, Pablo les estaba advirtiendo a los gálatas acerca de los falsos maestros, quienes predicaban que además de la fe en Cristo necesitaban vivir según las reglas y regulaciones religiosas. Pablo había dejado de tratar de cumplir aquellos requerimientos a fin de poder vivir para Dios.[7] La ley siempre tuvo la intención de llevarnos más allá de nosotros mismos hasta aquel que nos da vida por gracia.

»Tratar de vivir por las reglas había minado espiritualmente a los gálatas. Pablo les preguntó: "¿Qué pasó con todo ese entusiasmo?".[8] Les aseguró que eran unos torpes porque "después de haber comenzado con el Espíritu" estaban tratando de "perfeccionarse con esfuerzos humanos".[9] Es la gracia de Dios la que lleva a la libertad. Pablo les dijo: "No se sometan nuevamente al yugo de esclavitud"».[10]

Jud tenía razón. No es por accidente que Pablo abre y cierra su carta a los Gálatas usando la palabra «*gracia*».[11]

Las convicciones que liberaron a Jud eran similares a las que me llevaron a mi propia recuperación de la adicción al trabajo espiritual después que mi jefe me confrontara años atrás. Me di cuenta de que Dios no me ama porque hubiera hecho algo importante a través de mi servicio; al contrario, yo era importante porque Dios me amaba. Así que pude dejar de trabajar como un esclavo para justificarme a mí mismo. Solo necesitaba reconocer —y celebrar— mi adopción como hijo de Dios. De esto se derivaría mi deseo de amar y servir a Dios de una manera saludable.

—¿Cómo lo cambiaron entonces las enseñanzas de la Biblia? —le pregunté.

—Después de redescubrir la belleza de la gracia, empecé a descansar en mi fe. Comencé a disfrutar a Dios de nuevo en lugar de sentirme como si tuviera que demostrarle algo. Al igual que cuando Jesús dijo: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso".[12] La palabra *descansar*, en el griego, significa "revivir" o "restaurar". Dios ofrece revivirnos desde adentro hacia fuera, y eso es precisamente lo que hizo conmigo.

»Me sentí libre para reír, ser yo mismo y fracasar. Dejé de vigilar a otros y empecé a amarlos. Fui liberado a fin de compadecerme de las personas heridas cuyas vidas no están completas o tienen estilos de vida diferentes al mío. Dejé de poner un montón de presión sobre mí. No soy perfecto, pues peco todos los días, pero he bajado mis expectativas de mí mismo y otros, a la vez que he elevado mis expectativas de Dios y su gracia».

—Como pastor, ¿ha cambiado su forma de predicar?

—Los pastores tienen que ser muy cuidadosos. Animamos a la gente a servir, dar, ser parte de un grupo pequeño, leer sus Biblias y cosas así por el estilo, todo lo cual es bueno siempre y cuando sea hecho en gratitud a Dios. No obstante, si nosotros de forma sutil les estamos diciendo que así es como podemos permanecer en el lado bueno de Dios, le abrimos la puerta al legalismo.

»Yo he estado ahí —agregó—, y no voy a volver».

Errar del lado de la gracia

A principios de los años 1900, el licor fluía y el juego florecía en los salones del Bloque 16, una sección de Las Vegas en la Calle Primera entre las avenidas Ogden y Stewart. Los burdeles abundaban en los pisos superiores y los cuartos de atrás, ofreciendo sus servicios a viajeros y trabajadores del ferrocarril. Fue allí donde se le puso a Las Vegas el apodo de «Ciudad del Pecado». Hoy en día, el lugar se ha pavimentado y es un estacionamiento, pero la reputación de Las Vegas se ha mantenido.[13]

—Nuestro apodo provino de pecadores: borrachos, adictos, jugadores, fracasados, prostitutas y estafadores —dijo Jud—. En otras palabras, gente a la que Dios ama.

Desde que Jud se integró a la pequeña comunidad de cristianos llenos de gracia en el salón trasero de la Iglesia Cristiana Hillside en Amarillo, ha estado tratando de reproducir las cualidades que encontró allí. Como líder de la Iglesia Cristiana Central, ha creado y mantiene un lugar seguro donde la gente espiritualmente desorientada pueda progresar a su propio ritmo hacia la misma gracia que lo salvó a él de la adicción y la desesperación.

Su entusiasmo se desbordaba al describir la acción divina en su iglesia.

—Somos como una unidad MASH (Hospital Móvil Quirúrgico del Ejército, por sus siglas en inglés). Estamos en el frente de batalla como un hospital espiritual —dijo, moviéndose lentamente hacia el borde de su silla—. ¡Y con esto quiero decir que las balas vuelan! Estas personas están sufriendo y tenemos que ayudarlas. A veces con un sentido de urgencia.

»Lo que resulta diferente en cuanto a Las Vegas es que rara vez tengo que convencer a la gente de que el pecado existe. Ellos creen en la oscuridad; la han visto. Algunos no están seguros de que Dios exista, pero creen en el diablo. Muchos batallan con el sentido de culpa, la vergüenza y el quebrantamiento, y puede tardar años hasta que permitan que la gracia de Dios los inunde».

—¿Cómo hace a fin de que no se sientan juzgados y así les pueda dar un espacio para que se acerquen a Dios?

—Trato, aunque por cierto imperfectamente, de seguir el ejemplo de Jesús. La Biblia dice que él «recibe a los pecadores y come con ellos».[14] Pensemos un poco en eso. En su cultura, comer con alguien significaba ofrecerle amistad. La palabra griega que se traduce en este caso como *recibe* quiere decir que él se sentía muy cómodo con ellos. Jesús no se deleitaba en el pecado, pero le gustaba

estar rodeado de esta gente, quizás porque ellos estaban bien conscientes de su depravación, a diferencia de muchos de sus compatriotas religiosos que la encubrían con hipocresía.

»Piense, por ejemplo, en la mujer samaritana a la que Jesús encontró en el pozo.[15] De todas las personas en el mundo con las que Dios pudo haber preparado un encuentro (políticos, celebridades, conquistadores militares), decidió elegir a esta mujer que no era por completo judía, había tenido cinco divorcios y ahora estaba viviendo con un hombre», dijo Jud con una leve sonrisa.

—Jesús le dijo: “Dame un poco de agua”. En aquellos días, ofrecer un vaso de agua era un acto de amistad. Es fácil parafrasear esta frase de Jesús como si dijera: “¿Quieres ser mi amiga?”. Para mí, esto indica que Dios ama a la gente quebrantada y se deleita en rehabilitarlas. Mírela a ella: fue transformada. De modo que cuando trato con la gente, quiero tener la misma actitud de Dios, por lo cual intento errar del lado de la gracia.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nadie conoce las motivaciones que hay en el corazón de otra persona. Por eso, podemos fácilmente malinterpretarla sobre la base de su apariencia, cómo luce o cómo viste. Así que si corro el riesgo de hacer una evaluación errada en cuanto a esto, ¿por qué no darles a los demás el beneficio de la duda? Si tengo la posibilidad de ser brusco o amable, elijo ser amable, porque de esa forma ha sido el Señor conmigo.

—¿Algo así como “odiar el pecado pero amar al pecador”? —dije—. ¿Cree que tal cosa sea posible?

—Desafortunadamente, muchos cristianos odian el pecado *y* al pecador, lo que le ha dado a las iglesias una mala reputación. No obstante, C. S. Lewis dijo que en lo que concierne a nuestra propia vida estamos todo el tiempo odiando al pecado, pero amando al pecador. En otras palabras, cuando nos juzgamos a nosotros mismos, siempre estamos amando al pecador a pesar de su pecado. Nos aceptamos, aun cuando no siempre estemos contentos con nuestro comportamiento.

Más tarde revisé las palabras de Lewis, que aparecen en su obra clásica *Mero cristianismo*, donde dice: «Por mucho que no me guste mi cobardía o vanagloria o avaricia, no dejo de amarme. Nunca he tenido la menor dificultad en esto».[16]

Gracia y verdad

Cuando yo era un buscador espiritual investigando si el cristianismo tenía sentido, necesité tiempo en mi acercamiento a Jesús. Pasaron cerca de dos años entre el momento en que me integré a una iglesia en los suburbios de Chicago y cuando recibí a Jesús como mi perdonador y líder. En el proceso, también necesité enfrentarme periódicamente con las duras enseñanzas de la Biblia sobre el pecado, la confesión, el arrepentimiento, el juicio… y por supuesto, sobre el infierno.

—Jesús fue un ejemplo de gracia, pero también encarnó la verdad —le dije a Jud—. La Biblia afirma que la ley se dio a través de Moisés, pero que la gracia y la verdad vinieron a través de Jesucristo.[17] ¿Está acaso obviando las verdades más desafiantes de la Biblia con tal de hacer que la gente vuelva a su iglesia?

La sonrisa que esbozó Jud era afable.

—Estoy dispuesto a usar cualquier metodología que sea legítima para llegar a la gente con el evangelio, aunque teológicamente soy conservador —me explicó—. A veces, cuando los críticos ven una iglesia abundante en membresía y asistencia, se burlan, y dicen: "Si estuvieran predicando la verdad, no atraerían a tanta gente". Sin embargo, eso no es exacto.

Se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

—En las cartas que Pablo les escribió a los corintios encuentro una guía, porque hay similitudes entre la antigua Corinto y la ciudad moderna de Las Vegas.

—¿En qué sentido?

—En su día, Corinto era la Ciudad del Pecado, un tipo de meca turística. Estaba tan identificada con la inmoralidad sexual que en una ocasión Platón se refirió a una prostituta como «la corintia».[18] Aristófanes también usó el nombre de la ciudad en la creación del verbo griego que significa "fornicar".[19] La iglesia de Corinto estaba llena de personas que se encontraban en un proceso espiritual, pero que aún no habían alcanzado la meta. Existían conflictos y riñas, y la inmoralidad era rampante. Aquello resultaba un caos. ¿Qué hizo Pablo entonces? ¿Cómo enfrentó aquella situación?

»Primero, hizo hincapié en la gracia; de hecho, menciona a la gracia dos veces en los versículos iniciales de la primera epístola a los corintios.[20] Y de una manera cortés, pero específica y enérgica, los confrontó y les enseñó acerca de todo, desde la conducta sexual hasta los pleitos en el matrimonio.

»Luego, en segundo lugar, conecta todo con la verdad, específicamente con la realidad de la resurrección de Jesús. Él dice que si realmente Jesús no resucitó

de entre los muertos, un hecho real de la historia, nuestra fe no vale nada y permaneceremos irremediablemente sumidos en nuestro pecado.[21]

»Yo veo la gracia y la verdad como los dos lados de una misma moneda. Si el cristianismo no es la verdad (realmente, literalmente la verdad) la gracia no tiene sentido. Es nada menos que una promesa vacía o una ilusión. Todo lo que queda sería lo que el teólogo Richard Niebuhr llamó «un Dios sin ira que trajo hombres sin pecado a un reino sin juicio mediante la ministración de un Cristo sin una cruz».[22]

—Así que usted predica en la capital del sexo de Estados Unidos sobre lo que la Biblia enseña en cuanto a la moralidad sexual, ¿eh?

Jud se rió entre dientes.

—Precisamente este fin de semana pasado prediqué un sermón sobre la pureza sexual. Le dije a la congregación: "Vean, si ustedes luchan en sus vidas con el pecado sexual, necesitan apartarse rápido de él, pero no se alejen de Dios". No suavicé lo que enseña la Biblia, aunque también dejé espacio para que la gente procesara lo que les dije. Y agregué: "Si están recién empezando una jornada espiritual, necesitan saber que Dios los ama aun en medio de su pecado".

»Ahora bien, lo que afirmé ofende a algunos críticos que piensan que es necesario atemorizar a todo el mundo para probar que uno es de fiar y está del lado de la verdad. En lugar de eso, deseo explicar la verdad bíblica en una manera que sea exacta, pero también amable y alentadora.

»Queremos que las personas participen en esta experiencia, pero no que deambulen por ahí sin rumbo ni dirección. Queremos guiarles con la Palabra de Dios. Para nosotros, siempre hay un destino en mente, y ese destino es la cruz. Allí es donde queremos verlos que terminen su jornada, recibiendo el perdón y la esperanza a través de la muerte expiatoria de Jesús».

Adicto a la gracia

Jud le dio una mirada al cartel de *Las Vegas Strip* de noche bajo las palabras «La Ciudad de la Gracia». Pensó un rato y luego me contó la historia de una joven que había estado asistiendo a su iglesia desde hacía un tiempo.

—La llamaré Sadie —dijo—. Era una bailarina en el mundo del entretenimiento para adultos, lo cual es un eufemismo con el que se designa a alguien que hace striptease. Algo comenzó a atraerla a la iglesia. Los sábados bailaba toda la noche hasta las primeras horas del domingo y luego asistía al

servicio de la mañana temprano.

»Al principio, se sentaba en los lugares más apartados del balcón. Con el tiempo lo hizo más cerca de la plataforma, hasta que finalmente ocupaba la primera fila. No se perdía una palabra. Escuchó sobre la gracia y la verdad. Examinó su vida. Sintió que el Espíritu Santo estaba trabajando en ella. Hizo una evaluación de su situación. Hasta que un domingo se acercó a mí y me dijo que quería hacerse cristiana.

»Me contó su historia. Cuando terminó de hacerlo, le dije: “¿Qué significa para usted ser una seguidora de Jesús?”. Sin inmutarse, me respondió: “Sé que va a afectar mi carrera, que va a reducir mis ingresos, que va a cambiar toda mi vida”. “Bueno”, le dije, “¿está dispuesta a eso?”. Y con voz firme me respondió: “¡Estoy lista!”.

»Así que se puso a orar, no una oración establecida y prolija, sino una confesión franca, seguida por un sincero arrepentimiento y una especie de deliciosa aceptación, como la de un niño, del regalo de la gracia de Dios. Cuando dijo: “Amén”, abrimos los ojos. Su rimel era un desastre. Las lágrimas habían corrido libremente por sus mejillas. Me dio un abrazo y lo único que pudo decir fue: “¡Gracias, gracias, gracias!”».

Jud esbozó una sonrisa al recordar el encuentro. Guardó silencio por un momento, como si de pronto no supiera qué más decirme. Finalmente, habló de nuevo.

—Recuerdo cuando estaba en la escuela de postgrado y pastoreaba una pequeña iglesia, que tuve que limpiar el baptisterio, pues no se había utilizado por largo tiempo.

»Aquí en Las Vegas, el año pasado bautizamos a cerca de dos mil personas. Cada una, como Sadie, tiene su historia. La mayoría son complicadas… a veces, *definitivamente* escandalosas. No obstante, cada una de ellas es importante para Dios».

Sonrió de nuevo.

—Supongo que, en cierto modo, sigo siendo un adicto —añadió, sonriendo —. No puedo tener suficiente de esto.

CAPÍTULO 4

El profesor

Nada en el mundo es como la gracia de Dios

> *La gracia me sostiene. Me mantengo firme porque Jesús llevó mis pecados en la cruz, porque sé quién soy y espero no tener que depender de mi propia religiosidad.*
>
> Bono[1]

Craig Hazen ha sido siempre un tipo bueno. Inteligente, de modales correctos, ingenioso, con un espíritu afable y una sonrisa fácil, era el favorito del profesor en la escuela secundaria, pues —algo raro entre los adolescentes— *le gustaba* aprender. Cuando iba a la biblioteca, se sentía como si fuera en búsqueda de un tesoro.

Hazen era un fanático de las ciencias. Trabajaba después de la escuela como asistente de un médico y planeaba una carrera como investigador en el campo de la medicina. ¿Que si era travieso? Sí lo era. Una vez instigó una enorme pelea por una rosquilla que llegó a ser tradicional en la escuela, pero él fue lo suficiente inteligente como para no verse involucrado en ella. ¿El cuadro de honor? Eso no era problema. Él estaba cautivado con su papel de descubridor.

Los chicos buenos no necesitan a Dios. Al menos esa era la opinión de Hazen. Cuando era un adolescente se convirtió en agnóstico, pensando que la ciencia, no la teología, poseía la clave para entender los grandes misterios de la vida.

Sin embargo, había una profesora de química a la que le gustaba poner carteles enigmáticos acerca de Dios en las paredes del aula y proyectaba una innegable sensación de paz que a él lo intrigaba. Y luego estaba aquella linda chica que lo invitó a la iglesia una noche para escuchar a un joven evangelista llamado Greg Laurie y a un músico apasionado de nombre Keith Green.

Aquella noche, mientras permanecía sentado en un lugar apartado del santuario, la mente analítica de Hazen empezó a ver toda esta experiencia como un gran experimento. ¿Qué tal si caminaba hacia el evangelista haciéndole señas? ¿Qué podría perder? ¿Qué podría ganar? ¿Y cómo podría un aprendiz de científico resistirse a la tentación de averiguarlo? ¿Quién dice que no es posible poner a Dios en un tubo de ensayo?

Aquí estoy ahora con el doctor Craig James Hazen, treinta y cinco años después, sentado en su oficina tapizada de libros, justo al lado del campus de la Universidad Biola, un bastión de la academia evangélica en La Mirada, California.

Siguiendo su pasión de toda la vida por la ciencia, obtuvo una licenciatura en biología en la Universidad del Estado de California, pero no se detuvo allí. Luego dio un giro hacia la filosofía, tratando de satisfacer su curiosidad sobre las diferentes religiones alrededor del mundo. Obtuvo una maestría y más tarde un doctorado en estudios religiosos en la Universidad de California, en Santa Barbara. Y actualmente enseña en Biola, donde es también director del programa de maestría en ciencia y religión.

Aun a sus cincuenta años, todavía tiene un aspecto juvenil y muestra un entusiasmo contagioso por los descubrimientos. Su lado caprichoso continúa emergiendo en ocasiones, como la vez que tomó un descanso de la edición de una importante revista filosófica para escribir la novela *Five Sacred Crossings*, en la que usa creativamente la ficción para explorar temas espirituales.

Me encontraba viajando a San Diego cuando decidí dirigirme al norte hasta el Condado de Orange y ver a Hazen, que me parecía la persona ideal para hablar de dos temas que tenía interés en explorar.

En primer lugar, ¿qué pasa con la persona buena, el ciudadano respetuoso de la ley, que juega sometiéndose a las reglas, ayuda a los ancianos a cruzar la calle, paga sus impuestos y rechaza un tequila a favor de una bebida dietética? Por lo general, las historias que escuchamos son de antiguos asesinos convertidos en misioneros, de bailarinas de centros de diversión para adultos convertidas en maestras de Escuela Dominical, o de abortistas que ahora marchan contra *Roe v. Wade* (un caso judicial por el cual se reconoció en 1973, por fallo dividido, el derecho a la interrupción voluntaria del embarazo o aborto inducido en Estados Unidos. N. del T.)… los cuentos asombrosos de la transformación radical que son lo básico en la televisión cristiana. A pesar de lo inspiradores que pueden resultar esos relatos, ¿qué pasa con la gran cantidad de personas que simplemente tratan de vivir vidas decentes y por lo general tienen éxito? ¿Cómo

llegan ellas incluso al punto de reconocer su necesidad de la gracia?

Y en segundo lugar, ¿qué sucede con los miles de millones de personas respetables en todo el planeta que buscan consuelo en otras tradiciones religiosas? ¿Es la gracia un componente universal de la fe que se encuentra en alguna versión modificada en todas las religiones alrededor del mundo, o es este concepto de liberación del alma una oferta exclusiva del cristianismo?

Pensé que de todas las personas que conozco, Craig Hazen —el eterno investigador— podría tener las respuestas.

Más allá de la misericordia a la gracia

—La misericordia y la compasión están presentes en prácticamente todas las tradiciones religiosas —comentó Hazen mientras permanecía sentado ante una mesa redonda flanqueada de estanterías llenas de libros académicos.

Asentí.

—He estado buscando en el islam —le dije—, y a pesar de que los musulmanes ven a Dios como un ser severo y distante, el Corán sin duda habla de misericordia y benevolencia.

—Es verdad, pero es importante entender que la concepción bíblica de la gracia va mucho más allá de eso —señaló—. Vea usted. En el cristianismo, Dios no solo está diciendo: "No los voy a castigar por lo que han hecho". Eso sería misericordia, sino que da un paso más dramático, dándonos algo glorioso: el perdón completo y la vida eterna como un regalo.

»Es como los padres que sorprenden a sus hijos haciendo algo malo —agregó con una sonrisa— y no solo no los castigan, sino que además les dan un helado debido al gran amor que les tienen.

»Eso es lo que representa la gracia: un regalo increíble que no nos merecemos y no podemos ganar o contribuir a obtenerla. Es abundante, es inmerecida, es exagerada. Constituye un favor que Dios concede libremente a los que estén dispuestos a recibirlo. No podemos ganárnosla, no podemos contribuir para obtenerla, no podemos pagar por ella, no podemos atribuirnos ningún crédito, sino que Dios nos la ofrece porque nos hizo a su imagen y quiere tener una relación con nosotros por toda la eternidad. Esa es la buena noticia del evangelio. Sin embargo, para comprenderla plenamente tenemos que entender también las malas noticias».

—Supongo que con la frase "malas noticias" se estará refiriendo al pecado

—dije.

—Exacto. No se puede tener un concepto firme de la gracia a menos que realmente entendamos el pecado.

—Y eso —indiqué— es un problema en estos días, ya que muchos han perdido de vista el concepto del pecado.

—Absolutamente. Tomemos el caso de los mormones, por ejemplo. Ellos no creen que haya una brecha muy grande entre los seres humanos y Dios. En realidad, creen que los seres humanos y Dios son de la misma especie, como si tomando la suficiente cantidad de vitaminas llegáramos a ser dioses.

—Eso es bastante diferente al cristianismo.

—Sí. En el cristianismo, la brecha que nuestro pecado crea entre nosotros y Dios es simplemente insuperable. Intentar cruzarla sería como saltar desde el muelle de Newport Beach para llegar a Hawai —dijo, gesticulando en dirección al Océano Pacífico—. Al primer intento, no va a llegar muy lejos, así que entrena más y más duro. Trabaja con los mejores saltadores de longitud del mundo, compra zapatos atléticos nuevos, levanta pesas, come espinacas… y entonces la próxima vez logra saltar doce pulgadas más lejos. ¡Excelente! Sin embargo, la brecha sigue siendo enorme. Para superar esa brecha tan ancha se necesita a un ser todopoderoso y lleno de amor que provea un puente, el que Dios construyó mediante la cruz de Cristo. En nuestra cultura, la gente no entiende esto.

Mencioné al comediante ateo Ricky Gervais, que una vez afirmó que cumplía «diez de diez» los mandamientos de Dios.[2]

—Yo pensaba que era un reflejo de nuestra cultura —comenté—. La gente no se ve a sí misma como demasiado mala, por lo tanto, no aprecia la magnitud de este don de la gracia que Dios nos está ofreciendo. ¿Es eso lo que está tratando de decir?

—Sí. Esta es *la enfermedad* de hoy en día, especialmente en la confortable nación norteamericana, donde hemos perdido la comprensión de la santidad de Dios. ¿Recuerda la primera vez que Pedro se encontró con Jesús? Pedro dijo: “¡Apártate de mí, Señor, soy un pecador!”.[3] Yo no creo que haya tenido la menor idea de que el que estaba de pie delante de él era el Hijo de Dios; sencillamente sintió que allí había santidad y entendió al instante que él era un individuo miserable. Por fortuna, en el judaísmo había un fuerte concepto del pecado, el cual había que expiar año tras año, y por eso al menos existía una base para que él pudiera entender esto.

»Hoy en día no tenemos esa base. El movimiento de la autoestima nos ha enseñado que *todos* somos grandes, que *todos* merecemos un trofeo. La gente piensa: *Yo no soy un asesino de masas; por lo tanto, soy maravilloso*. Hemos perdido de vista la santidad de Dios y la profundidad de nuestro propio pecado, y esas son cosas difíciles de comunicarles a nuestra propia cultura».

—¿Qué se le puede decir a la gente que no piensa que necesita la gracia? ¿Cómo se le responde a alguien que dice: "Yo soy una persona agradable. Me gusta Dios. Puede que no sea religioso, pero soy muy espiritual".

Hazen pensó por un momento.

—Hay una técnica que usa el evangelista Ray Comfort. Él le pregunta a la gente si realmente han vivido de acuerdo con los Diez Mandamientos. Él pregunta: "¿Alguna vez ha mentido?". Y la persona responde: "Bueno, sí". Comfort entonces afirma: "Entonces usted es un mentiroso. ¿Ha robado algo?". Y la persona responde: "Bueno, sí". Y él dice: "Entonces usted es un ladrón". Y entra luego a exponer una lista de pecados, lo que hace que la gente admita que han sido malos en muchos aspectos, pero no lo han reconocido. La técnica es una forma de ayudar a la gente a que vean su propia maldad, pues al verla también van a entender su necesidad de perdón y gracia. Es difícil pensar en serio acerca de la gracia mientras no se entienda que se ha fracasado moralmente y que algún día habrá que responder ante un Dios santo.

Se encogió de hombros, y prosiguió:

—Por supuesto, el enfoque de Comfort es bastante desafiante, pero a veces tenemos que encontrar maneras de sacudir a la gente, agarrándola del cuello.

El ejemplo por excelencia de la gracia

Señalé la Biblia que estaba sobre la mesa.

—¿Cuál de las enseñanzas de Jesús cristaliza mejor la gracia para usted? —le pregunté.

Hazen se apresuró a responder:

—Tiene que ser la historia del hijo pródigo.[4] Es extraordinaria. Muestra cómo en realidad no estamos solo hablando de misericordia, sino también de un Dios que está singularmente interesado en tener una relación de amor con nosotros y se muestra dispuesto a hacer lo que sea para lograrlo.

»En esta parábola, el hijo toma su herencia y declara: "Haré las cosas a mi

manera”. El padre probablemente dio un gran suspiro y dijo para sí: “¡Espero que algún día vuelva!”. Y después de una vida desastrosa que le ayudó a darse cuenta de la enormidad de su pecado, el hijo *vuelve*… y oteando el horizonte, el padre lo ve venir y sin un momento de vacilación corre a su encuentro con un anillo, sandalias y una fiesta. El padre no solo rechaza darle a su hijo un estatus secundario como un siervo caído en desgracia, sino que ordena una fiesta en su honor y lo admite de nuevo como su hijo».

Las cejas de Hazen se enarcaron.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Qué tremenda historia sobre un favor inmerecido! Usted no va a encontrar nada parecido en las otras religiones del mundo.

—¿Está seguro? —dije—. Tengo entendido que en la literatura budista hay una historia parecida a la del hijo pródigo.

—Bueno, son similares en el sentido que ambas implican a hijos que se rebelaron y abandonaron sus hogares, y más tarde al ver su error regresaron a casa. Sin embargo, la historia budista termina de manera muy diferente, ya que el hijo tiene que trabajar para pagar por sus fechorías.

—¿Cómo?

—Termina trabajando duro durante veinticinco años acarreando estiércol. Esto provee un fuerte contraste entre el Dios de gracia y una religión donde la gente tiene que trabajar para alcanzar el nirvana.[5]

Una fiesta con el becerro gordo frente a acarrear montones de estiércol… definitivamente, una gran diferencia.

—¿Qué pasa con el islam? —le pregunté—. ¿Cómo sería la historia del hijo pródigo en ese contexto?

—En mi opinión, no es posible que una parábola como la del hijo pródigo tenga lugar en los círculos islámicos. Dudo que en tal caso el hijo pródigo pensara en volver a casa. En el islam, la vergüenza de la familia es algo muy importante. El honor familiar es un reflejo de la forma en que la familia se somete a Alá. El nivel de vergüenza de un joven que deja a su familia habría sido intolerable.

—¿Y si de todos modos hubiera *vuelto*?

—Tendría que permanecer sobre sus manos y rodillas ante Alá y precisaría hacer una gran penitencia, *si solo* fuera eso. No. El hijo pródigo es un producto de la teología cristiana, que es una fuente de gracia, perdón y esperanza. La historia del hijo pródigo surge nada menos que de labios del propio Jesús. De nadie más.

Deslicé mi mano por la hilera de libros en la estantería de Hazen.

—Usted se ha pasado su vida académica estudiando las religiones del mundo. ¿Está diciendo que la gracia no se encuentra en ninguna otra parte?

—La visión cristiana de la gracia la distingue de todas las otras grandes religiones. Eso es incuestionable. No obstante, hay al menos un cierto sentido de la gracia en un par de otras tradiciones.

—¿Como cuáles? ¿Qué grupo se le acerca más?

—Uno podría ser la escuela del gato del hinduismo *bhakti*.

Levanté la mirada de mi cuaderno de notas.

—Perdón, ¿dijo usted la escuela del *gato*?

—Sí, la escuela del gato. El nombre proviene de la imagen de cómo una gata madre usa sus dientes para llevar delicadamente a su gatito a su destino. El gatito no puede hacer nada por sí solo; todo el esfuerzo viene de la madre. La idea en esta rama del hinduismo es que uno depende completamente de la discreción de la deidad para que lo conduzca a la iluminación o la liberación del karma. Sin embargo, esa es una imagen de la gracia muy diferente a la del cristianismo.

—¿Cómo así?

—Primero, y antes de todo, no es real. El cristianismo es una fe histórica, enraizada en la realidad. Segundo, carece de la concepción cristiana de un Dios personal. Y tercero, no se puede tener una teología sólida de la gracia sin un concepto del pecado del cual se ha sido salvado, y esencialmente esto no se encuentra en el hinduismo.

—¿Qué otra tradición tiene indicios de gracia?

—La escuela *Jodo Shinshu* del budismo, donde la única esperanza de llegar a la iluminación es a través del don del Buda Amida. Esto se desarrolló en el siglo XII y se reactivó en el siglo XV.

—Por lo tanto, es posterior al cristianismo, ¿verdad?

—Sí. Es verdad. También lo es la escuela del gato. Y aquí una vez más el concepto cristiano de gracia, con la santidad de un Dios personal, la realidad del pecado y su base histórica, es muy diferente. Al final, el cristianismo es único; sus enseñanzas sobre la gracia no tienen paralelo en las religiones del mundo. En resumen, el hijo pródigo sigue siendo el ejemplo por excelencia de la gracia.

El hijo que no fue un pródigo

Algunas personas están urgentemente necesitadas de recibir el perdón de Dios. Tal es el caso de John Newton, el brutal traficante de esclavos que terminó tan maravillado de la gracia que escribió un himno acerca de ella que ha llegado a ser un clásico. O Saulo de Tarso, un perseguidor de cristianos que celebró la gracia después de llegar a ser el apóstol Pablo. Sin embargo, también están los Craig Hazen del mundo, los hijos que nunca fueron pródigos, los chicos buenos cuyas fachadas de moralidad parecen haber sido pulidas para que brillaran un poco más de lo normal.

—¿Cómo llegó usted al punto de reconocer su necesidad de gracia?

—Cuando estaba en el último año de la secundaria, era un chico inteligente y todos pensaban que llegaría a alguna parte. Mi vida familiar estaba bien; mis padres se habían divorciado, pero yo andaba por el buen camino. Recuerdo haber tomado conciencia del cosmos y haberme dicho: *¿qué es todo esto?* Estaba llegando a la conclusión de que como la mayoría de las religiones no ofrecen una explicación bien fundamentada…

—¿Era usted un escéptico?

—Sí, el incrédulo del pueblo. Ningún cristiano me había ofrecido una buena razón para creer, así que estaba básicamente llegando a la conclusión de que tal vez el mundo solo se trataba de mí. Sin embargo, un día una chica me invitó a ir a escuchar a un evangelista. Recuerdo que el mensaje se basaba en el cuarto capítulo de Juan, donde Jesús le ofrece a la mujer samaritana "agua que da vida", la cual te conduce a la vida eterna.[6] Pensé: *¿Qué tengo que perder?* Así que me puse de pie y caminé hacia el altar, pero debo confesar que lo que estaba haciendo no era más que un experimento.

—¿Qué sucedió después?

—Me llevaron a un cuarto al lado para consejería. Pensé: *Aquí es sin duda donde se lleva a cabo el lavado de cerebro.* En poco tiempo todos los consejeros se agruparon alrededor de mí, porque los estaba acribillando con preguntas que nadie podía contestar.

—¿Quiere eso decir que se fue esa noche sin estar aún convencido?

—Más o menos, pero había comenzado un peregrinaje. Ellos me empezaron a mandar libros y casetes y a llamarme por teléfono. Estudié todo lo que pude por varios meses hasta que finalmente Dios puso su sello. Me convencí de que el cristianismo es verdad.

»Y entonces empecé a comprender por qué había sido atraído a la paz que había visto en mi profesora de química, aquella que le gustaba poner carteles

sobre Dios en las paredes. Aun cuando yo era un buen chico, seguía siendo un pecador y me encontraba experimentando una sensación de ansiedad y alienación que no podía manejar. Así que Dios comenzó a tratar con eso en mi vida.

»Por cierto, he aquí una cosa divertida acerca de la gracia —continuó—. Un par de años más tarde llegaron unos evangelistas a la universidad donde estaba estudiando y trajeron con ellos a algunas personas que tenían unos testimonios dramáticos. Ellos se pararon en los bordes de cemento de los canteros del patio y hablaron de cómo habían llegado a lo más bajo y que hacían cosas terribles, pero el Señor los había encontrado y rescatado de allí. Mientras hablaban, yo pensaba: *¡Vaya! A mí me gustaría estar allí, con ellos, pero mi testimonio sería diferente.* Yo *no había caído* hasta lo más bajo, *no había sido* la escoria de la sociedad, sino que tenía una gran promesa y todos pensaban que iba en camino al éxito. ¿Y sabe qué? ¡Aun así seguía necesitando desesperadamente a Dios!

»Había llegado a entender que tener buenos modales en la mesa, ser el mejor alumno de la clase, decir "por favor" y "gracias" y ser amable con los demás no eran más que trivialidades. La verdad consistía en que estaba en rebelión contra un Dios Santo tan poderoso que podía crear billones de galaxias con una sola palabra suya. ¡Eso es algo *enorme*! Y yo lo ignoraba, le estaba volviendo la espalda, y mis pecados (mi orgullo, mi presunción, mi egoísmo y todos mis engaños secretos y deseos ilícitos) habían creado una enorme brecha entre Dios y yo, lo cual estaba fomentando ese sentido de alienación y ansiedad en mí.

»Eso es lo que hace el pecado. Dios es perfecto, es santo, es puro… y yo ciertamente no lo era, ni en pensamiento ni en obras. La Biblia dice que nadie es verdaderamente bueno. Romanos 3.23 afirma que "todos han pecado y están privados de la gloria de Dios". Con el tiempo, me di cuenta de que el lenguaje sencillo de ese versículo significa lo que explícitamente dice: "todos han pecado", y eso me incluye.

»Necesitaba el perdón y encontré la gracia a través de Jesús».

Sobre moscas y molinos de harina

La historia de la gracia de Dios ha sido llevada a la música, plasmada en las Escrituras y ensalzada por millones de personas que se han visto inundadas de gratitud por el perdón y la vida eterna. Ha sido tema de poesías, pinturas y obras literarias; sin embargo, ¿es todo esto lógico? A fin de cuentas, ¿tiene sentido? Le

pedí a Hazen que me comentara su opinión sobre esto, y me dio una respuesta lógica.

—Desde cierta perspectiva, no. La gracia está muy por encima de todo lo lógico; no obstante, desde otro ángulo, sí tiene sentido. Por ejemplo, Philip Yancey dice que si usted cría a un hijo con un amor condicional, terminará con un niño neurótico e inseguro.[7] Y que si Dios nos brindara un amor condicional, basado en lo bien que nos portamos y respetamos sus reglas, también terminaríamos como unos neuróticos.

»Los psicólogos le dirán que si la meta es que un ser humano prospere, el amor incondicional debe ser parte del paquete. Si el sistema hubiera sido concebido para que una persona tuviera que ganarse el camino a Dios, no se sabría lo mucho que habría que hacer o si ya se hizo lo necesario, lo cual provocaría que la persona viviera en un terrible estado de ansiedad».

A mi mente acudió una ilustración que había escuchado hacía tiempo.

—Sería como un vendedor a quien su jefe le dice que tiene que cumplir una meta o si no sería despedido, pero nunca le explica cuál era la meta —señalé.

—Exactamente. Por ejemplo, el islam se basa en que hay que ganarse el camino a Dios haciendo más obras buenas que malas. De manera oficial, los musulmanes no pueden saber si han complacido a Alá, y como consecuencia deberán estar esforzándose constantemente a fin de hacer todo lo posible para acumular obras buenas.

—¿Y entonces qué sucede?

—Déjeme darle un ejemplo de un influyente líder musulmán en relación con el mes de Ramadán, que es cuando los musulmanes tienen que ayunar. El líder en cuestión estaba mencionando las diversas circunstancias que pueden interrumpir el ayuno. Estaba preocupado en cuanto a eso, porque una vez que todo se hubiera dicho y hecho, quería que sus obras buenas superaran a las malas para al menos tener una posibilidad de ir al paraíso.

»Él especulaba: supongamos que un hombre está sentado en una silla durante el mes de Ramadán y se queda dormido. Su cabeza se ladea hacia atrás, su boca se abre. Una mosca que entra por una ventana abierta se introduce en su boca y sale de nuevo. ¿Ha sido invalidado el ayuno? El líder analiza esta situación y otras similares en varias páginas, como por ejemplo: ¿qué pasaría si a alguien le entra polvo en la boca? ¿Podría anticiparse la presencia del polvo en el aire? ¿Sabría la persona con anterioridad que conduciría por un camino de tierra? ¿Con qué clase de polvo se iría a encontrar? ¿Se trataría de polvo del camino o

partículas de harina cruda saliendo de un molino cercano? Todas estas parecían ser consideraciones de mucha importancia.

»Él continúa, página tras página, y para el final ya uno está al punto del colapso por agotamiento. ¡Todas las cosas que hay que hacer para asegurarse de que los días del ayuno serán plenamente reconocidos y tendrá la posibilidad de ir al paraíso! Sin embargo, ¿viven todos los musulmanes de esa manera? No, por supuesto que no, y no obstante, si realmente tomaran en serio las enseñanzas del Corán, estarían siendo empujados hacia ese tipo de mentalidad».

Hazen alzó las manos, se echó atrás en su silla y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, dame gracia! ¡Dame al padre del hijo pródigo! Él es nuestra única esperanza.

Los cinco pilares del islam

De todas las religiones del mundo aparte del cristianismo, el islam es la que más me intriga.

—¿Cómo el islam, sin ningún tipo de verdadera teología de la gracia, podría ofrecer salvación a los musulmanes? —pregunté.

—Mahoma estableció rituales que los musulmanes están obligados a realizar. A estos rituales se les conoce como los cinco pilares. Está la confesión o *shahada*, por medio de la cual deben afirmar fehacientemente que no hay más dios que Alá y que Mahoma es su mensajero. Así es como se convierten los musulmanes. En segundo lugar, están obligados a participar en los rituales de oración cinco veces al día, siguiendo ciertas costumbres como el lavado ceremonial y colocarse con el rostro en dirección a la Kaaba, un edificio sagrado de La Meca.

»En tercer lugar, está la limosna, que incluye el dos y medio por ciento de los recursos disponibles y se les da a las mezquitas o las organizaciones benéficas musulmanas. En cuarto lugar, se requiere que los musulmanes ayunen durante treinta días, desde el amanecer hasta la puesta de sol, durante el noveno mes del calendario lunar, llamado Ramadán.

»Y por último, aquellos que tienen los medios físicos y financieros están obligados a participar en el *hajj*, una peregrinación a La Meca, lugar de nacimiento de Mahoma, al menos una vez durante toda su vida».

—¿Y si hacen todas estas cosas bien, tienen asegurado el paraíso?

—Bueno, no exactamente. De forma tradicional, los musulmanes han creído que cada uno de ellos es vigilado en todo momento por dos ángeles, uno en cada hombro. El ángel de la derecha registra las buenas obras de las personas; el de la izquierda, las malas. Para el día del juicio, todas las obras son pesadas en una balanza.

—¿Y si las buenas superan en número a las malas, van al cielo?

—Eso depende de Alá. No hay garantía de que él vaya a respetar lo que dijo la balanza. Es un derecho exclusivo de él si va a ofrecer o no misericordia. Solo hay dos maneras en que se puede estar seguro de ir al paraíso: o morir en La Meca durante la peregrinación, o morir en batalla por la causa de Alá.

—¿Una *jihad?*

—Una *jihad* puede implicar cualquier acción llevada por el amor de Dios, pero una guerra santa es la forma más alta de *jihad*.[8]

—¿Entonces en el islam no hay una verdadera expiación por el pecado como la hay en el cristianismo?

—No. El Corán dice específicamente que ningún alma puede llevar los pecados de otra.[9]

—Así que el islam es, esencialmente, un sistema para tratar de agradar a Dios, y sin embargo, nadie puede tener la seguridad de que lo que ha hecho resulta suficiente como para ganar el paraíso. ¿Es así?

—Así es. He conocido musulmanes que afirman que no se enfocan en los rituales. Ellos creen que cada uno necesita hacer el bien en este mundo, y dicen que quieren servir a Alá. No necesariamente *amar* a Alá, sino servirle y hacer lo correcto ante él. No obstante, dada la naturaleza de Alá, no se puede tener esperanza de que se va a ser salvo. En realidad, es arrogancia afirmar que se es musulmán, lo cual designa a alguien que se ha sometido a Alá, pues la persona no sabe con honestidad si permanece por completo en ese estado. Esto se basa en gran medida en las obras, aunque al final puede estar presente la misericordia cuando Alá haga el llamado final. Así que la persona se encuentra durante toda su vida llevando a cabo una cadena sin fin de buenas obras. Y para mí, eso es lo peor de todos los mundos: tratar de alcanzar algo y no saber nunca si ya lo ha logrado o está cerca de alcanzarlo.

—¿Por qué los terroristas del 11 de septiembre harían cosas flagrantemente en contra de las reglas islámicas, como ir a clubes de desnudos y beber alcohol antes de volar aviones contra el Pentágono y el Centro de Comercio Mundial? ¿No estarían preocupados de que esta acción pudiera pesar contra ellos en el

juicio?

—No, porque hay una mentalidad que dice: *Estoy cansado de trabajar más duro y más rápido para hacer que la balanza se incline a mi favor; por lo tanto, voy a hacer algo grande que la va a inclinar por toda la eternidad, y eso será un acto de* jihad. *Como consecuencia, no importa lo que haga en los días previos, porque este acto final inclinará la balanza decisivamente.* De esa manera, ellos pueden justificar las violaciones a las reglas y dictados del islam.

Pude ver cómo eso tiene algo de sentido dentro del marco islámico: una teología dirigida por las obras, sin gracia, sin la seguridad de la salvación, sin una relación amorosa entre un Padre y el hijo que ha creado. Un mundo, en suma, donde el hijo pródigo habría tenido un destino muy diferente.

El polo opuesto del cristianismo

Del islam cambié la conversación a las religiones orientales.

—¿Qué me puede decir sobre la corriente principal del budismo? ¿Ve usted alguna evidencia de gracia allí?

—Ante todo, el budismo es básicamente ateo —comenzó diciendo Hazen—. Podrían existir dioses en el sistema en ciertos puntos, pero solo los utilizan para llegar a niveles más altos, y luego esos dioses desaparecen. A fin de cuentas, no hay nada, y la persona no tiene alma, así que no hay un verdadero concepto del pecado o la gracia.

—Entonces, si un budista estuviera sentado aquí con nosotros, ¿cómo reaccionaría ante nuestra conversación?

—Probablemente diría: "Eso es maravilloso, el concepto de pecado y gracia".

Su respuesta me sorprendió.

—¿Eso diría? —pregunté.

—Claro. Lo que él querría dar a entender es que para usted, donde se encuentra en su jornada espiritual, estos conceptos son significativos y le están ayudando a subir la cuesta. Sin embargo, una vez que haya llegado arriba, tales conceptos desaparecerán en la medida en que sea consciente de otros niveles, y por último obtenga la conciencia de que usted no existe y no tiene alma. Ahora, realmente estaría dirigiéndose hacia el nirvana, donde al final será absorbido por la nada.

—Muchos occidentales ven el budismo como un cúmulo de meditaciones, pero la verdad es que es un cúmulo de trabajo duro, ¿no es cierto?

—Así es. Cualquier budista serio sabría que tiene que seguir el camino de los ocho pasos para avanzar hacia la cesación del sufrimiento: correcto entendimiento, correcta intención, correcto discurso, correcta acción, correcto medio de vida, correcto esfuerzo, correcta concienciación y correcta concentración o meditación. Usted tiene que observar su conducta constantemente, porque eso es parte de avanzar hacia la iluminación. Es posible que permanezca en la rueda de *samsara* por un largo tiempo, yendo a través de un ciclo de nacimientos y renacimientos mientras se esfuerza por alcanzar la liberación.

—¿Cuánto tiempo podría durar ese ciclo?

—De acuerdo a los pensadores budistas, el menor número de vidas a través de las que usted podría ir son siete, y casi nadie lo logra en menos tiempo —explicó—. Es más como un millón de vidas, o escuché a un maestro budista decir que era una cantidad equivalente a diez a la sexagésima potencia de vidas. ¡Esto se empieza a aproximar al número de átomos en el universo observable! ¿Se puede imaginar tal cosa? Ese sería el número de ciclos a través de los cuales tendría que ir antes de ser lanzado al nirvana.

—¡Eso es desconcertante!

Hazen asintió.

—En cierto sentido, el budismo es el polo opuesto del cristianismo. En última instancia, en el budismo nada existe; en el cristianismo, Dios es el creador. En el budismo, usted no tiene un alma; en el Cristianismo, posee un alma que ha sido hecha a imagen de Dios. En el budismo, tiene una aparentemente dura e interminable tarea por delante para alcanzar el nirvana; en el cristianismo, el perdón y la vida eterna en el cielo son un don gratuito de la gracia de Dios que podemos recibir en cualquier momento a través del arrepentimiento y la fe. En el budismo, no existe tal cosa como el pecado; solo hay, en última instancia, ausencia de materia o *nihsvabhava* para utilizar un término del sánscrito.

Hazen pensó por un momento y luego concluyó:

—Incluso si todas las religiones fueran invenciones de nuestra imaginación, elegiría al cristianismo, ya que afirma que usted y yo podemos estar seguros de que estamos bien con Dios. No hay necesidad de sentirnos ansiosos por nuestro desempeño vida tras vida. Como la Biblia dice en 1 Juan 5.13: “Les escribo estas

cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que *sepan* que tienen vida eterna”.[10]

Tocan a tu puerta

Durante las décadas de 1950 y 1960, mientras crecía en los suburbios de Chicago, religiones como el islam, el hinduismo y el budismo eran cosas exóticas y de extranjeros. Hoy, Estados Unidos es una nación tan diversa que en mi propio barrio hay numerosas religiones representadas. No obstante, solo los integrantes de dos de ellas —los testigos de Jehová y los mormones— han llegado a llamar a mi puerta.

—Ambas religiones afirman ser cristianas —le dije a Hazen—, sin embargo, sus enseñanzas contradicen ciertas doctrinas cristianas fundamentales. Empecemos por los testigos de Jehová. ¿Cómo hacer para que ellos vean la gracia?

—Los testigos de Jehová niegan la deidad única de Jesús. Creen que Jesús es *un* dios, no la segunda persona de la Trinidad, y sus enseñanzas se contradicen con la noción bíblica de la gracia. Creen en una cierta forma de fe salvadora, pero también opinan que esa fe tiene que estar conectada con un trabajo duro significativo. La persona tiene que dar de su tiempo y hacer lo que se demanda de ella, sirviendo en el Salón del Reino, yendo puerta por puerta a través de los barrios de la ciudad y cosas así por el estilo.

Mi mente imaginó a Hazen saludando a unos testigos de Jehová en la puerta de su casa y tuve que reprimir una sonrisa.

—Seguramente se sorprendieron cuando tocaron a la puerta de su casa.

—Le voy a contar una historia sobre eso. Tengo una oficina en la parte alta de mi casa que da a la calle. Un día, mientras estaba mirando por la ventana, vi una camioneta detenerse. Algunas personas se bajaron portando pequeños maletines y se dispersaron. Dos de ellos se quedaron merodeando por mi cuadra. Era un día muy lindo, ideal para pasear. Estas dos personas caminaban lentamente llamando a las puertas de las casas vecinas.

»Finalmente, llamaron a la mía. Bajé, les abrí e iniciamos una conversación. Les dije que contrariamente a lo que los testigos de Jehová creen, yo estoy convencido de que somos salvos por la gracia de Dios. Ellos me dijeron: “Ah, no, usted tiene que trabajar duro para alcanzar eso. El mismo hecho de que nosotros nos encontremos visitando este barrio lo confirma. La salvación fácil de

la que hablan ustedes no suena real para nosotros”.

»Yo les dije: “Bueno. Tengo mi oficina en el segundo piso y desde allí los vi que andaban recorriendo el vecindario. Y, honestamente, no es por criticarlos, pero, vaya, pienso que pudieron haber cubierto al menos doble número de casas en la misma cantidad de tiempo. ¿No les preocupa Jehová y su mensaje? Me parece que si a ustedes realmente les interesara, habrían podido ir a dos, quizás tres veces más casas de las que visitaron”.

»Eso fue bastante efectivo, ya que concretó uno de los grandes problemas que tiene una mentalidad basada en las obras: si usted va a vivir por las obras, tendrá que terminar muriendo por esas obras. ¿Cómo va a pararse delante de Jehová y decir: “Sí, es cierto. Pude haber trabajado mucho más duro”? Nunca sabrá si hizo lo suficiente para él, porque en última instancia todo se basa en usted.

»Aunque los testigos de Jehová afirman que la gracia forma parte de su sistema, no es más que un híbrido, lo cual constituye una contradicción cuando se piensa en la gracia real —dijo Hazen—. La gracia genuina implica el don gratuito de la salvación, y nadie puede añadir un precio a algo que ya es gratuito».

Gracia… después de todo lo que podamos hacer

—Ciertamente, en el mormonismo veo una mentalidad basada en las obras —observé—. Estaba hojeando el Libro de Mormón que encontré en mi habitación del hotel ayer por la noche, y me encontré con 2 Nefi 25.23 que dice: “…pues sabemos que es por la gracia que nos salvamos, después de todo lo que podamos hacer”.[11]

En términos generales —acotó Hazer—, los Santos de los Últimos Días (SUD), o mormones, creen exactamente eso. Hay una gran cantidad de cosas que ellos tienen que hacer, confiando en que Dios habrá de completar lo que falte. Eso significa que tienen que ser fieles, tienen que diezmar, necesitan hacer la obra del templo, tienen que casarse en el templo, necesitan servir e ir en misión. Hay un permanente sentido de culpa o fracaso si se deja de hacer alguna de estas cosas.

»Cuando hablo con la gente de la Universidad Brigham Young, muchos de ellos están muy enfocados en la gracia. Afirman que son salvos por gracia después de todo lo que se pueda hacer. Y entonces se preguntan: “¿Qué es todo

lo que se puede hacer?”. Y se vuelven a otro pasaje en el *Libro de Mormón*, Alma 24.11, donde en esencia dice que todo lo que se puede hacer es arrepentirse.[12] Esto suena mucho más tradicionalmente cristiano.

—¿Estarán algunos líderes del mormonismo moviéndose hacia una teología basada en la gracia?

—Creo que sí, pero de una manera leve, y espero que esta tendencia siga desarrollándose.

—Sin embargo, tal como están las cosas actualmente, el promedio de los mormones consideraría una lista de cosas para hacer que ellos deberían seguir a fin de sentir que están en buena relación con Dios —señalé.

—Sí, esa es la tradición fuerte.

—¿Pueden tener ellos alguna seguridad de que están bien con Dios?

—Hay una mezcla de cosas. Muchos se sienten muy seguros en su relación con Dios. En realidad, algunos mormones con los que he conversado podrían muy bien ser salvos. Ellos entienden a Jesús con exactitud en varios aspectos y lo aman con todo su corazón, creyendo que en realidad han sido salvos por los méritos de Cristo solamente a pesar de la tradición gravosa de obras de justicia que el mormonismo les ha ofrecido. Sin embargo, hay muchos que están inseguros de su salvación y su posición en la iglesia de los Santos de los Últimos Días, y las estadísticas respaldan esta afirmación. La cultura juvenil en Utah ha tenido siempre una tasa de suicidios muy por encima de la media del país, y algunas personas atribuyen esto al sentido de culpa que viene junto con las normas de comportamiento del mormonismo. (La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días tiene su sede mundial en la ciudad de Salt Lake City, en Utah, Estados Unidos. N. del T.) Allí puede haber mucha desesperación.[13]

Hice un gesto de tristeza con la cabeza.

—¡Qué trágico!

—Sí, lo es, y creo que como cristianos deberíamos sentirnos conmovidos por eso. A veces vemos la culpa y la vergüenza en nuestro propio movimiento cuando somos demasiado legalistas y podemos enviar a la gente por un camino muy oscuro. Por cierto, hay algo más acerca de la salvación mormona que a menudo pasamos por alto.

—¿Qué es?

—En esencia, el mormonismo es una fe universalista. Según su teología, en un sentido, todo el mundo se salva. Los mormones creen que sea uno creyente o no, la expiación asegura que resucitará y va a ir a los cielos.

—¿Los cielos? ¿En plural?

—Sí. Los mormones creen en la existencia de tres cielos, o lo que ellos llaman *grados de gloria*. El inferior sería el *reino telestial*, luego el *reino terrestre*, y finalmente el *reino celestial*. Así que cuando se está hablando acerca de la gracia, hay que entender estos tres matices.

»La expiación básicamente impulsa a todo el mundo a uno de estos cielos. Hay unas pocas personas, llamadas hijos de perdición, que se enfrentan a un área de cuarentena especial, una especie de infierno. No obstante, en general, todo el mundo entra en uno de estos cielos. Ahora bien, yo no sé en cuanto a usted, pero si voy a vivir eternamente en un cielo, quiero que sea el superior, donde se tiene acceso directo a la presencia de Dios mismo».

—¿Cómo creen los mormones que se llega allí?

—La respuesta es que hay mucho trabajo por hacer. Las demandas pueden ser muy onerosas. Hay que seguir todos los rituales y costumbres de la iglesia y acumular una gran cantidad de buenas obras. En realidad, esto es lo que les explico a los mormones en mi puerta. Ellos me dicen que tengo que ser un mormón con el fin de pasar la eternidad con Dios, y yo les respondo: “Soy cristiano, y desde mi punto de vista hay dos lugares, el cielo y el infierno. Según su perspectiva, ¿adónde iré?”. Ellos entonces señalan: “Bueno, usted parece ser una persona decente y alguien que ama a Jesús, de modo que hay una buena posibilidad de que vaya al segundo nivel de cielo”. Les pregunto: “¿Cómo es?”. Y me dicen: “Oh, es más glorioso de lo que se pueda imaginar”. Yo les digo: “Hmmm. Veamos, si estoy equivocado y ustedes tienen razón, tengo la oportunidad de ir a un lugar que es más glorioso de lo que me puedo imaginar. Pero si yo elijo la fe mormona y esta fe está equivocada, puedo muy bien terminar en el infierno por toda la eternidad. En consecuencia, para mí no tiene sentido hacerme mormón”.

Me hizo sonreír este jiu-jitsu apologético.

—En conclusión —dije—, el mormonismo contradice de muchas maneras la enseñanza cristiana tradicional.

—Desde mi punto de vista —dijo Hazen—, el mormonismo no es cristiano, porque resulta diferente en una gran cantidad de enseñanzas esenciales. Tal vez la diferencia más importante sea que el cristianismo es monoteísta. En cambio, la teología mormona enseña que hay por lo menos tres Dioses distintos (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo), e históricamente los mormones han sido politeístas radicales, pensando que cualquier hombre en la posición adecuada con la iglesia

mormona se convertirá en un dios. Eso significa que tiene que haber innumerables dioses por ahí. No importa cómo se mire, eso *no* es cristianismo.

Una fe que puede someterse a prueba

El análisis de Hazen de otras religiones me llevó a una pregunta relacionada. Le dije que me he tropezado con algunas historias increíbles de personas que han encontrado la gracia a través de Cristo y como resultado sus vidas han sido transformadas radicalmente. En realidad, yo soy un ejemplo de ello, al igual que varias personas que he entrevistado para este libro.

—Y sin embargo, hay musulmanes, hinduistas y miembros de otras religiones que dicen que han cambiado fundamentalmente para mejor gracias a su fe —dije—. ¿Cuán importantes son las vidas transformadas para apoyar la veracidad del cristianismo? ¿O no lo son?

—Por un lado —respondió Hazen—, he visto ejemplos de personas que han sido tan revolucionadas personalmente que solo puedo atribuirlo a la obra de Cristo. Así que sí, creo que el testimonio de un cristiano sobre el poder de Dios en su vida puede ser persuasivo hasta cierto punto, a pesar de que tiene que estar combinado con otras pruebas para realmente apoyar el caso a favor del cristianismo. Por otro lado, las personas de otras religiones también afirman haber tenido experiencias religiosas significativas. Recuerdo haber enseñado una clase sobre religiones mundiales en la Universidad de California, en Santa Barbara y todos fuimos a Los Ángeles para dar un recorrido por la ciudad. En el Templo Krishna, nos invitaron a presenciar su servicio de adoración. Tenían panderetas y tambores, y cantaban y bailaban. Más tarde, un estudiante cristiano parecía perturbado. Me dijo: “Me cuesta establecer la diferencia entre lo que ellos hacen y lo que nosotros hacemos. *Siento* que todo es lo mismo”.

»Como le expliqué a ese estudiante, es cierto que las personas de otros movimientos religiosos pueden tener experiencias maravillosas que las hacen sentirse elevadas espiritualmente. En realidad, los buenos sentimientos se pueden generar de muchas diferentes formas, por lo que no deberíamos dejar que nuestras emociones dicten la dirección religiosa en la cual vamos a ir. Seguramente usted quiere ser transformado por su fe, pero también quiere saber qué es lo real y verdadero. Así que, mientras que la gracia distingue al cristianismo, también lo hace verdad. Jesús fue lleno de gracia *y* verdad, y en el cristianismo se puede *conocer* la verdad no solo a través de alguna suerte de

experiencia espiritual, sino también mediante una cuidadosa investigación.

»En otras palabras, el cristianismo puede ser sometido a prueba. Y cuando se hace esto, como sé que usted lo ha hecho, Lee, cuando fue ateo, descubre que lo respalda la filosofía, la ciencia y la historia. En realidad, el cristianismo es lo que tiene más sentido en el mundo. Ninguna otra religión se alinea con la realidad como lo hace el cristianismo.

»En 1 Corintios 15.12–19, Pablo dice dos veces que si Jesús no hubiese resucitado, nuestra fe no valdría de nada. Lo que él estaba diciendo era que en realidad el cristianismo puede ser objeto de investigación, y si quien lo hace no tiene buenas razones para creer que Jesús resucitó de entre los muertos, está en su derecho de cambiarse a otra cosa. Otras religiones no permiten este tipo de investigación y escrutinio de sus fundamentos.

»En realidad, algunas religiones ni siquiera piensan en estas cosas. Si analizamos, por ejemplo, a un budista zen, ¿qué es lo que él considera más importante? ¿Estará acercándose más a la iluminación mediante prácticas y disciplinas de meditación? En última instancia, al budista zen en realidad no le importa si Buda realmente existió o si enseñó las cuatro verdades nobles y el camino de ocho pasos. Todo lo que le interesa es qué está sucediendo dentro de él. Así que muchas religiones ni siquiera afirman ser ciertas en un sentido objetivo. Hay otras religiones, y pondría al mormonismo y al islam en esta categoría, que parecen históricas, pero cuando se profundiza un poco en ellas resulta que no lo son».

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté.

—El misionero mormón en su puerta podría hacer una presentación acerca de Joseph Smith restaurando el “verdadero” cristianismo. Puede hablar sobre planchas de oro en las que se escribieron caracteres reformados egipcios y cómo Smith los tradujo por el poder de Dios. Puede contarle una gran historia acerca de Jesús visitando el hemisferio occidental. Y usted tal vez piense: *vaya, alguien podría investigar esto y sopesar si es o no es cierto.*

»No obstante, digamos que usted ha hecho su tarea sobre las fallas de su caso y le plantea algunas de las muchas objeciones legítimas. ¿Qué sucedería? Invariablemente, el misionero le diría: “Está señalando algunos buenos puntos, pero en última instancia, no importa que usted tenga esas objeciones, porque yo he tenido una experiencia que me dice que esto es cierto”. Y le indicará que simplemente lea el Libro de Mormón y observe si tiene algo así como un “ardor en el pecho” que lo confirme. De modo que lo que inicialmente parecía una fe que podía investigarse, de repente se convierte en algo que se basa en los

sentimientos. El islam es algo parecido. He tenido conversaciones con musulmanes sobre la identidad de Jesús y ellos lo describen como aparece en el Corán. Les he dicho: "No creo que eso sea exacto, porque los verdaderos registros que tenemos de Jesús nos llevan hasta el siglo primero y a mí me parece que debemos confiar en ellos. Después de todo, los escribieron personas que conocían esos acontecimientos, acerca de los cuales escribieron mucho antes".

»Los musulmanes podrán replicar, diciendo: "Tenemos un problema. El Corán es la Palabra de Alá". Yo reafirmo que hablamos de evidencia, de la mejor información histórica sobre Jesús, pero insistirán en que estoy equivocado, pues el Corán es la Palabra de Alá. Para ellos, todo concluye con esa afirmación. No hay razonamiento ni evidencia posible que pueda contra esa postura. Eso está muy lejos del cristianismo, donde a los apologistas les gusta comenzar con la confiabilidad de los documentos históricos. Así que el cristianismo es diferente, primero, debido a la gracia; segundo, porque es comprobable; y tercero, porque describe un cuadro que coincide con la forma en que es el mundo de una manera que las otras religiones no lo hacen».

—Ese tercer punto constituye una gran declaración —le digo—. Déme un ejemplo.

—Cómo no. Consideremos el problema del mal, el dolor y el sufrimiento. Los cristianos se enfocan en esta realidad afirmando que son situaciones reales y que el cristianismo ofrece una explicación convincente para su existencia.[14] Si usted considera las religiones orientales tradicionales, casi cada una de ellas le cambia el nombre al mal, el dolor y el sufrimiento, y los llaman *maya* o ilusión.

—Algo así como esconderlos para que no se vean, ¿cierto?

—Sí. Y eso no está acorde con la realidad. El cuadro que pinta el cristianismo coincide con la forma en que el mundo realmente es. Estamos llamados como cristianos a ayudar a los que sufren y no a darles a sus sufrimientos la categoría de ilusión, minimizándolos o ignorándolos. Lo que quiero decir es esto: en muchos aspectos esenciales, el cristianismo refleja la realidad de una manera que otras religiones simplemente no lo hacen.

Cacofonía de religiones

Nuestra charla hizo que viniera a mi mente este versículo: «Pues la ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad nos han llegado por

medio de Jesucristo».[15] Como dijo Hazen, tanto la verdad como la gracia son importantes, porque la *gracia* abre la puerta a una relación con Dios sin que intervenga mérito alguno de nuestra parte, y sin embargo, todo eso sería nada más que un deseo a menos que el cristianismo esté basado en la *verdad*. Se trata, para usar la frase de Hazen, de una fe comprobable. Como a mi colega Mark Mittelberg le gusta decir, las flechas de la ciencia, la historia y la filosofía apuntan poderosa y persuasivamente a la veracidad del teísmo cristiano.[16]

Mi celular sonó, señalando la necesidad de ponerle fin a nuestra conversación a fin de conducir hasta San Diego para otra reunión. Así que recogí mi equipo de grabación y le agradecí a Hazen por su tiempo mientras nos dábamos la mano en señal de despedida.

—Honestamente —dijo con una sonrisa infantil— no hay nada que disfrute más que hablar sobre la gracia. Es un tema inagotable.

Durante los siguientes noventa minutos, entretanto conducía por las carreteras enmarañadas del sur de California, vi señales de una diversidad de culturas religiosas por todas partes: a una mujer con su *hijab* (velo islámico) empujando un cochecito por la acera; una estatua de Buda a través de la ventana de un café vietnamita; el conductor de un coche que pasó junto al mío y llevaba puesta una *kipá*; los sobrios Salones del Reino de los testigos de Jehová; el templo mormón, construido de piedra maciza con sus torres que alcanzan el cielo y se yerguen junto a la autopista en San Diego. Muchas creencias, cada una con sus exigencias y normas y requisitos y expectativas… listas de cosas para hacer que nunca se completan.

Y por todas partes, templos de iglesias luteranas, episcopales, metodistas y bautistas, tradicionales y modernos, cruces elevándose al cielo… constituyendo no solo un recordatorio del mensaje único de la gracia gratuitamente ofrecida, sino mucho más que eso: un símbolo del costo inimaginable que se requirió para comprarla.

CAPÍTULO 5

El ejecutor

¿Estamos siempre más allá del alcance de la gracia?

> *Ser cristiano significa perdonar lo imperdonable, porque Dios ha perdonado lo imperdonable en nosotros.*
>
> C. S. Lewis[1]

Un niño despreocupado que juega en el palacio de un príncipe. Un reinado de terror que divide a la familia del chico. Una odisea a través de campos llenos de caos y muerte. Una vida misteriosamente salvada. Un desconocido con un pasado sombrío. Un monstruo con una depravación impensable… y una transformación personal tan improbable que parece estirar el concepto de gracia hasta su punto de ruptura.

La historia de Christopher LaPel se parece a una película de Hollywood. El relato comienza con una solicitud inocente de un niño camboyano a un artesano real. Luego se desliza a través de un laberinto desconcertante de horrores para terminar en un calabozo sin esperanza de escape, ocupado por un prisionero sin ninguna esperanza, salvo Cristo.

Había hecho un largo camino para unir las piezas del misterio de la gracia. Stephanie Fast me recordó que la gracia de Dios no solo nos perdona, sino que nos despeja el camino a fin de ser adoptados en su familia para la eternidad. Jud Wilhite, arrebatado por Dios desde el borde mismo de la autodestrucción, me advirtió contra tratar de demostrar que somos dignos de la gracia incluso después de haberla recibido como un don inmerecido. Y Craig Hazen afirmó que en un mundo de religiones en las que Dios es visto como un amo implacable, el cristianismo se destaca como un faro de gracia.

Sin embargo, ¿cuáles son los límites de la gracia? ¿Dónde traza Dios la línea? Seguramente debe haber límites, monstruos censurables cuyas

transgresiones espantosas se extienden mucho más allá de la sombra de la cruz redentora. Si alguna vez existió un caso de la gracia yendo demasiado lejos, hasta donde Dios mueve su cabeza y da la espalda, sabía que lo encontraría en la historia que me contó Christopher LaPel.

No mucho tiempo después de regresar a casa de mi visita a Hazen, cogí un vuelo de regreso a la costa oeste para buscar a LaPel, cuya oficina en Los Ángeles cuenta con un boletín mural de anuncios adornado con recortes de periódicos sobre sus hazañas.

LaPel, diminuto y usando anteojos sin montura, de pelo negro sin canas, permanece sentado informalmente en una silla de madera, con sus tobillos cruzados mientras con toda calma me comparte una historia fascinante de sadismo y supervivencia.

—Crecí en Phnom Penh, Camboya, donde mi padre era un sumo sacerdote y consejero espiritual del príncipe Norodom Sihanouk —comenzó diciendo con una voz fuerte y frases cortas—. Mi papá quería que algún día ocupara su lugar. Cuando yo era un niño, a veces me llevaba al palacio, donde jugaba con los hijos del príncipe. Un día que me encontraba en el sótano del palacio vi a un artesano trabajando y le dije: “¿Podría hacerme una cruz de marfil?”.

—¿Una cruz? —pregunté—. ¿Por qué un niño budista querría pedir que le hicieran una cruz?

—La verdad es que no sé por qué se la pedí. Tal vez fuera porque solía ver una en una iglesia católica. Mis hermanos tenían ídolos, pero por alguna razón yo estaba obsesionado con una cruz. Para mí, representaba el poder y la pureza. El artesano me hizo la cruz y yo la coloqué en una cadena de oro y me la colgué en el cuello. La llevaba debajo de la camisa —dijo, tocándose el corazón.

—¿Cómo reaccionó su padre?

—Nadie podía verla, pero un día que estábamos comiendo sentados en el suelo como era la costumbre, al inclinarme para tomar algo la cruz se salió de debajo de mi camisa. Todos la vieron. Mi papá se puso furioso. Me maldijo delante de mis hermanos y mis hermanas. Me atrajo a él y me dijo: “¡No debes usar esa cruz! No olvides que somos una familia budista”.

—¿Lo castigó su padre?

—Después de eso, se disculpó, pero me dijo que no le gustaba la cruz. Se ofreció a hacerme cualquier ídolo que quisiera. Le dije que no, que no deseaba nada más. Entonces me dijo que la próxima vez me la iba a quitar. Yo seguí usándola, pero ahora no la llevaba en el pecho, sino en la espalda.

LaPel llevaba la cruz el 17 de abril de 1975 cuando el Khmer Rouge tomó el control y por la fuerza vació pueblos y ciudades de Camboya.

—Ellos irrumpieron portando rifles AK-47 y nos dijeron que teníamos que salir inmediatamente. “No tomen nada. En tres días podrán volver”.

Él y su familia se unieron a una multitud de residentes que inundaba la carretera caminando, corriendo, algunos montados en bicicletas y pequeñas motos, llevando lo que podían. Todo era confusión y pánico.

—Todo el mundo estaba aterrorizado. Yo tenía diecinueve años en ese tiempo y tenía mucho miedo. Me padre nos dijo: “Solo hagan lo que les digan”. Los tres días se convirtieron en tres semanas. Entonces nos dimos cuenta de que nunca volveríamos.

Así comenzó su odisea para evitar los campos de exterminio.

El misterio de la cruz

Durante los siguientes 1364 días, el Khmer Rouge, tratando de eliminar las clases sociales y crear una sociedad agraria de campesinos, fue responsable de la muerte, hambruna y trabajos forzados hasta morir de dos millones de camboyanos de una población de ocho millones. Teniendo en cuenta el porcentaje de personas destruidas, el régimen comunista de Pol Pot fue el más sanguinario de la era moderna.

—Maestros, muertos. Antiguos trabajadores del gobierno, muertos. Periodistas, muertos. Querían eliminar a todos los que tuvieran alguna educación y constituyeran una amenaza para ellos. Un amigo mío que le dijo al Khmer Rouge que estaba en la universidad, desapareció.

En realidad, de los once mil estudiantes universitarios de la época, solo 450 sobrevivieron. No más del cinco por ciento de los estudiantes de secundaria sobrevivieron al genocidio. En cuanto a los médicos, nueve de cada diez perecieron.[2] Se abolió el uso del dinero, se confiscaron bienes personales, las escuelas se clausuraron, se cerraron los tribunales, se suprimieron las prácticas religiosas, se erradicó el concepto de individualidad y muchedumbres fueron llevadas a los campos de arroz para ser utilizadas como mano de obra esclava.[3]

—No tenía que existir ningún amor, excepto el amor por la Organización y la nación —comentó un periodista.[4]

En otras palabras, se trató de una cultura completa sin la gracia.

—El Khmer Rouge nos interrogaba —recuerda LaPel—. Teníamos que ser extremadamente cuidadosos. Un error y podíamos morir. Ellos solían preguntarnos: “¿Quién eres tú? ¿Has ido a la escuela?”. Nos ponían un cuaderno delante de nosotros y nos decían: “Escribe tu nombre”. Yo escribía mi nombre con la mano izquierda, con lo cual la letra resultaba horrible. Les explicaba que era un agricultor con apenas un par de años de escuela. Ellos querían comprobarlo, por lo que me decían: “Si quieres cultivar frijoles, ¿qué tienes que hacer?”. En Phnom Penh acostumbrábamos plantar algo de maíz y vegetales, así que algo sabíamos y de ese modo podíamos convencerlos de que éramos agricultores.

Separado de su familia, LaPel fue puesto a trabajar en los cultivos de arroz y la construcción de canales como parte de una gran estrategia para construir un sistema de irrigación masiva y aumentar la producción de arroz. Trabajó entre doce y catorce horas diarias, y en el verano incluso hasta por las noches, aprovechando la luz de la luna. Su alimentación era una sopa aguada, suplementada con lagartijas que él mismo cazaba. Su peso se redujo a noventa libras. Se le cayó el pelo por la desnutrición. Por las noches, el Khmer Rouge llamaba a algunas personas por sus nombres y estas desaparecían para no ser vistas jamás.

—En algún momento a finales de 1977 me enfermé. Tenía una fiebre altísima. Falté tres días al trabajo. Una noche, oí que gritaban mi nombre. Era el Khmer Rouge que quería verme. Me sacaron de mi choza. Sabía que esa noche me iban a matar. Tenía miedo. Estaba temblando.

»Me pidieron que me sentara en el suelo y me preguntaron por qué no había ido a trabajar. Les expliqué que estaba enfermo, que no tenía alimentos ni medicina. Uno de ellos me dijo: “¿Qué clase de enfermedad tienes tú?”. Le contesté: “Tengo una fiebre muy alta”. Alguien dijo: “Vamos a ver qué tan enfermo estás”. Y empezaron a revisarme. Uno colocó su mano en mi cabeza, mientras otro lo hacía en mis hombros. Luego me abrieron la camisa para examinar mi pecho. Y entonces quedó a la vista mi cruz, que colgaba de una cuerda. La luz se reflejaba en el marfil. Se produjo un silencio, al parecer por un rato largo. Mas tarde se oyó la voz de alguien a quien yo no podía ver y que dijo: “Este chico está realmente enfermo. Vamos a dejar que se vaya”».

Mientras LaPel me contaba su historia, sin darme cuenta me había ido deslizando hacia el borde de mi asiento.

—¡Gracias a Dios! —dije—. ¿Por qué reaccionarían de la manera que lo hicieron ante la cruz?

—Yo no sé por qué. Me dijeron que me fuera a descansar. Al día siguiente, me dieron medicinas y una sopa de arroz chino. La verdad es que me trataron muy bien. Unos días más tarde, empecé a recuperarme. No sé por qué reaccionaron así al ver la cruz, pero sí creo que esa cruz me salvó la vida.

A pesar de todo, la lucha por mantenerse con vida en los campos de arroz se hacía cada vez más difícil. La carga de trabajo aumentaba a medida que el suministro de alimentos disminuía. La brutalidad de los Khmer Rouge era implacable. LaPel se angustiaba al oír a la gente suplicando por sus vidas antes de ser ejecutada.

Un día sopesó sus opciones y decidió que no tenía nada que perder si intentaba huir. De modo que a principios de 1979, amparado por la oscuridad de la noche, huyó hacia la segura Tailandia. Viajó por la selva a la luz de la luna y finalmente llegó a un campamento de refugiados cuyo nombre no entendió: Alcance Cristiano.

—Me sentí muy aliviado, muy feliz de estar allí. Por primera vez en mucho tiempo estaba seguro. Un día, una mujer me habló de Cristo Jesús. Me dijo que había muerto en la cruz. *¿La cruz?*, pensé. Así que le dije: "Hábleme de lo que significa la cruz. ¿Por qué murió Jesús?". Y me dijo que había muerto para que yo pudiera ser salvo de mis pecados.

»En ese momento, me acordé de mi cruz de marfil y cómo Dios había salvado mi vida cuando estuve enfermo. Oré: "Señor, se suponía que tenía que morir aquella noche, pero tú me salvaste. Quiero comprometer mi vida a servirte, no importa lo que quieras que haga. Mi vida es tuya"».

Levantó su mano para intentar sentir la cruz alrededor del cuello, pero ya no estaba. En algún lugar de la selva, la cuerda que la sostenía se había roto. Sonrió al recordarla.

—Perdí mi cruz —dijo—, pero he encontrado a Jesús.

Fue en el campamento de refugiados donde LaPel conoció y se enamoró de Vanna, otra refugiada con la que contrajo matrimonio. En 1980 emigraron a Estados Unidos, donde Vanna tenía una hermana. LaPel estudió y se graduó de la apropiadamente llamada Hope International University (Universidad Internacional Esperanza), llegando a ser pastor de la Iglesia Cristiana Golden West en Los Ángeles, ubicada en una calle llamada Libertad. Ahí fue donde me reuní con él, en su oficina del segundo piso.

LaPel nunca se ha olvidado de Camboya. No ha dejado de viajar una y otra vez a su tierra natal para entrenar y equipar a los cristianos. Hoy en día, más de

doscientas iglesias pueden trazar sus orígenes hasta su ministerio.

El horror de S-21

Otros miembros de la familia de LaPel no fueron tan afortunados. Cuando habla de su destino, su voz se va suavizando gradualmente, al punto que a veces tengo que esforzarme para oírlo.

Mientras todavía estaba cautivo en Camboya supo que el Khmer Rouge había hecho trabajar a su padre y su madre hasta matarlos. Su hermana, que era una locutora en la ciudad capital, fue asesinada, y a su hermano lo mataron también poco antes de que en 1979 intervinieran los vietnamitas.

—Luego está mi prima… —dijo.

—¿Qué pasó con ella?

Dudó antes de retomar la palabra.

—Ella era una científica que enseñaba en una escuela. Fue arrestada y llevada al S-21.

El famoso S-21 funcionaba en la antigua escuela secundaria Tuol Svay Pray en las afueras de Phnom Penh. El complejo tenía cuatro edificios de tres pisos, todos con vista a un patio de césped y un edificio administrativo de madera. En 1976, el Khmer Rouge convirtió el conjunto en un centro de interrogatorio, tortura y ejecución. La S significaba *sala* y el 21 era el código para santebal o policía de seguridad.[5]

Los que vivían a sus alrededores solo conocían las instalaciones como *konlaenh choul min dael chenh* o «el lugar donde la gente entra, pero nunca vuelve a salir».[6]

Cuando entraba, todo prisionero era considerado culpable de traición. Por cierto, el término tradicional camboyano para prisionero, *neak thos*, literalmente significa «persona culpable».[7]

Un historiador dijo: «Como Joseph K en la novela *The Trial* [El juicio] de Franz Kafka, ellos no habían sido acusados porque fueran culpables, sino eran culpables porque habían sido acusados».[8] Un lema de Khmer Rouge resume su estrategia: «Es mejor destruir diez personas inocentes que dejar a un enemigo libre».[9]

Kaing Guek Eav, cuyo *nombre de guerra* era camarada Duch, un antiguo profesor de matemática, presidió la institución con brutal eficiencia

burocrática.[10] Demostrando una escalofriante precisión, compiló la documentación de cada sesión de tortura, cada confesión forzada, cada asesinato.

Todos los prisioneros eran fotografiados cuando llegaban. En una lista de ocho adolescentes y nueve niños, Duch escribió la orden: «¡Mátenlos!». En otra orden, garabateó: «Usen el método caliente, aun si los mata». Sus anotaciones para otros prisioneros incluían «llévenlo a ejecutar», «consérvenlo para interrogación» o «experimento médico».[11]

A veces, los torturadores del S-21 lograban confesiones de los prisioneros colgándolos cabeza abajo sobre un balde con orines y heces. O en otras ocasiones usaban descargas eléctricas, la asfixia con una bolsa de plástico en la cabeza o golpes con cables eléctricos. Para ahorrar las balas cortaban las gargantas, daban golpes en la cabeza con una pala, o rompían los cuellos con una azada. A los bebés los mataban dejándolos caer desde los balcones, o tomándolos de las piernas azotaban sus cabezas contra los árboles.[12]

Cuando en 1979 el Khmer Rouge fue derrotado por un grupo de camboyanos respaldados por los vietnamitas, las tropas encontraron catorce cuerpos hinchados, piscinas pegajosas con sangre y los instrumentos de tortura en el S-21. Dutch no tuvo tiempo para destruir los registros antes de huir, lo que hizo que sus superiores lo censuraran. Desapareció y presumiblemente lo mataron.

Durante su reinado de terror, más de catorce mil prisioneros entraron a las instalaciones del S-21. Se sabe que solo siete han sobrevivido. La prima de LaPel y su novio estaban entre los que fueron sepultados en tumbas poco profundas cerca de allí.

—Lloro cuando pienso en lo que le sucedió a ella —dice LaPel—. El edificio donde funcionó el S-21 es ahora un museo del genocidio. En 1993 su hermano menor me llevó allí. Hay cientos de fotos con el rostro de los prisioneros en las paredes.

Parpadeó para contener las lágrimas:

—Allí estaba la foto de mi prima.

Su lenguaje corporal era claro. No quería agregar nada más acerca de esto.

Una vida transformada

En 1994, quince años después de la desaparición del régimen de Pol Pot, LaPel y un equipo de su congregación compraron un pedazo de terreno y construyeron

una iglesia en la provincia de Battambang, en el noroeste de Camboya. Al año siguiente, regresó por dos semanas para llevar a cabo la capacitación del liderazgo entre un centenar de cristianos locales.

Uno de los líderes principales de la iglesia invitó a un amigo, Hang Pin, que era profesor en una aldea no lejos de allí. Hang estaba en la medianía de sus cincuenta y era muy delgado; sus grandes orejas constituían su característica física más notable. Hablaba Thai y algo de inglés y por un tiempo había enseñado la lengua khmer en el Instituto de Idiomas Extranjeros en Beijing, China.

A pesar de que no era cristiano, Hang aceptó asistir al entrenamiento de LaPel, porque venía sufriendo de una profunda depresión y buscaba apoyo. Los invasores habían irrumpido en su casa obligando a su familia a tenderse en el suelo. Su esposa, Rom, fue bayoneteada hasta morir y él fue apuñalado en la espalda, un castigo acostumbrado del Khmer Rouge por traición.[13] Él se recuperó, vendió todo lo que tenía, y se fue a enseñar en una universidad en el distrito de Svay Chek.

—Hang era tímido, tranquilo, muy retraído y presa del desaliento —recordó LaPel—, sentado siempre en la parte de atrás.

Era la costumbre de LaPel terminar cada sesión con un llamado al altar para aquellos que quisieran recibir el perdón y el liderazgo de Cristo que vendría después. La mayor parte de las personas en la audiencia eran ya seguidores de Jesús, por lo que solo unos pocos respondieron. Al final de una clase, LaPel se sorprendió al ver que Hang se había unido a varios otros y pasado adelante.

—Le dije: “Me gustaría orar por usted. ¿Tiene algo que decir?” —me contó mi interlocutor.

—¿Qué le dijo?

—Me confesó que había hecho un montón de cosas malas en la vida y que no sabía si sus hermanos y hermanas podrían perdonar los pecados que había cometido. Aseguró que lo sentía y estaba arrepentido.

—¿Le pidió usted más detalles?

—No. Yo estaba más preocupado por el presente. ¿Se sentía arrepentido? ¿Entendería que el perdón es un regalo de la gracia de Dios? Y, sí, lo había entendido. Le dije: “Dios le ama. Él puede perdonarle”. Oré con él y al siguiente día lo bauticé en el río Sangke. Rara vez he visto una transformación tan inmediata en alguien.

—¿Verdad? ¿Cómo fue eso?

—Su actitud, su comportamiento… todo cambió. Ahora permanecía sentado en la primera fila. Vestía más pulcramente, estaba emocionado, hacía preguntas e interactuaba con entusiasmo. Ninguna cantidad de enseñanzas parecía suficiente para él. De todos los estudiantes, era el que más se concentraba. Tomaba notas meticulosamente y leía la Biblia con verdadera hambre. Se mostraba impaciente porque comenzáramos una iglesia en su pueblo».

En poco tiempo, Hang recibió su certificado por haber completado su capacitación.

—Recuerdo cuando tomamos una foto del grupo. Él estaba de pie justo al lado mío en la primera fila. Yo coloqué mi mano sobre su hombro.

Tiempo después, LaPel recibió la noticia de que Hang había regresado a su pueblo y guiado a sus hijos a Cristo, bautizándolos luego.

—Más tarde estableció una iglesia en su casa, y pronto contaba con catorce familias. Seguimos en contacto y él volvió para recibir más entrenamiento en cuanto al liderazgo.

Dos años más tarde, obligados a salir debido a la violencia militar en esa área, Hang terminó en Ban Ma Muang, un campamento con doce mil refugiados dentro de Tailandia. Empezó a servir con el American Refugee Committee [Comité Estadounidense para Refugiados] entrenando a los trabajadores de la salud y salvando incontables vidas amenazadas por un brote de tifoidea.[14]

—Un funcionario del Comité Estadounidense para Refugiados lo llamó “nuestro mejor colaborador, muy respetado en la comunidad, notoriamente inteligente y dedicado a ayudar a los refugiados”. Un periodista lo describió como un humanitario.[15]

Cuando la violencia disminuyó en Camboya, Hang retornó y trabajó estrechamente con World Vision [Visión Mundial], el ministerio que provee ayuda a mujeres y niños. Un líder de World Vision lo llamó «genuinamente popular con el pueblo».[16]

Con el tiempo, LaPel y Hang se perdieron la pista. Hasta que en abril de 1999 una llamada telefónica despertó a LaPel en su casa de Los Ángeles.

La llamada que lo cambió todo

La persona que llamaba se identificó como un reportero de Prensa Asociada (*Associated Press*).

—¿Podría usted ayudarnos a identificar a uno de sus discípulos? —preguntó.

—¿Uno de mis discípulos? —contestó LaPel—. Mucha gente ha asistido a mis sesiones de entrenamiento.

El reportero describió a la persona: no muy alto, delgado, orejas grandes.

—Sí, lo conozco. Sé de quién me está hablando —intervino LaPel—. Es Hang Pin, uno de nuestros pastores laicos.

—Bueno, él pertenece a la línea dura del Khmer Rouge —declaró el reportero.

LaPel se quedó boquiabierto.

—¿Qué está queriendo decir?

—Él fue uno de los jefes del Khmer Rouge. Es un asesino. Un asesino de masas. Estaba a cargo del S-21. ¡Hang Pin es el camarada Duch!

LaPel cayó sobre sus rodillas y se dio una palmada en la frente. Su mente fue desde su prima asesinada y el museo S-21 hasta el bautismo de Hang Pin. *¿Será posible? ¡No lo puedo creer!*

Lentamente, empezó a surgir la historia. Nic Dunlop, un periodista fotógrafo, había localizado a Duch en un pueblo en la selva, y luego él y el periodista investigador Nate Thayer, que había cuestionado a Pol Pot, confrontaron a Duch acerca de su identidad.[17]

Al principio, Duch se mostró evasivo, pero luego empezó a admitir su pasado. «Es la voluntad de Dios que ustedes estén aquí», les dijo. «Ahora mi futuro está en las manos de Dios. He hecho muchas cosas malas en mi vida. Ha llegado el tiempo de *les represailles* [afrontar las consecuencias] de mis actos».

Dunlop y Thayer le mostraron copias de documentos que él había firmado autorizando ejecuciones. Aun para un insensible corresponsal extranjero como Thayer, parecía que Duch estaba genuinamente compungido. «Lo siento. Las personas que murieron eran buenas», dijo Duch con lágrimas en los ojos. «Durante la primera mitad de mi vida creía que Dios era muy malo, que solo los hombres malos oraban a Dios. Mi error fue que no serví a Dios, sino a los hombres. Serví al comunismo. Me siento realmente arrepentido por los asesinatos y el pasado. Quería ser un buen comunista. Ahora tengo una nueva meta: deseo hablarle a todo el mundo del evangelio».

Duch confesó sin reparos sus crímenes y dijo que testificaría en contra de otros oficiales del Khmer Rouge para que ellos también pudieran ser llevados a la justicia. Anticipando su arresto y encarcelamiento, señaló: «Está bien. Ellos tienen mi cuerpo. Jesús tiene mi alma. Es importante que se entienda bien esta

historia. Quiero decirles todo con la mayor claridad».

Y según dijo Thayer, «él lo hizo».

Duch se entregó a las autoridades y finalmente fue llevado a juicio ante un tribunal respaldado por las Naciones Unidas para juzgar crímenes contra la humanidad, asesinato y tortura. No ocultó su pasado como otros asesinos del Khmer Rouge estaban tratando de hacer.

Su testimonio fue noticia en todo el mundo debido a la clara confesión de sus delitos. «Soy responsable por los crímenes cometidos en la S-21, especialmente la tortura y la ejecución de la gente allí», le dijo a la comisión internacional de cinco jueces. «Solicito se me permita pedirles disculpas a los sobrevivientes del régimen y familiares de las víctimas cuyos seres queridos murieron brutalmente en la S-21».[18]

En un momento dado, con su consentimiento, a Duch lo llevaron esposado al S-21 salpicado de sangre para que enfrentara a sus acusadores. Se derrumbó en lágrimas, diciendo: «Les pido su perdón. Yo sé que ustedes no me puede perdonar, pero les pido que me dejen la esperanza de que sí podrían».

Uno de los pocos sobrevivientes del S-21 dijo: «¡Esas son las palabras que estuve esperando escuchar durante treinta años!».[19]

Condenado por sus crímenes, Duch hoy está encerrado en una prisión en Phnom Penh para el resto de su vida. El fallo es inapelable.

El sistema judicial no permite apelación.

¿Una verdadera conversión?

Christopher LaPel y el pastor laico al que conocía como Hang Pin, ahora desenmascarado como el infame Duch, finalmente se encontraron cara a cara en el año 2008, después que Duch ya había pasado nueve años detenido en espera de un juicio militar. Un abogado del tribunal internacional había organizado el encuentro en la prisión de Duch en Phnom Penh.

Traté de ponerme en la posición de LaPel. *¿Qué le diría* yo *a Duch*? *¿Qué palabras serían las más adecuadas*? *¿Cuál sería mi reacción al verlo*?

—¿Qué fue lo primero que le dijo? —le pregunté a LaPel.

—Le dije: “Antes de empezar, quiero comentarle que lo quiero como a mi hermano en Cristo. Lo perdono por lo que le ha hecho a mi familia”.

—¿Fue tan fácil como eso? —le pregunté, chasqueando los dedos.

Él negó con la cabeza.

—No, no fue fácil. Fue necesario. Tuve mucho tiempo para pensar y orar acerca de esto. ¿Cómo iba a recibir el perdón de Cristo por mis pecados si al mismo tiempo me negaba a perdonar a alguien por los suyos, sin importar lo atroz que hubieran sido?

—¿Cuál fue su reacción?

—Vi lágrimas en sus ojos. En cuanto a mí, en ese momento sentí la alegría y la paz. Me sentí liberado.

—¿Qué sucedió luego?

—Oramos juntos, y después que hubimos alabado a Dios le serví la Comunión. Leí en voz alta Salmos 23.

Aquel pasaje tan familiar vino a mi mente: *El Señor es mi pastor, nada me falta… Dispones ante mí un banquete, en presencia de mis enemigos…*

—¿Hablaron de lo que ocurrió en la S-21?

—No. Yo soy su pastor, no su acusador. Duch me dijo: “El Espíritu Santo ha hablado a mi corazón. Tengo que decirle al mundo lo que he hecho con mi pueblo. Voy a decir la verdad, y la verdad me hará libre”.

Desde entonces, siempre que LaPel hace uno de sus viajes a Camboya, va a la cárcel a ver a Duch. El pase judicial que le fue concedido en su condición de pastor lo califica como uno de los pocos visitantes a los que se les permite ver al preso. Le ha traído una Biblia en camboyano con letras grandes, un libro de canciones de adoración y los utensilios para celebrar la Comunión. Cada domingo, como parte de su propia sesión privada de adoración en una prisión desprovista de otros cristianos, Duch se sirve a sí mismo la Comunión en su habitación escasamente amueblada.

—Dado que su condena y sentencia es de por vida, ¿cuál es su comportamiento?

—Cuando me ve, corre hacia mí con lágrimas en sus ojos. Es alegre y pacífico. Sí, lleva el peso de sus crímenes, pero está muy agradecido por la gracia de Dios. Les habla sobre Jesús a los guardias y los demás presos, que son antiguos miembros del Khmer Rouge. Y les asegura que también hay perdón disponible para ellos.

—¿Qué le dice a usted?

—Un día, me dijo: “No soy un prisionero; soy un hombre libre. Me alegro cada día de mi vida. Merezco la muerte. Merezco el castigo. Sin embargo, tengo a Jesús y con él tengo el amor. Si hubiese conocido a Jesús antes, nunca habría

hecho lo que hice. Nunca supe sobre su amor”.

A LaPel lo llamaron para que testificara en el juicio de Duch. El panel, que incluía a tres jueces de Camboya, uno de Francia y otro de Nueva Zelanda, se mostró fascinado por la descripción que hizo de la metamorfosis espiritual de Duch.

Explicó cómo Duch había admitido que era un pecador, había recibido a Cristo como Señor y Salvador y había sido bautizado. Habló del concepto cristiano del perdón, la gracia y la conversión. Expuso el valor de la reconciliación.

—Durante noventa minutos —me dijo—, ellos me permitieron predicar las Buenas Nuevas.

LaPel tuvo que jurar sobre la Biblia que diría solamente la verdad.

Al hacerlo, solo dijo: «Sí».

El rompimiento del ciclo

El budismo theravada es, por un gran margen, la religión dominante en Camboya. La practican nueve de cada diez personas y está profundamente enraizada en la cultura camboyana.[20] El destino de Duch sería claro bajo la teología budista: sus pecados graves lo seguirían como un *karma* malo, por lo que tendría que tratar de trabajar durante muchas vidas sucesivas.

En realidad, cuando la periodista Mary Murphy viajó a Camboya en el año 2008 para seguirle la pista a la historia de Duch, conoció a algunos monjes budistas que se burlaron de las noticias de su conversión. «Duch se ha convertido en cristiano para ganar puntos», dijo uno, prediciendo que Duch volvería en la próxima vida de una forma que reflejaría la profundidad de su depravación. Al preguntársele en qué forma, respondió: «Como una sabandija».[21]

Le conté esa anécdota a LaPel.

—Para mucha gente —dije—, esa parecería ser la mejor idea de la justicia, dada la brutalidad de los crímenes de Duch.

—De la justicia, tal vez. Sin embargo, la gracia no es justa. Y todo el mundo debería estar agradecido por ello, no solo Duch. Si Dios fuera a negarle la gracia a Duch trazando una línea y diciendo: “Hasta aquí no más”, ¿quién podría decir dónde estaría la línea la próxima vez?

»La muerte de Jesús tiene un valor infinito porque él es un Dios infinito; esta fue suficiente para cubrir todos los pecados del mundo. Si afirmamos que algún pecado es demasiado terrible, entonces estamos diciendo que Jesús se quedó corto en su misión. La gracia es solo gracia si está disponible incluso para los Duchs del mundo. En realidad —señaló enderezándose en su silla—, aquí tenemos algo difícil de comprender para nosotros: Dios ama a Duch tanto como lo ama a usted y me ama a mí».

Me permití sentir todo el impacto de esa afirmación.

—Eso *es* algo difícil de aceptar —dije.

LaPel continuó:

—La verdad es que Dios miró debajo de la mugre que cubría la vida de Duch y vio un corazón hecho a su imagen. Esa imagen se oscurece, pero nunca se destruye. Cuando la Biblia dice que Dios ama al mundo, no menciona ninguna excepción. La gracia de Dios es inagotable.

»Tal vez pensemos que nosotros no necesitamos tanta gracia como la necesitó Duch, porque, después de todo, nuestros pecados no son tan atroces. Sin embargo, somos muy hábiles para olvidar nuestras diversas formas de idolatría, nuestras blasfemias, nuestras transgresiones diarias de las enseñanzas de Dios. No, nosotros no merecemos la gracia, y tampoco Duch. Para cada uno de nosotros, es un regalo».

—Aun así —dije—, ¿sería suficiente una simple oración para borrar la pena por tantos crímenes horribles?

—¿Una simple oración? No. Es más que eso. Cuando auténticamente venimos a Dios con arrepentimiento y fe, cuando confesamos nuestros pecados y nos apartamos de ellos, él ha prometido perdonarnos. Ahora bien, también es cierto que Duch sufrirá la justicia de este mundo; él nunca volverá a caminar por las calles. A pesar de que Dios lo ha perdonado, siempre llevará el remordimiento por sus crímenes.

Su comentario me hizo recordar una conversación que tuve una vez con el filósofo cristiano Ravi Zacharias, que bien pudo haber estado describiendo a Duch cuando dijo: «Mientras más en sintonía esté con lo que es Cristo, más profundo será el dolor por lo que ha hecho».[22]

No obstante, las víctimas de Duch están enterradas en fosas comunes en los campos de exterminio de Choeung Ek, mientras Duch está ganando poco a poco peso con tres comidas al día en la cárcel. A menudo nuestra demanda por retribución se irrita contra la generosidad de la gracia.

—Si Jesús es el único camino a la salvación —le dije—, la ironía es que sus víctimas budistas irán al infierno, pero Duch pasará la eternidad en el cielo.

LaPel se acarició la barbilla.

—Sí, yo creo que Jesús es el único camino al cielo; es por eso que me paso la vida hablándole a la gente de él. Ninguno de nosotros es verdaderamente inocente; todos hemos pecado, y la única forma en que una persona pueda tener la seguridad de su salvación es recibiendo el perdón por medio de Cristo. Afortunadamente, ese perdón está disponible para todo el que quiera recibirlo.

»Sin embargo, ¿cuánto tiene alguien que saber para ser salvo? —preguntó LaPel—. Si una persona clama a Dios por misericordia en los momentos previos a la muerte, ¿la escucha Dios? Si alguien se acerca al Dios verdadero de la mejor manera que sabe, ¿le responderá? Nadie se salva aparte de la obra de Cristo en la cruz, pero solo Dios sabe lo que una persona debe entender para poder responder adecuadamente. La Biblia nos asegura que en última instancia, Dios hará lo que es justo.[23] Y tengo la más absoluta confianza en eso».

Le pregunté lo que piensa el resto de Camboya. ¿Están de acuerdo con el comentario de ese monje, o creen que incluso Duch podría ser redimido?

—Muchos están oyendo de su tremenda fe y comentan: “Vean cómo Dios puede cambiar una vida”. Les sorprende que admitiera su culpabilidad y pidiera humildemente perdón. Y se están diciendo: “Miren a esos cristianos; han sido perdonados. ¿Por qué no podemos hacer nosotros eso también?”. Creo que, al final, esto ayudará a las iglesias en Camboya. Dios está abriendo los corazones y las mentes para que vean que Jesús es amor y puede traer sanidad y esperanza.

»Eso es muy importante —continuó—, porque en el budismo la gracia es algo desconocido. Muchos camboyanos que se mantienen en su odio y su ira no saben cómo liberarse. Algún día, podría estallar otra época de violencia. Si los camboyanos pudieran aprender sobre el perdón a través de la historia de Duch, se podría romper el ciclo. ¿Qué otra cosa sino la gracia puede hacer eso? ¿No sería como si Dios convirtiera los campos de exterminio en campos de cosecha?».

CAPÍTULO 6

El desamparado

Un gesto de gracia puede cambiar una vida

> *La gracia significa que no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame más […] y no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame menos.*
>
> Philip Yancey[1]

Estaba escarbando en un contenedor de basura detrás de una pizzería en Las Vegas, a la caza de alas de pollo y trozos de corteza a medio comer, cuando de repente la desesperanza de su situación lo golpeó con toda su fuerza.

¿A esto he llegado? ¿Comiendo de los recipientes de basura? ¿Durmiendo en el suelo? ¿Sucio, hediondo y muerto de hambre? *¿No habrá una manera de salir de esto?* ¡*Oh Dios, no hay para mí un futuro ni una esperanza*? *¿Por qué me haces esto*?

Se desplomó sobre el contenedor de basura y comenzó a sollozar. Después de un rato, las lágrimas no paraban.

—Si hubiese sido dueño de una pistola, me la hubiera puesto en la boca y habría apretado el gatillo —me dijo Cody Huff—. Se lo juro, lo habría hecho. Había perdido todo, era un adicto, había estado entrando y saliendo de la cárcel, era un desamparado, un paria; hasta la última gota de mi dignidad se había ido. Me odiaba, odiaba mi vida, y odiaba a Dios.

Las lágrimas inundaron sus ojos una vez más.

—Ese fue el día en que toqué fondo. Ya no podía caer más bajo.

Introdujo su mano en el bolsillo de atrás para sacar un pañuelo.

—Estaba muy hambriento, muy exhausto, muy desesperado, muy avergonzado. Me había quedado sin nada. ¿Sabe lo que se siente? No *tenía* nada

y no *era* nada.

Cody se dirigía inexorablemente hacia la destrucción. Había sido un ladrón, un traficante de drogas, un falsificador y un estafador.

—Me habían golpeado, disparado y apuñalado. Había estado sentado sobre montañas de dinero y lo había lanzado todo por la borda en metanfetamina y heroína.

Su vida iba en picada, y luego todo se redujo a un solo momento. No, no a *ese* momento. No al momento en que estaba llorando amargamente en la basura. Eso parecía el final, pero resulta que no lo era.

Hubo una breve experiencia espontánea y poco probable de la gracia por venir… y con ello una idea sobre cómo llevarles la gracia a otros.

Escuela de gladiadores

Con el pelo gris erizado, barba de chivo y los brazos decorados con tatuajes, Cody se hallaba sentado frente a mí en una silla tapizada sin brazos. Su rostro se veía curtido, su voz sonaba a veces ronca debido a los efectos de haber sido pateado en la garganta después de haber sido asaltado por una pandilla hace años. Aparentaba los sesenta años que tenía, y más. Sin embargo, su tono era humilde y su espíritu manso mientras hablaba con sinceridad dolorosa sobre una vida que había sido un largo y aterrador descenso hacia el infierno.

—¿Mi papá? No. No conocí a mi padre. Tenía diecinueve años cuando dejó embarazada a mi mamá. Ella tenía catorce. Se vieron obligados a casarse, y luego él se largó.

—¿Alguna vez se comunicó con él? —le pregunté con mi pluma suspendida sobre mi cuaderno de notas.

—Muchos años después lo llamé y le pregunté si alguna vez se había interesado en saber qué había sido de su hijo. Me respondió: “No. En realidad, no”.

La madre de Cody dejó la escuela y trabajó como camarera y luego como cajera de un banco en un pequeño pueblo al norte de Sacramento. A Cody no le gusta hablar sobre el abuso físico que tuvo que soportar. Solo dice que su vida fue traumática y caótica, y que cuando tenía doce años eso lo llevó a comenzar a fumar marihuana como una vía de escape. Al año siguiente, huyó de su casa para irse a vivir en una comuna *hippie* en una antigua casa victoriana en San Francisco.

—En ese momento yo tenía trece años. Vendía un periódico clandestino en las calles, lo que me dejaba algún dinero para la comida y las drogas. En la casa vivíamos entre catorce y dieciocho personas. Teníamos de todo: *orange sunshine* LSD-25, hongos mágicos y la mescalina. Probablemente he consumido unas doscientas dosis de LSD a lo largo de mi vida.

Las autoridades lo detuvieron cuatro meses más tarde, llevándolo a una cárcel juvenil en lo que era su primera temporada allí. Solo un corto tiempo después de salir fue arrestado por su primer delito grave —robo de un auto y fuga con accidente— y entregado a la Autoridad Juvenil de California. En esencia, era una prisión para delincuentes menores. Cody ya tenía quince años.

—Le habíamos puesto un nombre a esa prisión. La llamábamos la Escuela para Gladiadores, porque, en efecto, le daban a uno la tapa de un bote de basura y un palo y te decían: “Arréglatelas”. Así que aprendí a luchar, a conseguir drogas, a venderlas. Era una educación bastante acabada para tener éxito en una empresa criminal. Aprendí rápido. Y cuando salí un año más tarde, comencé a poner a funcionar todo de que había asimilado.

Desde la cárcel a la enfermería y a Las Vegas

No pasó mucho tiempo para que Cody se convirtiera en un próspero hombre de negocios en el comercio ilícito de las drogas.

—Disponía de grandes productos (cocaína, psicodélicos, marihuana) y ofrecía un excelente servicio al cliente. Incluso tenía un contacto para venderles drogas a los internos de la Cárcel Soledad. Muy pronto estaba haciendo miles de dólares a la semana y vivía en la playa, cerca de Monterey. Todo era fiestas y conciertos de rock. Adquiría lo que se me antojara y cuando quisiera. Y entonces hice algo increíblemente estúpido. Introduje una aguja en mi brazo.

—¿Heroína?

—Sí. En seis meses estaba consumiendo diez dosis al día. Con la heroína se llega al punto en que no importa si se come o si se tiene un lugar para dormir, todo lo que interesa es conseguir una dosis. Comencé a vender todo para obtener la droga. En poco tiempo había perdido todo lo que poseía, así que empecé a cometer robos y hurtos. Trabajé con prostitutas haciéndome pasar por policía para robarles a sus clientes. Una vez me dieron una llave maestra de un hotel y robé cuarenta televisores. Cuando vinieron a arrestarme, tenía una aguja hipodérmica y un poco de heroína en el bolsillo de atrás. Me mandaron un año a

la cárcel.

Por lo menos, me dije, esto lo obligó a pasar por una desintoxicación.

—¿Salió limpio?

—Sí, lo hice. Me di cuenta de que la mitad de Monterey quería matarme por las cosas que había hecho, así que me fui a San Diego con solo unas pocas piezas de ropa.

—¿Decidió enderezar su vida?

—No. Empecé a cometer robos en casas. Una vez más, estaba teniendo bastante éxito. Pasaron dos años antes que me agarraran de nuevo. En ese tiempo usaba drogas solo de vez en cuando. No heroína. Solo tenía que entrar a una casa una vez a la semana o incluso una vez en el mes y el dinero que obtenía era bastante. Sin embargo, todo eso terminó cuando alguien me vio entrando por la ventana de una casa en la playa y llamó a la policía. Cuando salí, me arrestaron. Con mi record anterior el juez me dio de uno a quince años en prisión.

—¿Qué pensó cuando el juez le impuso esa pena?

Cody hizo una mueca.

—La sentencia de un año no me preocupaba, pero sí la de los quince. Pensé: *Voy a tener cuarenta cuando salga. ¡Seré un anciano!* A la mañana siguiente, estaba esposado, encadenado y arriba del autobús de la prisión estatal de California en Chino. Era todavía un niño. Había estado en centros de detención juveniles, no obstante, ¿una prisión? Este fue el lugar más espantoso que jamás haya visto. Afortunadamente, todo anduvo bien, ya que mis conexiones del hampa me brindaron protección.

Liberado después de un año, él regresó a San Diego y fue a vivir con una mujer que trabajaba como enfermera privada. «Cody», le sugirió ella un día, «¿por qué no te matriculas en la escuela de enfermería?». Sorprendentemente, Cody estuvo de acuerdo, y este campeón de la deserción escolar y criminal convicto terminó convertido en un licenciado en Enfermería Práctica.

De alguna manera fue contratado en un hospital de prestigio que no se molestó en realizar un chequeo de sus antecedentes criminales. De ahí en adelante, los futuros empleadores nunca cuestionaron su currículum. Su credencial como licenciado en Enfermería Práctica era un billete de oro.

Durante cuatro años, trabajó en varios empleos legítimos. Sin embargo, un día, él y su novia rompieron.

—Cada vez que tenía un trastorno emocional, volvía a mi vieja amiga: la heroína —dijo—. Caí muy bajo otra vez. Estaba desesperado por tener un nuevo

comienzo, así que me fui a Las Vegas.

—¿A Las Vegas? ¿En serio?

—Sí, aquella fue otra decisión estúpida. Si usted está tratando de dejar las drogas y alejarse de las fiestas, aquel es el último lugar en el mundo a donde ir.

—Hábleme de su primer día allí.

—Me senté en un bar. Un hombre que estaba bebiendo cerveza se acercó y me dijo: "¿Qué estás haciendo en Las Vegas?". Él hombre tenía un buen aspecto, así que le dije: "He estado consumiendo demasiada droga y para decirle la verdad, me siento enfermo". Él preguntó: "¿Quiere sentirte bien?". Le contesté: "¿Conoce a alguien?". Y me dijo: "¿*Conocer* a alguien? ¡*Yo soy* ese alguien!". Salimos del bar. Anduvimos dos cuadras y me vendió heroína. Y eso me llevó a otro desliz que fue realmente malo, realmente rápido.

»Empecé de nuevo a usar droga, a pasármela en fiestas, a gastar lo que había ahorrado en mi trabajo como enfermero. Después de tres meses, casi no me quedaba nada».

Fue bajo esa circunstancia que Cody aprendió cómo hacer mucho dinero… literalmente.

—Me involucré con una red de falsificación. Estábamos haciendo monedas de un dólar de plomo. No es broma. Estaban tan bien hechas que era difícil notar la diferencia con las monedas reales. Hicimos un millar de ellas y las usamos en las máquinas tragamonedas. Cambiábamos nuestro dinero falso por el real que había en ellas. Y así teníamos dinero para comprar más droga. Después de todo, tenía que alimentar mi hábito.

Habían transcurrido dos años cuando el FBI, la policía y las autoridades del juego en Nevada comenzaron a perseguir a Cody. Distribuyeron su foto por toda la ciudad. Como era solo cuestión de tiempo para que lo arrestaran, se entregó. Lo condenaron a otro año de cárcel.

Cody suspiró.

—Esto nunca acababa —dijo—. Lo ganaba todo, y luego lo perdía. Quería salir de las drogas, y me enganchaba de nuevo. Trabajaba como enfermero, pero volvía a delinquir. En total, había pasado ocho años en prisión. Ocho años es mucho tiempo tras las rejas, Lee. *Ocho años*. Eso tiene un efecto en el corazón. Lo vuelve duro como el cuero.

Cómo llegar a ser un desamparado

Fuera de la cárcel una vez más, le ofrecieron un trabajo de enfermero para cuidar en su casa a una anciana de ochenta años a cambio de alojamiento y comida. Harto de cómo marchaba su vida, reconoció esta oferta de trabajo como una posibilidad de enmendarse. Así que pronto se encontró cocinando para la anciana, limpiándole la casa, sacándola al patio y llevándola a las citas médicas. Se había alejado de las drogas y empezó a recibir su salario.

—Con el tiempo, esta anciana se volvió como una abuela para mí —comentó —. Nunca tuve una familia. Nunca supe lo que era tener a alguien que te quisiera. Le conté a la abuela todo sobre mi pasado y le dije: “Ahora sabes, Mimi, con quién estás tratando”. Mimi, según resultó, era cristiana, y me aseguró: “¿Sabes qué? Dios te perdona y yo te perdono también”.

Mientras más lo animaba Mimi, más quería servirla. Él era su cuidador y su nieto sustituto al mismo tiempo. En sus días libres, Cody transformó su afición por la pesca en un negocio lucrativo, ganando competencias profesionales y aumentando su cuenta bancaria. Por primera vez parecía que su vida se había recuperado… hasta que Mimi desarrolló un síndrome orgánico cerebral y rápidamente comenzó a deteriorarse.

—Yo había empezado a sentir un gran cariño por Mimi y sufría al ver cómo perdía su mente. Aquello me rompió el corazón. No podía soportarlo. Sé que tenía que haber sido más fuerte, pero nunca amé a un paciente como a ella y no sabía qué hacer. Un día, estando en casa de un amigo, este sacó una pipa para fumar crack. Le pedí una fumada. Él me miró y me dijo: “Cody, tú no quieres una fumada de esto”. Le dije: “Sí, la quiero”. En poco tiempo, me estaba fumando mil dólares en crack por noche. El crack es peor que la heroína. Cuando Mimi murió, volví a caer hasta lo más profundo. Nuevamente, nada me importaba. Solo quería mujeres y crack, nada más.

En dieciocho meses, Cody gastó todos sus ahorros. Lo echaron de la casa donde había venido viviendo en tiempos de Mimi y comenzó a deambular por las arenosas calles de Las Vegas, lejos de las luces brillantes del Strip. (Las Vegas Strip es un tramo de un Boulevard al sur de Las Vegas, conocido internacionalmente por la concentración de complejos hoteleros y casinos. N. del T.)

—No tenía a dónde ir, no tenía dinero, pero lo que sí tenía era una tremenda adicción a las drogas. No sabía qué hacer. Ni siquiera sabía cómo se las arreglan los desamparados. Así que llené una mochila con unos jeans, camisetas, sudaderas, unos cuantos pares de calcetines, un cepillo de dientes y crema dental, y me dispuse a vivir como fuera. No se me ocurrió por lo menos llevar un

saco de dormir.

»El primer día anduve por ahí, conversando con otros habitantes de la calle. Les decía: “Me llamo Cody y nunca había sido un desamparado. ¿Podría hacerles algunas preguntas? Como por ejemplo, ¿dónde se asean? ¿Cómo se hace para encontrar un baño? ¿Cuál es la mejor parte de la ciudad para permanecer? ¿Cómo se las arreglan para comer?”.

»La primera noche dormí a campo abierto. Cuando me desperté, estaba realmente hambriento. Me acerqué a un hombre y le dije: “Señor, ¿tendría un par de dólares para poder conseguir una hamburguesa? No he comido desde ayer”. Y con eso rompí a llorar. El hombre me dijo: “¡Ve a buscar un trabajo!”. Y empecé a maldecirlo.

»No me atreví a seguir pidiendo. ¡Era tan humillante! Así que me las agencié para conseguir un par de dólares y compré una botella de limpiador de cristales. Cuando la gente llegaba en sus coches a un centro comercial, les decía: “¿Puedo limpiar las ventanas de su auto?”. Y si me preguntaban cuánto cobraba, les respondía: “Déme lo que sienta darme”. Así fue como me hice cargo de mí mismo cuando estaba viviendo en la calle».

—¿Cómo era su rutina diaria?

—Trabajaba durante tres días seguidos, día y noche. Cuando lograba reunir unos cuarenta o cincuenta dólares, tomaba un autobús y me dirigía a Fremont Street, donde se encuentran todos los traficantes de crack, y me gastaba todo el dinero que llevaba.

—¿Cuánto tiempo necesitaba para fumárselo?

Cody se encogió de hombros.

—Diez minutos.

—¿Y después?

—Tomaba el autobús, me iba a otro centro comercial y trabajaba de nuevo durante tres días seguidos. Para entonces, ya estaba agotado. Me quedaba a dormir en un parque. Las moscas se posaban sobre mi cuerpo, pero a mí no me importaba. De vez en cuando, un sacerdote católico traía sándwiches para todos los que estábamos ahí. A las once de la noche, cuando el parque cerraba, todos los sin techo nos íbamos a dormir sobre el suelo detrás del departamento de policía. Yo tenía mantas y edredones que había encontrado en los botes de basura.

En poco tiempo, Cody tocó fondo. Fue en ese momento que hurgaba en un contenedor de basura detrás de una pizzería buscando algo para comer. Se sentía

abrumado por la desesperación. Parecía no haber un camino de salida.

—Me senté allí y solo lloraba y lloraba. Ya era bastante malo quedarse sin hogar, pero dejas de respetarte a ti mismo y poco a poco la autoestima se te va al suelo. El mundo te hace sentir como si no le importara. Lo único que quieres es morir.

«A ellos no les importa»

—¿En algún momento se le ocurrió pedir ayuda?

—Sí, una vez fui al departamento de salud mental y les dije: "Estoy loco. Necesito ayuda". Me contestaron: "No podemos hacer nada por ti. Eres un adicto a las drogas. ¡Fuera de aquí!".

»Traté de buscar un empleo. Me afeité, me puse una camiseta limpia, me fui al baño del parque y traté de bañarme. Había un grifo a fin de sacar agua para los perros. Allí traté de lavarme el pelo, pero aun así me seguía viendo horrible.

»Entré a un negocio y le dije al dependiente: "Voy a ser sincero con usted. No tengo donde vivir y ni siquiera puedo procurarme mi propio alimento. Soy capaz de hacer lo que sea: pintar, limpiar, lavar los platos, lavar su automóvil, cortar la hierba". Me dijo: "Tienes que estar bromeando. Vete de aquí antes de que llame a la policía".

»Durante los últimos cuatro o cinco meses llegué a un punto en que nada me interesaba. No me importaba si se me aflojaban los dientes y se me caían. No me importaba si olía mal. Llegué a pesar cuarenta y tres kilos. Si me quitaba la camisa, se me podían contar las costillas. Los pantalones que usaba medían de cintura treinta pulgadas. Tuve que sujetármelos con unos cordones de zapatos para que no se me cayeran. Me exponía a cada rato al cruzar la calle imprudentemente, mantenerme vagando sin rumbo, fumar crack en público e infringir las leyes».

—¿Cómo lo trataba la gente?

—Muy mal. En ocasiones cuando cruzaba la calle, había conductores que aceleraban con la aparente intención de arrollarme.

—¿En serio?

—Sí. Usted seguramente conoce el viejo refrán que habla de tratar a alguien como un perro. Sin embargo, ¿sabe qué? A los perros se les trata mucho mejor que a los vagos. Sé lo que se siente cuando a la gente no le importa si vives o te

mueres. Sinceramente, no les importa en absoluto.

Mientras Cody me hablaba, yo examinaba mentalmente mi actitud hacia las personas sin hogar con las que me había encontrado a lo largo de los años y experimenté mucha vergüenza.

—¿Qué sentía por las noches?

—En el invierno, un frío horrible que me llegaba hasta los huesos. No era solo la nieve, a veces caía una lluvia helada. Había encontrado una manta en la basura y un plástico de los que usan los pintores de edificios. Cuando llovía, usaba la manta y el plástico para resguardarme y proteger mis cosas. A veces, cuando la lluvia era insoportable, acudía a algún refugio para indigentes, pero en realidad, aunque allí te dan alguna ayuda, no te tratan mejor que en la calle. En el verano, a veces el termómetro sube más allá de los treinta y ocho grados centígrados, por lo que el calor es sofocante tanto en el día como en la noche. No había alivio.

—¿Se encontró con algunas personas generosas?

—De vez en cuando. Recuerdo haberme hallado en el estacionamiento de la tienda de comestibles cuando llegó una señora en un carro rojo. Yo no tengo ningún problema con mis piernas, pero mientras estaba lavando las ventanas de los autos empecé a cojear. Así que me acerqué cojeando a la dama del carro rojo y le dije: "Señora, ¿quiere que le limpie las ventanas de su coche?". Ella me respondió explicando que ya lo había lavado y no necesitaba mi ayuda, pero me preguntó si tenía hambre. Yo le respondí que sí, que estaba hambriento. Entonces ella abrió su cartera y sacó un certificado por el valor de cinco dólares para un negocio de hamburguesas. Aquello fue para mí como un salvavidas que se le lanza a alguien que se está ahogando. Fui al restaurante y pude conseguir con ese certificado dos hamburguesas, papas fritas y una soda helada. Me sobraron doce centavos. ¡Hombre, qué comida fue aquella!

»Después de meses sin una ducha, vestido con la misma ropa día tras día, empecé a oler terrible. Cuando volvía por las noches al lugar donde otros y yo dormíamos, olía tan mal que desde lejos me gritaban: "¡Cody, apestas!". "¡Cody, consíguete algo de ropa limpia!". "¡Cody, necesitas un baño!". Un día, un tipo que estaba durmiendo cerca de mí me dijo algo sobre la Central Christian Church».

Ese nombre me sonaba familiar.

—¿Ahí es donde Jud Wilhite es pastor? —le pregunté.

—Correcto. Allí los desamparados pueden conseguir una buena ducha,

afeitarse, obtener ropa limpia, desayunar e ir a un servicio religioso si quieren. Eso me parecía fabuloso, excepto lo del servicio religioso, así que le dije al tipo que iría con él al día siguiente, que era domingo. Nos levantamos a las cuatro de la mañana y echamos a andar. Siete millas hasta llegar allí.

—¿Valió la pena la caminata? ¿Consiguió bañarse, comida, ropa?

Se rió entre dientes.

—Sí que valió la pena, pero no solo por esas cosas. Aquel fue el día que mi vida cambió.

Un gesto de gracia

Cody estaba esperando en el segundo piso de la Central Christian, la megaiglesia reluciente en el suburbio de Henderson. Había tomado un número que le aseguraba su lugar en la fila para una ducha. Varios desamparados como él circulaban por el lugar, por lo que no se sentía tan extraño. Además, había mesas donde se ofrecía café y comida, todo gratuito.

Fue entonces cuando, sin Cody darse cuenta, entró una voluntaria que resultó llamarse Michelle. De mediana edad y menuda, Michelle le echó una ojeada al lugar, se acercó a Cody y le dijo: «¿Señor?».

Cody se volvió y se encontró con Michelle mirándolo directamente a los ojos. «Señor», dijo ella simplemente, «usted parece necesitar un abrazo».

Cody estaba horrorizado. *¿Un abrazo?* Tenía su rostro desencajado, su pelo enmarañado, su barba desordenada y crecida, sus ropas sucias y manchadas, sus dientes podridos. *¿Un abrazo?* Negó con la cabeza. «Señora, no me he bañado desde hace tres meses. Huelo horrible».

Michelle sonrió.

«Para mí, usted no huele mal», aseguró, y acto seguido colocó sus brazos alrededor de él.

Lo volvió a mirar a los ojos. «¿Sabe una cosa?», le dijo. «Jesús lo ama».

Jesús no puede amarme, pensaba Cody. *No tengo un hogar. Jesús no puede amarme. Soy un adicto a las drogas. Soy un hombre malo.*

«Jesús lo ama», repitió ella.

¿Qué puede lograr Dios con el simple gesto de un abrazo? ¿Representan esas tres palabras sobre Jesús lo suficiente para redimir a un alma perdida? ¿Hasta dónde puede una expresión de amor enderezar un camino que ha venido torcido

desde el principio?

En ese momento, en un instante, una llamita espiritual se encendió dentro de Cody Huff. Hasta el día de hoy, años después, no puede hablar de ello sin que se le quiebre la voz.

—Lisa y llanamente, aquel fue el momento crucial de mi vida —me dijo—. Fue como un encuentro personal con Jesús. Sentí el amor. Un amor puro. A ella no le importó cómo me veía o lo nauseabundo que estaba. Fue como si el mismo Jesús estuviera de pie frente a mí y me dijera: “Cody, te amo”.

»En el momento de mi vida cuando era el menos digno de ser amado, cuando todo el mundo me rechazaba, cuando no había ninguna esperanza de salir del lío en el que estaba, cuando olía tan mal que incluso los demás desamparados como yo evitaban estar cerca de mí, allí estaba ella, con esa sencilla expresión de la gracia de Dios. Y algo sucedió en mi corazón».

—¿Qué cree que fue?

Cody miró a un lado, agrupando sus pensamientos, y luego dirigió la vista a mí. Empezó a decir algo, pero se detuvo. Entonces prosiguió:

—Honestamente, Lee, no lo sé. Todo lo que puedo decir es que fue un momento espiritual. Se trató de un abrazo, pero fue más que eso, fue lo que ese abrazo me dijo. *Te acepto. Me preocupo por ti. Eres importante para mí. Vales mucho y mereces la pena. Tienes dignidad como ser humano.*

»Esa fue la primera vez en mucho tiempo que sentí que a alguien le importaba si vivía o moría. Incluso a mí mismo había dejado de importarme. Ahora veo y creo que fue por eso que seguí metido en las drogas. Esperaba que la próxima dosis hiciera que mi corazón dejara de latir. Y entonces, ese abrazo —chasqueó los dedos— lo cambió todo».

Una oración en la mugre

Aquel día en Central Christian, Cody se duchó, se puso ropa limpia, se sirvió un buen desayuno, y luego se sentó para participar en un estudio bíblico.

—Fue algo instantáneo —me comentó—. Como si alguien hubiese encendido la luz. Mientras más oía de Jesús, tanto más quería escuchar. Michelle me dijo: “¿Quieres ir a la iglesia?”. Yo le contesté: “Bueno… sí… pero… ¿no se vendrá abajo el edificio?”.

»Fui al servicio y me senté en la fila más apartada, muy arriba en el balcón,

en la oscuridad, donde nadie pudiera verme. Jud, el pastor, se levantó y explicó que algunas señoras mayores se habían quejado de que la música que los niños estaban tocando sonaba demasiado fuerte. “Voy a decirles cómo me siento acerca de esto”, dijo Jud. “Si los niños están tocando música y adorando a Jesús, me gustaría que lo hicieran aun más alto”. Y yo pensé: *Sí, esta es la clase de iglesia para mí*».

A partir de ese día, el apetito de Cody por Jesús fue insaciable. No dejó de asistir a la iglesia. Redujo su consumo de drogas. Asistió a las reuniones que la iglesia realizaba para los desamparados. Y todo culminó tres semanas después en el parque que él llamaba «mi casa».

—Realmente no sabía nada de la Biblia, excepto que Dios me ama, que Jesús murió por mí, que soy un pecador, que es posible alcanzar el perdón, y yo quería alcanzarlo.

»Ni siquiera sabía cómo orar, así que me eché sobre mis rodillas, rostro en tierra, y llorando como un bebé derramé mi corazón ante Dios. Le dije: “¡Dios, estoy tan cansado! ¡Estoy cansado de las drogas! Por favor, aléjalas de mí. Me siento como si estuviera conduciendo mi propio coche y todo lo que hago es chocar de frente. ¿Te puedo pedir un favor? ¿Por qué no conduces tú? Me avergüenzo por la forma en que he vivido. Quiero rendir mi vida a ti. Dios, por favor, hazme un hombre nuevo”.

»Ni siquiera puedo decirle cuánto tiempo oré. Tal vez diez o quince minutos, no sé, pero cuando dije: “Amén”, me sentí inundado por la paz más increíble que jamás haya experimentado. Fue como una ola en el océano, como cuando uno está navegando y una ola gigante lo cubre. Me sentí limpio por primera vez. No sabía a dónde me conduciría todo eso, pero a partir de ese momento Dios suprimió mi deseo por las drogas».

—Eso no le ocurre a todos —le dije a modo de comentario.

—Lo sé. Puede ser un proceso y una lucha. Sin embargo, para mí todo empezó a cambiar de inmediato. En realidad, esa noche había unos cuarenta de nosotros durmiendo en ese lugar que se había convertido en nuestro dormitorio a la intemperie. Antes de eso, nunca nadie me había ofrecido drogas de forma gratuita. Esa noche, me despertaban para ofrecerme pipas de crack. Mi mejor amigo me llamó: “Oye Cody. Con solo diez dólares mira lo que he conseguido”. Le dije: “Steve, aléjate de mí. Lo he dejado. He terminado con esto. Amigo, le he entregado mi vida a Jesucristo”. Él me miró, sorprendido, y me preguntó: “¿Qué quieres decir con eso de que le has entregado tu vida a Jesucristo?”. Le dije: “No sé cómo te suene eso, pero ahora soy de él. Eso no lo hago nunca

más”.

»Tres semanas más tarde, me bauticé. Estaba muerto de miedo delante de toda esa gente, pero Michelle se encontraba allí y me dijo: “Cody, no hay nada que me pueda privar de ver tu bautismo”.

»Me mantuve yendo al estudio bíblico y a la iglesia cada semana. No era suficiente todo lo que escuchaba y aprendía de la Biblia. A pesar de que sabía muy poco de él, a todo el mundo le hablaba de Jesús. Empecé a tener pequeños estudios bíblicos en “nuestra casa” usando para ello una Biblia de bolsillo».

Cody se convirtió en un voluntario en la iglesia. El cocinero le preparaba unos sándwiches enormes para el almuerzo. «No soy capaz de comerme todo esto», le decía. Entonces el cocinero le entregaba un envoltorio de plástico al tiempo que le decía: “Ya tienes la cena”. Muy pronto, a través de una conexión en la iglesia, le ofrecieron un trabajo y un lugar donde vivir. Por primera vez en años tenía un trabajo remunerado que le permitiría sostenerse.

Él continuó sirviendo en el ministerio de la iglesia a los desamparados. En cierta ocasión en que estaban llevándoles alimentos a un grupo de indigentes que vivían debajo de un puente, Cody vio a otro voluntario que le resultó familiar. Había visto esa cara en algún lugar antes. ¿Dónde? Ah, sí, era la mujer en el coche rojo que le había regalado el certificado de comida.

Se acercó a ella y le contó su historia. «Lo siento», le dijo ella. «Les doy esos cupones a muchas personas y no recuerdo los rostros de todos. Me da pena decírselo, pero no me acuerdo de usted. Sin embargo, estoy emocionada de que ahora sea cristiano».

Es una señora muy agradable, pensó Cody. Se llamaba Heather.

Nueva vida en el parque

Ocho años más tarde, en una agradable tarde primaveral durante un viaje a Las Vegas, me fijé en un grupo de varias decenas de hombres y mujeres indigentes que estaban reunidos debajo de una gran glorieta en el parque Myron E. Leavitt, al otro lado de la calle del bar de Jake. Un hombre desgreñado con una pierna rota llegó en un carrito de supermercado empujado por un amigo. El humo se elevaba de las parrillas donde se asaban pollos para quienes quisieran comer.

La atención de todos estaba fija en el entusiasta hombre de pelo gris que vestía una camiseta y pantalones vaqueros, sosteniendo una Biblia en una mano y con la otra señalando a la distancia.

«Yo solía dormir en el suelo, no lejos de aquí», decía, ayudándose con un micrófono. Un día, una joven me dio un abrazo y me dijo que Jesús me amaba. Por allí está, sentada en la parte de atrás. Aquel fue un momento de gracia para mí. Y, amigos, no importa lo que hayas pasado, Jesús te tomará en sus brazos también. Te abrazará como ella me abrazó a mí. Solo permanece con Jesús, él nunca te dejará ir».

Ahora Cody Huff es un ministro ordenado en la Iglesia de la Esperanza en Las Vegas, después de haber sido formado por el pastor Vance Pittman. Él trabaja con una energía ilimitada como director voluntario de Cadenas Rotas, un ministerio que ayuda a alimentar y dar albergue a los desamparados de Las Vegas.[2] Lo apoyan varias iglesias y empresas locales, incluyendo aquella que lo amenazó con llamar a la policía si no se iba del lugar. El alcalde de la ciudad le pide ayuda para tratar a los indigentes. Lo invitan frecuentemente a hablar en las clases de entrenamiento de oficiales de la policía, los mismos que lo acosaban cuando dormía en el parque.

Por estos días, organiza actividades regulares en ese mismo parque, donde Cadenas Rotas ofrece comida gratis, música y aliento espiritual. ¿Y la dama que maneja las tenazas mientras se asan los pollos? Es Heather, la del coche rojo, que ahora es la esposa de Cody.

Aquella noche, después que Cody compartió su historia con los indigentes que estaban allí, todos formaron una fila para que Heather pudiera servirles la cena. Más tarde, me encontré charlando con él mientras sus invitados comían y él los observaba con una satisfacción que no podía disimular.

Riéndose entre dientes, me dijo:

—Cuando arrodillado oré a Jesús y le dije que lo seguiría aunque quisiera que me quedara en este parque por el resto de mi vida, no me imaginaba que ese sería precisamente su plan.

Esta era su gente, su congregación de inadaptados, adictos al crack y borrachos, sin afeitar ni bañarse, sin trabajo e indeseables. Creo que esa noche Cody los abrazó a todos.

Me acerqué a Heather, que llevaba un collar con una pequeña cruz de plata. Estaba de pie en la parte de atrás, encargándose de todo.

—¿Pensó cuando abrazó a Cody que ese abrazo conduciría a esto? —le pregunté.

Su sonrisa expresaba humildad.

—No, ¿quién podría haberlo previsto?

—¿Qué fue lo que la impulsó a hacerlo. Cuando Cody estaba sucio y maloliente, ¿por qué ese abrazo?

Ella me miró como si mi pregunta fuera realmente tonta… y quizás lo fue.

—Sencillamente, me pareció que necesitaba que alguien lo abrazara. Por lo demás, hice lo que habría hecho Jesús de haber estado allí. ¿No le parece?

No cabía duda de que era verdad. Sin embargo, ¿cuál habría sido mi actitud? ¿Le hubiera dado la mano? ¿Un abrazo? ¿Una palmadita en la espalda? ¿Me hubiera desviado de mi camino para decirle algo acerca de Jesús? ¿Habría visto en él el potencial de la redención y la transformación? ¿Lo hubiese tratado con la dignidad que se merecía?

Reflexioné sobre estas preguntas durante un tiempo, y me estremecí con mis respuestas. ¡Cuántas veces me encontré con alguien como Cody en la calle y pensé en él o ella más como un problema que hay que resolver que como una persona que merece ser amada! ¡Cuántas veces habré retenido la gracia que debería haber compartido con otros!

Me despedí de Heather y le di una mirada a la multitud en la glorieta. Me encaminé hacia el hombre desaliñado que había llegado en un carrito de supermercado. Se encontraba solo en ese momento, así que lo abordé.

—Me llamo Lee —le dije—. ¿Y usted cómo se llama?

Sus párpados lucían caídos.

—Me dicen *Spider* (la araña) —me respondió.

Su voz era ronca. Vacilante, coloqué mi brazo alrededor de su hombro.

—Bueno, *Spider* —le dije—, cuénteme su historia. Y después déjeme hablarle de un amigo que ha cambiado mi vida. Se llama Jesús, y él lo ama.

CAPÍTULO 7

El pastor

¿Podremos perdonar la más personal de las heridas, y a nosotros mismos?

> *Vivir por gracia significa reconocer la historia de mi vida, el lado lleno de luz y el oscuro. Al admitir mi lado oscuro aprendo lo que soy y lo que significa la gracia de Dios.*
>
> Brennan Manning[1]

Se había graduado del seminario, era líder de un ministerio de oración, un orador muy popular, el marido de su novia de la infancia, padre de tres hijos, el pastor principal de una iglesia próspera… y mi amigo. Ahora estaba allí, solo en la plataforma, mirando los rostros envueltos en tinieblas y anunciando su renuncia a la iglesia que tanto amaba.

«He roto el pacto de mi matrimonio a través del adulterio», le dijo a la congregación que lo escuchaba compungida. «He pecado contra Dios, mi familia y ustedes. Me he arrepentido de mi pecado y busco su perdón. Jesús no les ha fallado, pero yo sí».

Brad Mitchell bajó del estrado, salió por la puerta trasera y se fue a casa acompañado por su esposa, Heidi. Juntos lloraron hasta la hora de repetir su confesión en el próximo servicio. Sin dudas, este era el punto más bajo de sus vidas.

Por desgracia, la infidelidad se ha convertido en algo común. En el cuarenta y un por ciento de los matrimonios, uno o ambos cónyuges admiten el engaño físico o emocional.[2] Los titulares de los periódicos en los últimos años han informado con regularidad sobre los angustiosos relatos de líderes religiosos cuyas traiciones maritales les han costado sus púlpitos. Sin embargo, pocas de

estas historias describen el dolor, la lucha, la pérdida y la humillación que estos predicadores y sus cónyuges siempre atraviesan.

¿La gracia? Estos pastores han hablado innumerables veces sobre el tema. Han enseñado la historia del hijo pródigo, predicado la teología de la cruz, descrito la necesidad cristiana de ofrecerse gracia los unos a los otros, y servido el pan y el vino que representan el precio que Jesús pagó para abrir las puertas del perdón del cielo. No obstante, de repente, sumidos en su propio pecado y vergüenza, la gracia les ha parecido a ellos mismos mucho más difícil de alcanzar.

¿Puede una esposa ofrecerle gracia a un esposo que ha roto sus votos matrimoniales y la ha deshonrado públicamente? ¿Y puede el pastor, expuesto como un hipócrita, finalmente llegar al punto de perdonarse a sí mismo, tal vez la expresión más difícil de la gracia que hay?

Antes de que nos volvamos petulantes, es bueno señalar que esto es más que un deporte en el que somos meros espectadores. Después de todo, ¿no luchamos cada uno de nosotros en cierta medida con los mismos problemas, perdonando a las personas más cercanas a nosotros que han roto nuestros corazones de una manera u otra (en mi caso, mi padre) y buscando formas de aliviar nuestra propia culpa cuando hemos transgredido un límite moral que juramos que nunca violaríamos? Queremos lanzarles piedras a los líderes cristianos que nos han defraudado, sin embargo, ¿quién de nosotros podría ser el primero en hacerlo?

Esos pensamientos corrían por mi mente cuando me senté en la sala de estar de mi casa con Brad y Heidi, que estaban uno al lado del otro en el sofá. Conozco a Brad desde hace más de veinte años. Él siempre había sido una persona moralmente recta, firme como la roca en cuanto a su fe, un predicador apasionado de la Biblia, el primero en orar por los desalentados, y la imagen misma de la autenticidad, la integridad y la constancia. Palabras como infidelidad, desgracia o fracaso moral nunca habrían descrito a mi amigo. Eso fue lo que hizo que la noticia de su romance extramarital —y el colapso consiguiente de su vida— resultara tan impactante. *Cualquiera menos Brad,* recuerdo que pensé. Sin embargo, allí estábamos: Brad y Heidi, a veces entre lágrimas, describían con franqueza cómo su ministerio y su matrimonio habían caído en una espiral fuera de control y la forma en que Brad se embarcó en una búsqueda personal de la gracia de Dios, Heidi y sí mismo.

Parecían ser la pareja ideal. Brad, con una buena apariencia, ocasionalmente trabaja como modelo; Heidi, con su pelo rubio cayendo en cascada sobre sus hombros, es elocuente y bonita.

No fue fácil para ellos revelar los detalles privados de su vida, incluyendo las indiscreciones de él, que casi hicieron naufragar su matrimonio. No obstante, habían acordado que valdría la pena su desazón si eso los ayudaba mutuamente.

Más tarde me enteré de que en un momento en que salí brevemente de la habitación después de haber expuesto algunos episodios en especial dolorosos, Brad se inclinó hacia ella y le susurró: «Lo siento mucho». Su tono lo decía todo: *tú no te merecías esto*. Heidi le dijo: «Eso está en el pasado».

Sin embargo, hasta ese momento la jornada había sido larga, ardua e incierta.

La jornada juntos

El noviazgo de Brad y Heidi fue cualquier cosa menos convencional. Brad estaba en sexto grado cuando conoció a la joven Heidi después de un servicio de la iglesia. Rápidamente la apodó «la horrible Heidi».

Como era la mejor amiga de su hermana, Heidi estaba constantemente en la casa de Brad durante los dos años y medio que él vivió en Dakota del Norte. No dejaba de hacerles bromas y reírse de ellas. Una vez que la familia se mudó a Indianápolis, Brad simplemente la olvidó.

Más tarde, cuando Brad tenía dieciséis años, Heidi viajó a Indiana para visitar a su amiga. Las chicas se entretenían jugando y riendo en la habitación, y así las encontraba Brad cuando regresaba a casa después de su trabajo en una bodega. Sin preocuparse de ellas, se acomodaba en un sillón de la sala para leer la sección de deportes del periódico local. Un día, Heidi, que por ese entonces tenía catorce años, irrumpió en la sala donde se encontraba Brad. Se veía hermosa, lozana y su cabellera rubia le caía sobre los hombros. En un tono alegre, le dijo simplemente: «Hola, Brad».

Brad la miró y sin mucha emoción le contestó: «Hola». No obstante, en su interior se estaba diciendo: *¡Vaya! ¿Qué le ha pasado a esta muchacha?*

Impresionado, la invitó entonces a mirar las fotos de su colección de fútbol. Antes de que ella abandonara la sala, la besó. Y antes del fin de semana le había propuesto matrimonio. Ella aceptó. Y allí estaban, él con dieciséis y ella catorce, demasiado joven para que su padre le permitiera tener un enamorado y pensar en ser futuros esposos.

Dando una mirada retrospectiva, Brad dijo:

—Ella era todo lo que quería, así que pensé, ¿por qué demorar esto? Heidi por su parte, recordó:

—Yo sabía que quería casarme algún día, y de repente aquí estaba este tipo perfecto. Había pasado de ser un estudiante tonto y aburrido a convertirse en un jugador de fútbol de la escuela secundaria con patillas y todo. Pensé: *¡Esto es genial! Podemos comprometernos y mi papá no tiene que saberlo.*

Empezaron a elaborar una estrategia. Acordaron que cada uno saldría con otras chicas y chicos solo para asegurarse de que realmente eran el uno para el otro. Irían a los mismos estudios bíblicos y se escribirían cartas para contarse cómo iban creciendo espiritualmente. Asistirían a la misma universidad cristiana. Se casarían después de graduarse. Brad se convertiría en un abogado o buscaría alguna otra profesión lucrativa.

Sorprendentemente, todo aconteció tal como lo habían planeado, salvo por una excepción, algo que ellos no habían previsto. Cuando Brad estaba de gira por Europa con un grupo de cantantes de Wheaton College, sintió que el Espíritu Santo estaba queriendo decirle algo. Mientras miraba los santuarios y las imponentes y majestuosas catedrales que solían estar llenas de adoradores, le pareció sentir que pese a su extraordinaria belleza, eran edificios vacíos de valores espirituales.

Estados Unidos están a solo un par de generaciones de distancia de la misma cosa, pensó. No podemos dejar que eso suceda. Tenemos que hacer todo lo que podamos para edificar la iglesia de Cristo.

Hacia el éxito

Después de obtener una maestría en divinidades y servir durante un período de práctica extendido, Brad fue nombrado pastor principal de una iglesia en Minnesota. Bueno, no se trataba de una gran congregación en aquel momento, sino solo de seis familias. No obstante, en los próximos años, gracias en parte a sus prédicas y su estilo agradable, la iglesia creció a más de cuatrocientos.

—Me encantaba ver a las personas enamorarse de Jesús —dijo—. Resulta emocionante verlas disfrutar de la presencia del Señor y crecer en su fe.

Durante su permanencia en el cargo, medio millar de personas confiaron en Cristo a través de los ministerios de la iglesia.

Su éxito le abrió una puerta a una posición con un perfil mucho más alto: director de los ministerios de deportes y oración para hombres de una de las iglesias más grandes e innovadoras de Estados Unidos, una posición de prestigio y llena de retos en la cual Brad creció notablemente. Ya con tres hijos, el

matrimonio de Brad y Heidi iba por buen camino.

—Yo le habría dado casi la calificación más alta —dijo Heidi.

Brad asintió.

—Estoy de acuerdo. Éramos felices, pero yo estaba viajando dos o tres fines de semana al mes para predicar, lo que implicaba un aumento del estrés. Y los estilos de Heidi y mío para lidiar con los conflictos eran diferentes: ella era alguien que buscaba la paz, yo me preocupaba por mantenerla.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté.

—Éramos francos y competitivos por naturaleza —explicó Heidi—. Teníamos conflictos, debatíamos y discutíamos, y yo lo veía como algo positivo. Trabajábamos en esos asuntos y salíamos bien de ellos. O al menos era lo que yo creía. No guardaba ningún rencor, y pensé que Brad reaccionaba de la misma forma.

—Yo trataba de evitar los conflictos —agregó Brad—. Mi tendencia es tratar de mantener la paz, por lo que terminaba tragándome mis emociones. Actuaba como si todo hubiera quedado resuelto, pero lo que hacía era ocultar y reprimir mi frustración. Y eso me hacía explotar aun ante las más pequeñas insignificancias.

Después de unos pocos años, Brad aprovechó una oportunidad para convertirse en el pastor principal de una iglesia en Michigan. Una vez más, Dios parecía bendecir sus esfuerzos. En una comunidad de poco crecimiento y en solo seis años, la iglesia pasó de tener mil ochocientos miembros a casi cuatro mil. Los bautismos aumentaron diez veces. En una economía estancada, las contribuciones monetarias habían mejorado más del doble. El número de personas en los grupos pequeños se triplicó.

La gente de la congregación no escatimaba alabanzas para el pastor; sin embargo, surgieron tensiones entre Brad y algunos de los líderes de la iglesia. El crecimiento estaba creando problemas de organización, y la cultura de la iglesia antes adecuada a su pequeñez empezó a cambiar a fin de reflejar el estilo más informal y accesible de Brad. Por primera vez, muchas personas espiritualmente rebeldes llegaron a la iglesia para encontrarse con Jesús. A Brad le dijeron que predicara mensajes más profundos para satisfacer a algunos de los líderes de la iglesia, mientras que él estaba más centrado en llevarlos a entregarle sus vidas a Cristo.

—Una buena parte de mí quería agradar a las personas —dijo él—. Y cuando algunos de los líderes no se mostraron contentos conmigo ni sentí que estaban

valorizándome o apreciadote, bueno, afloró mi orgullo. “El orgullo es la mamá gallina bajo la cual se incuban todos los demás pecados”, dice C. S. Lewis. Me puse a la defensiva y la amargura se apoderó de mí. Ya no estaba confiando en la soberanía de Dios. Sentía que merecía algo mejor. Quería escapar como Jonás y salir corriendo.

En cierto modo, eso fue lo que hizo. Se trasladó a una iglesia en Carolina del Sur. Era contemporánea, informal y contaba con un ministerio deportivo próspero, un gran personal y buenos líderes de apoyo. En muchos aspectos, fue un cambio mucho mejor para él.

No obstante, en medio de todos esos cambios, ni Heidi ni Brad se dieron cuenta del perjuicio que se estaban ocasionando. La decisión que hicieron sembró las semillas de su caída.

El aroma de la manzana

Por aquel tiempo, el mercado inmobiliario en Michigan entró en una etapa difícil. Se necesitaría mucho tiempo para que Brad y Heidi pudieran vender su casa e irse a Carolina del Sur. Además, su hija, de manera comprensible, quería completar su último año de secundaria antes del traslado. Frente a esta disyuntiva, Brad y Heidi acordaron que él se trasladaría a la costa este, mientras que Heidi permanecería en Michigan. Brad vendría a visitarla una vez al mes.

—Habíamos visto a otro pastor utilizar este modelo —dijo Brad—. Pensamos que, en el caso nuestro, un año sería soportable.

Solo que para ellos la fórmula no funcionó. Con el correr de los meses, la frustración y la tensión crecieron en el matrimonio. Heidi, valientemente, enfrentó la situación, pero la mayor parte del tiempo ella estaba viviendo al ritmo febril de una madre soltera. Trabajaba en un empleo a tiempo parcial y llevaba la casa. A excepción de las visitas mensuales de Brad, su comunicación consistía en llamadas telefónicas, correos electrónicos y videochats por la Internet.

—A pesar de que estaba en una buena iglesia, todavía no me encontraba en un buen lugar emocionalmente hablando —recordó Brad—. Todo ese orgullo, la actitud defensiva y la amargura seguían residiendo en mí. Y eso me condujo a desarrollar un sentido de tener derecho a hacer ciertas cosas. Adán y Eva experimentaron ese sentimiento de derecho en el huerto cuando se les ocurrió pensar que merecían algo mejor de lo que Dios les estaba ofreciendo. Yo pensé

que merecía sentirme bien, apreciado, amado, pero Heidi y yo no estábamos conectados. Debería haber sido honesto en la comunicación con ella, porque siempre hemos solucionado los problemas. Debimos haber sabido qué hacer. Sin embargo, la realidad es que cuando se percibe el primer olor de la manzana, si uno la sigue oliendo, va a terminar comiéndosela.

La manzana llegó en forma de un correo electrónico de una mujer casada en Michigan, quien dijo que deseaba que la ayudaran a volver a la fe. Brad la animó a hablar con un pastor de su iglesia, pero ella dijo que se relacionaba mejor con él. Y a Brad, ayudar a la gente espiritualmente era lo que más le motivaba.

Se estuvieron intercambiando correos electrónicos. Brad le recomendó algunos libros devocionales y respondió a sus inquietudes espirituales. Después de los correos electrónicos pasaron a las charlas telefónicas para terminar reuniéndose en secreto.

—¿Fue entonces cuando comenzó la aventura? —le pregunté.

El rostro de Brad se endureció.

—No lo llame aventura —dijo—. Eso hace que suene como una pequeña indiscreción, reduciendo al mínimo el peso del engaño y el pecado. Llámelo como lo que fue: adulterio.[3]

Sintiendo el peso

Mientras Brad confesaba el episodio más feo de su vida, me sentía como un terapeuta sentado en una silla con un bloc de notas en la mano. Heidi continuaba junto a él.

—Supongo que nunca sospechó nada —le dije.

Su voz era suave.

—No tenía ninguna razón para no confiar en él.

—Por supuesto —dijo Brad—. Yo era la última persona de quien pensaría que haría lo que hice.

Suspiró profundamente y prosiguió.

—Cuando me dirigía a nuestro primer encuentro, sabía que tenía que dar la vuelta, salir corriendo, huir. Y elegí todo lo contrario. Me sentía con derecho a hacer lo que estaba a punto de hacer. Y para empeorar las cosas, tuve la sensación de que Dios no permitiría que esto destruyera mi ministerio, porque de permitirlo dañaría a la iglesia.

Brad movió la cabeza con evidente disgusto.

—¡No puedo creer que pude haber pensado eso! ¿Creía que Dios de alguna manera iba a proteger mi pecado? De Dios nadie se burla. La Biblia dice que Dios no trató con el pecado de los amorreos debido a que su pecado no había alcanzado su plena medida. A veces pensamos que algo nos está alejando de Dios, pero él espera. ¿Vamos a arrepentirnos por nuestra cuenta, o seguiremos hasta que nuestro pecado alcance su plena medida y luego nos pondremos bajo su disciplina?

Las palabras parecían atrapadas en la garganta de Brad. Sollozaba.

—Cuando comenzó todo, pensé: *¿Qué he hecho? ¿En qué me he metido? Detente de inmediato! ¡No sigas!* Sin embargo, una parte de mí quería seguir. Si paraba, no sabía cómo iría a reaccionar la otra persona. Si me iba de una vez, ¿qué diría? ¿Qué haría? No debí pensar en ella, porque ambos éramos unos egocéntricos que estábamos incurriendo en el engaño. No podíamos confiar el uno en el otro.

»¡El temor de que fuéramos descubiertos resultaba simplemente horrible! *¡Horrible!* Cuando predicaba, me sentía un hipócrita, vacío, como si estuviera haciendo algo sin sinceridad o de manera superficial. Y así era efectivamente. No tenía poder. El Espíritu Santo no estaba bendiciendo mi ministerio».

Heidi tomó la palabra para decir:

—Un fin de semana después que me mudé a Carolina del Sur fui a la iglesia y observé a Brad mientras predicaba. *¿Qué pasa con él?*, me preguntaba. No tenía energía, no había pasión en sus palabras. Físicamente, lo noté encorvado. Pensé: *Bueno, tal vez está cansado*. Viéndolo ahora desde esta perspectiva, creo que se trataba literalmente del peso del pecado que llevaba sobre él.

—Tienes razón. La vergüenza y el sentido de culpa eran una carga demasiado pesada —dijo Brad—. Cada vez que me levantaba a predicar, le confesaba todo a Dios, y cuando terminaba de predicar se lo confesaba de nuevo. Así, una y otra vez. Sin embargo, luego volvía a la farsa. Una parte de mí se había vuelto insensible, porque estaba dejando fuera de mi vida la voz de Dios.

El adulterio se prolongó por espacio de tres meses.

—Hacia la mitad de la relación, yo estaba buscando un buen punto de ruptura. Pensé que cuando mi familia se mudara a Carolina del Sur, ese sería el momento de parar.

No obstante, su pecado alcanzó su plena medida. Brad se vio descubierto.

—Fue entonces cuando llamé a un consejero cristiano, el cual me dijo:

“Tiene que decírselo a Heidi. Y cuando lo haga, asegúrese de tener su maleta lista y en el coche, porque es muy probable que le diga que se vaya”.

—¿Qué pensó cuando el consejero le dijo eso?

—Que estaba bien. Que había perdido mi matrimonio, mi familia, la iglesia, mi ministerio. Todo. Lo había perdido todo.

Tragó saliva.

—Recuerdo estar sentado en la playa, mirando hacia el océano Atlántico —dijo— y me quedé pensando en lo bueno que sería empezar a nadar y no volver nunca más a la orilla.

La espiral descendente

Los pensamientos suicidas no duraron mucho.

—No quería ser un cobarde —me dijo—. Necesitaba hacerle frente a lo que había hecho.

Una noche, mientras Brad se encontraba de pie a un lado de la cama y Heidi estaba parada al otro lado, le dijo finalmente: «Hay algo que tengo que decirte». Ella le preguntó intrigada: «¿Qué es?».

Brad se dejó caer, casi de rodillas, inclinado sobre la cama. «Te he sido infiel».

Las primeras palabras que salieron de la boca de Heidi fueron: «¿Qué? ¿Con quién?».

Los próximos momentos son borrosos. Heidi estaba conmocionada. Casi de inmediato, vomitó. No sería capaz de comer durante cuatro días. Pensamientos dolorosos y confusos la inundaron. *¡Debería matarlo! ¡Debería matarme! Va a perder su trabajo. Todo se habrá ido. ¿Cómo haremos para pagar las cuentas? ¿Y los niños? ¿A dónde voy a ir? ¿Qué voy a hacer? ¿Podré seguir confiando en él? Oh, Dios, te necesito ahora más que nunca.*

Los ojos de Heidi se agrandaron mientras revivía aquel momento.

—Me sentía furiosa, confundida, asustada, y al mismo tiempo me encontraba luchando para decidir qué hacer, pues sabía que nuestro futuro estaba terminado, al menos de la forma en que nos lo habíamos imaginado.

Las maletas de Brad estaban listas, pero Heidi no lo echó de la casa esa noche. La razón para no hacerlo fue una cuestión simplemente práctica: no quería una factura de hotel cuando sabía que los ingresos de la familia caerían en

picada.

—Era obvio que él no estaba pensando con claridad, y yo sabía que uno de nosotros tenía que hacerlo —me dijo.

Dos días más tarde, Brad se reunió con los líderes de la iglesia de Carolina del Sur. Renunció y tuvo que pasar por la vergüenza de informarle a la congregación al domingo siguiente. Todos sus años de preparación para el ministerio y su éxito en el púlpito se esfumaron.

Brad también tuvo que confesarle lo que había hecho a su hijo y sus dos hijas, que se sintieron devastados con la noticia. Tuvo que decírselo a los padres de Heidi y a sus propios padres.

—Les rompí el corazón, porque habían estado muy orgullosos de mí durante todos estos años —dijo.

Brad y Heidi precisaron abandonar la casa en la que habían estado viviendo y por un tiempo no tenían a dónde ir. Por último, se trasladaron a la planta alta de la casa de una pareja de ancianos. Perdieron su seguro de salud. Perdieron sus ahorros de jubilación. Perdieron el noventa por ciento de sus ingresos. Y todavía tenían que pagar la hipoteca de su casa de Michigan, la que al fin vendieron perdiendo dinero.

Heidi siguió en su trabajo, lo que les proporcionaba unos ingresos mínimos. En cuanto a Brad, toda su preparación profesional se había enfocado en el ministerio, por lo que carecía de las habilidades necesarias para un empleo importante en otras áreas, aun más durante unos tiempos económicos difíciles. Finalmente fue contratado para vender tiempo al aire en una estación de televisión local, ganando tan poco que algunas semanas no tuvieron lo suficiente para cubrir sus facturas del gas y el teléfono. Antes que todo hubiese terminado, Brad había vendido su propio plasma sanguíneo ciento diez veces. Aun conserva las cicatrices en sus brazos.

—Recuerdo haber visto una barra de chocolate en la tienda de comestibles y pensar: *ni siquiera puedo pagar por algo como esto* —dijo Heidi.

Algunos familiares se ofrecieron a hacer los pagos mensuales de los aparatos de ortodoncia de sus hijas.

—Uno de los peores momentos —comentó Heidi—, fue cuando le pregunté a mi consejero si debía hacerme la prueba para detectar enfermedades de transmisión sexual, y él me contestó: “Por supuesto”. Así que Brad y yo acudimos a la oficina de un doctor. Fue humillante pedirle a la enfermera que me hiciera esa prueba. ¡Estaba tan enojada con Brad! Ni siquiera quería sentarme

junto a él. Pensaba: *Te he sido fiel, yo era virgen cuando nos casamos, ¿y ahora tengo que hacerme la prueba del VIH*? Era algo embarazoso. Injusto.

Brad intervino:

—Fue una de las consecuencias más horribles y humillantes de mi pecado.

Aun así, entretanto volvían a contar la implosión de sus vidas, me di cuenta de que Heidi había tomado en silencio la mano de Brad. Mientras permanecían sentados uno junto al otro, no muchos años después de la crisis que casi destruyó su relación, no pude detectar animosidad ni amargura. De alguna manera, contra tantas posibilidades, habían logrado pasar de la infidelidad a la reconciliación, de la herida a la sanidad.

Necesitaba saber cómo había ocurrido tal cosa.

La historia de Heidi: Ofreciendo gracia después de la traición

A pesar de la profundidad de su dolor y las consecuencias devastadoras del adulterio de Brad, Heidi dejó claro para mí que el camino hacia el perdón completo comenzó con un solo paso: una decisión de su voluntad, nacida de su relación fuerte y vibrante con Jesús.

Le habían enseñado que en la fe cristiana el perdón no era opcional, sino algo que Dios requería. Esto había sido fácil de aceptar cuando se trataba de transgresiones triviales, pero ahora enfrentaba algo muy diferente, una prueba como nunca antes la había tenido. ¿Continuaría caminando con su Salvador o decidiría ir en un sentido diferente?

—Mi conclusión fue que los cristianos no tienen la opción de elegir a quiénes perdonar y a quiénes no. La Biblia dice que perdonemos como el Señor nos perdonó.[4] No hay alternativa. Así como Cristo me había perdonado por mis pecados, tenía que mostrarle gracia a Brad. De lo contrario, la amargura me consumiría, y la amargura es veneno para el alma de un cristiano. Yo no sabía si nuestro matrimonio podría salvarse, pero sí sabía que tenía que perdonarlo.

—¿Fue el perdón en este caso una cuestión de obediencia? —pregunté.

—Inicialmente, sí. Me había comprometido a seguir a Cristo, incluso cuando las cosas se complicaran. Mi relación con Brad ya estaba dañada, y no quería que mi relación con Dios se manchara por haberme negado a seguirle cuando los tiempos eran difíciles.

—¿Sintió usted que estaba perdonando a Brad?

—No, en absoluto. Yo me sentía demasiado herida. No obstante, estaba decidida a perdonar. Sabía que si tomaba la decisión de ofrecer perdón, los sentimientos terminarían surgiendo con el tiempo. *Quizás*. Sin embargo, la gracia es una decisión antes que una emoción.

—Por la forma en que lo dice, hace que parezca muy fácil.

—Todo lo contrario. Fue emocionalmente doloroso para mí perdonar a Brad, fue mentalmente doloroso, fue físicamente doloroso, fue relacionalmente doloroso, pero todo eso no se podía comparar con el dolor que Jesús soportó por mí en la cruz cuando compró mi perdón. A la luz de lo que Cristo tuvo que pasar, ¿cómo podría yo negarle el perdón a Brad?

—En cierto sentido —dije—, el perdón les sirvió a los dos.

—Tiene razón. Vivir sumida en la amargura no sería bueno para mí ni emocional, ni espiritual, ni físicamente. Y el perdón le abrió la puerta a la posibilidad (y en el caso nuestro era solo una posibilidad) de que termináramos reconciliándonos como esposo y esposa.

Hay personas que no desean conocer los detalles de la infidelidad de su pareja. Son demasiado visuales, y no quieren invitar a esas imágenes a instalarse en sus mentes. Sin embargo, para Heidi, que es más cerebral, era importante entender exactamente la transgresión de Brad.

—Quería saber lo que estaba perdonando —dijo—. ¿Cómo iba a perdonarlo si no sabía lo que había pasado? No deseaba que seis meses o seis años después volviéramos a enfrentarnos al asunto.

Por eso, durante su terapia intensiva con un consejero cristiano y en las largas caminatas que darían juntos por las noches, Heidi averiguó toda la sórdida historia de Brad.

—Hubo momentos —explicó Brad— en que ella pensaba que ya le había dicho todo, pero había algunos detalles que había retenido, porque tenía miedo de que si le decía todo de una vez, el proceso en el que nos encontrábamos se interrumpiría.

—Yo simplemente no quería más sorpresas —señalóHeidi—. En este punto, me sentía tan herida que no me importaba cuánto más dolor tendría que soportar. Mi actitud era: “Vamos a llegar al fondo del asunto y a empezar desde allí”.

Le pregunté a Brad:

—¿Sintió una sensación de alivio al contarlo todo?

—Más que nada, todo resultó muy vergonzoso —dijo—. Exponer el pecado

es humillante.

Fueron dieciocho días dolorosos en los que Brad reveló todos los detalles de su engaño.

—Al final, solo tuve que pedirle a Heidi perdón una vez —dijo—. Algo así como con Jesús. Solo tuve que pedirlo una vez.

Aunque Heidi había dicho que el perdón implica obediencia y que para ella eso era de gran importancia, le tomó mucho tiempo sentir que debía perdonarlo.

—Todavía estaba enojada, pero en la vida cristiana no se puede confiar plenamente en los sentimientos. A veces nuestras emociones nos pueden impedir hacer lo que es correcto delante del Señor. Tuve que pedirle a Dios que me ayudara para que mis sentimientos se correspondieran con el perdón que había en mi corazón. Sí, los sentimientos se tardaron mucho más tiempo en aparecer. Eso fue un proceso largo.

Ella también tuvo que enfrentar la cuestión de si iba a permanecer en el matrimonio. Brad quería la reconciliación, y Heidi sabía que dependía de ella que siguieran juntos o no.

—La restauración no se ve igual para todos —dijo ella—. Hay casos en que no es posible salvar el matrimonio. La confianza se ha ido para siempre. En cuanto a nosotros, ya fuera que siguiéramos juntos o nos divorciáramos, el hecho es que teníamos una buena cantidad de años de vida en común. Brad seguía siendo el padre de mis hijos, algún día sería abuelo; de una manera u otra, todavía teníamos un legado.

»Básicamente, lo que yo necesitaba era la seguridad de que él no lo iba a volver a hacer. ¿Se convertiría en un reincidente? ¿Tendríamos otro problema como este en dos o tres años? En tal caso, lo mejor sería acabar con el matrimonio ahora y no esperar al futuro. Estimo que me tomó cerca de dos meses decidirme a mantener la relación».

—¿Qué motivó esa decisión?

—El remordimiento y el arrepentimiento de Brad. Era evidente que todo esto lo había quebrantado. Eso comenzó a restaurar mi confianza. Sé que Dios odia el divorcio; para mí, separarnos era un último recurso. Así que le dije a Dios: “Vas a tener que ayudarme. Moldea mi corazón y mi mente. Acércame más a ti. Ayúdame a mostrar amor del mismo modo en que tú lo haces”.

—¿Y tuvo respuesta su oración?

En el instante mismo en que hice esa pregunta, Heidi rompió en llanto. Brad pasó el brazo alrededor de su hombro; ella se secó los ojos con un pañuelo.

—Oh, sí —dijo entre sollozos—. El siguiente año fue el de mayor crecimiento en mi vida espiritual. Y hablo de un crecimiento *enorme*. Aprendí muchas lecciones que cambian la vida, no solo en cuanto al matrimonio, sino acerca de Dios y su bondad y su fidelidad y su gracia. Esa parte no la cambiaría por nada. No sería la persona que soy hoy si no hubiera pasado por eso. Nunca la habría elegido, pero Dios usó esa experiencia para llevarme más cerca de él que nunca.

»Dios me dio esperanza de muchas maneras, justo en el momento en que más la necesitaba. Por ejemplo, cuando estábamos quebrados económicamente, un día que iba en camino a mi trabajo pasé por la oficina de correos y encontré para nosotros una tarjeta de aliento de un amigo con un poco de dinero. O algunas personas que conocía (líderes de la iglesia, amables, piadosos y maravillosos) me confiaban que veinte años atrás habían atravesado experiencias similares a la que yo estaba viviendo ahora y Dios los sanó y restauró sus matrimonios. De cien maneras distintas, Dios me hizo saber que él estaba allí, que cuidaba de mí, que es el Dios de la sanidad y la reconciliación. Yo no tenía que pasar por esto sola».

Le dirigió una mirada a Brad y luego sus ojos se encontraron con los míos.

—Honestamente —dijo—, no habría podido pasar por eso sola.

La historia de Brad: Recibiendo gracia y concediéndose gracia a sí mismo

Quebrantado y arrepentido, lleno de pesar y remordimiento, Brad no se hacía ilusiones acerca de la profundidad de su pecado y las consecuencias nocivas que tendría sobre él y su familia. ¿Lo habría perdonado Cristo? Sí, porque la gracia de Dios cubre la más vil de las transgresiones. ¿Lo había perdonado Heidi? Sí, por su fidelidad a las enseñanzas de Cristo a pesar de la infidelidad de Brad hacia ella.

No obstante, *experimentar* el perdón y *sentirse* liberado de la vergüenza y la autocondenación era para Brad algo mucho más complicado de lograr.

—Solo se puede experimentar la gracia de Dios en la medida en que se está dispuesto a aceptar toda la responsabilidad por lo que se ha hecho —me dijo—. ¿Pude haber tratado de buscar excusas? Claro. Pude mirar atrás y considerar cuán agotado me encontraba, cómo los demás no apreciaban mi trabajo, el estrés

que produce dirigir una iglesia, el hecho de que mi matrimonio no iba bien; pero ha habido gente en peores situaciones que se ha mantenido fiel a Jesús.

»Yo no lo hice. Fallé. Tomé las decisiones erradas. No puedo señalar con el dedo a nadie. ¿Recuerda cómo Heidi tuvo que conocer los detalles de lo que había hecho para que pudiera perdonarme? Bueno, yo tenía que aceptar totalmente la responsabilidad de lo que había hecho para poder sentirme totalmente perdonado por Dios. Es por eso que necesitaba pararme delante de la congregación y admitir mi pecado sin evasivas. Además, tenían que escucharlo de mí para protegerse contra el chisme y las personas que toman partido hacia uno u otro lado. No quería que la iglesia sufriera más daño».

—¿Ha sido una lucha dejar de vivir en la vergüenza?

Él asintió con la cabeza.

—Absolutamente. La vergüenza te dice que no solo has pecado, sino que eres un pecador irredimible: que serás para siempre una persona que no vale nada, que tu identidad está irremediablemente manchada, que Dios nunca podrá utilizarte de nuevo. La verdad es que no puedo evitar que esas emociones surjan, pero puedo elegir tratar con ellas de una manera bíblica.

—¿Cómo es eso?

—Me recuerdo a mí mismo que la vergüenza no es de Dios. Que lo que hice en el pasado fue un pecado, pero eso no define lo que soy ahora ni define mi futuro. Romanos 8.1 afirma: "Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús". Puedo sentir dolor, pero eso no es vergüenza. Puedo experimentar un sentimiento de pérdida, pero eso no es vergüenza. Puedo lamentar las consecuencias de lo que hice, pero eso no es vergüenza. El hecho es que herí a un montón de gente. No puedo deshacer eso. Puedo sentir remordimiento, pero en el momento en que empiece a sentir vergüenza, sé que es el enemigo obrando. Cristo pagó por mis pecados en la cruz.

»Cuando permanezco en la vergüenza, eso hace que traiga de vuelta a mi vida todo aquello que Jesús llevó sobre él. Si me quedo en la vergüenza, estoy minimizando lo que Cristo hizo. Jesús no quiere que me siga castigando, ya que él sufrió el castigo por lo que hice, y eso me da la libertad para seguir adelante con confianza y bajo la gracia. La Biblia dice: "Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad".[5] Sin embargo, cuando me quedo en la vergüenza, estoy diciendo que no estoy realmente purificado, que la cruz fue un fracaso, que el sacrificio de Jesús para

mí no llegó a ser efectivo. Tengo que ir más allá de los sentimientos de vergüenza y enfocarme en el *hecho* de que estoy libre de la condenación, en el *hecho* de que he sido declarado justo en Cristo, y en el *hecho* de que he sido purificado. Quiero vivir a partir de esos hechos, no de los sentimientos de vergüenza».

—Todos estos *son* hechos —dije—, pero también es un hecho que Dios disciplina a sus hijos. Después de haber pecado, Adán y Eva trataron de evitar el castigo escondiéndose de Dios. ¿Fue eso una tentación para usted?

—Sí, una parte de mí quería huir —replicó—. Tuve que entregarme conscientemente a la disciplina de Dios, porque sabía que era por mi propio bien. Hebreos 12 dice que la disciplina de Dios produce en nosotros santidad, justicia, paz y sanidad.[6] Esas eran cuatro cosas que necesitaba desesperadamente. Si hubiera tratado de librarme de la disciplina de Dios escapando de las consecuencias de mi pecado, estaría resistiéndome a lo que Dios quería lograr en mí. Solo enfrentando mi pecado él podría usar esa actitud mía a fin de hacerme una persona mejor. La Biblia advierte que la disciplina de Dios no es agradable, pero al final los cambios que Dios produce en nuestro carácter valen la pena. Eso fue lo que ocurrió en mi caso.

—¿Y que tal acerca de esconderse de la gente? ¿Quiso alejarse de los demás para evitar la vergüenza?

—Heidi y yo luchamos contra ese impulso. Quizás hubiese sido fácil aislarnos. A veces, cuando se está en medio del dolor, no se tiene la energía emocional ni siquiera para relacionarse con la gente. Sin embargo, ambos continuamos perteneciendo a nuestros grupos pequeños, seguimos asistiendo a la iglesia, y conservamos las relaciones con amigos cristianos. Durante ese tiempo experimentamos lo mejor de la iglesia. Las personas oraban por nosotros, compartían con nosotros su sabiduría, nos tomaban en cuenta y nos daban ánimo. Recuerdo una llamada que recibí de un ejecutivo estatal de los bautistas del sur. Me leyó una lista de personajes bíblicos que habían pecado, pero a los que Dios había restaurado y seguido usando en el ministerio.

La voz de Brad comenzó a temblar.

—Amigo —me dijo—, yo necesitaba escuchar eso. Me dio esperanza. Dios, pensé, *es lo suficientemente grande como para tomar el caos que yo había creado y usarlo para su gloria.*

Dios, el Sanador

Brad y Heidi se excusaron a fin de prepararse para la cena, y mientras permanecía sentado allí mi mente comenzó a divagar. Dando un vistazo por la ventana hacia afuera, donde los árboles de pino sombrean el patio trasero de mi casa, me imaginaba una merienda al aire libre, una fiesta de cumpleaños para alguien que cumplía cuarenta, pero cuyo rostro no podía distinguir. Un par de hijos adultos reirían mientras recordaban historias de la familia. Tal vez uno de ellos tendría a un nieto en sus brazos.

Son los aniversarios los que desencadenan mis recuerdos. Cuatro décadas atrás, una joven asustada me detuvo en el campus de la Universidad de Missouri. *Estoy embarazada,* me dijo, *y mi novio me ha abandonado. ¿Qué puedo hacer, Lee? Confío en su consejo. Dígame qué debo hacer*.

Yo, con bastante arrogancia y sin darle importancia al asunto, le contesté: *Bueno, si un bebé se ha interpuesto en tu camino, deshazte de él. En Nueva York el aborto es legal*. Puedo ayudarte a hacer los arreglos. Encontraremos el dinero. No es una gran cosa.

Cuando una década más tarde puse mi fe en Cristo, tenía un montón de pesares y lamentos que no pude sino clavarlos a la cruz. Sabía que la gracia de Dios lo cubría todo. Sin embargo, al igual que Brad, perdonarme a mí mismo era otro asunto. Me torturaba pensar «lo que pudo haber sido y no fue».

¿Cómo hubiera sido este niño? ¿Quién habría llegado a ser? ¿Qué historias podrían haberle contado familiares y amigos en una fiesta por su cumpleaños número cuarenta acerca de la bendición que habría sido para ellos? O quizás pudo haber sido una niña que llegó a ser una mujer, una madre que trajo más vidas a este mundo.

Con el tiempo, me mantuve recordándome a mí mismo la plenitud del perdón de Dios, y eso me ayudó. Aun así, era difícil evitar la vergüenza. De modo que finalmente me decidí a escribirle una carta a este bebé. Le dije que lo sentía, que desearía poder volver atrás y deshacer lo que había hecho. Por encima de todo, le aseguré que esperaba encontrarme con él en el cielo.

No me acuerdo qué sucedió con esa carta. La conservé por mucho tiempo, pero luego se perdió. En cierto modo, me alegro de que ya no la tenga. Cristo me ha perdonado. Él se comporta conmigo como si aquello nunca hubiera sucedido. Su gracia ha aliviado mi vergüenza. Sin embargo, mi pecado todavía se hace oír a través del tiempo. Su recuerdo se hace especialmente doloroso en los cumpleaños.

La aventura de Brad —o mejor dicho, su adulterio— tendrá consecuencias

en el futuro. Tal vez un miembro de su iglesia, desilusionado por el fallo de Brad, se haya alejado de la fe. Ciertamente, los efectos del pecado nunca deberían ser encubiertos. No obstante, Brad estaba en lo cierto cuando dijo que Dios es lo suficiente grande para redimir hasta el más doloroso de los pecados y usar las circunstancias para bien.

Un día, cuando Brad y Heidi fueron al consejero, el terapeuta les dijo:

—Su matrimonio saldrá fortalecido por todo esto.

Brad y Heidi se rieron.

—Algún día ustedes van a usar esta experiencia para ayudar a otras personas —les dijo el consejero.

Brad y Heidi se rieron de nuevo.

—Si usted piensa que alguna vez vamos a hablar de esto públicamente —dijo Heidi—, me temo que está equivocado.

—Ya veremos —le respondió él.

¿Nos pueden ayudar?

Durante un sofocante día de verano en una zona rural del estado de Ohio, unas quince mil personas asistían a un festival de música cristiana. Entre concierto y concierto, cientos de ellas se agrupaban en tiendas de campaña para escuchar a algunos oradores hablando sobre una variedad de temas.

Entre los conferenciantes se encontraban el nuevo pastor de una iglesia cercana y su esposa, los cuales estaban encargados de dictar tres clases. Esta pareja se había trasladado a la zona después de un par de años en Carolina del Sur. Su ministerio se llamaba «Edifique su matrimonio», y ese día hablaron sobre la comunicación, la intimidad y la resolución de conflictos. A diferencia de muchas otras actividades similares, en esta ocasión el tema del adulterio no estaba en la agenda.[7]

Después de una de las clases, una dama, con su avergonzado marido pisándole los talones, se acercó a los conferencistas, Brad y Heidi, y les dijo:

—No sé si nos pueden ayudar, pero hace tres meses mi marido me confesó que había tenido un romance. Me gustaría saber si hay alguna esperanza para nosotros.

Heidi no pudo contener una sonrisa solidaria.

—Sí —le aseguró—, podemos ayudarlos.

CAPÍTULO 8

El pródigo

La puerta de entrada a la gracia es el arrepentimiento

> *No podremos apreciar verdaderamente la gracia de Dios mientras no vislumbremos su grandeza. No seremos elevados por su amor mientras no seamos humillados por su santidad.*
>
> Drew Dyck[1]

Hace algunos años, mi amigo Mark Mittelberg y yo estábamos sentados a ambos lados de Luis Palau, el afable e infatigable evangelista. Cenábamos en un restaurante rústico en las afueras de Chicago. En un momento entre la trucha arco iris y la manzana crujiente, como si de pronto fuera presa de un impulso urgente, Luis se echó hacia adelante en su asiento, estrechó nuestros antebrazos, y nos dijo con su típico acento argentino: «Amigos, tengo que pedirles un favor. ¿Podrían orar por mi hijo Andrés? Anda lejos del Señor y estamos muy preocupados por él».

No estoy seguro de que Luis haya querido que pusiéramos a un lado nuestros tenedores y oráramos allí mismo por su hijo, pero lo hicimos. Nos sentimos demasiado confundidos como para preguntar los detalles, así que simplemente le pedimos a Dios que hiciera que el corazón de Andrés se mostrara receptivo a la gracia. ¿Cómo le íbamos a decir que no? La expresión de preocupación paternal en la cara de Luis dejó en claro que a pesar de que le había hablado a multitudes en todo el mundo acerca de Jesús, esta era la persona que más deseaba alcanzar.

Andrés es el tercero de los cuatro hijos de Luis Palau y Pat. En sus primeros años, Luis tradujo para Billy Graham y luego pasó a convertirse en uno de los evangelistas más reconocidos de su generación, con sus cruzadas de evangelización, libros y programas de radio, habiendo alcanzado a mil millones de personas en setenta y cinco países.[2]

Cuando Andrés nació en 1966, su abuela, confinada a una silla de ruedas por la poliomielitis, le hizo una predicción espontánea a su yerno Luis. Si se trataba de una declaración profética o simplemente de un anhelo, nadie lo supo, pues a pesar de que ella no era proclive a los pronunciamientos dramáticos, sus palabras pasaron a formar parte de la tradición de la familia: «Luis, este niño va a ser un evangelista».

Esas esperanzas se evaporaron temprano. Aunque el joven Andrés presumía de cristiano, solo era una fachada para encubrir su indiferencia hacia todo lo espiritual.

Parecía inmune a las súplicas de su padre acerca de Jesús, escogiendo en cambio adorar en el altar de su propio ego. Cuando cayó en la bebida y la droga, y mientras complacía sus propios intereses egoístas, era expulsado de una universidad cristiana, iba revoloteando de chica en chica, deambulaba sin rumbo por una vida sin propósito evadiendo la responsabilidad una y otra vez, y llegaba a dominar el arte oscuro de la duplicidad y el engaño, habría sido fácil renunciar a él.

Sin embargo, Luis seguía orando.

Cada decisión, una mala

—Yo fui un necio —me dijo Andrés más de dos décadas después de la oración que hice con su padre en aquel restaurante de las afueras de Chicago—. Proverbios tiene mucho que decir sobre los necios. Solo recorra la lista y allí me encontrará.

Las seis docenas de referencias a los necios en el libro de Proverbios en el Antiguo Testamento pintan un cuadro miserable y desgraciado. Los necios odian la sabiduría, son autosuficientes, les causan dolor a sus padres, carecen de sentido común, les gustan las intrigas, se deleitan en lo absurdo, están llenos de orgullo, practican el engaño, se resisten al cambio, desprecian la disciplina, se mofan de los consejos y se exaltan a sí mismos.[3] Y eso es solo el principio.

Revisé mentalmente varias de esas cualidades antes de decirle:

—Hay cosas realmente duras ahí.

—No, en serio, yo fui el necio de Proverbios —insistió él—. Desperdicié todas las oportunidades, tomé el camino que ofrecía menor resistencia, y tropecé a lo largo de mi vida con el alcohol, las drogas o ambas cosas. Casi cada decisión que hice era mala. Todo se trataba de *mí*: divertirme, ir a la caza de

mujeres, salir de fiesta con los amigos, meterme en problemas. La vida era una competencia a fin de ver quién hacía las tonterías más grandes para al día siguiente reírnos de ellas. Si eso no es ser necio, entonces no sé qué pueda serlo.

Nos encontrábamos en una oficina con pocos muebles en el ministerio de Luis Palau, no lejos del aeropuerto de Portland, Oregon. A pesar de que ya anda por los cuarenta y es padre de adolescentes, Andrés luce extraordinariamente juvenil con su pelo castaño peinado hacia un lado y un poco enmarañado, su ropa informal y su mirada sobria.

Yo estaba sorprendido por la evaluación tan contundente que había hecho de sí mismo, muy parecida a la mía durante mis primeros años.

—¿Qué era lo que le hacía ser así? —le pregunté—. ¿Vio hipocresía en su casa? ¿Se despreocupó su padre de usted, fue abusivo o le causó algún daño emocional?

—No. Nada de eso. No puedo culpar a nadie. Vea, yo estaba enamorado de mí mismo. Quería ser atractivo, quería ser aceptado por todas las chicas y los chicos correctos en los círculos correctos. Era egoísta, egocéntrico, indulgente conmigo mismo, rebelde, pero no porque estuviera resentido con Dios.

—¿Qué pensaba acerca del cristianismo?

—Me da vergüenza decirlo, pero yo creía que probablemente *era* verdad. Solo que esto no me importaba. Yo estaba encantado con mi pecado.

—Supongo que hizo un excelente trabajo ocultándoselo a sus padres —dije.

—En eso debo reconocer que era bastante hábil. Me comportaba de una manera que no despertara sospechas. Era amistoso, sociable y positivo. Decía lo que tenía que decir y en el momento preciso. Y mentía para no buscarme problemas. En realidad, hacía todo lo que el hijo de un buen evangelista tenía que hacer: era parte del grupo de jóvenes de la iglesia, me aprendía de memoria los versículos de la Biblia, iba a las conferencias sobre las misiones y asistía a los servicios todos los domingos.

—¿Qué pensaba de la iglesia?

—Me gustaba.

—¿En serio?

—Seguro. La gente era muy amable. Además, muchos de mis amigos de parrandas asistían a la iglesia. Y no quería que se me acusara de hipócrita ni causarles ningún disgusto a mis padres, así que trataba de mantenerme en el mundo cristiano. Puede sonar muy contradictorio, pero yo era bastante sincero en cuanto a no ocasionarles problemas a mi familia y otras personas. Y lo hacía

bastante bien.

«Jugo de la selva» y marihuana

Temprano en la vida, Andrés comenzó a coquetear con los problemas para ganar la atención de aquellos a quienes quería impresionar. En primer lugar, hubo pequeños actos de vandalismo y otras conductas imprudentes, como hacer explotar por las noches en las carreteras botellas llenas de gasolina para asustar a los conductores, encender cocteles Molotov en el patio de la escuela, y construir bombas con tubos más grandes y potentes. Luego vino el robo y la ingesta de bebidas alcohólicas, sustrayendo cerveza de los garajes y alcohol de los gabinetes para licores de las casas de sus vecinos. Preparaban «jugo de la selva» para sus fiestas utilizando contenedores de treinta galones que se usan regularmente como receptáculos para basura (el «jugo de la selva» es un brebaje compuesto de cantidades abundantes de vodka u otros licores disponibles y *Kool Aid*. Se le llama «jugo de la selva» porque provoca en el bebedor el comportamiento de un animal. N. del T.).

Muy pronto empezó a fumar marihuana.

—Cuando estaba en la secundaria, hubo un tiempo en que fumábamos droga en el camino al colegio, durante el período del almuerzo y al salir de clases —señaló Andrés— Además, aprovechábamos todas las oportunidades para hacer fiestas, por lo general en nuestras casas cuando los padres estaban fuera de la ciudad.

—¿Alguna vez lo agarraron?

—Ocasionalmente. Una vez en la escuela secundaria habíamos estado bebiendo y estrellé el auto contra un cerco. Todos salimos corriendo. Me pusieron una multa por causar un accidente y huir de la escena, lo cual era un delito grave, aunque más tarde el problema se resolvió. Por lo general, me las arreglaba para no meterme en problemas. Realmente me afectaba mucho cuando me cogían, y me arrepentía, pero como salía bien librado, actuaba con más audacia la próxima vez.

Concluida la secundaria, Andrés ingresó a Biola, una universidad muy conservadora en el sur de California.

—Le daba mucha importancia a lo que los demás pensaran de mí, así que cuando de pronto me encontré en un lugar donde nadie me conocía, comencé a preguntarme: “¿Quién soy, realmente?”. No obstante, en lugar de buscar la

respuesta, volvía a meterme en mi mundo de fiestas y tragos.

En Biola permaneció un año hasta que lo «invitaron a buscar el éxito en otra parte». Se fue entonces a la Universidad de Oregon, en Eugene, un centro de estudios más liberal, donde se especializó en literatura inglesa e incursionó en la cocaína y las drogas alucinógenas.

—Para entonces estaba realmente fuera de control —dijo—. Nadie estaba encima de mí ni vigilándome, así que fui hasta el límite. Era manipulador y tramposo con las mujeres con las que salía. Los fines de semana, mis amigos y yo nos íbamos a lugares aislados de la playa, hacíamos una fogata, poníamos música, tomábamos cerveza, nos drogábamos y pasábamos allí la noche. Un día que en el campus universitario incendiamos el Volkswagen Escarabajo de uno de los integrantes de nuestro grupo, se nos prohibió volver a entrar allí.

En las clases no le iba mucho mejor.

—Me gustaba proyectar la imagen de un intelectual, pero en realidad era poco profundo y me conformaba con saber lo suficiente sobre literatura como para engañar a alguien que no supiera nada. Todavía no estaba seguro de mi identidad personal. Había usado tantas máscaras durante tanto tiempo que cuando me miraba en el espejo, no me reconocía a mí mismo.

Tratando de detener la espiral descendente en que se encontraba su hijo, Luis le sugirió que abandonara la escuela y viajara a Europa para ganar un poco de experiencia en la vida. Andrés trabajó en una tienda de ropa de lujo en Cardiff, Wales (teniendo suficiente tiempo libre para holgazanear a través del continente, fumar hachís y hasta viajar en un barco de polizón) y luego se fue a Irlanda del Norte, donde trabajó en una tienda de muebles.

Una carta de un padre

—Mi vida no se dirigía a ninguna parte, pero mi padre nunca dejó de ir tras de mí. Cuando era un muchacho, salíamos a pasear y me hablaba de Jesús. Después, dondequiera que yo fuera, mi papá tenía amigos que me llevaban a cenar y me hablaban de Cristo. Y él no dejaba de escribirme.

Se puso sus anteojos y cogió un ejemplar de su libro *La vida secreta de un necio*, en el que cuenta su historia.[4]

—Recuerdo especialmente una carta que me escribió antes de que me visitara en Irlanda del Norte. En esa carta me abrió su corazón.

Buscó y leyó con una voz cargada de emoción algunos fragmentos:

Querido Andrés…

Hay una frase que no dejo de recordar cada vez que pienso en ti y oro por ti (y lo hago constantemente como te puedes imaginar. Tú eres un hijo al que amo profundamente). Cuando yo tenía veintiún años como tú, hice de este versículo algo muy mío: «Tú, hombre de Dios…» (1 Timoteo 6.11).

Tú naciste para ser un hombre de Dios. Eso es lo que Dios tiene para ti. Ese es el propósito de Dios para tu vida… El Señor Dios te ama con un amor eterno. El primer paso que ha dado para atraerte a él es que fue voluntaria y personalmente a la cruz por ti. En esa cruz se convirtió en tu sustituto. Tomó tu lugar y tu castigo y eliminó para siempre tu culpa.

Yo oro, primero que todo, para que le abras tu corazón a Jesucristo. El día que oré y le pedí a Cristo que me diera vida eterna, un consejero utilizó Romanos 10.9–10. Personalizó esos versículos exclusivamente para mí. Nunca te lo he preguntado: Andrés, ¿alguna vez se lo has pedido personalmente?

Si confiesas con tu boca, Andrés, que Jesús es el Señor y crees en tu corazón, Andrés, que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, tú, Andrés, serás salvo. Porque con tu corazón, Andrés, crees para ser justificado y con tu boca confiesas, y eres salvo. Luego, el versículo 13 declara: «Porque todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo».

Si no has hecho esa decisión y quieres que te ayude orando por ti —y nada me daría más alegría en todo el mundo— lo haría… si quieres.

En segundo lugar, una pequeña frase vino a mí hace poco: la vida secreta es el secreto. Lo que tienes en tu alma es lo que realmente eres. El libro de Proverbios dice que como el hombre piensa en su corazón, así es él.[5] Tú llegarás a ser un hombre de Dios cuando de manera específica y clara invites a Cristo a tu alma. Desarrollarás tu vida secreta íntima con tu Padre celestial sobre tus rodillas, leyendo la Palabra de Dios; sobre tus rodillas, hablando con Dios en oración; sobre tus rodillas, cantando y alabando a Dios, comprometido con la obediencia…

Andrés, mi amor por ti, hijo, es muy profundo. El potencial que veo en tu vida tal como Dios te ha hecho es extraordinario. Tú podrías bendecir y cambiar y traer gran felicidad y vida eterna a millones si

obedeces a Jesucristo como tu Señor y Maestro.

«Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres».[6] Cuando tenía tu edad, yo tomé muy en serio estas palabras de Jesús. Las amo. Es la mejor vida en este mundo. Tú las vas a disfrutar también, hijo mío, si sigues a Jesús con todo tu corazón y toda tu alma. ¿Qué más hay en este mundo rebelde? No mucho más.

Hasta pronto. Te amo y oro por ti, Tu papá[7]

Se detuvo por un momento en la palabra «papá» y luego cerró el libro, lo colocó sobre el escritorio, se quitó los anteojos y los guardó en un bolsillo de la camisa.

—Ese es mi padre —dijo finalmente—. Las mismas cosas que les ha dicho a cien mil personas, se las dijo a su hijo. Él sabía que la única cosa que podría cambiar mi vida era la gracia de Dios. Él lo veía muy claro, pero yo estaba ciego para percibirlo. Su confianza siempre ha estado en el poder del evangelio.

El pordiosero y el club nocturno

Después de algunos años, Andrés se encontraba viviendo en Boston. Había comenzado en el último peldaño de la escala corporativa en una tienda de ropa y vivía con un presupuesto bien ajustado en un pequeño departamento. Estaba más lejos de Dios que nunca antes.

—Motivado por razones diversas, me sumí en el alcohol y las fiestas. Quería encubrir la realidad de toda la culpa y la vergüenza que había en mi vida. Evitaba irme a la cama sobrio, porque si lo hacía, me obsesionaría el recuerdo de toda la gente a la que le había hecho daño, engañado o utilizado. Así que allí estaba la ansiedad: miedo al futuro, miedo al mundo, miedo a la eternidad.

—¿Tan mal iban las cosas?

—Emocionalmente, estaba abatido. Cada vez menos personas se impresionaban con mi manera de ser. Siempre andaba en fiestas, lo cual era un poco embarazoso para alguien de mi edad. Si no encontraba a alguien que quisiera tomar conmigo, me emborrachaba solo viendo televisión hasta que me quedaba dormido en el sofá. Cuando me despertaba, la pantalla seguía encendida aunque sin imagen, pues transcurrían aquellos días en que las televisoras

interrumpían sus transmisiones por la noche para reanudarlas a la mañana. Yo apagaba el aparato, me iba a la cama, desactivaba la alarma, y al día siguiente me iba a trabajar para repetir el ciclo.

—¿Alguna vez pensó en las cosas espirituales?

Los ojos de Andrés se achicaron mientras recordaba.

—Estaba empezando a preguntarme sobre la eternidad; cómo sería mi vida si algún día se apagaba como la televisión. Era un pensamiento desmoralizador.

—¿Cuándo fue que tocó fondo?

—Ocurrieron dos cosas. Una noche en que algunos amigos y yo andábamos bebiendo y de juerga, nos vimos envueltos en una discusión con un mendigo. Después de un rato el hombre se echó a dormir y… no puedo creer lo que hicimos, pero empezamos a patearlo en el suelo.

Él hizo una mueca de disgusto.

—¡Qué tan bajo puede llegar una persona hasta patear a un pobre desamparado indefenso! La verdad es que me da vergüenza incluso contar la historia. ¿Cómo llegué al extremo de que me pareciera bien lo que hice? Ese fue probablemente mi punto más bajo. Sin embargo, luego ocurrió algo extraño en un club nocturno que realmente me sacudió.

—¿En un club nocturno?

—Sí, era un sitio enorme, como un almacén. Estaba muy oscuro y había gente por todas partes. Me dirigía al baño cuando un tipo me puso una mano encima al tiempo que me decía: “Tú eres creyente, ¿verdad?”. Sorprendido, le contesté: “¿Qué dices?”. Y él volvió a decirlo: “Tú eres creyente ¿no?”.

—¿Sería alguien que lo conocía?

—No. Y esa es la parte extraña. Se me ocurrió que tal vez me había visto en la iglesia cuando era un muchachito, o quizás conocía a mi padre. Pensé: *¡Oh no, esto es horrible! Este tipo piensa que soy cristiano y quiere hablar de eso*. No hallaba cómo zafarme de él, así que le dije: “Sí. Soy creyente”. Tenía la esperanza de que eso lo dejaría tranquilo y yo podría irme.

—¿Cómo reaccionó?

—Me dijo: “Lo sabía. Tú eres un seguidor de Satanás, ¿no?”. Y sonrió de forma enigmática, después de lo cual se alejó, perdiéndose entre la multitud. Traté de decirle que no, que estaba equivocado, pero él ya no estaba. Aquello me hizo sentir escalofríos.

Reflexioné sobre la extraña escena.

—¿Qué hizo entonces?

—No sabía qué hacer ni qué pensar. ¿Qué habría visto en mí que lo hizo pensar que yo era un seguidor de Satanás? ¿O fue un encuentro sobrenatural? Parecía un endemoniado, como yo, involucrado en algo muy oscuro. Me sentí como si por un lado mi papá estuviera tratando de arrastrarme a Dios, mientras que por el otro se hallaba esta realidad que me atrapaba.

Quedé impresionado con la imagen, así que le pregunté:

—¿Cómo lo impactó ese encuentro? ¿No lo impulsó a volverse a Dios?

—Debí haberlo hecho. La verdad es que me causó una tremenda impresión, al punto que durante mucho tiempo me pregunté si mi estilo de vida usando drogas y en borracheras no habría abierto una puerta a otro mundo. Y sin duda aquello era posible.

Movió la cabeza, consternado.

—Sin embargo, como tantas otras veces en mi vida, después de un tiempo sencillamente seguí por el mismo camino torcido que había estado recorriendo todo ese tiempo.

Una decisión vacilante

Luis Palau supo ser inteligente. Esperó a que la temperatura del invierno en Boston fuera insoportablemente fría y entonces llamó a Andrés para invitarlo a una de sus campañas de evangelización. Cuando Andrés puso reparos como de costumbre, insistiendo en que no estaba interesado, Luis le dijo que la campaña sería en Jamaica. Una vez que Luis estuvo de acuerdo en aprovechar el viaje para hacer una excursión de pesca del pez marlín, Andrés empezó a preparar su equipaje.

Su mente bailaba al ritmo de las imágenes de sí mismo bebiendo cerveza bajo el sol del Caribe, pero Luis tenía otro motivo: quería hacer otro intento de penetrar la resistencia espiritual de su hijo.

Andrés terminó quedándose con un hombre de negocios de Jamaica y su familia, que incluía a sus hijos Chris y Wendy. Al relacionarse con ellos y sus amigos, se sintió sorprendido —e intrigado— por su fe fresca y entusiasta, que parecía reflejar la «vida abundante» de la que siempre había oído hablar a sus padres.[8]

—Eran personas muy simpáticas, cálidas y amables. Demostraban estar comprometidos con la comunidad, y parecían entregarse a Cristo de una manera

muy atractiva y radical —recordó—. Jesús parecía ser muy real y estar siempre presente en sus vidas. Los escuchaba mientras les contaban a otros cómo Dios los había sanado de sus adicciones y restaurado sus relaciones. Yo pensaba: *¡Esto es lo que necesito! No puedo seguir fingiendo que mi vergüenza y la culpa no me están persiguiendo. Algo tiene que suceder*.

En tres de las cinco noches que Luis predicó en el Estadio Nacional de Kingston, una instalación deportiva de treinta y cinco mil asientos junto a la famosa estatua del cantante de reggae Bob Marley, Andrés estuvo presente con sus nuevos amigos.

—Siempre he respetado a mi padre y la sinceridad de su mensaje —me dijo —. La última noche de la cruzada fui con una actitud receptiva. Tenía muchas ganas de oír la voz de Dios, que había cambiado por completo la vida de estos nuevos amigos míos.

—¿Y fue así?

—Bueno, cuando me puse a escuchar, me pareció que el mensaje de mi padre era diferente a los que había oído antes. Era como si se estuviera dirigiendo a mí. En realidad, estaba yendo por mí. Y entonces me di cuenta: se trataba del mismo mensaje que casi siempre él daba. Estaba hablando de la historia del joven rico, solo que yo no era rico y no gobernaba nada.[9] Aunque esto no tenía nada que ver conmigo, el Señor me estaba presionando.

»Cuando hizo la invitación para recibir a Cristo, me encontré diciendo en mi espíritu: *Señor, esto es lo que quiero. Por favor, ven a mi vida. Quiero ir en una nueva dirección. Quiero el cielo, y quiero hacer lo correcto. Todo lo que hago lo odio, pero no puedo dejar de hacerlo. Quiero detenerme ahora mismo. Todo lo que digo quiero hacerlo, pero parece que no puedo. Quiero hacerlo ahora.* En ese momento decidí dejar de beber, romper mis relaciones inapropiadas y empezar a ir a la iglesia».

—¿Era sincero?

—Sí lo era. Deseaba lo que Dios estaba ofreciendo. Me di cuenta de que era mucho mejor que la vida vacía que había estado llevando.

Tradicionalmente, Luis cierra sus cruzadas con un llamado para que los que quieran aceptar a Cristo avancen hacia el frente.

—¿Respondió usted el llamado al altar?

—Me sentí motivado a hacerlo, pero me resistí. Sin embargo, un gran número de personas pasó hacia adelante, y muchos iban sollozando. Pensé: *Algo debe estar realmente mal con ellos.* Me imaginé que mi decisión era más

intelectual que la de ellos. No obstante, en lo que a mí respecta, yo estaba dando un gran paso. Después sentí una sensación de alivio. Se lo comenté a Wendy y ella se sintió feliz. Me dijo que tenía que decírselo a mis padres.

—¿Qué le pareció esa sugerencia?

—La verdad es que tuve un poco de miedo. Según mi padre lo recuerda, corrí a su habitación en el hotel y le dije excitadísimo: “¡Lo hice! ¡Lo hice! ¡Me he convertido en un cristiano!”. Sin embargo, la conversación no era fluida.

—¿En qué sentido?

—Les hablé de mi decisión y por supuesto ellos se mostraron muy contentos y emocionados. Habían visto este tipo de respuesta en una gran cantidad de sus cruzadas a través de los años, y sabían que lo que Dios comenzaba, lo completaría de alguna manera.[10] No obstante, también hubo alguna duda por su parte; algo así como una actitud de esperar para ver.

—Hmmm. ¿Le pareció justificada esa reacción de ellos?

—Bueno, teniendo en cuenta lo que sucedió después, fue bastante juiciosa por su parte.

Los efectos de una «gracia barata»

Los amigos de Andrés en Boston se mostraron atónitos —y escépticos— cuando les contó que ahora era cristiano. Lo observaron cautelosos mientras iba a la iglesia y comenzaba a limpiar su vida. Sin embargo, el «nuevo Andrés» duró solo un mes.

—Una noche fui con unos amigos a un bar, no a beber, sino solo a pasar el rato. Muy pronto me tomé una cerveza. Luego otra. Luego seis, y tres tragos fuertes uno detrás del otro. Empecé a fumar marihuana y en poco tiempo estaba de nuevo con algunas de las chicas que conocía y a las que debería haber evitado.

—¿Así que todo se vino abajo?

—Todo. Me avergoncé a mí mismo y al Señor. Mis amigos se reían de mí. Yo me sentía humillado. Mi vida comenzó de nuevo a irse por el despeñadero. Me quedé pensando: *¿Cómo es posible que habiendo sido mi compromiso con Dios tan real haya venido a parar en esto? ¿Cómo pude haber sido tan sincero y a la vez actuar tan mal? ¿Y qué se supone que debo hacer ahora?*

—Mirando hacia atrás, ¿cómo analiza lo que pasó?

—Resulta que yo tenía más cosas en común con el joven rico de lo que pensaba. Jesús lo retó a rendirse enteramente a él, pero el joven no quiso renunciar a su riqueza, insistiendo en aferrarse a ella incluso si eso significaba alejarse de Jesús. Yo había construido mi propio territorio de placer, donde reinaba a mis anchas. La verdad es que no quería que Dios gobernara mi vida; no quería desprenderme de las fiestas y las cosas supuestamente divertidas.

—Con todo y eso —le comenté— la oración en Jamaica fue un paso en la dirección correcta.

—Sí, fue un paso. Mi corazón pareció abrirse a Dios. No obstante, cuando miro hacia atrás, veo que mi oración en Jamaica resultó superficial. Una oración de salvación no significa mucho a menos que auténticamente uno se aparte del pecado y permita que Dios tome el control de su vida. *Eso* es lo que él se merece. Contrariamente a lo que mi padre predicaba, yo solo estaba jugando con Dios. Le decía: *quiero todas las cosas buenas que tú ofreces (el perdón, la liberación de la culpa, el cielo y todo eso) y voy a tratar con todas mis fuerzas de hacer el bien para mantenerte feliz y obtener las cosas que realmente deseo. Sí, te quiero, Dios, pero sin renunciar a mí. ¿Es un trato?*

Moviendo la cabeza, agregó:

—Dios no negocia así. De ningún modo. Esta era la gracia barata sobre la que Bonhoeffer advierte.

Reconocí la referencia. La gracia barata, dijo el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, «es la gracia que nos otorgamos a nosotros mismos. La gracia barata es […] perdón sin requerir arrepentimiento […] [y] la absolución sin confesión personal. La gracia barata es la gracia sin discipulado, la gracia sin la cruz, la gracia sin Jesucristo vivo y encarnado».[11] Debemos buscar «la gracia costosa», instó Bonhoeffer, porque «lo que le ha costado mucho a Dios no puede ser barato para nosotros». Es costosa porque condena el pecado, escribió, pero es gracia porque salva al pecador.[12]

«Señor, estoy dispuesto»

Wendy fue la razón por la que Andrés volvió a Jamaica algunos meses después. Lo había cautivado su encanto e intrigado su profunda y permanente fe en Cristo. Cuando se reunió con ella y sus amigos de nuevo, hizo todo lo posible para actuar como un cristiano. No les tomó mucho tiempo darse cuenta de su farsa.

Una noche, uno de ellos, Steve, lo confrontó:

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Qué pasa *realmente* contigo?

Andrés no hallaba donde meterse. No cabía duda de que había resultado evidente que no estaba siguiendo a Jesús. De modo que no le quedó más remedio que reconocer ante ellos que se encontraba luchando espiritualmente y había visto frustrados sus esfuerzos para llevar una vida mejor.

—Me sorprendió que Steve mantuviera la calma al oír mi confesión. Me dijo: "No es raro que después de una decisión inicial por Cristo la persona tenga que empezar a crecer en su fe". Me invitó a orar y a leer la Biblia con él a la mañana siguiente.

Al amanecer del próximo día, Steve leyó de rodillas los primeros versículos de Romanos 12: «Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta».[13]

Cuando empezaron a reflexionar sobre el pasaje, Andrés se echó a llorar debido a la frustración que sentía. Conocía las palabras, pero no su significado.

—Mi nivel de comprensión era cero —me dijo—. Allí estaba yo, con un título universitario en literatura y que supuestamente me acreditaba para la interpretación de textos, pero no tenía la menor idea del significado de aquel pasaje. En verdad quería escuchar a Dios a través de su Palabra, pero era como si hubiera una pared entre aquellos versículos y yo.

Steve continuó tratando de explicar lo que el apóstol Pablo estaba enseñando con aquel pasaje. Mientras Steve lo hacía, Andrés pensaba: *Traté con este asunto del cristianismo, pero fallé. No estoy seguro de lo que quieran decir estos versículos cuando hablan de transformación y renovación, pero sea lo que sea, desde luego, conmigo no han funcionado*.

Al ver la frustración de Andrés, Steve ofreció una solución:

—Tienes que venir al monte —comentó.

Acto seguido le explicó que cada año un grupo de creyentes va a un retiro a las exuberantes y tropicales Montañas Azules fuera de Kingston por unos días para fortalecer el compañerismo, la oración, la adoración y la enseñanza de la Biblia.

Participar en ese retiro implicaría una alteración de último minuto en los planes de Andrés, pero estuvo dispuesto a hacerlo, ya que se sentía atraído por

vivir aquella experiencia. En silencio, oró: *Señor, estoy dispuesto. Vamos a enfrentar la realidad. Si me he mostrado asequible a toda la basura del mundo, ¿por qué no me voy a disponer a recibir lo que tú tienes para mí?*

Así que le dijo a Steve:

—Iré a ese retiro.

Confesión y limpieza

En aquel encuentro de dos días, la enseñanza estuvo centrada en la grandeza y el poder de Dios, su autoridad, su santidad, su carácter divino y la imagen que la Biblia ofrece de él como Creador y Rey del universo. Se discurrió acerca de la obra del Espíritu Santo en el mundo, convenciendo a las personas de su pecado, atrayéndolas hacia el reino de Dios, y transformándolas desde adentro hacia afuera.

Cada vez más, Andrés quería experimentar de forma personal e íntima a este Dios maravilloso, así como otros en el retiro ya lo estaban haciendo. *¿Qué necesito hacer?*, no dejaba de preguntarle a Dios. *Si eres real y todo esto lo es, tengo que saberlo sin ninguna duda.*

Empezó pidiéndole a Dios tener un encuentro sobrenatural. Señor, una cosa más: revélate a mí. Ponte delante de mí y voy a saber que eres real. Tú puedes hacerlo, sin duda. Tienes el poder. Entonces voy a creer y nunca lo olvidaré.

Una y otra vez, le imploró a Dios que se le apareciera. Pensó que si podía de alguna manera mostrar el máximo de sinceridad y lo deseaba con todo el corazón, y Dios aun así no respondía… tal vez ya era hora de olvidarse del asunto de una vez por todas.

Solo muéstrate, Señor. Solo haz esto y nada más, oró con el máximo fervor… olvidando que Jesús en la cruz dijo: «Consumado es», y que a partir de entonces él espera que las personas respondan por fe.

A pesar de las súplicas de Andrés, nada ocurrió.

Frustrado y desanimado, casi como un último recurso, como si estuviera alzando sus brazos con exasperación, se encontró cambiando su oración abruptamente. *Dios*, musitó, *¿qué es lo que me mantiene alejado de ti?*

Al instante, se sorprendió por una respuesta perceptible que sintió en su espíritu. *¿De verdad quieres saberlo?* Ahora se sentía cada vez más impaciente. Aquí estaba el compromiso divino que se había mantenido buscando con tanta

ansiedad. Finalmente, tal vez Dios se le aparecería. *Sí, Dios, por supuesto. ¿Qué es lo que me mantiene lejos de ti?*

Las cejas de Andrés se arquearon cuando me describió lo que sucedió después. Me habló como si estuviera recién viviendo el momento; sus palabras brotaban a raudales, y en el tono de su voz se advertía una mezcla de asombro, maravilla… y horror.

—De inmediato, en un instante, y esto es difícil de expresar con palabras, Dios milagrosamente abrió mis ojos a lo que nos había estado manteniendo alejados el uno del otro. Allí, delante de mí, estaba toda la basura de mi vida, toda la mentira, el engaño, el robo, las relaciones abusivas, toda la arrogancia y el orgullo, todas las adicciones y la gente a la que le había hecho daño, todo el engaño y la hipocresía y la crueldad. Lo vi todo. Era una montaña de pecado tan alta que casi no alcanzaba a cubrirla con la vista.

»Estaba afligido, horrorizado. Exhalé profundo y caí sobre mi rostro, avergonzado, humillado y lleno de remordimientos, llorando como nunca lo había hecho antes. Mi cuerpo se agitaba por los sollozos; mis lágrimas caían al piso. *Dios*, dije, *¿cómo pude haber sido tan necio? ¡Por favor, perdóname! ¡Por favor, líbrame de todo esto! ¡Quítalo de mí! No puedo seguir viviendo con esto. ¿Qué esperanza puedo tener con toda esta basura que yace en mí?*

»Y la respuesta de Dios vino a través de la Escritura: Si confiesas tu pecado, Andrés, yo perdonaré tu maldad. La voy a quitar de ti. La voy a poner tan lejos de ti como está el oriente del occidente. No me acordaré más de tus pecados.

»Empecé a confesar todo tan rápido como Dios podía traer mis pecados a mi conciencia; él me los revelaba, uno tras otro, yo clamaba pidiendo perdón, y él me liberaba. Me estaba limpiando, fregando y restregando. A la luz de su santidad y pureza, me vi a mí mismo como realmente era. Al igual que Isaías ante el trono del Señor, estaba destrozado.[14] Sin embargo, por su gracia, Dios me estaba reconstruyendo de nuevo.

»Así que ahí estaba, boca abajo en el suelo. Uno de los muchachos se acercó, puso sus brazos sobre mi hombro y dijo: "Este es tu tiempo, Andrés. Asegúrate de que lo consigas todo. No trates de ocultarle nada al Señor". Luego me llevaron a una habitación y me ayudaron a expresar con palabras algo de mi confesión.

»Después de dos o tres horas, todo había terminado y era como si Dios hubiese bañado con luz mi alma. Me sentía tan increíblemente aliviado, con un sentido absoluto de liberación de todas las cosas que me habían tenido atrapado.

Por primera vez entendí lo que Jesús quiso decir cuando dijo que él no solo nos hace libres, sino *realmente libres*, así como un preso que no solo sale de la cárcel, sino que va corriendo a lanzarse a los brazos de su padre. Miré hacia la montaña y era como si todo el mundo fuera nuevo, fresco y hermoso. Simplemente hermoso.

»Me mantuve dándole gracias a Dios por su gracia, y luego, por pura gratitud, le susurré: "Le contaré a todo el mundo lo que has hecho". Después que aquellas palabras salieron de mi boca, me respondió: *Lo harás*. Y lo dijo no como una pregunta, sino como una afirmación, como si estuviera poniéndole un sello al llamado en mi vida.

»Así que yo estaba celebrando y agradeciéndole a Dios, y recuerdo haber tenido esta fuerte impresión en mi espíritu de que Dios me estaba diciendo: *Yo estoy contigo, Andrés. Soy la fuente de tu alegría, ¿pero no te das cuenta del poder de la oración que formaba parte de tu vida?*

»Y yo asentía. *Sí, por supuesto, eso es cierto*. Pensé en todas las oraciones de mis padres a lo largo de los años e incluso de las personas en todo el mundo que nunca conocí y a quienes mi padre les pidió que oraran por mí».

Sonrió y luego, dirigiendo su dedo índice hacia mí, agregó:

—Incluso usted, Lee.

El único camino del rebelde

Esta vez las cosas fueron diferentes cuando habló con su padre.

—Bajé de la montaña y llamé a mi papá de inmediato. Le comenté: "No te imaginas lo que pasó". Le describí lo que Dios había hecho y me dijo: "¡Oh, vaya, Andrés; eso es lo que habíamos estado esperando!".

—Arrepentimiento —señalé.

—Exactamente. El arrepentimiento es el único camino del rebelde hacia Dios. Yo necesitaba confesar que estaba equivocado y que Dios tenía razón; necesitaba ver mi depravación en contraste con su santidad; necesitaba su purificación y su liderazgo en mi vida. *Así es* como comienzan la transformación y la renovación. No es suficiente con orar: *Dios, hazme una mejor persona*. Fue el arrepentimiento el que abrió las compuertas de la gracia para mí. Y fue la gracia la que cambió mi vida y la eternidad.

Años después de su experiencia con Dios donde tuvo lugar la sanidad de su

alma y de cursar estudios en un seminario, transitando ahora por un nuevo camino y siguiendo a Jesús con todo su corazón, Andrés se unió a la organización Palau. Durante cuatro años estuvo cargando el equipaje de su padre, y luego pasó seis años viviendo en diferentes ciudades para servir a las iglesias locales y organizar grandes festivales musicales y deportivos en los que Luis expondría el evangelio.

En los años que han transcurrido desde entonces, se ha convertido en un evangelista, contando la historia de la gracia de Dios en cruzadas y festivales alrededor del mundo, algunas veces hablando a multitudes de decenas de miles y otras dando ánimo a los reclusos en una prisión.[15]

¡Ah! ¿Y recuerdan a Wendy? Pues ella y Andrés llevan más de veinte años casados.

La historia de Andrés evocó fuertes recuerdos en mí. Atraído por las formas positivas en que la vida de mi esposa Leslie cambió después de convertirse a la fe cristiana, pasé casi dos años usando mi entrenamiento legal y mi experiencia en el periodismo para investigar la validez del cristianismo. En aquel tiempo no era consciente de que incluso mi capacidad de buscar a Dios era un resultado de su gracia, pues me capacitaba para investigar.[16]

Si Dios era un espejismo o el producto de una ilusión, si Jesús era una leyenda, un fraude, o simplemente una muleta para los débiles, yo no quería tener nada que ver con el cristianismo.

Sin embargo, a medida que la evidencia comenzó a acumularse y Jesús fue capaz de parar mis golpes de escepticismo y devolvérmelos, me sentía cada vez más intrigado. Y al igual que Andrés Palau, finalmente llegué al punto donde era accesible por completo espiritualmente. Después de todo, si Dios es real, ¿por qué no lo querría experimentar?

La tarde del domingo 8 de noviembre de 1981, solo en mi habitación, terminé de analizar las evidencias y argumentos a favor y en contra del cristianismo.

En ese momento, llegué a mi veredicto personal en el caso de Cristo. No obstante, esto implicaba más que un mero asentimiento intelectual a un conjunto de proposiciones, porque al instante me di cuenta de que Dios está vivo y es santo y perfecto y puro, y me sentí mortificado por la corrupción de mi propia alma.

Al igual que la de Andrés, mi vida se había estado consumiendo por el orgullo y la adoración a mí mismo, por el alcohol y las relaciones ilícitas, por el

arrogante desprecio hacia los demás. El padre de mi mejor amigo en la escuela secundaria dijo una vez que yo era la persona más amoral que había conocido. Nada guiaba mi vida, solo mi propio egocentrismo cínico.

En ese momento, cuando mis ojos se abrieron a Dios, todo mi pecado inundó mi mente como la descarga de una alcantarilla. Me sentí horrorizado y asqueado. Quería correr y esconderme de la luz brillante de la convicción de Dios. Solo una cosa me detuvo: un versículo que un amigo me había mencionado y que yo casi instintivamente había buscado: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios».[17]

Oh, Dios, estoy abrumado por mis pecados. Solamente tu gracia puede salvarme. Por favor, límpiame, cámbiame, guíame, úsame.

Dios me respondió de formas que nunca había imaginado. Al igual que una huérfana llamada Stephanie y un adicto llamado Jud, que un pecador llamado Craig y un asesino llamado Duch, que un criminal llamado Cody y un tramposo llamado Brad, no solo había sido perdonado, sino se me había dado la bienvenida en la familia de un Padre amoroso que nunca defrauda.

En los siguientes treinta años, mi vida tomó un nuevo camino de aventura y realización mientras Dios abría puertas para servirlo a él y otros de maneras que nunca podría haber previsto… hasta que un día, sin previo aviso, tanto mi salud física como espiritual llegaron a un punto crítico.

CAPÍTULO 9

Manos vacías

Cuando todo parece perdido, la gracia de Dios es suficiente

> *Cuando todo parece perdido, la gracia de Dios es suficiente. Dios no da un don inferior a él mismo.*
>
> Agustín[1]

Mi esposa, Leslie, me encontró inconsciente tirado en el piso de nuestra habitación. Frenéticamente, llamó a los paramédicos. Al despertar, me encontré en un cuarto de emergencia del hospital con un médico mirándome.

«Usted estuvo a un paso de un coma», me dijo, «y a dos de la muerte».

Volví a caer en la inconsciencia.

Cuando me acercaba a los sesenta años, una inimaginable catarata de problemas médicos me había llevado al borde de la muerte. Unas semanas antes, un procedimiento de rutina al corazón había causado complicaciones en mis riñones. Los pulmones experimentaban una neumonía en desarrollo. Una medicina que me prescribieron para un problema de la voz me había provocado una reacción alérgica grave y poco común. Sin embargo, mis médicos no sabían que todo esto me estaba sucediendo.

Lo que más amenazaba mi vida era la *hiponatremia*. El nivel de sodio en mi sangre había caído en picada hasta un punto en que la vida es insostenible. El agua estaba entrando a mis células, lo que provocó una peligrosa hinchazón en mi cerebro. Los médicos tuvieron que llevar el sodio a su nivel normal y estabilizarme, pero tenían que hacerlo lentamente y con sumo cuidado. Si el sodio se elevaba demasiado rápido, el cerebro podía quedar irreparablemente dañado, lo que llevaría a la muerte o a una discapacidad severa.

¿Nivel de sodio en la sangre? Nunca había oído hablar de eso. Tampoco nadie en mi familia. En esta condición médica, a medida que el nivel va bajando, los síntomas se vuelven cada vez más graves. Las náuseas, el dolor de cabeza, la fatiga y la debilidad muscular son seguidos por la desorientación y estados mentales alterados, incluyendo alucinaciones. Por último, se experimentan convulsiones, pérdida del conocimiento, el coma y la muerte.

Mi cerebro ya estaba reaccionando. En los días antes de caer en estado de coma en la casa, mi pensamiento se volvió cada vez más confuso e irracional. Leslie se sentía desconcertada por mi comportamiento, que estaba empezando a volverse errático, pero al principio me las arreglé para manejar la mayoría de aquellos pensamientos extraños.

Pronto empezaron a presentarse los síntomas clásicos de la paranoia. Me puse a pensar que la gente estaba espiando mis conversaciones y conspirando para mi perdición. *Ese señor que pasa corriendo frente a mi casa debe ser un agente encubierto del FBI*. Ahora suena divertido, pero en aquel entonces parecía tener sentido. Esto se prolongó durante días, con el miedo y la confusión haciéndose cada vez peor.

Una tarde en que Leslie había salido, estando yo en la sala de estar poco después de haber tomado un medicamento, empecé a sentirme peor. Perdí toda mi energía, al punto que ni siquiera podía levantar un brazo. La habitación empezó a oscurecerse. Una presencia ominosa y malévola llenó la casa. Mi corazón se aceleró.

Estaba descendiendo al infierno.

Visiones de terror

La habitación estaba fría y húmeda. Me sentía asfixiado por el miedo, la desesperanza y la desesperación. Percibí a varias criaturas amenazadoras reunirse en la periferia de la habitación y avanzar lentamente hacia donde me encontraba. Se tomaban su tiempo para hacer crecer el miedo en mí. Serpientes y demonios se deslizaban por el piso. Quería levantar los pies a fin de escapar de ellos, pero no podía moverme. Era como si mi voluntad se hubiera evaporado.

Empecé a percibir imágenes de gente conocida: amigos e incluso familiares. Sus cabezas cortadas venían flotando hacia mí, uno detrás de otro. Al acercarse, sus rostros con las bocas abiertas por el terror se disolvían como si se hubieran empapado en ácido.

En la pared, el reloj se detuvo, pero en seguida los minuteros empezaron a girar en sentido inverso. Muy dentro de mí sentí lo que era enfrentar la eternidad en esta guarida de mal y terror. No había esperanza de rescate, ni manera de escapar, ni alivio del pánico, solo una interminable serie de horribles mañanas. Un solo minuto parecía horas.

No tengo idea de cuánto tiempo duró esta experiencia, pero de repente oí que se cerraba la puerta de atrás. Leslie entró en la cocina. Las imágenes perturbadoras desaparecieron. Permanecí sentado en el sofá, conmocionado y procesando lo que acaba de suceder. Demasiado confundido para hablar de ello, me senté tranquilamente mientras Leslie se preparaba una taza de té y se sentaba a mi lado. Bebió un sorbo y me miró. Yo estaba pálido y respiraba con dificultad.

—¿Te sientes bien? —me preguntó.

Mi corazón estaba quebrantado.

—Leslie —le susurré—, ¿crees que habrá mucha gente en el infierno?

—No lo sé —me dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

Extendió la mano y la colocó en mi frente.

—Estás sudando. No te ves bien. ¿Por qué no te acuestas un rato?

A solas en el dormitorio, mi hiponatremia, todavía sin diagnosticar, seguía empeorando. Me convencí de que todo había terminado en mi vida. Mi esposa me estaba dejando. Mis hijos me estaban denunciando. Mis amigos me estaban abandonando. Mis cuentas bancarias estaban en cero. Me estaban embargando la casa y llevándose los coches. La policía andaba tras de mí por delitos no especificados. Aunque era inocente, caía preso. Me imaginaba viviendo en un lugar sucio, solo, temblando por el frío de Colorado, sin tener a dónde ir y a nadie que me ayudara.

Desde mi punto de vista, esto no era una fantasía inducida médicamente, sino algo distinto a la realidad. Sentí el tremendo impacto emocional de cada parte de ella. Nunca he sido un desamparado, pero en mi mente experimenté lo que es serlo. Nunca he estado quebrado, abandonado o exiliado, pero ahora sabía lo que se siente al estarlo. Nunca he caído preso, pero ahora podía entender los efectos deshumanizadores de la cárcel.

Me gustaría poder decir que mi reacción instintiva cuando mi mente se desquició fue buscar a Jesús, pero no ocurrió así. A medida que mi cerebro se comprimía contra el interior de mi cráneo, mi irracionalidad aumentó. Estaba alterado emocionalmente por la situación que me afectaba y percibía.

En mi completa confusión, empecé a pensar que Jesús me había abandonado como todos los demás. ¿Por qué no iba a hacerlo? No tenía casa, familia ni amigos, sin nada a mi nombre. Mi reputación destruida, mis éxitos desvanecidos.

No tenía otra cosa que hacer que encomendarme a Dios.

Reconectado con Dios

Todo el calvario duró varios días antes de mi colapso total y la hospitalización. En medio de todo eso, mi hijo Kyle vino a mí con una sugerencia muy simple: «Papá, tenemos que orar».

Kyle era un bebé cuando llegué a la fe en Jesús, y por eso no me conoció en mis días de bebedor cuando era un escéptico espiritual. Creció cuando yo era un cristiano nuevo, todavía sin poder borrar de mi memoria los hábitos poco saludables de mi pasado mientras le abría abrí mi vida cada vez más a Jesús. Sin duda que, como padre, cometí muchos errores.

Sin embargo, Kyle encontró su propia fe en Cristo cuando era un joven y luego experimentó un llamado radical al ministerio durante un tumultuoso viaje misionero a la República Dominicana, donde se encontró en circunstancias aterradoras en medio de un brote de disturbios civiles.

Kyle ha seguido una ruta académica, obteniendo una licenciatura en estudios bíblicos, una maestría en Nuevo Testamento y filosofía de la religión, y luego un doctorado en teología en la Universidad de Aberdeen, Escocia. Su atención se ha centrado en la formación espiritual: la forma en que podemos llegar a ser hechos conformes a la imagen de Cristo. Fue su experiencia en esa área y su preocupación por la confusión que pudo ver creciendo en su padre lo que lo impulsó a venir a vernos.

Para ser sincero, yo no quería orar con él. Me sentía como si Dios se hubiera alejado de mí, así como todo el mundo lo había hecho de acuerdo con lo que mi imaginación me sugería. No tenía nada que ofrecerle. Había sentido el impacto emocional de lo que significa estar separado de Dios en el infierno, y tal vez era allí donde tenía que terminar.

Kyle y yo nos sentamos en sillas contiguas.

—Papá —me dijo—, no sé bien lo que está pasando contigo, pero tengo la sensación de que te estás sintiendo alejado de Dios.

—Es cierto, hijo.

—Bueno, yo quiero ayudarte a que te vuelvas a conectar con tu identidad en Cristo.

—¿Qué quieres decir?

—A ver. Cuando nos acercamos a Dios, sin querer llevamos un falso yo, porque nuestra identidad está cautiva en lo que hacemos y lo que podemos lograr. Inconscientemente escondemos lo que en realidad somos a fin de proyectar la imagen ante Dios y el mundo de que estamos realmente en control. Te quiero ayudar a que te libres de eso.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Yo también deseo eso.

Una oración sincera y de fe

En los siguientes treinta minutos, Kyle me guió en una oración, llevándome por áreas específicas y dándome tiempo para asimilar las palabras y luego decírselas a Dios. Él estaba siguiendo el bosquejo e incluso utilizando las mismas palabras de «La oración de recogimiento», escrita de varias formas por su antiguo profesor, John H. Coe.[2]

El tiempo que pasamos juntos se llenó de largas pausas, mientras yo meditaba y reconocía la verdad de cada declaración, dejando que penetrara en mi alma antes de repetírsela en voz alta a Dios.

«Señor, reconozco que soy un idólatra y pecador, y que esto ha influido en la forma en que me presento ante ti», comenzó Kyle. «Admito ante ti mis limitaciones. Me gusta creer que soy autosuficiente y puedo controlar la vida y arreglármelas bien solo en el mundo, pero la verdad es que no puedo. Solo tú puedes.

»Reconozco que habito en un cuerpo físico limitado, y que en este momento me siento confundido y cansado y un poco atemorizado. Mi enfermedad ha nublado mi mente. Mi cuerpo está restringido: no puedo satisfacer los deseos de cada persona, por no hablar de mis propias ambiciones y deseos. Estoy agradecido de que no soy Dios. Solo tú puedes satisfacer todas mis necesidades.

»Reconozco que no me definen mis capacidades, ni mis actividades, ni lo que he logrado. En lo más profundo de mí, no soy ni mis comportamientos, ni mis sentimientos, ni mis elecciones, ni los rasgos de mi personalidad, ni mis virtudes ni mis vicios. No me definen el éxito alcanzado ni lo que los demás

piensen de mí.

»En el fondo de mi espíritu, no soy un pastor… No soy un autor… No soy un conferenciante… No soy un maestro o un apologista… No me definen mis premios ni mis honores… Ni mis grados académicos… Ni mi currículum… No soy una celebridad cristiana… No valgo lo que mi cuenta bancaria… Ni mis posesiones o mis relaciones… No soy un marido, un padre, un hijo, un vecino o un amigo».

Mientras pronunciaba esas palabras, sentía cómo una capa tras otra se iba desprendiendo de mí, y experimenté un gran alivio. Ahora ya podría dejar de fingir. Ahora ya podría dejar de tratar de mantener mi mundo marchando bien gracias a mis esfuerzos. Ahora ya podría dejar de actuar como si tuviera todas las respuestas. Ahora ya podría entrar en la presencia de Dios como realmente era.

«Señor», continuó Kyle mientras yo repetía sus palabras, «reconozco la realidad de la verdadera identidad de mi alma: soy tuyo, Dios, creado para mantenerme unido a ti. En la intimidad de mi ser soy un espíritu desnudo vestido con la justicia de Cristo. Soy precioso a tus ojos. He sido perdonado por completo de mi culpa y aceptado plenamente por ti. Soy tu hijo, amado por ti desde la eternidad y sostenido por ti en un abrazo eterno. *Eso* es lo que realmente soy».

Mis ojos se humedecían mientras esta verdad se cristalizaba. Aunque llegara a perderlo todo: mi casa, mis finanzas, mis amigos, mi reputación, mi posición, realmente no importaría, porque aún me quedaría intacta la gracia de Dios. Todavía sería el hijo adoptado y querido del Padre. Y eso sería suficiente.

Nuestra oración continuó durante algunos minutos. Como para ponerle punto final a este encuentro, Kyle tomó su Biblia, la abrió en Filipenses 3.8–9 y leyó: «Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» (RVR1960).

Pensé en el ángel en mi sueño de la infancia. «Algún día», me había dicho, «vas a entender». En aquel entonces no me di cuenta de que mi comprensión vendría por etapas a lo largo del tiempo, a medida que la profundidad y la verdad de la gracia de Dios se desarrollaban en mi vida.

Incluso a través del más doloroso de los episodios.

Verdaderamente libre

Nada libera como la gracia. Me sentí contento después de mi sesión de oración con Kyle. Recordé el día en que Leslie y yo nos casamos. Ninguno de los dos éramos cristianos en esa época, pero mientras ingresábamos a la recepción, un gaitero escocés estaba tocando lo que más tarde descubrí que era *Sublime Gracia*. «Cautivadora melodía», le dije a modo de comentario.

Yo no tenía idea de la letra. En aquel momento nunca me hubiera imaginado que algún día ese himno compuesto por John Newton se convertiría en el tema de mi vida. *Sublime gracia, cuán dulce el sonido que salvó a un desgraciado como yo*.

Después que mi hiponatremia me mandó al hospital, los médicos tuvieron que trabajar varios días para llevar mi nivel de sodio al punto normal. Tuve que someterme a una serie de escáneres cerebrales y otros exámenes. Trataron mi neumonía. Lentamente, mi mente recuperó su claridad, a pesar de que el episodio dejó sus secuelas: no fue posible salvar uno de mis riñones.

Un día, mi médico llegó corriendo a mi habitación. «Todo está normal», dijo. «Sus niveles se encuentran bien. Está libre. Puede irse a casa».

Sonreí y miré por la ventana hacia las Montañas Rocosas cubiertas de nieve en la distancia. *Estoy libre*, me dije. *Más de lo que usted se podría imaginar*.

Los médicos me aseguraron que todo se había debido a una rara casualidad, a una extraordinaria confluencia de complicaciones médicas que no volvería a repetirse. ¿En cuanto a las alucinaciones? Me explicaron que son típicas en los casos de hiponatremia severa. No volverían; sin embargo, yo sabía que habían dejado su huella. Dios usaría esa extraña experiencia al final para mi propio bien, como Romanos 8.28 promete.

A partir de entonces, nunca volvería a ver a las personas sin hogar de la misma manera.

Ni a los encarcelados. Ni a los marginados y abandonados. Ni a aquellos cuyas vidas los están llevando por caminos peligrosos lejos de Dios, hacia una eternidad de arrepentimiento y remordimiento.

Yo mismo, nunca volvería a ser el mismo ni a verme como lo hacía antes. Estaba decidido a aferrarme a mi verdadera identidad: un hijo del Altísimo, maravillado por su gracia.

EPÍLOGO

Gracia retenida, gracia extendida

Asegúrense de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios.

Hebreos 12.15

Siempre me pregunté si lloraría cuando mi padre muriera.

Tras aquel enfrentamiento en el que me dijo que todo el amor que me tenía no alcanzaría a llenar su dedo meñique, salí furioso de casa, decidido a nunca más volver. Viví durante dos meses en un pequeño apartamento a algo más de sesenta kilómetros de la casa mientras trabajaba como reportero para un pequeño periódico. El editor accedió a extender mi contrato más allá del verano. Mi futuro parecía favorable.

Nunca volví a saber de mi padre, aunque mi madre siempre me insistía en que volviera a casa. Me llamaba y me escribía para decirme que estaba segura de que mi padre nunca quiso decir lo que dijo. Finalmente, volví a casa por cierto tiempo, pero mi padre y yo nunca volvimos a hablar de aquel incidente que me impulsó a marcharse. Ni yo lo saqué a relucir ni tampoco él.

A través de los años mantuvimos una relación cortés, pero distante. Él pagó mi educación en la universidad, algo por lo que nunca le di las gracias. Él jamás me escribió, me visitó o vino a mi graduación. Cuando me casé después de mi segundo año en la Universidad de Missouri, mis padres se hicieron cargo de la recepción, pero entre él y yo nunca hubo una charla de corazón a corazón.

Recién egresado de la escuela de periodismo de Missouri, fui contratado como reportero general en el *Chicago Tribune*, desarrollando luego un interés por las leyes. Tomé una licencia para estudiar en la Escuela de Derecho de Yale, pensando en volver al *Tribune* como editor legal.

Pocos días antes de mi graduación, estando en la biblioteca gótica de la escuela de derecho, abrí el *New York Times* para pasar la mañana leyendo sin prisa las noticias. Ya me encontraba preparado para mis exámenes finales y

pensaba con emoción en el regreso a Chicago.

De pronto, mi amigo Howard se apareció. Doblé el periódico y lo saludé. Se me quedó mirando como si tuviera algo urgente que decirme, pero no pudiera encontrar las palabras adecuadas. «¿Qué pasa?», le pregunté. Él no contestó, pero de alguna manera lo supe. «Mi padre murió, ¿verdad?».

Él asintió con la cabeza, luego me llevó a un pequeño cuarto privado donde lloré desconsoladamente.

Solo con mi padre

Antes que comenzara el velatorio de mi padre en la funeraria, pedí que me dejaran solo en el salón donde yacía su cuerpo. Por un largo rato permanecí de pie delante del ataúd abierto. Toda una vida pasó por mi mente. Mis emociones se agitaban. No había nada que decir, y sin embargo, todo estaba por decir.

Muchas veces había pensado en la necesidad de asumir mi responsabilidad por el papel que había desempeñado yo en nuestra relación rota. No obstante, pensaba: *Es él quien tiene que disculparse*. O el orgullo me decía: *¿Por qué tienes que ir arrastrándote a él?* O a veces solo lo aplazaba: *Quizás trate con esto más adelante*.

Después de un largo período de silencio, me las arreglé para susurrar las palabras que debí haber dicho tantos años antes: «¡Lo siento, papá!».

Lo sentía por las formas en que me había rebelado contra él; lo sentía por haberle mentido; lo sentía por haberle faltado el respeto en los últimos años; lo sentía por mi ingratitud; lo sentía por la amargura y el rencor que había permitido que envenenaran mi corazón. Por primera vez estaba admitiendo mi culpabilidad en nuestro conflicto relacional.

Luego pronuncié mis últimas palabras a mi padre: «Te perdono». A pesar de que era demasiado tarde con respecto a nuestra relación, la gracia que le extendí fue en muchos sentidos liberadora y transformadora de vida para mí.

Con el tiempo, me di cuenta de que nada sana como la gracia.

Palabras inesperadas

Muy pronto los socios, vecinos, compañeros de golf y otras personas llegaron para ofrecerles sus condolencias a mi madre y otros miembros de la familia. Me

senté solo en una silla plegable en un extremo del salón. Estaba lidiando con emociones profundas y conflictivas, por lo que no tenía ganas de hablar con nadie.

Uno de los socios de mi padre se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Usted es Lee? —me preguntó.

—Sí, yo soy Lee —le dije.

Nos dimos la mano.

—Bueno, me alegro de poder conocerlo después de haber oído tanto sobre su persona —me comentó—. Su padre nunca dejaba de hablar de usted. Estaba muy orgulloso y contento con lo que está haciendo. Cada vez que aparecía un artículo suyo en el *Tribune*, lo recortaba y se lo mostraba a todo el mundo. Para qué decirle lo orgulloso que se sintió cuando se fue a Yale. Siempre estaba mostrándonos fotos de sus hijos. En cuanto a usted, no podía dejar de fanfarronear. Me alegro de poder por fin ponerle un rostro al nombre que tanto le escuchamos pronunciar a su padre. "Lee está haciendo esto". "Lee está haciendo esto otro". "¿Has visto el artículo de Lee en la primera página?". Bueno. Supongo que usted estaba al tanto de estas cosas.

Mi mente daba vueltas mientras trataba de ocultar mi asombro. No podía dejar de preguntarme cómo habría sido todo diferente si esas palabras hubieran llegado directamente a mí de labios de mi papá.

Cuando varios años más tarde me convertí en un seguidor de Jesús, vi el fuerte contraste. En ese punto, no había disimulo sobre cómo mi Padre se sentía con respecto a mí. En declaraciones directas, la Biblia lo decía una y otra vez: *el amor de Dios por mí es irrestricto e incondicional; su gracia es espléndida y sin fin. Soy hechura suya y su orgullo, y él no podría soportar la idea de pasar la eternidad sin mí en su familia.*

Y cuando la gracia de Dios sacudió totalmente mi vida, perdonándome, adoptándome y cambiando mi presente y mi eternidad, algo más se hizo claro para mí: lo trágico que sería abstenernos de darles la noticia de esta gracia a otros. ¿Cómo podría yo disfrutarla sin nunca compartirla con un mundo que se está muriendo por ella? Como dijo el ateo Penn Jillette: «¿Cómo no odiar a alguien que creyendo que la vida eterna es posible no te lo dice?».[1]

¿Qué habría pasado si Heather no le hubiera dado un abrazo a Cody Huff? ¿Y si Luis Palau no hubiese escrito las cartas que le envió a su hijo Andrés? ¿Y si la mujer en el campamento de refugiados nunca le hubiera revelado el significado de la cruz a Christopher LaPel? Como el apóstol Pablo preguntó,

¿cómo puede la gente creer en Cristo si nunca ha oído hablar de él?[2]

«[Dios] dispensa su bondad no con un gotero, sino con un hidrante. Tu corazón es un pequeño vaso de papel y su gracia es el Mar Mediterráneo. Tú simplemente no puedes contenerlo», dijo Max Lucado. «Así que deja que se desborde. Que se derrame. Que fluya. "De gracia recibisteis, dad de gracia"».[3]

Escribir sobre mi viaje de gracia en este libro solo ha fortalecido mi determinación de emular al apóstol Pablo. «Lo más importante para mí», escribió el apóstol, «es terminar lo que Dios comenzó: el trabajo que el Maestro Jesús me dio fue hacer que todos con los que me encuentre sepan de esta increíble y pródiga generosidad de Dios».[4]

Esa es la gozosa tarea de todo seguidor de Jesús. Algún día quizás se escriba algo sobre mi tumba. *Estaba tan maravillado de la gracia de Dios que no pudo conservarla para él solo.*

Guía para la discusión

Cuando una historia me intriga, inspira o reta, la primera cosa que me gusta hacer es hablar de ella con alguien. He descubierto que soy más propenso a aplicar las lecciones de una historia si estoy en un círculo de amigos en el que cada uno aporta ideas. En comunidad, a menudo la verdad es más profunda.

Es por eso que le pedí a mi amigo Garry Poole, un autor premiado de numerosas guías para la discusión, que me ayudara a crear una serie de preguntas que inciten al lector a profundizar en las historias de este libro. Sí, las preguntas pueden ayudarle a reflexionar privadamente en lo que ha leído, no obstante, mi esperanza es que se una con unos amigos para crecer juntos en la comprensión y la aplicación de la gracia de Dios.

Este no es un estudio de la Biblia. Es algo que ha sido diseñado para estimular nuestro pensamiento con respecto a la gracia y explorar cómo esta puede cambiar nuestras vidas y eternidades. Muy pronto verá que le hemos provisto más preguntas de las que un grupo podría discutir en cada sesión. Hicimos esto intencionalmente para que un líder pueda escoger de entre ellas y seleccionar las que mejor se adapten al grupo.

Independientemente de dónde se encuentre en su camino espiritual, esperamos que esta guía le lleve a una apreciación más robusta de la gracia de Dios y cómo se aplica a sus propias circunstancias. En la seguridad de la auténtica comunidad, establezcamos un diálogo sincero para que podamos salir cada vez más fortalecidos y transformados por la maravilla de la gracia.

Prefacio, Introducción y CAPÍTULO 1: El error

1. En su opinión, ¿qué es lo que hace de un hombre un buen padre? ¿Cuáles son las tres características principales de un padre excelente?

2. Cuando escucha la palabra «gracia», ¿cuál es la primera imagen o pensamiento que le viene a la mente? ¿Qué significa para usted el término «gracia»?

> *Eugene O'Neill dijo que el hombre nace quebrado y la gracia de Dios es el pegamento, y yo creo que eso es muy cierto, que es el pegamento divino […] La experimento como una fuerza de sustentación, como una sensación muy extraña de calma en medio de una ansiedad y una desorientación tremendas. A menudo recupero mi sentido del humor, o me siento segura y bajo el cuidado de Dios.*
>
> —ANNE LAMOTT

3. En su libro *Sin Bodly* [Peca con osadía], Cathleen Falsani compara los conceptos de justicia, misericordia y gracia de esta manera:

   Justicia es obtener lo que se merece.

   Misericordia es no obtener lo que se merece.

   Y gracia es obtener lo que absolutamente no se merece.

   […] [Es] la buena voluntad benigna. La compasión no provocada. El don inmerecido.

   ¿Está de acuerdo con estas comparaciones? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Puede ilustrar utilizando un ejemplo de la vida real las diferencias entre justicia, misericordia y gracia?

4. Describa una ocasión en que recibió u ofreció gracia. ¿Qué pasó? ¿Cómo le hizo sentir esa experiencia? ¿Cuál fue el resultado?

5. ¿Qué le resulta más fácil: recibir gracia, ofrecer gracia o ninguna de las dos opciones? Explique su respuesta. ¿Por qué cree que esto es cierto en el caso suyo?

> *La gracia nos humilla sin degradarnos y nos eleva sin inflarnos.*
>
> —KEN BOA

6. ¿Qué objeciones tiene en cuanto a discutir sobre la gracia de Dios partiendo de un libro de experiencias personales? ¿Qué beneficios espera obtener? ¿Cómo podrían las vivencias recogidas en este libro ayudarlo en

el desarrollo de su propia historia de renovación por medio de la gracia?

7. He aquí algunas piezas del rompecabezas de la gracia:
    - el perdón de Dios
    - el perdón de los demás
    - el perdonar a otros
    - el perdonarnos a nosotros mismos
    - la aceptación incondicional
    - la adopción en la familia de Dios
    - la esperanza para el futuro

    ¿Cuál de estas piezas le resulta más difícil de entender? ¿Cuál es la más fácil de implementar? ¿Cuál es la que más necesita experimentar en su vida en este momento? ¿Por qué?

8. El apóstol Pablo describe así los beneficios de recibir la gracia de Dios: «En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes. Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios» (Romanos 5.1–2). ¿Cómo podría afectarle esta experiencia?

9. A. W. Tozer dijo: «[Dios] espera ser querido. Lástima que con muchos de nosotros él espera, y espera, y espera en vano». ¿Por qué cree que la gente rechaza a Dios? ¿Cuáles son algunas formas en las que usted ha rechazado a Dios en el pasado? ¿Cuán resistente es usted para Dios en este momento?

> *Gracia es Dios amando, Dios rebajándose, Dios viniendo a rescatarnos, Dios dándose generosamente a través de Jesucristo.*
>
> —JOHN STOTT

10. ¿Cuán importantes son las palabras de aprobación, aprecio y afecto dirigidas a los hijos que están creciendo? ¿Con qué frecuencia oyó usted esas palabras cuando era un niño? ¿De qué manera le impactó oírlas o no oírlas?

11. ¿Dónde se colocaría usted en la escala de abajo? ¿En qué lugar lo ubicarían sus amigos en la escala? ¿Hay alguna discrepancia entre los criterios? Fundamente sus respuestas.

1 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6 — 7 — 8 — 9 — 10

Nunca pronuncio palabras de afirmación.	Ocasionalmente pronuncio palabras de afirmación.	Siempre pronuncio palabras de afirmación.

12. Lee describe la ocasión cuando su padre lo dejó inadvertidamente olvidado en la iglesia. Es posible que él no se haya dado cuenta plenamente del impacto que este incidente tuvo en el momento, pero se convirtió en un recuerdo vívido. ¿Qué recuerdo vívido tiene usted de la relación con su padre? ¿Por qué cree que ese recuerdo perdura hasta ahora?

13. Describa el tipo de relación que tenía con su padre mientras crecía. ¿En qué medida ha influido esa relación en su concepto de Dios? ¿Qué otros factores han influido en sus creencias acerca de Dios?

14. Cuando Lee se fue de la casa, dijo que tenía un proyecto alimentado por la rabia. ¿Cuál era ese proyecto? ¿Cuál es *su* proyecto en la vida y qué cree que lo alimenta?

15. ¿Hasta dónde podría usted relacionarse con la confusión de Lee acerca de los asuntos espirituales? ¿Qué tema espiritual le resulta más complejo?

16. ¿Qué se está perdiendo en su vida?

17. En la escala que aparece a continuación, seleccione el número que mejor indique dónde está usted ahora en su travesía espiritual. Explique su respuesta.

1 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6 — 7 — 8 — 9 — 10

Nunca he recibido la gracia de Dios.	No estoy seguro de que haya recibido la gracia de Dios.	Estoy seguro de haber recibido la gracia de Dios.

18. En el original griego, Juan 1.18 (RVR1960) utiliza la expresión «en el seno» para describir la cercanía de Dios el Hijo y Dios el Padre. En efecto, afirma Michael Reeves en su libro *Delighting in the Trinity*, Juan está describiendo un cuadro de Jesús como permaneciendo eternamente en el

seno o el regazo del Padre. «Uno nunca se lo imaginaría», dice Reeves, «pero Jesús declara que su deseo es que los creyentes puedan estar allí con él (Juan 17.24)». ¿Se atreve usted a imaginarse, aunque sea por un momento, instalado confiadamente en el regazo de su amoroso Padre celestial? ¿Qué pensamientos y emociones lo inundarían? ¿De qué manera podría afectarle esta experiencia?

CAPÍTULO 2: La huérfana

1. Describa los recuerdos que guarde de su más temprana infancia.

2. Los narradores de historias nos ofrecen maneras estimulantes de considerar nuestro pasado, nuestras emociones, nuestros sueños y esperanzas, lo que pensamos de nosotros mismos, nuestro propósito y nuestro mundo. ¿Qué aspecto de la historia de Stephanie Fast permanece en su memoria? ¿Qué situación tuvo el mayor impacto en usted? ¿Puede explicar por qué?

3. Describa lo que sintió cuando a usted o a alguien que conoce lo abandonaron. ¿Cuál fue el resultado? ¿Qué emociones se pusieron de manifiesto?

4. Cuando Stephanie era una niña pequeña, su madre la dejó en un tren y le dio instrucciones para encontrarse con su tío en una de las paradas. Ella hizo lo que se le dijo, pero nadie vino por ella. ¿Cuál es su reacción a esta parte de la historia? Describa el torrente de emociones que Stephanie (y su madre) deben de haber experimentado durante ese tiempo. ¿Cuál cree que eran las intenciones de la madre? ¿Cree usted que realmente había un tío? ¿Cree que la madre de Stephanie trató alguna vez de localizar a su hija? Fundamente su respuesta.

5. El abandono y el desamparo en los que quedó sumida Stephanie, junto con la burla sin fin de que era objeto, formaron una imagen de sí misma muy pobre. Ella explica: «No valía nada. Andaba sucia. Era una inmunda. No tenía ni hogar ni familia. No tenía identidad. No tenía ni futuro ni esperanza. Con el tiempo, empecé a odiarme». ¿Cuáles son algunas de las repercusiones duraderas o las consecuencias de la baja autoestima? ¿Hasta

dónde se puede identificar usted con la espiral de diálogo interno negativo de Stephanie? Si se siente confortable, ¿cómo describiría su nivel de autoestima actual?

> *El corazón humano nunca cambia mediante las leyes. Cambia mediante la gracia.*
>
> —RICK WARREN

6. Los nombres pueden tener una gran influencia en nosotros. Stephanie comenzó a pensar en sí misma como basura debido al nombre que otros le habían dado. Si a usted no le incomoda compartirlo, ¿cómo lo llamaban cuando era un niño cuya identidad se estaba formando?

7. Stephanie anhelaba tener un sentido de pertenencia. ¿Cuál es su anhelo? ¿Hasta qué punto siente usted que pertenece a algo o alguien? ¿A qué o quién pertenece usted?

8. Stephanie recuerda dos preguntas inquietantes de cuando era una niña: «¿Soy tan mala para que la gente quiera matarme? ¿Por qué no puedo ser como los demás niños que tienen una mamá y un papá?». Si Stephanie le hubiera enfrentado a estas preguntas, ¿cómo respondería usted?

9. Describa uno de sus primeros recuerdos del amor paternal o maternal. ¿Cómo reaccionó? ¿Cómo ese recuerdo le afecta hoy?

10. Lee describe una escena en el orfanato de un candidato a padre adoptivo ofreciéndole una aceptación incondicional a una huérfana que no tenía absolutamente nada que ofrecer, ni premios ni logros, solo a sí misma con toda su vulnerabilidad, cicatrices y debilidades. ¿Cómo permite esta imagen tener una visión de la gracia de Dios? ¿Qué aspecto de la escena le impactó más a usted?

11. Stephanie recuerda cómo rechazó la gracia al escupirle en la cara al hombre que quería hablar con ella. ¿Cómo podría usted explicar su reacción? ¿A qué conflicto interior se estaba ella enfrentando? ¿De qué maneras pudo usted haber rechazado la gracia en el pasado? Y en la actualidad, ¿está rechazando la gracia de alguna manera?

12. Teniendo en cuenta la carga emocional, las dolencias físicas y el grado de sacrificio que significaría cuidar de Stephanie, ¿cómo se explica que David y Judy Merwin la hayan seleccionado para adoptarla?

13. Cuando se produjo la adopción, Stephanie entendía que la deuda que estaba contrayendo con los Merwin tendría que pagarla trabajando para ellos. ¿Por qué cree que vio las cosas de ese modo? ¿De qué forma puede relacionarse usted con esta manera de pensar? ¿Hasta qué punto el concepto de la gracia es algo que no siempre compagina con la intuición?

¿No sería *divertido si Dios solo se preocupara por cómo lucimos?*

—ALBERT BROOKS, COMEDIANTE

14. Usando la siguiente escala, indique su reacción a la gracia que Dios le ofrece. Fundamente su respuesta.

1 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6 — 7 — 8 — 9 — 10

Es difícil para mí aceptar la gracia de Dios.	No estoy seguro de estar preparado para recibir la gracia de Dios.	No me cuesta nada aceptar la gracia de Dios.

15. Stephanie luchó con sentimientos abrumadores de vergüenza, culpa e insuficiencia, lo que le impedía creer que Dios podía amarla y aceptarla incondicionalmente. ¿Qué barreras le impiden a usted creer que Dios lo ama y acepta sin condiciones?

16. J. I. Packer escribe: «Nuestra comprensión del cristianismo no puede ser mejor que nuestro entendimiento de la adopción […] De todos los regalos de la gracia, la adopción es el más excelso». Explique lo que cree que Packer quiere decir con eso. ¿Está de acuerdo con él? ¿Por qué sí o por qué no?

17. Supongamos que de alguna manera Stephanie pudo reencontrarse con su madre. ¿Cuáles hubieran sido las primeras palabras que cada una de ellas podría haberle dicho a la otra? ¿Cree usted que Stephanie pudo haberle ofrecido gracia a su madre? ¿Lo debería hacer? ¿Habría podido hacerlo usted? ¿Por qué sí o por qué no?

18. La historia de Stephanie nos da una idea de ciertas experiencias que Lee

vivió: Dios no solo borró sus pecados, sino que se convirtió en un Padre amoroso y compasivo para él, llenando el vacío en su corazón que le dejó su padre terrenal. ¿De qué manera la historia de Stephanie influye en su comprensión de la gracia de Dios?

19. Juan 1.12 dice: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios». Según este versículo, ¿qué dos elementos están involucrados para llegar a ser un hijo de Dios? ¿Cómo se relacionan con usted? ¿Hasta qué punto se ve como un hijo o una hija de Dios? Fundamente su respuesta.

CAPÍTULO 3: El adicto

1. Aun cuando lo que ocurre en Las Vegas se *supone* que se quede en Las Vegas, comparta algo divertido que haya sucedido cuando usted o alguien que conoce visitó ese lugar.

2. En sus años de adolescencia, Jud se centró en «escapar a la libertad». ¿Qué intereses tenía usted cuando era un adolescente? ¿Cómo lo describirían sus padres o amigos mientras se encontraba en esa etapa de su vida? ¿Cuál es el cambio más importante que ha experimentado desde entonces?

3. ¿Cuál es la diferencia entre alguien que usa droga ocasionalmente y un adicto? ¿Qué es lo que transforma una conducta rutinaria en una adicción? ¿Está de acuerdo en que algunas personas parecen tener una naturaleza adictiva y otras una naturaleza que los hace inmunes a quedar presos de una adicción? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Hasta qué punto es usted propenso a la adicción?

4. Jud cuenta cómo tocó fondo y se dio cuenta de que estaba al borde de que todo llegara a su fin. ¿Qué significa esto específicamente? ¿Hasta qué punto lo relaciona con su propia experiencia?

5. En un punto crítico de su vida, Jud llegó a pensar: «Esto me puede matar. Y me parece muy bien». ¿Por qué supone que tenía más miedo de vivir que de morir? Si no le incomoda, comparta una época en que usted o alguien que conoce no quisieron seguir viviendo. ¿Qué fue lo que lo llevó

a ese extremo?

6. El libro de Salmos contienen algunos clamores desesperados a Dios. Salmos 88 comienza así: «Señor, Dios de mi salvación, día y noche clamo en presencia tuya. Que llegue ante ti mi oración; dígnate escuchar mi súplica» (versículos 1–2). Salmos 142.6 dice: «Atiende a mi clamor, porque me siento muy débil». En su hora más oscura, Jud se dio cuenta de que no podía hacerlo solo y clamó a Dios por ayuda. ¿Es difícil para usted admitir que no puede vivir la vida sin ayuda? ¿Ha existido un momento en que clamó a Dios en busca de ayuda. ¿Qué sucedió?

7. Después de su oración desesperada, a Jud le pareció que había llegado al lugar al que pertenecía. ¿Dónde se encuentra ese lugar? Descríbalo. ¿Siente usted que está en el lugar al que pertenece? En su caso, ¿dónde se halla ese lugar?

> *Durante un tiempo, yo rechacé la iglesia porque encontré muy poca gracia en ella. Volví porque me di cuenta de que la gracia está en todas partes.*
>
> —PHILIP YANCEY

8. Jud se conectó con una pequeña comunidad de cristianos que rápidamente se convirtió en un «lugar seguro» para él. ¿Qué le hace sentir que un lugar es «seguro» para usted? ¿De qué maneras ha experimentado este tipo de conexión, aceptación, amor y seguridad en una comunidad? ¿Ha encontrado una iglesia que sea un lugar seguro para usted? ¿Por qué sí o por qué no?

9. ¿Cuál es la diferencia entre «religión» y «fe»? ¿Cómo puede la religión ser un obstáculo para el crecimiento espiritual y el descubrimiento?

10. Jud se enfrascó en «la rutina del desempeño» dispuesto a demostrar que era lo suficiente bueno como para merecer el amor constante de Dios. ¿En qué consiste exactamente la trampa del desempeño? ¿Cuáles son los peligros de vivir de esta manera? ¿Qué lo impulsa a vivir una vida orientada al desempeño? ¿Qué determina la diferencia entre motivaciones saludables y motivaciones insanas?

11. Identifique con una X el número que más se aproxime al lugar donde se encuentra:

1 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6 — 7 — 8 — 9 — 10

Siempre me siento como si tuviera que ganarme la aceptación de Dios.	En ocasiones me siento como si tuviera que ganarme la aceptación de Dios.	Nunca me siento como si tuviera que ganarme la aceptación de Dios.

12. Tullian Tchividjian, en su libro *One Way Love*, dice: «A menudo parece que la Buena Noticia de la gracia de Dios ha sido trágicamente secuestrada por un moralismo religioso opresivo que tiene que ver con normas, reglas y más reglas. Hacer más, esforzarse más, ayudarse uno mismo, ser cada vez más capaces, y mejorar, mejorar, mejorar: nosotros, nuestros hijos, nuestros cónyuges, nuestros amigos, nuestros enemigos, nuestra cultura, nuestro mundo. El cristianismo se percibe como un vehículo para la buena conducta y una vida pura —y los juicios que se derivan de ellos— más que como el único recurso para aquellos que han fracasado una y otra y otra vez». ¿Está de acuerdo con esta evaluación? ¿Ha visto esta tendencia en las iglesias? ¿Y en su propia vida?

13. ¿Cuánto se puede identificar usted con esta declaración: «Sabía que había sido salvado solo por la gracia de Dios, pero ahora estaba tratando de ganarme la salvación. Jesús había pagado mi deuda, pero yo sentía que tenía que pagarle a él»?

14. Jud dijo: «Después de redescubrir la belleza de la gracia, empecé a descansar en mi fe. Comencé a disfrutar a Dios de nuevo en lugar de sentirme como si tuviera que demostrarle algo». ¿Qué significa relajarse en la fe? ¿Hasta qué punto siente usted que necesita relajarse más en su fe? ¿Cómo se vería eso en su vida?

15. ¿Qué expectativas tiene de usted mismo y los demás? ¿Cuáles son las expectativas que tiene Dios en cuanto a usted? ¿Qué expectativas lo presionan más: las de Dios, los demás o usted mismo? ¿Cómo lo hacen sentirse estas expectativas?

16. ¿Qué es el legalismo religioso? Ken Blue afirma en *The Gospel Uncensored* [El evangelio sin censura] que el legalismo religioso es «la creencia de que usted puede o debe agregar cualquier esfuerzo humano a la

obra de Cristo». ¿Cuáles son los peligros y los síntomas de esto? ¿Cuál ha sido su experiencia con el legalismo? ¿Cómo se puede encontrar un equilibrio sano entre el legalismo poco saludable y las metas y expectativas saludables?

> *Nos gusta creer que Jesús dijo: «Bien hecho, siervo mío altamente productivo».*
>
> —KENNY LUCK

17. ¿Está de acuerdo en que las personas que están llenas de culpa, vergüenza y quebrantamiento tienen dificultades para permitir que la gracia de Dios se profundice en ellas? ¿Por qué sí o por qué no? ¿En qué medida las personas que no cargan con un sentido de culpa, vergüenza o quebrantamiento tienen dificultades para recibir la gracia de Dios? ¿Cuál es su situación? ¿Experimenta un sentimiento de culpa, vergüenza o quebrantamiento? ¿Es difícil para usted abrazar plenamente la gracia de Dios?

18. ¿Tiende a darle a la gente el beneficio de la duda? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cuáles son las ventajas de darle a la gente el beneficio de la duda? ¿Y las desventajas?

19. ¿Considera que la mayoría de los cristianos odia el pecado *y* al pecador? Fundamente su respuesta. ¿Y qué piensa usted al respecto? ¿Odia el pecado, pero ama al pecador? ¿Cuáles son los obstáculos para hacer eso?

> *El cristianismo no es una religión; es el anuncio del fin de la religión.*
>
> —ROBERT CAPON

20. Jud ve la gracia y la verdad como dos caras de la misma moneda. ¿Qué cree que quiso decir con esto? ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué sí o por qué no?

21. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Romanos 5.20). ¿Cómo interpreta usted este versículo? ¿Cómo se relaciona este versículo con su experiencia? ¿Está más consciente de sus defectos o del perdón de Dios? ¿Por qué?

CAPÍTULO 4: El profesor

1. En su adolescencia, a Craig Hazen le gustaba estudiar. ¿Le gustaba estudiar a usted? ¿Qué método de aprendizaje prefiere: leer, escuchar, observar o actuar? ¿Por qué?

2. Una noche en que Hazen visitó una iglesia, decidió poner a prueba a Dios al convertirse en cristiano. ¿Cómo ve usted ese «gran experimento»? ¿Qué iba a perder? ¿Qué podría ganar? ¿Alguna vez ha hecho algo similar?

3. ¿A quién le resulta más difícil recibir la gracia de Dios: a una persona relativamente buena y moral, o a una mala y que practica la maldad? Fundamente su razonamiento. ¿Cómo sería la senda que siguen estos dos tipos de personas? ¿Cuáles son las similitudes y las diferencias? ¿Cómo ayudaría usted a una persona promedio, respetuosa de la ley, benevolente y buena a reconocer su necesidad de la gracia?

> *El pecado no es un lapsus lamentable o un tropezón ocasional. El pecado es un golpe de estado contra el régimen de Dios.*
>
> —MAX LUCADO

4. ¿Por qué cree usted que hay tantas religiones diferentes en el mundo? ¿Cree que todas las religiones son básicamente lo mismo? ¿Por qué sí o por qué no? ¿De qué manera ha influido este capítulo en su pensamiento sobre el tema?

5. Craig Hazen ilustra la diferencia entre la misericordia y la gracia de esta manera: Supongamos que un padre descubre a su hijo haciendo algo malo. La misericordia significa no castigar al niño. mientras que la gracia implica darle un regalo. En el cristianismo, Dios no solo no castiga a los seguidores de Jesús, sino que los recompensa con el perdón completo y la vida eterna como un regalo. ¿Qué opina usted sobre la analogía de Hazen? ¿Está de acuerdo en que describe con precisión las ofrendas de misericordia y gracia de Dios? ¿Por qué sí o por qué no?

6. Hazen dijo: «Eso es lo que representa la gracia: un regalo increíble que no nos merecemos y no podemos ganar o contribuir a obtenerla. Es

abundante, es inmerecida, es exagerada. Constituye un favor que Dios concede libremente a los que estén dispuestos a recibirlo. No podemos ganárnosla, no podemos contribuir para obtenerla, no podemos pagar por ella, no podemos atribuirnos ningún crédito, sino que Dios nos la ofrece porque nos hizo a su imagen y quiere tener una relación con nosotros por toda la eternidad. Esa es la buena noticia del evangelio». ¿Cuál es su reacción a este concepto de la gracia de Dios? ¿Qué le gusta y qué no le gusta de ella? ¿Cuál es el aspecto más difícil de entender o abrazar?

7. ¿Cómo definiría usted el «pecado»? ¿Qué quiere decir Hazen cuando sugiere que la sociedad ha «perdido de vista el concepto del pecado»? ¿Está de acuerdo con él? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cómo conciliar esta visión de la sociedad con el comentario de Jud Wilhite acerca de que «rara vez tengo que convencer a la gente de que el pecado existe» en Las Vegas?

8. ¿Está de acuerdo o en desacuerdo con las enseñanzas de la Biblia según las cuales nadie es realmente bueno (Romanos 3.23)? ¿Por qué? ¿Hasta qué punto cree usted que sus amigos y miembros de la familia se ven a sí mismos como pecadores? ¿Y usted?

9. Hazen dijo que el movimiento de la autoestima ha contribuido a nuestra falta de comprensión de la santidad de Dios y a la profundidad de nuestra pecaminosidad. ¿Es posible tener una percepción sana de nuestra condición de pecadores y a la vez una autoestima balanceada, o son excluyentes ambos conceptos? ¿Por qué sí o por qué no?

Lo que necesita el mundo, me da vergüenza decirlo, es amor cristiano.

—BERTRAND RUSSELL, ATEO

10. Hazen sostiene que una comprensión clara de la gracia comienza con una comprensión clara del pecado. ¿Cómo la conciencia de nuestro propio pecado contribuiría a una más completa apreciación de la gracia?

11. ¿En qué medida es posible el amor incondicional? ¿Lo ha experimentado usted en su vida? ¿Puede dar un ejemplo?

12. Según el cristianismo, una comprensión exacta de la posición de uno ante Dios puede evocar dos fuertes reacciones: horror ante la magnitud de la

separación de Dios causada por el pecado o una abrumadora gratitud y alegría por el regalo del perdón y la vida eterna proporcionado por la gracia de Dios. ¿De qué manera puede usted identificarse con estas dos posiciones?

13. Imagine a un vendedor preocupado por las consecuencias que puede tener el no cumplir la cuota de ventas, aunque nunca se le informó cuánto era la cuota. ¿Cómo podría sentirse tal persona? De igual manera, ¿cómo el hecho de que tuviéramos que ganarnos el derecho a llegar a Dios nos llevaría a un estado de angustia similar?

14. El teólogo Russell D. Moore dijo: «Algunas personas son engañadas haciéndoseles creer que son demasiado buenas para el evangelio, mientras que otras son acusadas con el pensamiento de que son demasiado malas para el evangelio». ¿En qué categoría se ubica usted y por qué? ¿Y la mayoría de las personas que conoce?

15. Describa algunos encuentros que haya tenido en el pasado con miembros de otras religiones fuera del cristianismo. ¿Qué aspectos de esas religiones han sido de interés para usted? ¿Qué no le gusta de ellas? ¿En qué temas no está de acuerdo con sus enseñanzas? ¿Cómo otras religiones tienden a apoyarse en el concepto de hacer buenas obras?

16. En *Unveiling Grace* [Gracia revelada], Lynn K. Wilder describe su frustración como mormón cuando trató de «ganar puntos» mediante la realización de buenas obras para alcanzar el favor de Dios. «Durante todo el día me preocupaba, quizá no de forma consciente, sino inconscientemente, si lo que estaba haciendo era lo correcto. Me preocupaba si cada decisión que hacía durante todo el día me estaba moviendo más cerca de ser lo suficiente bueno para que el Padre Celestial me aceptara […] No me di cuenta de que evaluar constantemente mi propia justicia era algo egoísta […] Todo el tiempo me lo pasaba pensando *en mí*; además, me daba crédito por ser capaz de evitar el pecado. Esta creencia infundada era tóxica para mi alma, me cegaba a los muchos pecados que *tenía*». Wilder terminó abandonando la fe mormona. ¿Qué piensa usted de su crítica de una fe basada en obras? ¿Cómo cambia la gracia nuestra actitud hacia nosotros mismos y Dios?

17. Hazen dijo que la singularidad del cristianismo entre las religiones del mundo radica en el don de la gracia, que incluye un compromiso con la santidad de un Dios personal, la realidad del pecado y un fundamento histórico general. ¿Cómo le explicaría usted la singularidad del cristianismo a alguien que todavía no ha cruzado la línea de la fe? ¿Qué destacaría y por qué?

> *La gracia no se nos da porque hayamos hecho buenas obras, sino para que seamos capaces de hacerlas.*
>
> —AGUSTÍN

18. ¿Hasta dónde está de acuerdo con lo siguiente: «La gracia abre la puerta a una relación con Dios sin que intervenga mérito alguno de nuestra parte, y sin embargo, todo eso sería nada más que un deseo a menos que el cristianismo esté basado en la verdad»? Fundamente su respuesta.

19. Las experiencias, los sentimientos, los hechos históricos, la lógica y la verdad pueden influir en nuestra fe. ¿Qué papel ha jugado cada uno de estos factores en su experiencia espiritual? ¿Cuál de estos factores lo ha puesto a «prueba»? Explique.

20. En 1 Juan 5.13 se nos explica: «Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna». En una escala del 1 al 10, ¿qué tan seguro está usted de que tiene la vida eterna? ¿Qué haría falta para que se acerque al 10 en la escala?

Capítulo 5: El ejecutor

1. Siendo un niño, Christopher LaPel sentía un gran cariño por una pequeña cruz de marfil que llevaba en el cuello. ¿Qué artículo u objeto religioso apreció de una manera especial cuando era un niño? ¿Por qué tal cosa, si la hubo, significó tanto para usted y llegó a ser lo que fue?

2. Cuando su padre insistió para que se deshiciera de esa cruz, le ofreció hacerle un ídolo, el que quisiera. Sin embargo, Christopher prefirió continuar llevando la cruz. ¿De qué manera se le ha tratado de convencer a usted para que abandone su búsqueda espiritual de la verdad? ¿Cómo ha

mantenido su decisión a pesar de los obstáculos?

3. C. S. Lewis escribió: «Ser cristiano significa perdonar lo imperdonable, porque Dios ha perdonado lo imperdonable en nosotros». ¿Está de acuerdo con el concepto cristiano de perdonar a los demás como Dios nos ha perdonado? ¿Por qué sí o por qué no?

4. En una escala del 1 al 10, ¿qué tan dispuesto está a perdonar a los otros?

1 — 2 — 3 — 4 — 5 — 6 — 7 — 8 — 9 — 10

No estoy dispuesto a perdonar a nadie en absoluto.	En ocasiones estoy dispuesto a perdonar a otros.	Estoy totalmente dispuesto a perdonar a los demás.

5. ¿Cree usted que la gracia de Dios tiene límites? Si lo cree, ¿dónde ha trazado la línea? Si no lo cree, ¿por qué no?

> *Perdonar puede ser injusto —y por definición lo es— sin embargo, por lo menos provee una forma de detener al monstruo de la retribución.*
>
> —PHILIP YANCEY

6. Describa un momento en que usted o alguien que conozca escapó de una muerte segura o una experiencia traumática. ¿De qué manera esa experiencia afectó su actitud o la de su amigo con respecto a Dios? ¿Qué promesas se hicieron? ¿Se convirtieron en promesas incumplidas? Describa con detalles.

7. LaPel decidió dedicarle su vida a Dios como resultado de haber sido salvado de una muerte segura. ¿Cuál es su reacción a las «conversiones en el lecho de muerte»? ¿Le parece que son reales? ¿Sinceras? ¿De larga duración? ¿Por qué sí o por qué no?

8. Cuando alguien se vuelve a Dios en un punto de desesperación, ¿es eso una forma de escapismo o, según las palabras de Bonhoeffer, una «gracia barata»? ¿Es posible servir a Jesús solo de labios para afuera a fin de conseguir un «boleto» al cielo? ¿Cuál es la diferencia entre ser un admirador de Jesucristo y un devoto seguidor de él?

9. LaPel decidió entregarle su vida por completo a Dios, prometiendo dedicarse a servirlo sin importar las circunstancias. ¿Hasta qué punto le ha dado (o no) su vida a Dios? ¿Qué tan satisfecho está usted con su nivel actual de devoción a Dios? ¿Qué haría falta para que le dé el cien por ciento a él?

10. Anticipando su arresto y encarcelamiento, Duch dijo: «Está bien. Ellos tienen mi cuerpo. Jesús tiene mi alma». ¿Qué quiso decir con eso? ¿De dónde vino esa confianza? ¿Hasta dónde estaría dispuesto usted a afirmar la misma cosa?

11. Si usted hubiese sido uno de los pocos sobrevivientes del S-21, ¿le hubiera costado perdonar a Duch? ¿Cree que con el tiempo lo podría perdonar? ¿Cuán «justo» sería perdonarlo?

12. Lea la parábola del siervo despiadado en Mateo 18.21–35. ¿Cuál es su reacción? ¿Cuál es la enseñanza acerca de perdonar a los demás? Bíblicamente hablando, ¿es posible recibir el perdón de Dios y no perdonar a los demás? ¿Por qué sí o por qué no?

13. Si usted estuviera en los zapatos de LaPel y tuviese que enfrentar a Duch en la prisión por primera vez, ¿qué le diría? ¿Cómo reaccionaría al tenerlo frente a usted?

14. ¿Cómo explicaría la declaración de Duch desde el interior de los muros de la cárcel cuando dijo: «No soy un prisionero; soy un hombre libre»? Jesús afirmó en Juan 8.36: «Así que si el Hijo los libera, serán ustedes verdaderamente libres». ¿Qué cree usted que quiso decir con eso?

15. ¿Cree usted que la conversión de Duch fue auténtica? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cuáles son algunas evidencias que indican que alguien realmente ha puesto su confianza en Cristo? ¿Cuántas de esas evidencias podrían ver los demás en su propia vida?

> *Sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo.*
>
> —EFESIOS 4.32

16. ¿Cómo respondería usted a la declaración de Herbert Marcuse: «Uno no puede, y no debería, ir por ahí alegremente matando y torturando y luego, cuando ha llegado el momento, simplemente pedir y recibir el perdón»? ¿Cómo podría Dios ofrecerle perdón y vida eterna a alguien que después de cometer actos criminales tan atroces como los de Pol Pot, el «Hitler de Camboya», simplemente pide perdón? ¿No abarata eso la gracia, o la hace aun más increíble? Fundamente su respuesta.

17. ¿Está usted de acuerdo con la afirmación: «Si Jesús es el único camino a la salvación, la ironía es que sus víctimas budistas irán al infierno, pero Duch pasará la eternidad en el cielo»? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cómo darle sentido a esta declaración?

18. ¿Está de acuerdo o en desacuerdo con esto: «Si algunos pecados son imperdonables, entonces la misión de Jesús no se cumplió a cabalidad»? ¿Por qué sí o por qué no?

19. ¿Hasta qué punto cree usted que Dios lo ha perdonado por completo y sin embargo todavía sigue experimentando remordimiento por sus pecados? ¿Vive con pesar? ¿En qué medida? ¿Por qué?

Capítulo 6: El desamparado

1. ¿Qué fue lo que más le impactó de la historia de Cody Huff? ¿Por qué?

2. Philip Yancey escribió: «La gracia significa que no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame más […] y no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame menos». Si esto es verdad, ¿qué nos está diciendo acerca del amor de Dios? ¿*Realmente* cree usted que no hay nada que pueda hacer para que Dios lo ame menos? Explique.

3. Describa una ocasión en que usted oró: «Dios, ¿por qué me haces esto?».

4. Cody Huff llegó al punto en que cada gramo de su dignidad se había ido. ¿Qué significa perder la dignidad? Él llegaría a decir: «Me odiaba, odiaba mi vida, y odiaba a Dios». ¿Qué fue lo que precipitó este odio a sí mismo y a Dios? ¿Hasta qué punto puede sentirse identificado con el odio que Huff

sentía hacia sí mismo?

> *Amar a tu prójimo es el gesto más pequeño que produce el más grande impacto.*
>
> —ED STETZER

5. ¿De qué forma reaccionó usted cuando se encontró en el punto más bajo de su vida, cuando sintió que iba cayendo en picada? ¿Con ira? ¿Orando? ¿Llorando? ¿Medicándose? ¿Demostrando incredulidad? ¿Poniendo de manifiesto una actitud negativa? ¿Cediendo a la depresión? ¿Qué aprendió de tal experiencia?

6. Honestamente, ¿a partir de qué obtuvo su sentido de identidad o autoestima (familia, amigos, trabajo, aspecto físico, talentos y habilidades, finanzas)? Fundamente su respuesta. Alguien dijo una vez que nuestra autoestima está basada en lo que creemos que la persona más importante de nuestra vida piensa de nosotros. ¿Quién es más importante en su vida y qué piensa esa persona de usted?

7. Cody Huff dijo: «No *tenía* nada y no *era* nada». Imagine que se hubiera tratado de usted, despojado de su identidad y su autoestima. Además, imagine que no tiene hogar ni una cama donde dormir. ¿Cómo lo haría sentir esto? ¿Cómo reaccionaría? ¿Qué habría hecho diferente a lo que Cody hizo si estuviera en su situación?

8. ¿Por qué Cody no pudo romper el ciclo en el que se encontró: el patrón de la autopreservación y luego la autodestrucción, ganando todo y luego perdiéndolo todo, saliendo de las drogas y volviendo a caer en ellas, encontrando un trabajo legítimo y poco después volviendo a delinquir? ¿Qué opina sobre cuál es la causa de este patrón en las personas? ¿Hasta dónde puede sentirse usted atrapado en un ciclo improductivo?

9. ¿Cree que es posible romper patrones destructivos sin la ayuda de Dios? ¿Por qué sí o por qué no?

10. ¿Cuál ha sido su experiencia con los desamparados? Explique sinceramente cuál es su reacción cuando ve a un mendigo en la calle. ¿Usted o alguien que conozca ha servido como voluntario en un refugio

para desamparados? Si lo ha hecho, ¿cuál fue la experiencia y qué sentimientos tuvo?

11. ¿Tiene una estrategia para saber cómo reaccionar cuando es abordado por una persona sin hogar pidiéndole dinero? ¿Cree usted que debería darle dinero, bonos para que se procure alimentos, o nada? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Es muy serio el problema de la falta de viviendas en su comunidad? ¿Cómo reaccionaría su iglesia si el pastor decidiera permitirles a las personas sin hogar dormir allí?

12. ¿Por qué cree que Heather le dio a Cody un abrazo a pesar de que estaba sucio y maloliente? Si estuviera en los zapatos de Heather, ¿le daría la mano, un abrazo con repugnancia o solo una palmadita en la espalda? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cree usted que un gesto amable y simple puede romper el ciclo de la autodestrucción? Mencione dos o tres maneras en que podría encarnar el amor de Dios para otra persona.

13. Explique cómo respondería usted a la pregunta de Max Lucado: «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que su generosidad sorprendió a alguien?».

14. El libro de Gary Chapman, *Los cinco lenguajes del amor*, identifica diferentes formas de expresar el amor: con regalos, tiempo, palabras de aliento, actos de servicio y contacto físico. ¿Cómo puede la gracia expresarse mediante estas categorías? ¿Cómo suele expresar usted la gracia?

15. En el momento en que Heather lo abrazó, algo espiritual estalló dentro de Cody, sin embargo, aun hoy en día él es incapaz de decir exactamente lo que ocurrió. ¿Cómo podría usted explicar lo que pasó en ese instante? ¿Alguna vez ha experimentado algo como eso?

16. Cody compara el gesto de Heather con un encuentro personal con Jesús, como si el mismo Jesús hubiera estado frente a él. ¿Cree que Dios usa a la gente para que, como en este caso, tome el lugar de Jesús? ¿Alguna vez ha sido usado de esta manera? ¿Ha sido alguien «Jesús» para usted? ¿Cómo? Explique.

Si usted hubiera sido renovado por la gracia y se encontrara con su

antiguo yo, estoy seguro de que querría deshacerse rápidamente de su compañía.

—CHARLES SPURGEON

17. Algunas personas experimentan una transformación instantánea después de clamar a Dios; otras buscan a Dios y parecieran no experimentar cambio alguno. ¿Por qué cree que hay un amplio espectro de experiencias en este sentido?

18. Cody reveló cómo todo culminó para él en el parque que llamaba su hogar. «Realmente no sabía nada de la Biblia, excepto que Dios me ama, que Jesús murió por mí, que soy un pecador, que es posible alcanzar el perdón, y yo quería alcanzarlo». ¿Hasta qué punto esta declaración resume el evangelio? ¿Hasta qué punto cree usted lo que Cody creía y quiere tener lo que él quería?

19. Cody describe cómo fue inundado por una increíble sensación de paz cuando oró para recibir el perdón y la gracia de Dios. Dijo: «Fue como una ola en el océano, como cuando uno está navegando y una ola gigante lo cubre. Me sentí limpio por primera vez». ¿Necesita usted lo que Cody recibió? ¿Desea sentir la sensación de limpieza que Cody experimentó? Describa la última vez que pronunció una oración sincera.

20. ¿Cómo se ha desarrollado su comprensión de la gracia desde que empezó a leer este libro? ¿Está usted más —o menos— apto para recibir la gracia de Dios? ¿Está más —o menos— apto para extenderles la gracia de Dios a los demás? Explique.

Capítulo 7: El pastor

1. En el cuarenta y un por ciento de los matrimonios, uno o ambos cónyuges admiten el engaño físico o emocional. ¿Por qué cree usted que la infidelidad se ha convertido en algo común en nuestra sociedad? ¿Cuáles son los principales efectos de este fenómeno?

2. Brennan Manning dijo: «Vivir por gracia significa reconocer la historia de mi vida, el lado lleno de luz y el oscuro. Al admitir mi lado oscuro aprendo

lo que soy y lo que significa la gracia de Dios». Usando una escala del 1 al 10, ¿cuán consciente es usted de su lado oscuro? En una escala del 1 al 10, ¿cuán dispuesto está a reconocer su lado oscuro ante sus amigos de confianza o familiares? Fundamente sus respuestas.

3. ¿Qué resulta más desgarrador: la agonía de ser víctima de la traición o el remordimiento, el arrepentimiento y el sentimiento de culpa por haber sido el autor de la traición? ¿Por qué? ¿Qué es más difícil: ser un esposo o una esposa extendiéndole la gracia y el perdón a un cónyuge infiel, o ser un cónyuge infiel recibiendo la gracia y el perdón? Explique.

> *¿Cómo podrías esperar misericordia sin hacer nada?*
>
> —SHAKESPEARE, *EL MERCADER DE VENECIA*

4. Heidi es más una hacedora de la paz; Brad es más un mantenedor de la paz. ¿Cuál es la diferencia entre ambos? ¿Hasta qué punto es usted un pacificador o un mantenedor de la paz?

5. Brad dijo que a él le gustaba agradar a las personas. ¿Qué quiere decir eso? ¿Es este un rasgo negativo o positivo? ¿Por qué? ¿A usted le gusta agradar a los demás?

6. C. S. Lewis escribió: «El orgullo es la mamá gallina bajo la cual se incuban todos los demás pecados». ¿Está de acuerdo con él? ¿Por qué sí o por qué no? Proverbios 16.18 dice: «Al orgullo le sigue la destrucción; a la altanería, el fracaso». ¿De qué manera es esto verdad?

7. Brad luchó con un sentido de «tener derecho». ¿Qué implica esto y cuáles son los peligros asociados con esta actitud? ¿Ha tenido usted problemas similares? Si le parece, comparta un ejemplo.

8. Brad dijo que incluso cuando se dirigía a su «primer encuentro, sabía que tenía que dar la vuelta». ¿Por qué cree que no lo hizo? ¿Alguna vez ha hecho algo que sabía en su corazón que era lo peor que podía hacer?

9. ¿Hasta qué punto debe la gente confiar en los demás? ¿Hasta qué punto tiene usted confianza en los otros? ¿Hasta qué punto tiene confianza en sí mismo? ¿Qué proceso cree que se requiere para que las personas

restablezcan la confianza cuando se ha roto?

> *Tal como lo sentía, la culpa no era mi problema. Lo que sentía era un gran peso de indignidad que no podía relacionar a ningún pecado concreto del que fuera culpable. Más que perdón, lo que más necesitaba era un sentido de que Dios me había aceptado, me había hecho de su propiedad, me había ratificado, me abrazaba y nunca me soltaría, aun cuando no estuviera demasiado impresionado con lo que tenía en sus manos.*
>
> —LEWIS SMEDES

10. ¿Cuál es su reacción a este versículo: «No se engañen: de Dios nadie se burla» (Gálatas 6.7). ¿Cómo podría aplicarse esto a su vida?

11. Los pensamientos malsanos (creer que se tienen ciertos derechos, falta de confianza en Dios, orgullo, actitud defensiva), sumados a los sentimientos hirientes (sentirse subestimado, falta de reconocimiento del valor de los demás, frustración laboral, amargura, creencia de que se merece lo mejor), junto con las circunstancias (traslado a larga distancia, falta de sinceridad en la comunicación con Heidi, una mujer buscando ayuda para su estudio de la Biblia), contribuyeron a la caída de Brad. Al tratar de aprender de su experiencia, ¿cuáles son algunas de las señales de advertencia a las que usted y los demás deben prestarles atención?

12. Brad reconoce haber estado viviendo una farsa. ¿Cómo ha sentido usted la tensión interna de llevar una doble vida? ¿Cuán pesada era la «carga» sobre usted? Describa esto.

13. ¿Qué explicación usted puede dar en cuanto a cómo Brad y Heidi fueron de las heridas a la sanidad? ¿En qué medida es posible que otras personas que atraviesan una dificultad similar obtengan el mismo resultado? ¿Qué actitudes son necesarias para que esto suceda? Explique.

14. Heidi decidió perdonar a Brad sin antes sentir el perdón. ¿Cómo se explica esto? ¿Qué conclusiones puede sacar con respecto al carácter que Heidi evidenció al decidirse a perdonar a Brad? ¿Se imagina usted haciendo lo mismo? ¿Por qué sí o por qué no?

15. ¿Es posible (o necesario) perdonar a alguien que no está dispuesto a admitir o pedir disculpas por su mala conducta? ¿Debemos perdonar a otros incluso si no están preocupados por el daño que pudieron haber ocasionado? Explique. Las Escrituras nos dicen que debemos perdonar así como Dios persona y llama a arrepentirse (Hechos 3.19). ¿Cómo debe esto determinar nuestras actitudes hacia los demás? ¿Debemos, por nuestro propio bien y para evitar ser consumidos por la amargura, perdonar a quienes no se arrepienten?

16. Brad experimentó un quebrantamiento y se arrepintió. También sintió la necesidad de pararse ante la congregación y admitir su pecado, con el fin de aceptar la responsabilidad completa y así poder sentir que Dios lo perdonaba totalmente. ¿Está usted de acuerdo en que aceptar la responsabilidad completa se vincula con sentirse totalmente perdonado por Dios? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Es la confesión pública siempre parte del proceso de aceptación de la responsabilidad? Explique.

17. Defina la vergüenza. ¿Está de acuerdo con Brad en que la vergüenza no es de Dios? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Produce beneficios la vergüenza? Si es así, ¿cuáles son?

18. A pesar de que Brad sabía que tanto Dios como Heidi lo habían perdonado, tenía dificultad para escapar de los sentimientos de vergüenza y autocondena. ¿Cómo se explica eso? ¿Por qué a la gente sumida en el pecado y llena de vergüenza le resulta tan difícil alcanzar la gracia? ¿Por qué es tan difícil aplicarnos a nosotros mismos Romanos 8.1: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús»?

19. ¿Hasta dónde está usted dispuesto a perdonar? ¿O hay una línea que habría que cruzar que pudiera estar demasiado lejos como para perdonar a alguien? Explique.

20. ¿Cuál es su reacción ante la declaración de Heidi: «Nunca la habría elegido, pero Dios usó esa experiencia para llevarme más cerca de él que nunca». ¿Ha usado Dios experiencias negativas en su vida para crear algo bueno? Explique.

Capítulo 8: El pródigo

1. ¿Ora usted? ¿Cómo es su vida de oración? ¿Recibe respuestas a sus oraciones? ¿Cómo confronta las oraciones que aparentemente no tienen respuesta?

2. Andrés Palau adoptó una fachada cristiana para encubrir su indiferencia hacia todo lo espiritual. ¿Le parece que este recurso es común entre muchos que se llaman a sí mismos cristianos? ¿Por qué? ¿Qué impulsa a las personas a vivir vidas dobles? ¿Ha construido usted una fachada en su propia vida?

3. ¿Qué significa «adorar en el altar de su propio ego»? ¿Es esto algo que haya hecho?

4. ¿Cómo describe el libro de Proverbios a un «necio»? ¿Ve alguna tendencia en usted hacia cualquiera de estos comportamientos? Explique.

> *No podremos encontrar a Dios a menos que sepamos que lo necesitamos.*
>
> —THOMAS MERTON

5. ¿Ha experimentado usted un período en su vida en que ha sido temerario, frívolo, egoísta, apático hacia los asuntos espirituales, o ha estado empeñado en tomar un camino equivocado? ¿Cómo fue eso? ¿Qué lo hizo abandonar ese camino?

6. Andrés le dio la espalda a su herencia cristiana. ¿Qué provoca que un hijo desprecie los valores de sus padres? ¿Hasta dónde son los padres responsables de que sus hijos maduren espiritualmente?

7. Andrés creció creyendo que el cristianismo era verdad, pero dándole poca importancia. Según él mismo reconoció, el pecado le encantaba. ¿Cree usted que Andrés realmente pensaba que el cristianismo es verdadero? ¿Es posible estar de acuerdo intelectualmente con los principios del cristianismo, pero ser apáticos hacia la fe? ¿De qué manera se podría relacionar usted con la actitud de Andrés?

8. El padre de Andrés le escribió una carta cariñosa, pero desafiante. ¿Cuál era su mensaje central? ¿Cómo habría reaccionado usted de haber estado en el lugar de Andrés? ¿Hay alguien a quien necesite escribirle una carta similar? Explique.

> *La entrada al reino de Dios es a través de dolores agudos y repentinos de arrepentimiento que chocan con la respetable «bondad» del hombre.*
>
> —OSWALD CHAMBERS

9. Luis Palau le escribió a su hijo: «Tú naciste, Andrés, para ser un hombre de Dios». ¿Cree que el propósito de toda persona en la vida es ser un hombre o una mujer de Dios? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cree que usted fue creado para ser un hombre o una mujer de Dios? ¿Cómo afecta esto su misión en la vida?

10. ¿Alguna vez alguien lo confrontó o desafió a cambiar la dirección de su vida? ¿Cuáles fueron las circunstancias? ¿Cómo reaccionó? ¿Cuál fue el resultado?

11. ¿A qué grado se puede relacionar usted con los recuerdos inolvidables de Andrés de causarles daño, usar o engañar a otras personas? Si no le incomoda, comparta algunos recuerdos que todavía le molestan hoy.

12. ¿Qué le parece el incidente cuando alguien le dijo a Andrés que era un creyente de Satanás? ¿Qué cree que esa persona vio en él que le hizo pensar que adoraba al diablo? ¿Cree usted que esto fue una especie de encuentro sobrenatural o algo más? Fundamente su respuesta.

13. Cuando fue a visitar a sus amigos en Jamaica, Andrés empezó a interesarse por las personas que estaban viviendo la vida abundante de una manera «muy atractiva y radical». ¿Cómo piensa que se proyectaba a los demás este estilo de vida? Describa una ocasión en que usted se sintió impresionado de una manera similar. ¿Cuáles eran las características que distinguían a estos cristianos?

14. ¿Por qué las personas tienden a hacer las cosas que no quieren hacer y no hacen las que desean hacer? ¿Se puede relacionar usted con este patrón de

conducta? Ofrezca detalles de su experiencia personal.

15. Andrés planteó algunas preguntas difíciles cuando su vida comenzó a girar fuera de control otra vez. *¿Cómo pude haber sido tan sincero y a la vez actuar tan mal? ¿Y qué se supone que debo hacer ahora?* ¿Cómo habría respondido usted a esas dos preguntas si hubiera estado con él en ese momento?

> *Siempre estoy yendo a un país lejano, y siempre estoy volviendo a casa como un pródigo, siempre diciéndole al Padre, perdóname, y él siempre trayendo la mejor túnica.*
>
> —ORACIÓN PURITANA

16. Andrés llegó a entender que una oración de salvación no significa mucho a menos que auténticamente te apartes del pecado y permitas que Dios tome el control de tu vida. Resuma lo que usted piensa que esto significa. ¿Está de acuerdo o en desacuerdo con la conclusión de Andrés? Fundamente su respuesta.

17. Hubo un momento en que Andrés se sintió frustrado porque no era capaz de entender lo que estaba leyendo en la Biblia. ¿Lee usted la Biblia de forma regular? ¿Puede establecer una relación entre su experiencia y la de Andrés? ¿Qué pasaje en particular lo ha confundido? ¿Cuáles son algunas maneras en que podría obtener respuestas a sus preguntas?

18. ¿Qué cree usted que se necesita para experimentar personalmente a Dios en la vida? ¿Cuál es su nivel de interés en lo que respecta a relacionarse con Dios de una manera íntima? Fundamente su respuesta.

19. La oración de Andrés pasó de «Dios, revélate a mí» a «Dios, ¿qué es lo que me mantiene lejos de ti?». ¿Cuál es la diferencia significativa en este cambio? ¿Qué era lo que estaba manteniendo a Andrés apartado de Dios? ¿Qué podría estar alejándolo a usted de Dios?

> *Dios se regocija. No porque los problemas del mundo se hayan resuelto, no porque todo el dolor y el sufrimiento humanos hayan llegado a su fin, ni porque miles de personas se hayan convertido y ahora estén alabándolo por su bondad. No. Dios se regocija porque*

uno de sus hijos que se había perdido ha sido hallado.

—HENRI NOUWEN

20. Andrés dijo: «El arrepentimiento es el único camino del rebelde hacia Dios». Hechos 3.19 dice: «Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor». ¿Cómo define usted el arrepentimiento? ¿Es algo más que sentir pena por lo que ha hecho?

21. Andrés llegó a un punto donde fue capaz de admitir con sinceridad que estaba equivocado y Dios estaba en lo cierto; ver su depravación claramente en contraste con la santidad de Dios; y recibir de Dios limpieza y el liderazgo de su vida. Teniendo en cuenta esta descripción, ¿dónde se encuentra usted en su peregrinaje espiritual? ¿Cuáles son las barreras que le impiden dar el siguiente paso hacia Dios?

Capítulo 9: Manos vacías y Epílogo

1. ¿Qué le impactó más de la historia de Lee? Por favor, explique.

2. ¿Ha experimentado usted o alguien que conozca confusión mental, delirios o alucinaciones? Si las ha tenido, explique las circunstancias. ¿Cómo reaccionaron usted, sus amigos y sus familiares? ¿Qué aprendió a través de ese proceso?

3. En un punto, Lee sintió como si estuviera descendiendo hacia el infierno. ¿Qué cosas usted cree y no cree en cuanto al infierno? ¿Qué considera que enseña la Biblia al respecto?

4. ¿Qué resultados positivos produjeron las visiones de Lee sobre ser un vagabundo, estar en bancarrota, y sentirse abandonado y rechazado?

5. En su confusión, Lee comenzó a pensar que hasta Jesús lo había abandonado. ¿Ha pensado usted alguna vez que Jesús lo ha abandonado? Si pensó tal cosa, ¿cuáles fueron las circunstancias?

6. Kyle, el hijo de Lee, le hizo a su padre una sugerencia simple: «Papá,

tenemos que orar». Describa un momento en que alguien se ofreció a orar con usted. ¿Cuándo fue la última vez que le hizo esa misma sugerencia a alguien? Elabore su respuesta.

7. ¿Está de acuerdo en que cuando nos acercamos a Dios, tendemos a ocultar inconscientemente lo que en realidad somos a fin de proyectar una imagen que sugiera que estamos en control? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Qué hay que hacer para despojarse de ese falso yo?

8. ¿Qué impacto podría tener en su vida el hecho de que pronunciara con toda sinceridad una oración de entrega a Dios similar a la de Lee? Si no lo ha hecho aún, ¿estaría usted dispuesto a intentarlo?

9. ¿Qué significa «vaciarnos» de nuestra propia identidad? ¿Cuál es la verdadera identidad de su alma?

> *Defínase radicalmente como una persona amada por Dios. Este es el verdadero yo. Cualquier otra identidad es nada más que una ilusión.*
>
> —BRENNAN MANNING

10. ¿Qué es lo que más le sorprende de la gracia de Dios? ¿Está de acuerdo en que nada libera y sana como la gracia? ¿Por qué sí o por qué no?

11. Si su vida tuviera una pieza musical lema, ¿cuál sería y por qué?

12. ¿Por qué cree usted que Lee y su padre nunca tocaron el tema del incidente que llevó al joven a irse de la casa? ¿Cuáles fueron algunas de las excusas que Lee se dio a sí mismo para evitar esa conversación de corazón a corazón? ¿Podría usted relacionar su propia experiencia con la de ellos?

13. Lee se lamenta de no haber asumido la responsabilidad que le correspondía por el papel que jugó en la ruptura de la relación con su padre. ¿Qué asunto no resuelto se resiste usted a tratar con alguien? ¿Qué lo detiene?

> *Cuando perdona a alguien, usted está apartando de esa persona el mal que le hizo. Está desvinculándola de su acción hiriente. La está recreando. En un momento la está identificando sin ninguna duda como la persona que le hizo mal. Y al siguiente, está cambiando esa*

identidad. En su memoria es ahora otra persona.

—LEWIS SMEDES

14. ¿Está usted de acuerdo en que las declaraciones de la Biblia son una expresión directa de cómo se siente Dios acerca de las personas, incluyéndolo a usted? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Qué declaraciones de Dios expresan lo más profundo para usted?

Si la gracia es tan increíble, ¿por qué los cristianos no muestran más de ella?

—PHILIP YANCEY

15. ¿Cuánto se relaciona usted con la visión de Lee para su vida: estar tan asombrado por la gracia de Dios que no puede guardarla para él solo? ¿Cuáles son algunas maneras prácticas en que puede hacerles saber a otros acerca de las Buenas Nuevas de la gracia de Dios?

16. ¿Qué le gustaría que se escribiera en su lápida? ¿Puede expresarlo en una o dos frases?

17. ¿De qué manera específica las historias sobre la gracia en este libro lo han inspirado o motivado?

18. Recuerde el versículo mencionado antes: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios». Sus palabras claves forman una ecuación sobre cómo llegar a ser un hijo de Dios: Creer + Recibir = Llegar a ser. ¿*Cree* que Jesús es el unigénito Hijo de Dios que murió como su sustituto para pagar el castigo que usted merecía por sus pecados? Si es así, ¿ha *recibido* su don gratuito del perdón y la vida eterna? Si no, ¿qué está esperando para recibir su gracia ahora mismo mediante una oración de arrepentimiento y fe? «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Juan 1.9)

APÉNDICE

Lo que la Biblia dice acerca de la gracia

Sobre la casa real de David y los habitantes de Jerusalén derramaré un espíritu de gracia y de súplica, y entonces pondrán sus ojos en mí. Harán lamentación por el que traspasaron, como quien hace lamentación por su hijo único; llorarán amargamente, como quien llora por su primogénito.

—ZACARÍAS 12.10

El niño crecía y se fortalecía; progresaba en sabiduría, y la gracia de Dios lo acompañaba.

—LUCAS 2.40

Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

—JUAN 1.14

De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia.

—JUAN 1.16

Pues la ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo.

—JUAN 1.17

Esteban, hombre lleno de la gracia y del poder de Dios, hacía grandes prodigios y señales milagrosas entre el pueblo.

—HECHOS 6.8

Cuando él llegó y vio las evidencias de la gracia de Dios, se alegró y animó a todos a hacerse el firme propósito de permanecer fieles al Señor.

—HECHOS 11.23

Cuando se disolvió la asamblea, muchos judíos y prosélitos fieles acompañaron a Pablo y a Bernabé, los cuales en su conversación con ellos les instaron a perseverar en la gracia de Dios.

—HECHOS 13.43

En todo caso, Pablo y Bernabé pasaron allí bastante tiempo, hablando valientemente en el nombre del Señor, quien confirmaba el mensaje de su gracia, haciendo señales y prodigios por medio de ellos.

—HECHOS 14.3

¡No puede ser! Más bien, como ellos, creemos que somos salvos por la gracia de nuestro Señor Jesús.

—HECHOS 15.11

Como Apolos quería pasar a Acaya, los hermanos lo animaron y les escribieron a los discípulos de allá para que lo recibieran. Cuando llegó, ayudó mucho a quienes por la gracia habían creído.

—HECHOS 18.27

Sin embargo, considero que mi vida carece de valor para mí mismo, con tal de que termine mi carrera y lleve a cabo el servicio que me ha encomendado el Señor Jesús, que es el de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

—HECHOS 20.24

Ahora los encomiendo a Dios y al mensaje de su gracia, mensaje que tiene poder para edificarlos y darles herencia entre todos los santificados.

—HECHOS 20.32

Por medio de él, y en honor a su nombre, recibimos el don apostólico para persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe.

—ROMANOS 1.5

Les escribo a todos ustedes, los amados de Dios que están en Roma, que han sido llamados a ser santos. Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan gracia y paz.

—ROMANOS 1.7

Pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó.

—ROMANOS 3.24

Por eso la promesa viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada para toda la descendencia de Abraham; esta promesa no es sólo para los que son de la ley sino para los que son también de la fe de Abraham, quien es el padre que tenemos en común.

—ROMANOS 4.16

Pero la transgresión de Adán no puede compararse con la gracia de Dios. Pues si por la transgresión de un solo hombre murieron todos, ¡cuánto más el don que vino por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, abundó para todos! Tampoco se puede comparar la dádiva de Dios con las consecuencias del pecado de Adán. El juicio que lleva a la condenación fue resultado de un solo pecado, pero la dádiva que lleva a la justificación tiene que ver con una multitud de transgresiones. Pues si por la transgresión de un solo hombre reinó la muerte, con mayor razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia reinarán en vida por medio de un solo hombre, Jesucristo.

—ROMANOS 5.15–17

En lo que atañe a la ley, ésta intervino para que aumentara la transgresión. Pero allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, a fin de que, así como reinó el pecado en la muerte, reine también la gracia que nos trae justificación y vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor.

—ROMANOS 5.20–21

¿Qué concluiremos? ¿Vamos a persistir en el pecado, para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él? ¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados

para participar en su muerte?

—ROMANOS 6.1–3

Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia. Entonces, ¿qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos ya bajo la ley sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera!

—ROMANOS 6.14–15

Así también hay en la actualidad un remanente escogido por gracia. Y si es por gracia, ya no es por obras; porque en tal caso la gracia ya no sería gracia.

—ROMANOS 11.5–6

Por la gracia que se me ha dado, les digo a todos ustedes: Nadie tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener, sino más bien piense de sí mismo con moderación, según la medida de fe que Dios le haya dado.

—Romanos 12.3

Tenemos dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado.

—ROMANOS 12.6

Muy pronto el Dios de paz aplastará a Satanás bajo los pies de ustedes. Que la gracia de nuestro Señor Jesús sea con ustedes.

—ROMANOS 16.20

Siempre doy gracias a Dios por ustedes, pues él, en Cristo Jesús, les ha dado su gracia.

—1 CORINTIOS 1.4

Según la gracia que Dios me ha dado, yo, como maestro constructor, eché los cimientos, y otro construye sobre ellos. Pero cada uno tenga cuidado de cómo construye.

—1 CORINTIOS 3.10

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo.

—1 CORINTIOS 15.10

Para nosotros, el motivo de satisfacción es el testimonio de nuestra conciencia: Nos hemos comportado en el mundo, y especialmente entre ustedes, con la santidad y sinceridad que vienen de Dios. Nuestra conducta no se ha ajustado a la sabiduría humana sino a la gracia de Dios.

—2 CORINTIOS 1.12

Todo esto es por el bien de ustedes, para que la gracia que está alcanzando a más y más personas haga abundar la acción de gracias para la gloria de Dios.

—2 CORINTIOS 4.15

Nosotros, colaboradores de Dios, les rogamos que no reciban su gracia en vano.

—2 CORINTIOS 6.1

Pero ustedes, así como sobresalen en todo —en fe, en palabras, en conocimiento, en dedicación y en su amor hacia nosotros—, procuren también sobresalir en esta gracia de dar.

—2 CORINTIOS 8.7

Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que aunque era rico, por causa de ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos.

—2 CORINTIOS 8.9

Además, en las oraciones de ellos por ustedes, expresarán el afecto que les tienen por la sobreabundante gracia que ustedes han recibido de Dios.

—2 CORINTIOS 9.14

Pero él me dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad». Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo.

—2 CORINTIOS 12.9

Me asombra que tan pronto estén dejando ustedes a quien los llamó por la

gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio. No es que haya otro evangelio, sino que ciertos individuos están sembrando confusión entre ustedes y quieren tergiversar el evangelio de Cristo.

—GÁLATAS 1.6–7

En efecto, Jacobo, Pedro y Juan, que eran considerados columnas, al reconocer la gracia que yo había recibido, nos dieron la mano a Bernabé y a mí en señal de compañerismo, de modo que nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los judíos.

—GÁLATAS 2.9

No desecho la gracia de Dios. Si la justicia se obtuviera mediante la ley, Cristo habría muerto en vano.

—GÁLATAS 2.21

Aquellos de entre ustedes que tratan de ser justificados por la ley, han roto con Cristo; han caído de la gracia.

—GÁLATAS 5.4

Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado. En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento.

—EFESIOS 1.4–8

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales, para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.

—EFESIOS 2.4–9

De este evangelio llegué a ser servidor como regalo que Dios, por su gracia, me dio conforme a su poder eficaz. Aunque soy el más insignificante de todos los santos, recibí esta gracia de predicar a las naciones las incalculables riquezas de Cristo, y de hacer entender a todos la realización del plan de Dios, el misterio que desde los tiempos eternos se mantuvo oculto en Dios, creador de todas las cosas.

—EFESIOS 3.7–9

Pero a cada uno de nosotros se nos ha dado gracia en la medida en que Cristo ha repartido los dones.

—EFESIOS 4.7

La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor imperecedero.

—EFESIOS 6.24

Es justo que yo piense así de todos ustedes porque los llevo en el corazón; pues, ya sea que me encuentre preso o defendiendo y confirmando el evangelio, todos ustedes participan conmigo de la gracia que Dios me ha dado.

—FILIPENSES 1.7

Este evangelio está dando fruto y creciendo en todo el mundo, como también ha sucedido entre ustedes desde el día en que supieron de la gracia de Dios y la comprendieron plenamente.

—COLOSENSES 1.6

Que su conversación sea siempre amena y de buen gusto. Así sabrán cómo responder a cada uno.

—COLOSENSES 4.6

Yo, Pablo, escribo este saludo de mi puño y letra. Recuerden que estoy preso. Que la gracia sea con ustedes.

—COLOSENSES 4.18

Oramos así, de modo que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado por medio de ustedes, y ustedes por él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

—2 TESALONICENSES 1.12

Que nuestro Señor Jesucristo mismo y Dios nuestro Padre, que nos amó y por su gracia nos dio consuelo eterno y una buena esperanza, los anime y les fortalezca el corazón, para que tanto en palabra como en obra hagan todo lo que sea bueno.

—2 TESALONICENSES 2.16–17

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos ustedes.

—2 TESALONICENSES 3.18

Pero la gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí con abundancia, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús.

—1 TIMOTEO 1.14

A mi querido hijo Timoteo: Que Dios el Padre y Cristo Jesús nuestro Señor te concedan gracia, misericordia y paz.

—2 TIMOTEO 1.2

Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo; y ahora lo ha revelado con la venida de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien destruyó la muerte y sacó a la luz la vida incorruptible mediante el evangelio.

—2 TIMOTEO 1.9–10

Así que tú, hijo mío, fortalécete por la gracia que tenemos en Cristo Jesús.

—2 TIMOTEO 2.1

El Señor esté con tu espíritu. Que la gracia sea con ustedes.

—2 TIMOTEO 4.22

En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae

salvación.

—TITO 2.11

Pero cuando se manifestaron la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, él nos salvó, no por nuestras propias obras de justicia sino por su misericordia. Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo, el cual fue derramado abundantemente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador. Así lo hizo para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos que abrigan la esperanza de recibir la vida eterna.

—TITO 3.4–7

Sin embargo, vemos a Jesús, que fue hecho un poco inferior a los ángeles, coronado de gloria y honra por haber padecido la muerte. Así, por la gracia de Dios, la muerte que él sufrió resulta en beneficio de todos.

—HEBREOS 2.9

Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos.

—HEBREOS 4.16

¿Cuánto mayor castigo piensan ustedes que merece el que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha profanado la sangre del pacto por la cual había sido santificado, y que ha insultado al Espíritu de la gracia?

—HEBREOS 10.29

Asegúrense de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz amarga brote y cause dificultades y corrompa a muchos.

—HEBREOS 12.15

No se dejen llevar por ninguna clase de enseñanzas extrañas. Conviene que el corazón sea fortalecido por la gracia, y no por alimentos rituales que de nada aprovechan a quienes los comen.

—HEBREOS 13.9

Pero él nos da mayor ayuda con su gracia. Por eso dice la Escritura: «Dios se

opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes».

—SANTIAGO 4.6

Los profetas, que anunciaron la gracia reservada para ustedes, estudiaron y observaron esta salvación. Querían descubrir a qué tiempo y a cuáles circunstancias se refería el Espíritu de Cristo, que estaba en ellos, cuando testificó de antemano acerca de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que vendría después de éstos.

—1 PEDRO 1.10–11

Por eso, dispónganse para actuar con inteligencia; tengan dominio propio; pongan su esperanza completamente en la gracia que se les dará cuando se revele Jesucristo.

—1 PEDRO 1.13

Cada uno ponga al servicio de los demás el don que haya recibido, administrando fielmente la gracia de Dios en sus diversas formas.

—1 PEDRO 4.10

Y después de que ustedes hayan sufrido un poco de tiempo, Dios mismo, el Dios de toda gracia que los llamó a su gloria eterna en Cristo, los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables.

—1 PEDRO 5.10

Con la ayuda de Silvano, a quien considero un hermano fiel, les he escrito brevemente, para animarlos y confirmarles que ésta es la verdadera gracia de Dios. Manténganse firmes en ella.

—1 PEDRO 5.12

Que abunden en ustedes la gracia y la paz por medio del conocimiento que tienen de Dios y de Jesús nuestro Señor.

—2 PEDRO 1.2

Más bien, crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡A él sea la gloria ahora y para siempre! Amén.

—2 PEDRO 3.18

Libros de ayuda sobre la gracia

- Blue, Ken y Alden Swan, *The Gospel Uncensored*, WestBow Press, 2010.
- Bridges, Jerry, *La disciplina de la gracia: el rol de Dios y el nuestro en la búsqueda de la santidad*, Editorial CLC, Bogotá, 2001.
- Bridges, Jerry, *La gracia transformadora*, Editorial Vida, Deerfield, FL, 1995.
- Falsani, Kathleen, *Sin Boldly: A Field Guide for Grace*, Zondervan, 2008.
- Jung, Joanne, J. *Knowing Grace*, Biblica, 2011.
- Lucado, Max, *Gracia para todo momento*, Betania, Nashville, TN, 2001.
- Lucado, Max, *En manos de la gracia*, Caribe, Nashville, TN, 1997.
- Manning, Brennan, *All is Grace*, David C. Cook, 2011.
- Manning, Brennan, *The Ragamuffin Gospel*, Multnomah, 1990.
- Oden, Thomas C., *The Transforming Power of Grace*, Abington Press, 1993.
- Palau, Andrés, *La vida secreta de un necio*, Unilit, 2012.
- Smedes, Lewis B., *Shame and Grace*, HarperOne, 1993.
- Stanley, Andy, *La gracia de Dios*, Grupo Nelson, Nashville, TN, 2011.
- Swindoll, Charles, *El despertar de la gracia*, Betania, Puerto Rico, 1991.
- Tauton, Larry Alex, *The Grace Effect*, Thomas Nelson, 2011.
- Tchividjian, Tullian, *One Way Love*, David C. Cook, 2013.
- Wilder, Lynn K. *Unveiling Grace*, Zondervan, 2013.
- Wilhite, Jud, con Bill Taaffe, *Uncensored Grace*, Multnomah, 2009.
- Yancey, Philip, *Vanished Grace*, Zondervan, 2014.
- Yancey, Philip, *What'so Amazing About Grace*, Zondervan, 1997.

Conozca a Lee Strobel

Siendo un ateo convertido a la fe cristiana, Lee Strobel, el galardonado antiguo editor legal de *The Chicago Tribune*, es el autor de más de veinte libros reconocidos por *New York Times* como éxitos de librería. Sirve como profesor de pensamiento cristiano en la Universidad Bautista de Houston y como pastor de enseñanza en la Iglesia Woodlands, en Texas.

El *Washington Post* lo describe como «uno de los apologistas más populares de la comunidad evangélica». En el año 2005, compartió con Garry Poole el premio al Libro Cristiano del Año por un estudio sobre la película *La Pasión de Cristo*. Ha ganado Medallones de Oro por *El caso de Cristo*, *El caso de la fe* y *El caso del Creador*, los cuales se han convertido en documentales distribuidos por Lionsgate.

Sus últimos trabajos incluyen su *Libro de respuestas sobre el caso del cristianismo; La ambición*, que fue su primera novela; y la *Biblia de estudio: El caso de Cristo*, que cuenta con cientos de notas y artículos. Su carta electrónica *Investigaciones sobre la fe* está disponible en http://leestrobel.com/.

Lee obtuvo su licenciatura en periodismo en la Universidad de Missouri y su maestría en leyes en Yale. Ejerció funciones periodísticas durante catorce años en el *Chicago Tribune* y otros medios, recibiendo el premio más alto otorgado en Illinois por la *United Press International* (UPI) al servicio periodístico público. Además, lideró un equipo que ganó el máximo galardón de la UPI para el periodismo de investigación en el estado de Illinois.

En 1981, y después de investigar la evidencia acerca de Jesús, Lee se convirtió al cristianismo, uniéndose en 1987 al personal de *Willow Creek Community Church* y convirtiéndose más tarde en un pastor de enseñanza de esa iglesia. En el año 2000 se unió a *Saddleback Valley Community Church* en calidad de pastor de enseñanza, dejando este cargo más tarde para dedicarse a escribir y dirigir el programa nacional de televisión *Faith Under Fire* [Fe bajo fuego].

En adición, Lee enseñó la Primera Enmienda en la Universidad Roosevelt.

En el año 2007, en reconocimiento a la extensa investigación para sus libros, el Southern Evangelical Seminary le concedió el título de Doctor en Divinidad.

Otros libros de Lee incluyen *El caso del Jesús verdadero, Trece escandalosas exigencias de Dios, El caso de la Navidad, El caso de la resurrección, Aventura Inesperada* (con Mark Mittelbeg) y *Sobreviviendo un yugo desigual en el matrimonio,* este último escrito con su esposa Leslie.

También ha sido coautor del curso *Conviértete en un cristiano contagioso*, que le ha permitido a más de un millón y medio de cristianos aprender a hablar de forma natural y efectiva con otros acerca de Jesús.

Ha sido entrevistado en medios televisivos tales como ABC, Fox, PBS y CNN, y sus artículos han aparecido en una variedad de publicaciones, incluyendo *The Christian Research Journal*, *Marriage Partnership*, *Discipleship Journal, Decision,* y en las ediciones por la Internet de *Wall Street Journal* y *Newsweek*. Ha sido invitado repetidas veces a los programas *The Bible Answer Man* y Enfoque a la familia. Es miembro de la *Evangelical Philosophical Society*.

Lee y Leslie han estado casados por cuarenta y dos años y viven en Texas. Su hija, Alison, ha escrito seis novelas y sido coautora (con su esposo Daniel) de dos libros para niños. Su hijo, Kyle, ha escrito varios libros sobre Jonathan Edwards y acerca de la formación espiritual. Con un doctorado en teología de la Universidad de Aberdeen y dos maestrías, es profesor en la Escuela de Teología Talbot, en la Universidad Biola.

Agradecimientos

Este libro fue un trabajo hecho con amor, pero un trabajo arduo. Hasta ahora, ha sido el libro más difícil que he escrito, tal vez porque se trataba de revelar asuntos privados acerca de mi vida personal, mi familia y mi salud que nunca antes había compartido públicamente.

Mi esposa Leslie, mis hijos Alison y Kyle, y sus cónyuges Dan y Kelli, merecen mi más profunda gratitud por tener que soportarme mientras pasaba días de angustia con este proyecto. Ellos no dejaron de darme ánimo, aunque estoy seguro de que no siempre fue fácil.

Le estoy agradecido a Mark Mittelberg, mi colega en el ministerio durante estos últimos veinticinco años. Mark ha sido un amigo fiel en todo momento y una fuente inagotable de ideas y apoyo. Como siempre, leyó mis primeros borradores, muchos de los cuales necesitaban correcciones, y me ofreció consejos edificantes e inteligentes.

El equipo de Zondervan fue extremadamente paciente con este proyecto que una y otra vez se extendió más allá de las fechas límites. Ellos me ofrecieron lo que yo más necesitaba: gracia. Valoro mi relación con una empresa que tiene tal integridad y visión.

Estoy especialmente agradecido con mi editor, John Sloan. Al igual que en todos mis libros de *casos*, él me guió con su sabiduría y genio creativo. La trayectoria que me ayudó a establecer al inicio de este proyecto fue muy valiosa, pues me mantuvo en la senda. Su paciencia, amabilidad y consumado profesionalismo hicieron que me sintiera muy a gusto trabajando con él.

Por encima de todo, quiero expresarles mi profundo respeto y aprecio a las personas que me permitieron entrevistarlas para este libro. Me siento muy agradecido por su honestidad y excelente disposición a enseñarme cada vez más acerca de la gracia de Dios.

Notas

Prefacio

1. Thomas C. Oden, *The Transforming Power of Grace* (Nashville: Abingdon, 1993), contracubierta.
2. Ibíd., p. 33.
3. Ibíd., p. 95.
4. Ibíd.
5. «Citas de Chuck Colson (1931–2012)», *The Poached Egg*. http://www.thepoachedegg.net/the-poached-egg/2012/04/quotes-from-chuck-colson-1931-2012.html.
6. Philip Yancey, «Grace», Philip Yancey.com, http://www.philipyancey.com/q-and-a-topics/grace.
7. Ibíd.

INTRODUCCIÓN: La búsqueda de la gracia

1. A. W. Tozer, *La búsqueda de Dios* (Camp Hill, PA: WingSpread, 2008).

CAPÍTULO 1: El error

1. Sigmund Freud, *Leonardo da Vinci* (New York: Vintage/Random House), 1947, p. 98.
2. Ver: Paul C. Vitz, *Faith of the Fatherless: The Psychology of Atheism* (Dallas: Spence, 1999). En la página 16, Vitz señala: «Freud hace una afirmación simple y fácil de entender en cuanto a que una vez que un niño o joven se siente decepcionado o le pierde el respeto a su padre terrenal, la creencia en un Padre celestial se hace imposible. Esa representación psicológica de un niño acerca de su padre, que está íntimamente ligada a su comprensión de Dios, fue asumida por Freud y ha sido bastante bien

desarrollada por un grupo de psicólogos, especialmente los psicoanalistas. En otras palabras, la decepción de un ateo y el resentimiento con su propio padre justifica inconscientemente su rechazo de Dios». Muchos psicólogos han insistido en que la relación de un niño y su padre es un factor entre varios que pueden influir en su concepción de Dios. Curiosamente, la investigación de Vern L. Bengtson, de la Universidad del Sur de California en Santa Barbara, encontró que para la transmisión religiosa a través de las generaciones, «tener un vínculo estrecho con el padre de uno importa aun más que una estrecha relación con la madre», excepto en el judaísmo. Sin embargo, también dijo: «La fe ferviente no puede compensar a un padre distante». Él comprobó que «un padre que es un ejemplo, un pilar de la iglesia, pero no le proporciona calidez y afirmación a su hijo, no tiene hijos que le sigan en su fe». Ver Marcos Oppenheimer, «Book Explores Ways Faith is Kept, or Lost, Over Generations», *New York Times*, 31 enero 2014, y Vern L. Bengtson con Norella M. Putney y Susan Harris, *Families and Faith: How Religion Is Passed Down across Generations* (Nueva York: Oxford University Press, 2014).
3. Ver Charles Chandler, «From Disbelief to Devotion», *Decision*, marzo 2014.

CAPÍTULO 2: La huérfana

1. J. I. Packer, *Hacia el conocimiento de Dios* (Miami: Logoi, 1979).
2. Todas las entrevistas se han editado con propósitos de concisión, claridad y contenido. El sitio web de Stephanie Fast es www.StephanieFast.org.
3. Paráfrasis de parte de Salmos 10.14 (RVR1960).
4. Packer, *Hacia el conocimiento de Dios*, p. 182.
5. Ibíd., pp. 187–88.
6. Ibíd., p. 196.

CAPÍTULO 3: El adicto

1. Douglas Wilson, «Bones and Silicon», *Blog & Moblog*, http://dougwils.com/s7-engaging-the-culture/bones-and-silicon.htmil.
2. Entre los libros en los cuales comparte algo de su historia están *Gracia sin censura*, de Jud Wilhite con Bill Taaffe (Lake Mary, FL: Casa Creación, 2011); *Uncensored Truth*, de Jud Wilhite (Corona, CA: Ethur, 2010);

Pursued: God's Divine Obsession with You, de Jud Wilhite (Nueva York: Faith Words, 2013); *Throw It Down: Leaving Behind Behaviors and Dependences That Hold You Back*, de Jud Wilhite (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2011); y *The God of Yes* de Jud Wilhite (Nueva York: Faith Words, 2014).

3. Ver Tullian Tchividjian, *Amor en una dirección: inagotable gracia para un mundo agotado* (Lake Mary, FL: Casa Creación, 2014).
4. Jerry Bridges, *La gracia transformadora* (Miami: Vida, 1995).
5. Walter Marshall y Bruce H. McRae, *The Gospel Mystery of Sanctification* (Eugene, OR: Wipf and Stock, 2004), p. 117.
6. Ver Ken Blue y Alden Swan, *The Gospel Uncensored* (Bloomington, IN: WestBow, 2010), pp. 8–9. Blue describe cómo Dios renovó su fe a través del estudio de Gálatas.
7. «Yo, por mi parte, mediante la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gálatas 2.19–20).
8. Gálatas 4.15.
9. Ver Gálatas 3.3.
10. Ver Gálatas 5.1.
11. Ver Gálatas 1.3 y 6.18.
12. Mateo 11.28.
13. Ver Stephanie Kishi, «Home of Sin City's Original Sin», *The Las Vegas Sun*, 15 mayo 2008.
14. «De modo que los fariseos y los maestros de la ley se pusieron a murmurar: "Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos"» (Lucas 15.2).
15. Ver Juan 4.1–42.
16. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Nueva York: Macmillan, 1960), pp. 105–6 [*Mero cristianismo* (Nueva York: Rayo, 2006)].
17. Ver Juan 1.17.
18. Ver J. Murphy O'Connor, «Corinto», *The Anchor Bible Dictionary*, Volumen I (Nueva York: Doubleday, 1992), pp. 1135–36. Para una comparación de Corinto con Las Vegas, ver *Gracia sin censura*, de Jud Wilhite con Bill Taaffe, p. 50.
19. *Korinthiazesthai*.
20. Ver 1 Corintios 1.3, 4.

21. «Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados» (1 Corintios 15.17).
22. H. Richard Niebuhr, *The Kingdom of God in America* (Nueva York: Harper and Row, 1959), p. 193.

CAPÍTULO 4: El profesor

1. Michka Assayas, *Bono: In Conversation with Michka Assayas* (Nueva York: Riverhead, 2005), p. 204 [*Conversaciones con Bono* (Barcelona: Alba, 2009)].
2. Ricky Gervais, «An (Atheist) Easter Message from Ricky Gervais». *The Wall Street Journal*, 14 abril 2011.
3. «Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo: «¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!» (Lucas 5.8). El uso de *Señor* aquí denota gran respeto; en este contexto, la confesión no reconoce la divinidad de Jesús. Ver la nota para este versículo en *The NET Bible*, https://net.bible.org//#bible/Luke+5.
4. Ver Lucas 15.11–22.
5. Ver Gene Reeves, trad., *The Lotus Sutra: A Contemporary Translation of a Buddhist Classic* (Somerville, MA: Wisdom Publications, 2008), pp. 142–45.
6. Ver Juan 4.1–26.
7. Ver Philip Yancey, *Gracia divina vs condena humana* (Miami: Vida, 1998).
8. «Que aquellos que luchan por la causa de Alá vendan la vida de este mundo por el Más Allá. Al que lucha por la causa de Alá —sea que muera u obtenga la victoria— pronto le vamos a dar una recompensa de gran (valor)» (Corán 4.74).
9. «…ninguno que lleve su carga puede portar la carga de otro» (Corán 53.38).
10. Énfasis añadido.
11. El versículo completo dice: «Porque trabajamos diligentemente para escribir, para persuadir a nuestros hijos y también a nuestros hermanos, a que crean en Cristo y se reconcilien con Dios; pues sabemos que es por la gracia que nos salvamos, después de todo lo que podamos hacer» (2 Nephi 25.23).
12. «Y he aquí, mis hermanos, ya que ha sido todo lo que podíamos hacer (como nosotros los más perdidos de toda la humanidad), arrepintámonos de todos nuestros pecados y de los muchos asesinatos que hemos cometido, para que

Dios pueda llevarlos lejos de nuestros corazones, porque era todo lo que podíamos hacer arrepentirnos lo suficiente ante Dios que él quitara nuestra mancha» (Alma 24.11).
13. Ver Lucinda Dillon Kinkead y Dennis Romboy, «Tabú mortal: Suicidios juveniles una epidemia que muchos en Utah prefieren ignorar», *Deseret News*, 24 abril 2006.
14. Ver Lee Strobel, *El caso de la fe* (Miami: Vida, 2001).
15. Juan 1.17.
16. Ver Mark Mittelberg, *Confident Faith: Building a Firm Foundation for Your Beliefs* (Carol Stream, IL: Tyndale, 2013).

CAPÍTULO 5: El ejecutor

1. C. S. Lewis, *The Weight of Glory and Other Addresses* (Nueva York: Collier/Macmillan, 1980), p. 125.
2. Nic Dunlop, *The Lost Executioner* (Nueva York: Walker, 2006), p. 189 [*Tras las huellas del verdugo* (Barcelona: Océano, 2006)].
3. David Chandler, *Voices from S-21* (Berkeley: University of California Press, 1999), p. vii.
4. Dunlop, *Lost Executioner*, p. 189.
5. Chandler, *Voices From S-21*, p. 3.
6. Dunlop, *Lost Executioner*, p. 19.
7. Chandler, *Voices From S-21*, p. 6.
8. Ibíd., p. 77.
9. Dunlop, *Lost Executioner*, p. 23.
10. El nombre Duch ha aparecido en varios artículos y libros. Christopher LaPel me proporcionó una fotocopia de la propia escritura de Duch; sin embargo, en ella aparece claramente su nombre como Kaing Guek Eav.
11. Seth Mydans, «Torturador de los años 70 en Camboya ahora trabajando para Dios», *New York Times*, 2 mayo 1999.
12. Mary Murphy, «¿Habrá alguien que Dios no pueda olvidar?», *Purpose-Driven Magazine*, 21 febrero 2012.
13. Ibíd.
14. Ver Dunlop, *Lost Executioner*, pp. 254–62.
15. Ibíd., pp. 279, 254.

16. Ibíd., p. 262.
17. Dunlop describe su encuentro con Duch en Dunlop, *Lost Executioner*, pp. 267–78. Thayer recuerda la experiencia en «Nate Thayer Profile», *Nate Thayer*, http://natethayer.typepad.com.
18. Adrienne S. Gaines, «Notorius Cambodian Killer Seeks Forgiveness», *Charisma*, 2 abril 1999.
19. Francois Bizot, «My Savior, Their Killer», *The New York Times*, 17 febrero 2009.
20. «Cambodia», *U.S. Department of State*, http://www.state.gov/j/drl/rls/irf/2010/148861.htm.
21. Murphy, «¿Hay algo que Dios no pueda perdonar?».
22. Strobel, *El caso de la fe*, p. 159.
23. «Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?» (Génesis 18.25).

CAPÍTULO 6: El desamparado

1. Yancey, *Gracia divina vs condena humana*, pp. 78–79.
2. Ver http://brokenchainsoutreach.com/.

CAPÍTULO 7: El pastor

1. Brennan Manning, *The Ragamuffin Gospel* (Colorado Springs: Multnomah, 2000), p. 26.
2. «Infidelity Statistic», *Statistics Brain*, http://www.statisticbrain.com/infidelity-statistics.
3. Para evitar que se identifique a la mujer, he excluido ciertos detalles de su relación.
4. «Revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, de modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes» (Colosenses 3.12–13).
5. 1 Juan 1.9.
6. «Después de todo, aunque nuestros padres humanos nos disciplinaban, los respetábamos. ¿No hemos de someternos, con mayor razón, al Padre de los espíritus, para que vivamos? En efecto, nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro

bien, a fin de que participemos de su santidad. Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella. Por tanto, renueven las fuerzas de sus manos cansadas y de sus rodillas debilitadas. "Hagan sendas derechas para sus pies", para que la pierna coja no se disloque sino que se sane» (Hebreos 12.9–13).

7. Ver http://www.buildyourmarriage.org/.

CAPÍTULO 8: El pródigo

1. Drew Dyck, *Yawning at Tigers* (Nashville: Nelson, 2014), p. 3.
2. Ver Luis Palau Association, http://www.luispalau.net/quien_es_luis_palau.htmluispalau.
3. Proverbios 1.7; 1.32; 10.18; 10.21; 10.23; 12.23; 14.3; 14.8; 14.9; 15.5; 17.21; 23.9; 30.32.
4. Andrew Palau, *La vida secreta de un necio* (Miami: Unilit, 2012).
5. «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él» (Proverbios 23.7, RVR1960).
6. Mateo 4.19 (RVR1960).
7. Ver Andrés Palau, *La vida secreta de un necio*, pp. 85–88. Para ver la historia de la conversión de Luis Palau, ver Luis Palau, *Say Yes!* (Portland, OR: Multnomah, 1991), pp. 31–34.
8. «El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jesús en Juan 10.10, RVR1960).
9. Ver Lucas 18.18–19.
10. «El que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús» (Filipenses 1.6).
11. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship* (Nueva York: Touchtone, 1995), pp. 44–45 [*El precio de la gracia* (Salamanca: Sigueme, 2004)].
12. Ibíd., p. 45.
13. Romanos 12.1–2. Steve leyó el versículo siguiente, el 3: «Por la gracia que se me ha dado, les digo a todos ustedes: Nadie tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener, sino más bien piense de sí mismo con moderación, según la medida de fe que Dios le haya dado».

14. Ver Isaías 6.
15. Ver http://www.luispalau.net/.
16. «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (Juan 6.44). Y siguió diciendo: «Por esto les dije que nadie puede venir a mí, a menos que se lo haya concedido el Padre» (Juan 6.65). El teólogo Thomas C. Oden comenta: «Esa figura expresa, precisamente, lo que se debe entender por la gracia anticipada […] [la cual es] necesaria para el inicio mismo de la fe». Ver Thomas C. Oden, *The Transforming Power of Grace*, p. 120. En el año 529, el Segundo Concilio de Orange dijo: «El pecado del primer hombre ha deteriorado y debilitado de tal manera la libre voluntad que nadie a partir de entonces puede amar a Dios como debiera o creer en Dios o hacer el bien por amor a Dios, a menos que la gracia de la misericordia divina vaya delante». Ver John Leith, ed., *Creeds of the Churches* (Richmond, VA: John Knox, 1979), p. 48.
17. Juan 1.12.

CAPÍTULO 9: Manos vacías

1. William Jurgens, *The Faith of the Early Fathers, Volume 3* (Collegeville, MN: Liturgical Press, 1979), p. 44. El subtítulo es parte de la cita de Augustín.
2. John H. Coe es director del Instituto de Formación Espiritual de la Escuela de Teología Talbot. Los aspectos esenciales de la oración que Kyle hizo por mí, e incluso algunas de las palabras que usó, fueron adaptados de varios escritos de Coe. Por ejemplo, ver John H. Coe, «Prayer of Recollection in Colossians», http://www.redeemerlm.org/uploads/1/2/0/7/12077040/prayer_of_recollectio y también «Prayer of Recollection», *Wheat and Chaff*, http://wheat-chaff.org/spiritual-development/spiritual-formation/prayer-of-recollection.

EPÍLOGO: Gracia retenida, gracia extendida

1. «Atheist-Illusionist Penn Jillette on Christians Who Don't Evangelize», *Preaching Today*, http://www.preachingtoday.com/illustrations/2009/may/2051109.html.
2. «Porque "todo el que invoque el nombre del Señor será salvo". Ahora bien,

¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ¿Y quién predicará sin ser enviado? Así está escrito: "¡Qué hermoso es recibir al mensajero que trae buenas nuevas!"» (Romanos 10.13–15).

3. Max Lucado, *Gracia para todo momento* (Nashville, TN: Grupo, 2001).

4. Hechos 10.24, *The Message*.

Nos agradaría recibir noticias suyas.

Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro a la dirección que aparece a continuación.

Muchas gracias.

Vida@zondervan.com
www.editorialvida.com